

KRIS L. JORDAN



EL
CLUB DE LOS
SIN CLUB

Contenido

[¿Qué vas a encontrar cuando abras este libro?](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Nota de autor](#)
[Agradecimientos](#)

EL CLUB DE LOS SIN CLUB

KRIS L. JORDAN

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: El club de los sin club.

©Kris L. Jordan, junio 2024.

Ilustración de cubierta: Adela Aragón.

Ilustraciones interiores: Cristina Jordan.

Diseño de portada: Adela Aragón.

Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Corrección de textos: Carolina Ramos.

¿Qué vas a encontrar cuando abras este libro?

Una historia de amor, amigos, malos muy malos, adultos que no comprenden y otros que se implican. Ganas de vivir, soledad, miedo, clichés, ternura. Comprensión, aceptación. Superación, un amor eterno, fuerte y muchas muchas cosas más que espero que te remuevan por dentro, que te hagan sentir cientos de mariposas.

Cada capítulo está encabezado por un trocito de una canción de BTS. Si los conoces, sobran las palabras, pero, si ni siquiera sabes quiénes son, quiero presentártelos. BTS es un grupo de Corea del Sur compuesto por siete chicos. ¿Por qué entre tantos grupos están ellos en mi novela? Porque sus letras son tan esperanzadoras que creo que son de lo más apropiadas para adornar la historia de Ben y Luca. Porque en ellas te dicen que te ames a ti mismo, que luches por tus sueños, que no permitas a los demás que te juzguen y que no pasa nada por caerte, porque puedes levantarte y seguir luchando por alcanzar tus sueños. Pero, si no tienes sueños, tampoco pasa nada, porque lo importante eres tú. Si fracasas, seguro que tendrás más oportunidades, lucha y todo llegará. Si tu día fue malo, piensa que a las doce en punto empezarás un nuevo día lleno de experiencias nuevas. Que no siempre se puede ser feliz, pero no pasa nada, porque cada día es una aventura. Que podemos ser siempre jóvenes, no importa la edad.

Espero que todo esto despierte tu curiosidad y los escuches, que leas sus letras y te metas de lleno en su universo. Estoy segura de que te atraparán igual que lo hicieron conmigo.

Si te apetece escucharlos, te lo pongo fácil, en este libro vas a encontrar un código QR que te llevará a la lista de reproducción de este libro.

Mi deseo: crear más ARMY^[1]. Ojalá lo consiga contigo.





Prólogo

*Cuando quieras rendirte en medio del camino,
intenta gritar aún más fuerte
¿y qué?
Nada sale como quiero,
incluso hay menos lugares donde esconderse.
No entres en pánico, anímate, intenta gritar
¿y qué?
¿Qué?
Somos jóvenes, locos y libres. Sigue sin detenerte.
Preocuparse no sirve de nada, déjalo ir.
Aunque todavía no tengas una respuesta,
puedes empezar a luchar.
¿Y qué?
¿Qué?
No quiero morir ahora, no quiero.
No quiero pelear ahora.
No me gustan las preocupaciones, la vida es larga.

Solo ve, ahora quiero vivir.

«So What», BTS*

Siempre le habían dado miedo las alturas, bueno, en realidad, siempre le había aterrado todo: los espacios pequeños, la oscuridad, los ruidos ensordecedores, las multitudes, los extraños... Pero si algo le atemorizaba más que nada en el mundo, eran las alturas, y en ese momento estaba tan asustado que las piernas le temblaban.

Cerró los ojos recordando lo que le había llevado a correr como un loco, a subir los treinta escalones que lo condujeron a la azotea y a dar el pequeño paso que le trajo a esa cornisa.

Las temperaturas eran gélidas, pero lejos de molestarlo, suponía un alivio; ese viento helado que le acariciaba las mejillas, por las que las lágrimas corrían libres, conseguía refrescarle y le hacía sentir un cierto alivio.

A pesar del frío, de la tiritona que agitaba su cuerpo, un hilo de sudor le recorrió la columna como si fuera un dedo caliente, húmedo y desagradable que le hizo estremecerse.

Abrió los ojos y se obligó a mirar al vacío. Se tambaleó mareado como consecuencia del vértigo que sufría. Con los brazos extendidos, consiguió recuperarse y no precipitarse al vacío

antes de tiempo. Pero no se permitió huir de la realidad. Por una vez en su vida quería ser valiente, tenía que posar su mirada en el asfalto, ese que lo incitaba a tirarse y que veía a millas de sus pies enfundados tan solo con calcetines de hilo blanco.

Un grito de rabia salió de su boca al recordar cómo le acababan de despojar de su par de zapatillas nuevas, unas que había deseado tener y que, por fin, la única persona que adoraba en ese mundo de mierda le había regalado. Pero ahora ya no estaban, ya no eran suyas, se las habían quitado a la fuerza, y eso que rogó, suplicó. De nada le había servido, tan solo causó más risas y regocijo por parte de sus agresores y más vergüenza para él. Nada pudo hacer, nada, nada...

—Como siempre —susurró entre dientes.

Nunca se había defendido, jamás intentó protegerse de las agresiones a las que se veía sometido día tras día, año tras año, solo... tan solo por ser diferente, por no ser como todos esos estúpidos que se creían superiores, que abusaban por el simple hecho de verse arropados por el grupo, por la manada, por la sociedad, por el sistema. Y estaba tan cansado, tan agotado...

—CABRONES, MALDITOS CABRONES —le gritó al viento. Sus palabras volaron, pero no llegarían a los oídos de los que tanto odiaba—. Ya estarán lejos y con mis deportivas —lloriqueó.

Se limpió las lágrimas, aunque qué más daba, qué importaba, de qué servía llorar.

Lo que más dolía de todo lo sucedido era que él... él lo había visto, había presenciado el bochornoso espectáculo, y eso le oprimía el corazón como si un puño se hubiera metido en su pecho.

—¿Sabes lo que sentirás cuando tu cuerpo golpee contra el asfalto? —Quien lanzaba la pregunta estaba justo a su espalda.

Se sobresaltó y se encogió asustado. Pensaba que se había ido, que lo había dejado solo. Pero no, ahí estaba él con su absurda pregunta, lanzada con voz calmada, serena, demasiado tranquila para alguien que estaba contemplando una escena de tal calibre.

Se giró para mirarlo y lo vio con las manos en los bolsillos de sus pantalones de uniforme, mirándolo como si fuera lo más normal del mundo encontrarse a un chico subido en una cornisa. El chico nuevo, ese que ya empezado el curso acababa de aterrizar en el infierno, en el lugar más detestable del universo, de su universo, lo contemplaba impasible.

Pestañeó un par de veces, pues quizá tan solo era un espejismo. Se sentía demasiado patético para pensar que le había seguido. Todo sucedió tan rápido que ni siquiera recordaba dónde se había quedado él. Tan solo pensó en escapar, en desaparecer de su vista, del mundo, y corrió, corrió con todas sus fuerzas sin mirar atrás.

Ese chico alto, delgado, con facciones perfectas, tan guapo que la primera vez que lo vio le cortó la respiración, había causado tanto impacto en él que quizá estaba soñando. Tal vez antes de morir su mente le jugaba una mala pasada y le mostraba la faz de ese ángel con mirada de demonio.

—La altura es grande. —Ben observó cómo se asomaba y que un siseo salía de sus labios. Jeon se agitó; al parecer, su cuerpo también sentía escalofríos, quizá también le aterraban las alturas—. Pero no la suficiente para terminar con todo. Es probable que solo consigas romperte unos cuantos huesos. —Movié los hombros como si temblase tan solo de pensarlo—. Será doloroso, muy muy doloroso. Una vez me rompí la muñeca derecha y, guau, fue terrible. Grité como un cerdo. —Soltó una carcajada—. Pero eso no será lo peor, lo más terrible es que seguramente pasarás el resto de tu vida en una silla de ruedas. ¿Crees que merece la pena?

Clavó sus ojos rasgados en los de Ben y, con toda la tranquilidad del mundo, le tendió una mano tras sacarla del bolsillo.

—Ven, ven conmigo y te demostraré que no merece la pena lanzarse. —Señaló con uno de sus largos dedos el vacío—. Dame veintiún días, solo veintiún días, y te demostraré que la vida puede ser llevadera, incluso en algunas ocasiones divertida. Ahora piensas que es una mierda, y no te voy a engañar, la mayoría de las veces lo es... —Se encogió de hombros, le guiñó uno de sus preciosos ojos negros y sonrió.

—¿E-e-e-estás lo-lo-co? —Lo contempló como si su pregunta sobrara, pues ya había decidido que a ese chico le faltaban un par de tornillos. Su forma de actuar no tenía lógica. Era como si estuviera acostumbrado a encontrarse suicidas a su paso.

—Me temo que sí... estoy completamente loco. Pero te diré un secreto: las mejores personas lo están.

Ben resopló, soltó un «Ja» con voz chillona y se llevó las manos a su rojo pelo en un acto inconsciente; necesitaba hacer algo, pues todo era demasiado absurdo.

¿Qué narices estaba pasando? Sacudió la cabeza e incluso se carcajeó. ¿Qué más cosas le podían suceder? A su día de mierda se sumaba un tipo con ganas de tocarle las narices. Un tío raro que, al igual que él, se sabía de memoria frases de su libro preferido: *Alicia en el País de las Maravillas*.

—¿Qué, te animas? —Agitó la mano a la espera de que Ben la tomara—. Bah, tío, dame una oportunidad. En realidad, no quieres hacerlo, ¿verdad? —Sus ojos rasgados se clavaron en los verdes de Ben y un montón de sensaciones lo golpearon. ¿Qué poder tenía sobre él? ¿Por qué con una sola mirada le transmitía tantas cosas?—. Siempre hay tiempo para volver a subir a esta azotea...



Capítulo 1

*Es hora de ser valiente.
No tengo miedo porque creo en mí.
Ya no soy como antes.
No me arrepentiré del camino que tome.
No voy a bajar la cabeza.
El camino es el cielo y voy a llegar volando.
Extiendo mis alas.
«Wings», BTS*

Unos días antes

—¡Silencio, vamos, cállense ya! —El señor Walter, tutor del grupo B, intentó poner orden en su clase de último año, el más complicado según el criterio de la mayoría de los profesores. Esos chicos con las hormonas revolucionadas y más deseosos de conocer el mundo que de estudiar lograban ponérselo muy difícil, y eso que, según su alumnado, era el profesor más duro del Evergreen Heights College—. ¡SIÉNTENSE! —bramó con furia.

Y todos obedecieron. A pesar de ser la clase que más rebeldía mostraba, el temor a los duros castigos del profesor les hizo acatar sus órdenes, eso sí, bajo un montón de protestas.

Ben Chester era el único que desde que había entrado en el aula permanecía callado y quieto en su pupitre. Lógicamente, no tenía amigos ni quería tenerlos; no hablaba con nadie, nadie se le acercaba, tan solo lo hacían para burlarse de él, para insultarlo o cuando querían «jugar con él». Procuraba pasar desapercibido, ese era su mecanismo de defensa: si no te ven, si eres invisible, nadie te hará daño.

Su mirada siempre estaba fija en la mesa, jamás y bajo ninguna circunstancia hacía contacto visual con sus compañeros.

Procuraba llegar de los primeros, sentarse al fondo del aula, abrir su cuaderno y esperar a que la clase se llenara antes de la llegada del profesor. Sumido en sus estudios, en silencio y sin elevar la mirada por nada del mundo. Tampoco era tan mala esa situación; por lo menos, lo estaba ayudando a sacar muy buenas notas.

—Hoy quiero presentarles a un nuevo alumno —dijo el señor Walter, esta vez con un tono moderado, pues el silencio se había apoderado de la clase.

Todos parecían estar atentos. Un chico nuevo suponía una gran expectación; allí todos se conocían, era una ciudad pequeña, aburrida, sin alicientes. Llegaba carne nueva, sangre fresca, alguien a quien poder acosar, alguien con quien jugar o, quizá, un nuevo aliado para Seilor, el abusón de la clase.

El ambiente se enrareció. Ben Chester escuchó suspiros y comentarios en voz baja, y la curiosidad lo llevó a elevar los ojos y posarlos sobre el extraño que permanecía al lado del profesor esperando ser presentado.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

Ben había leído que el cerebro necesitaba tres segundos para saber si algo le gustaba o no, y sin ninguna duda su cerebro acababa de decidir dos cosas: ese chico lo atraía por algún extraño motivo, tenía algo que le hacía desear saber más de él, y dos, no solo a él le resultaba atrayente, pues a Seilor Brown, alias el Cobra, también le había gustado.

—Hola, mi nombre es Luca Jeon. —Con esas pocas palabras, el nuevo demostró que no era tímido. Se expresó sin vacilarle la voz al estar delante de un montón de extraños y sonrió como si ese fuera el día más feliz de su vida.

«Insensato», pensó Ben. No sabía en dónde se había metido, esa era la peor aula para un chico como Luca Jeon, el peor sitio donde podía haber caído una persona como él. No es que Ben lo conociera, pero su aspecto se lo decía todo. Luca era guapo, pero con una belleza exótica, especial y única. Un chico como él nunca había pasado por esas aulas, y eso podría ser un hándicap.

Por sus rasgos, su tono de piel y sus ojos, Ben dedujo que era asiático. Su mirada era dulce, y su cara fina, aniñada y poco masculina llamaba tanto la atención que todos lo miraban expectantes y curiosos. Era alto, muy alto, y delgado. Ben Chester también estaba fascinado con el nuevo, no podía apartar los ojos de él. Jamás había visto a nadie tan atractivo, tan solo en las películas o series de la tele. Podría haber pasado por un actor famoso, un cantante de moda, un modelo.

Llevaba el pelo más largo de lo habitual. La mayoría de los chicos del Evergreen Heights College tenían el mismo y aburrido corte, uno que estaba de moda y era el adecuado para las estrictas normas de la escuela, pero ese chico se saltaba los cánones.

«Carne de cañón», las palabras retumbaron en su mente con tristeza. Pero, de pronto, una llama de esperanza se prendió en su corazón: quizá él fuera la solución para que el grupo del Cobra dejara de molestarlo. Egoístamente, cuantos más «raros» hubiera en clase, más se distribuía la atención entre todos. Tal vez la novedad les interesase más... Se aventuró y, con discreción, volteó su mirada y oteó a Seilor, el cabecilla de los desgraciados que le hacían la vida imposible. Necesitaba saber lo que le estaba provocando el nuevo, y el Cobra no escondía nada, era tan cristalino como el agua del grifo. Lo que vio le heló la sangre. Según parecía, sus tres segundos también le habían llevado a contemplar al nuevo como alguien que le gustaba; eso era algo bueno para el novato. No lo usaría, seguramente intentaría ganárselo, le propondría unirse a su banda, pero para él suponía algo horrible: otro tipo más que se adhería a los juegos retorcidos de Seilor Brown, juegos que destrozaban a las personas, que hacían tanto daño que deseabas morir.

—Espero que lo ayuden a integrarse y a sentirse cómodo —ordenó con tono autoritario el señor Walter—. Señor Jeon, puede sentarse al lado del señor Chester.

Ben se puso rígido al escuchar su apellido. Una de las muchas normas absurdas de la escuela era que los profesores debían dirigirse a los alumnos por el apellido y con el «señor» por delante.

Siempre había pensado que era una estupidez muy grande e hipócrita, y se le retorcían las entrañas. Los trataban con mucha deferencia, pero luego cerraban los ojos y no ayudaban a todos

esos alumnos que pertenecían a los apestados, los raros, los frikis, esos que se salían de la norma por alguna razón evidente, ya fuera por su forma de ser o por su fisonomía. En esa escuela, si no eras perfecto, nadie te ayudaba, nadie castigaba a los agresores.

Y Ben poseía un montón de cualidades para pertenecer al club de los sin club: era pelirrojo, usaba gafas y su timidez le hacía tartamudear. Era el objetivo perfecto para las mofas y cruel diversión de sus compañeros, con el consentimiento de esos adultos que le llamaban señor Chester, pero que cerraban los ojos ante los abusos, pues quienes los cometían pertenecían a la élite, los más poderosos, los herederos de quienes manejaban los hilos de esa ciudad en medio de la nada.

El chico nuevo —ajeno a los tejemanejes de ese mundo y con las manos en los bolsillos— caminó emanando tanta seguridad que Ben lo admiró. Deseaba ser como él y detestaba la idea de que, seguramente, pasados unos meses, ese chico no volvería a ser el mismo, porque su mundo estaba a punto de cambiar. Formar parte del Evergreen Heights College hacía que las personas se volvieran diferentes.

«Ya queda menos», pensó Ben recordándose que ese era su último año en el instituto y que, si nada pasaba, se iría lejos de esa ciudad en cuanto terminase los exámenes, dejando atrás toda esa vida de abusos. Solo tenía que resistir un poco más.

Todo eso pasaba por su cabeza mientras sus ojos no dejaban de mirar a Luca. Quería apartarlos, pero ellos se negaban; era como si tuviera un potente imán, uno irresistible.

—Hola. —El saludo de Luca Jeon le hizo sacudir la cabeza para obligar a su cerebro a reaccionar y ordenar a sus ojos que dejaran de contemplarlo como si fuera un ángel. Tan solo era un chico más. Uno muy guapo, eso sí. Uno con una fisonomía especial, una que jamás habían visto en esa escuela, en esa ciudad.

Ben asintió a modo de saludo y por fin pudo apartar la mirada de él. Sintió como, tras desprenderse de la mochila, se sentaba a su lado. Notó su olor, un aroma que, como él, le resultó exótico, único. Olía a limpio, a frescura, a libertad. Era extraño, pues Ben nunca se había fijado en esas cosas. ¿Qué tenía el nuevo? ¿Por qué notaba todos esos pequeños detalles?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Luca entre susurros, pues el profesor había comenzado la clase. Se acercó tanto a uno de sus oídos que, con cada palabra, el aire que salía de su boca impactaba sobre su piel. La sensación era tan agradable que sintió escalofríos. Se obligó a separarse de él de manera brusca, imponiendo la distancia necesaria. No quería que ese chico en concreto invadiera su espacio vital, le estaba provocando sensaciones extrañas.

Pero la curiosidad le pudo y volvió a posar la mirada sobre el nuevo. Nada más hacerlo, se maldijo en voz baja, pues si de lejos le había fascinado, de cerca la impresión se duplicaba, se triplicaba. Por un buen rato, más de lo correcto, lo contempló fascinado. Miró sus ojos achinados, brillantes y oscuros; los hoyuelos que se le marcaban a ambos lados de sus labios gruesos al sonreír. Sus orejas perforadas mostraban dos aretes que brillaban y enmarcaban su bonita cara. Era perfecto, tanto que no parecía humano.

«Imbécil», se insultó Ben, y de nuevo le gritó a su cerebro, lo reprendió y con brusquedad y rapidez dejó de contemplarlo. Estaba haciendo el ridículo.

«Es solo un tío, no puedes fijarte tanto en un simple tío, no es normal», se increpó.

Necesitaba actuar con normalidad, recuperar la cordura. Hablar estaba descartado, pues el profesor estaba dando la clase. Además, tartamudearía, y eso le haría sentirse más patético, así que tomó su bolígrafo y, con perfecta caligrafía, escribió en su cuaderno:



**Me llamo
Ben.**

Supo al instante que lo había leído, pues lo escuchó susurrar su nombre con voz ronca. Se estremeció. «¿Qué me pasa?», jamás había sentido cosas tan extrañas, y menos por un chico. Debía poner distancia, y decidió que a partir de ese momento lo ignoraría, no volvería a mirarlo ni a hablarle. Él era bueno en eso, en alejarse, cerrarse, perderse.



Capítulo 2

*Ángel, no vuelas tan cerca de mí.
Soy lo que quieres, no lo que necesitas.
No quieres perder esas alas.
Las personas como yo destruyen las cosas hermosas.
«Angel Pt. 1», Jimin y otros artistas*

—Eh, tú... el nuevo.

Ben escuchó la voz de Seilor Brown con total claridad a pesar del jaleo que se había apoderado del aula en el preciso instante en el que el profesor salió. Solía pensar que tenía un poder especial, un superradar que lo ayudaba a detectar el peligro. Su superoído lograba separar todos los sonidos y distinguir la voz desagradable del Cobra. No se giró a pesar de sentirlo cerca, demasiado cerca.

«No lo mires, no lo mires, no lo mires», se repetía una y otra vez. El ruego se dirigía más al chico nuevo que a él mismo. Porque en ese momento Luca era el objetivo de Seilor y no sabía por qué motivo, en vez de preocuparse por su propia integridad, lo estaba haciendo por ese extraño.

«Preocúpate por ti, solo por ti», se reprendió, pero no tuvo efecto ninguno, pues hizo algo más inusual que ese instinto protector que, de repente, había salido de la nada hacia Luca. Colocó una mano sobre la rodilla que tenía más próxima a él y le susurró:

—No-o-o te-te-te mu-mu-e-vas. —Nada más decir esas palabras cerró los ojos, avergonzado.

«Genial, ahora ya sabe que tartamudeas. Bien por ti», se reprendió, molesto.

—¿Cómo? —interrogó Luca sin entender qué era lo que estaba pasando.

«Tarde». Con tristeza, clavó sus ojos enfundados en unas sencillas gafas de pasta negra en los del novato. El Cobra ya estaba acechándolo; ya nadie ni nada podría librarlo de su mordedura, de su veneno.

—Dime, novato. —Seilor Brown rodeó con un brazo el cuello de Luca, como si fuera su mejor amigo, como si tuviera todo el derecho del mundo a violar su espacio vital sin su permiso —. ¿Cómo has dicho que te llamas? —De todos era sabido que el cerebro de Seilor no tenía mucha retentiva.

—Me llamo Luca, ¿y tú? —No parecía molestarle ese contacto, pero se le veía incómodo, pues evadía la mirada intensa de Seilor. Con un primer contacto, ¿Luca se había dado cuenta de lo que era el Cobra?

«No, no puede ser. A primera vista, Seilor da el pego, parece un tipo simpático», pensó Ben, y se alejó todo lo que el espacio le permitía. Se hizo pequeñito y desvió la mirada a su regazo,

donde sus manos temblorosas se secaban el sudor repetidamente en sus pantalones del uniforme, como un tic que siempre tenía cuando el temor le atenazaba. Seilor estaba muy cerca y todas las alarmas de su superpoder se activaban avisando de que debía correr, alejarse.

—Soy Seilor Brown. —Le tendió la mano a modo de saludo y Luca se la tomó—. ¿Sabes qué?, siento como si nos hubiéramos visto antes.

—No-no lo creo, imposible —contestó Luca con nerviosismo, cosa que le provocó a Ben mucha curiosidad. Estaba claro que ocultaba algo.

—Te recordará a un actor de esas series que ve tu madre —intervino Leonardo, otro de los miembros del club de los abusones.

—Puede ser. Oye, tío, eres tan guapo que podrías ser uno de ellos. Por cierto, me encanta tu *look* —le dijo, señalando su melena negra de flequillo largo y los dos aros de sus orejas—. Aunque poco te van a durar.

—¿Y eso? —interrogó Luca, aceptando el cambio de tema con agrado.

—Tanto el pelo largo como los pendientes están prohibidos.

—¿Por qué? —Arrugó la frente, intrigado.

—Ni puta idea, tío. Son las estúpidas normas de esta mierda de escuela.

—Oye, Luca Jeon. —Leonardo se apoyó en la mesa. El nuevo atraía la atención de todos y poco a poco les iban rodeando. Sin querer, solo por tenerlo sentado a su lado, Ben Chester se encontraba en el centro del huracán. «Daños colaterales», se quejó su cerebro. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que los cinco minutos que tenían entre clase y clase se terminasen—. ¿De dónde eres?

—A que sé por qué lo preguntas —afirmó, y su sonrisa se hizo más grande, de nuevo se le veía relajado. Se señaló los ojos rasgados—. Soy medio italiano, de ahí mi nombre, y medio coreano.

—¡Qué pasada! —sentenció Seilor con admiración.

Su corazón se llenó de tristeza. Los tres segundos en los que siempre confiaba para determinar si algo era bueno o no, si algo le gustaba, en esa ocasión le habían jugado una mala pasada. Luca Jeon no era lo que esos tres segundos le habían indicado a su cerebro. Luca pertenecía al club de los abusones y no al de los sin club, al de los indeseables. Pero claro, cómo había podido dudar si él era perfecto, tan perfecto como todos esos imbéciles que en ese momento los rodeaban y charlaban animadamente con el novato.

Ben sabía que ese no era su lugar, que no pegaba para nada en ese grupo, que sobraba. El aire comenzaba a faltarle. «No, no, por favor», se dijo al borde del llanto al sentir cómo el pavor crecía, temiendo tener uno de sus ataques de pánico delante de todos.

Pero, de repente, la campana que anunciaba la entrada del profesor en el aula sonó con potencia y por fin el grupo se disolvió, todos regresaron a sus asientos y Ben Chester volvió a respirar, a llenar sus pulmones.

—Esto... Ben. —Luca de nuevo se le acercó tanto que le hizo sentir incómodo, pero Ben no se movió. Era como si estuviera paralizado, y no por miedo, sino por una sensación que jamás antes había experimentado y a la que no sabía ponerle nombre, pues le era totalmente desconocida—. ¿Te encuentras bien?

Por su tono, Ben supo que su preocupación era sincera.

Lo miró extrañado. Era la primera vez en esa escuela que alguien se interesaba por él y lo único que pudo hacer, tras unos incómodos segundos en los que ambos se miraron a los ojos, fue asentir y, con rapidez, desviar la mirada hacia el profesor, que comenzaba la clase.

El resto del día continuó tedioso pero excitante para Ben, pues tener a Luca a su lado era

como estar montado en una montaña rusa de sensaciones.

Llegada la hora de la comida, Seilor invitó al novato a unirse a él y su camarilla. Por un instante, Ben Chester observó cómo vacilaba, cómo parecía pedir su ayuda, pero él no podía prestar auxilio a nadie, bastante tenía con mantenerse a salvo. Además, esos tipos no le iban a hacer nada malo; lo querían en sus filas. Así que desvió la mirada y se quedó sentado en el pupitre esperando a que todos se marchasen. Más tarde, se dirigiría al patio y comería sentado en un banco. Alejado de todo el mundo y protegido por el pequeño techo de la lluvia que en esos momentos caía con furia.

La tarde pasó sin más contratiempos. Luca Jeon intentó en varias ocasiones charlar con él, pero Ben se limitó a asentir o negar conforme él lo interrogaba. Y por fin llegó el mágico momento, el que más le gustaba a Chester: la hora de la salida del infierno.

Sonó la campana y todos corrieron como locos hacia la salida. Como era su costumbre, permaneció sentado hasta que no quedó nadie. Contó hasta cincuenta y entonces se levantó con tranquilidad, recogió sus cosas, se puso el abrigo, la bufanda y, con su mochila a la espalda, salió del aula.

Los pasillos estaban vacíos, y eso le aportó tranquilidad. Caminó hasta la puerta de salida y miró el cielo, enfurruñado. Llovía con intensidad y se había olvidado el paraguas en casa.

«Mierda», pensó, molesto. No le gustaba mojarse, pero no quedaba otra.

Hundió los hombros dentro de su parca y comenzó a caminar de forma ligera, mirando los charcos para pisar los menos posibles.

No se mojaba, no sentía el agua fría golpeando su cabeza, y entonces elevó la mirada para contemplar lo que impedía que la lluvia lo empapase: un paraguas de un amarillo chillón lo cubría y a su lado, sosteniéndolo, estaba Luca Jeon con una gran sonrisa dibujada en su boca y en sus ojos achinados.

—¿Vas a la parada del autobús? —le preguntó.

Ben tardó tres segundos en asentir.

—Pues vamos juntos —le dijo.

Entonces Ben se dejó llevar, caminó hombro con hombro a su lado, sin mirarlo de nuevo, pero sintiéndolo cerca. Luca no paraba de charlar, era como una cotorra. Su frescura, su dinamismo lo estaba volviendo loco; lo saturaba de sensaciones extrañas que lo asustaban, pero que le agradaban tanto que no era capaz de separarse, de poner distancia.

—Ese es mi bus —dijo Luca—. ¿Tú también te subes en este? —interrogó al ver como Chester ascendía los tres escalones tras él.

El pelirrojo, parco en palabras, asintió y se limitó a caminar tras el novato.

—Ben, eh, Ben. —Luca se había acomodado al lado de una de las ventanillas y, con efusividad, le señalaba el asiento de al lado.

El muchacho se dejó caer sobre el duro asiento de plástico azul, eso sí, sin muchas ganas. Ese chico era demasiado intenso y sus sentidos empezaban a embotarse. Pero no fue capaz de decir que no, y menos a él, con esos ojos negros de mirada intensa y jovial.

Luca Jeon dejó el paraguas en el suelo y abrió su mochila. Ben lo miró de reojo, no tenía fuerzas de hacer contacto visual con él. Rebuscaba en el interior de la bolsa con nerviosismo.

—¡Lo encontré! —exclamó, feliz, y le mostró al pelirrojo un papel pulcramente doblado—. Mi abuela me apuntó las paradas desde la escuela a mi casa. Soy muy malo para las direcciones —explicó, sonriente. Desdobló el pedazo de papel y contó en voz alta las veces que el autobús se detendría hasta llegar a su parada—. Aún no sé los nombres de las calles, pero con esto no me perderé. La abuela me hizo además un plano exacto. —Se lo mostró con orgullo.

«¿No sabe lo que es Google Maps?», se preguntó Ben Chester.

—¿Tú dónde te bajas? Me encanta que tomemos el mismo bus. Podemos quedar e ir y venir juntos. Será más divertido, ¿no crees?

Ben asintió, pero ni de broma pensaba hacer todos los viajes que le quedaban hasta terminar el curso junto a ese extraño tío con más verborrea que una cotorra. A él le gustaba viajar en silencio, pensando en sus cosas o echando alguna partida con el móvil. Le encantaba el silencio, y con Luca Jeon parecía imposible pasar un solo instante sin escuchar su profunda voz. Pero... en el fondo, era divertido, diferente y muy excitante.

—¿Qué sueles hacer en tu tiempo libre? A mí me gusta dibujar. Me encanta el cine. ¿Hay algún cine cerca? Aún no conozco bien la zona. De niño pasaba los veranos con mi *nonna*^[2], pero hacía mucho tiempo que no venía por aquí, tanto que todo ha cambiado y apenas lo reconozco. ¿Podríamos ir a ver alguna peli juntos? Me gustan las románticas, ¿y a ti? —Lo observó con detenimiento, y Ben se sintió tan tímido que dejó de mirarlo de reojo y clavó los ojos en el suelo gris del bus—. Tienes pinta de ser un chico de pelis de acción.

Luca lanzaba preguntas, pero no esperaba contestación alguna.

—Dame tu número de teléfono —le dijo de repente, y sacó un viejo móvil de la mochila, que permanecía abierta en su regazo.

Ben Chester sopesó sus opciones: podría ignorarlo y no darle su número, o bien, arriesgarse a que ese ser extraño tuviese su número y le molestase con infinidad de wasaps; seguro que era de los que mandaban vídeos de estúpidas bromas o esos memes absurdos de los que nunca había entendido la gracia. Pero, como era incapaz de negarle nada, y aún no sabía el porqué, le tendió la mano para que Jeon depositase su pequeño móvil en ella.

Se fijó en la pantalla; estaba llena de rajas y el modelo era tan anticuado que dudaba que lo siguieran vendiendo. Sus ojos lo observaron de nuevo y él pareció entender el porqué de su mirada.

—Sé que se ve viejo, pero me sirve para llamar y mandar wasaps —se excusó tras encogerse de hombros.

Ben lanzó un largo suspiro. Asintió, en cierto modo contento; Luca Jeon le acababa de demostrar que no era un tío materialista...

«O quizá no disponga de mucho dinero», sopesó.

Sus ojos regresaron a la vieja pantalla del móvil y tecleó con dedos rápidos y ágiles su número, pensando que más tarde quizá lo bloqueease.

Le regresó el teléfono y Luca grabó su número entre sus contactos. Sonreía feliz, como si le hubiese dado el regalo más bonito del mundo.

—Gracias, tío —le dijo con voz cantarina—. ¿Sabes?, no eres nada hablador —afirmó entre risas. Ben se encogió de hombros—. No importa, a mí me encanta hablar. Soy hiperactivo y demasiado intenso, espero no molestarte. Vamos, yo creo que podemos ser buenos amigos. Nos complementamos, ¿no crees?

«¿Amigos?», la pregunta le pilló tan desprevenido que su reacción, para los demás, seguramente parecería desproporcionada, pues abrió mucho los ojos y lo miró como si de repente se hubiese convertido en un extraterrestre.

—¿A-a-a-mi-mi-g-o-os? —Su tartamudeo se incrementó, pero a Luca Jeon no parecía molestarlo, no se impacientó como le solía pasar a casi todo el mundo.

—Tienes una bonita voz. —Ben lo contempló boquiabierto—. Esta es mi parada. —Sus palabras lo devolvieron a la tierra, a ese autobús en el que estaban subidos, al asiento en el que se encontraba, a la realidad.

Contempló cómo con rapidez cerraba su mochila, se la colgaba a la espalda, se levantaba y corría hacia la puerta. Antes de atravesarla, lo saludó con la mano y con una de sus sonrisas, esas que le congelaban el aliento.

—¡Adiós, amigo! —Lo escuchó gritar, y observó cómo agitaba ambas manos como un loco.



Capítulo 3

*Los días en que te odies a ti mismo,
los días en los que quieras desaparecer para siempre,
hagamos una puerta en tu corazón.
Si abres esa puerta y entras,
allí estaré, esperándote.
Está bien creer, eso te dará consuelo, esta tienda mágica.
«Magic Shop», BTS*

Las puertas del autobús se cerraron, dejando a Luca fuera y a él, dentro. Agitó la cabeza, molesto; se acababa de dar cuenta de que había estado con la boca abierta más tiempo del que era recomendable. Confundido, miró a su alrededor comprobando con ansia que nadie lo hubiera visto.

«¿De verdad existe en el mundo una persona tan extraña como Luca Jeon?», pensó. Él jamás había conocido a nadie igual.

Esos instantes que acababa de vivir con el novato eran lo más insólito que había experimentado en mucho tiempo. La situación, su verborrea, la forma en la que se movía, los gestos que usaba al expresarse, todo en él era raro, chocante, pero a la vez atrayente, interesante. Ben había salido, por fin, de su meticulosa rutina, quedando totalmente descolocado.

La palabra «amigo» revoloteaba en sus pensamientos. Recordaba haber tenido alguno cuando era un niño, pero claro, en aquella época, todo era diferente. En aquella época, su madre trabajaba para vivir, no vivía para trabajar. Su padre estaba aún con ellos: le llevaba los sábados a los partidos, le enseñaba a volar cometas, jugaba con él y su hermano. Todos los viernes cenaban fuera de casa. Liam lo acompañaba al instituto y hacían millones de cosas juntos, a fin de cuentas, eran una familia unida.

«Familia», esa era otra palabra que le resultaba extraña.

Su parada llegó y, cuando iba a bajarse, reparó en el paraguas que Jeon había dejado olvidado a sus pies. Lo tomó entre sus manos. El novato se iba a calar, pero él no lo haría. Se encogió de hombros. ¿Qué más le daba? No le importaba nada en absoluto, Luca no significaba nada para él. Que hubiese tenido más cuidado con sus cosas. Además, por su descuido, él salía ganando. Pero, a pesar de intentar pensar de manera egoísta, el pelo negro empapado de Luca Jeon se coló en su cabeza. Preocupado, pensó que, cuando llegara a casa, le mandaría un wasap para preguntarle qué tal se encontraba, si había llegado bien. Al fin y al cabo, el paraguas amarillo era de él.

«Sí, sí, le mandaré un mensaje, más que nada por educación», se dijo mientras caminaba con rapidez hacia su casa.

Llegó a la verja que daba acceso a la vivienda. Caminó los pocos pasos que lo separaban de la puerta de entrada, tomó las llaves y la abrió. En el descansillo se deshizo sin ningún cuidado de sus zapatillas empapadas.

Nadie le dio la bienvenida, nadie lo esperaba, pero ya estaba acostumbrado.

Lo primero que hizo fue mandar un wasap a Energizer —así lo había guardado entre sus pocos contactos—.

Ben:

Hola, te dejaste el paraguas.

Esperó con impaciencia a que él contestase y lo hizo casi de forma inmediata.

Energizer:

No te preocupes, mañana me lo das.



Ben:



Energizer:

Eres tan escueto como poco hablador.



Ben:



Con una de sus escasas sonrisas, esas que apenas lucía su boca, dejó el móvil sobre la mesa.

Vestido con el pijama tras una ducha caliente, se encaminó a la cocina.

Tienes la cena en la nevera.
No ensucies, no remolonees.
Nada de televisión ni juegos.
Los exámenes están próximos,
así que dedica
tu tiempo a estudiar.
Besos,
Mamá

Leyó la descuidada nota que había escrito en un pósit y puso los ojos en blanco.

«Como si no lo supiera». Le molestaba cuando su madre le recordaba su agenda de trabajos y de exámenes. No entendía esa necesidad que siempre tenía de meterse en su vida; él siempre había sido un chico trabajador, sensato, no necesitaba tener a nadie encima ordenándole, exigiéndole.

Arrugó la nota enfadado. Siempre igual, órdenes, órdenes y más órdenes. Ese control tan estricto le estaba volviendo loco. Estaba muy harto. Tenía ganas de alcanzar la mayoría de edad, de crecer lo suficiente para... ¿Para qué?, ¿para desobedecer?

«Nunca nunca serás capaz de llevarle la contraria. Al igual que jamás le harás frente a Seilor Brown. Por muchos años que pasen, siempre serás un cobarde», pensó con tal pena y con tal frustración que su corazón se encogió.

Suspiró con tristeza y, por supuesto, obediente, en silencio, sin encender la televisión, recalentó el plato precocinado que su madre había dejado dentro del frigorífico con otro pósit que rezaba:

Esta es tu cena.
No toques nada más.
Nada de dulces.
Mamá

Al pasar por al lado de uno de los espejos del pasillo, se contempló. Llevaba uno de esos absurdos pijamas estampados con ositos de peluche que le compraba su madre y que detestaba porque le resultaban demasiado infantiles, pero jamás se atrevería a decirle nada, nunca le hablaría de sus gustos; se limitaba a callar, obedecer y usar esa estúpida ropa. Se encogió de hombros y caminó hasta el salón. Se acomodó en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá y el plato de comida sobre la mesita del salón. Cenaría, como siempre, en silencio.

«Silencio», la palabra resonó como haciendo eco en su cabeza. Cerró los ojos y recordó la verborrea de Luca Jeon. Su voz había llenado las zonas en blanco de su cerebro mientras viajaban en el bus. Su potente voz, su bonita voz...

Sacudió la cabeza porque quería sacar ese estúpido pensamiento que se estaba formando con claridad en su mente:

«Me apetece oírlo, me gustó oírlo».

«¡No!», se gritó. Su vida ya era bastante dura para que una persona como Luca entrase en ella. Estaba mejor solo, sin amigos; los amigos no servían para nada. Lo mejor era pensar solo en él, ocuparse solo de sus necesidades. Era más fácil, más cómodo.

—¡Benjamin! —La voz inconfundible de Liam le hizo levantarse como si un resorte se hubiera accionado, no lo había escuchado entrar en la casa.

Liam era la única persona que le importaba, la única con la que quería estar, con quien hablaba sin tartamudear, pues junto a su hermano mayor se sentía seguro. Liam no le cuestionaba, no le criticaba; lo entendía, lo cuidaba y siempre estaba a su lado, apoyándolo cuando su madre le criticaba por su tartamudez, por ser tan reservado, por no comunicarse como el resto del mundo, como lo hacían los chicos de su edad.

—¡Hola! —lo saludó con alegría, y se lanzó a sus brazos.

Liam lo acogió con cariño.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó mientras acariciaba sus rizos pelirrojos.

—Bueno, como siempre. —Se encogió de hombros. Liam no sabía cómo era su vida en la escuela, pues nunca se atrevería a revelar el acoso al que se veía sometido, ni siquiera a la única persona a la que su existencia parecía importarle.

Liam miró con enfado el plato de comida precocinada.

—¿Otra vez mamá te ha dejado esa porquería? —Por más que había discutido con su madre sobre la importancia de una comida sana, esta no le hacía caso y seguía comprando esos platos insulsos.

—No pasa nada, está bueno —mintió—. ¿Qué tal te va todo? Te he echado de menos —cambió de tema. Además, llevaba tiempo sin ver a su hermano, pues por su trabajo viajaba muy a menudo. Liam trabajaba como consultor de negocios internacionales para Global Nexux Consultancy, y era uno de sus mejores agentes. Adoraba su trabajo porque gracias a él viajaba por todo el mundo; la única desventaja era que, como no tenía horario, podían avisarlo en cualquier momento si surgía algún problema.

—Eres un chico muy listo. Ya veo tu táctica de despiste. Está bien, por ahora, dejaré el tema de la comida y de mamá. —Lo señaló con el dedo índice—. Vamos a cenar algo más nutritivo, yo te lo prepararé.

—Pero mamá se enfadará... No quiere que toque nada de la nevera.

—No te preocupes, yo hablaré con ella. —Le revolvió de nuevo el cabello y Ben protestó. Le molestaban ese tipo de caricias, parecía que Liam lo seguía tratando como si fuera un bebé—. Anda, vamos. —Liam tiró de una de sus manos con tanta fuerza que le hizo trastabillar. Entonces asomó una pequeña sonrisa en la boca de Ben y juntos se encaminaron a la cocina.

Mientras Liam preparaba algo rápido y sano de cenar para los dos, le contó cosas de su trabajo, del último país en el que había estado haciendo negocios.

—Seúl es una ciudad de locos, moderna y muy limpia. Los coreanos son gente muy amable y acogedora...

Ben lo escuchaba muy interesado, más aún cuando recordó que Luca Jeon le había contado que su padre era de Corea. «¡Qué casualidad!», pensó. Justo cuando llegaba ese extraño a su vida, su hermano acababa de aterrizar de ese país tan lejano.

El olor delicioso de la comida llenó la cocina y el estómago de Ben rugió.

Tras tirar a la basura la comida precocinada —de la que Ben apenas había tomado unos bocados—, colocaron los platos sobre la mesita y, sentados en el suelo, como era su costumbre, degustaron el delicioso manjar que Liam había improvisado en tan poco tiempo que a Ben le resultó increíble.

—Eres el mejor —le aduló cuando, al meterse en la boca la cuchara a rebosar, probó el delicioso sabor de la comida.

—Lo sé —se carcajeó Liam.

Cenaron entre risas, bromas y charla. Liam era la única persona en el mundo que dejaba salir al exterior al verdadero Ben, al chico de dieciséis años con ganas de vivir, de comerse el mundo, de sentirse parte de un grupo, de ser alguien comprendido y aceptado por lo que era, por cómo era. Con su hermano salía de su caparazón, no tartamudeaba y le encantaba hablar de todo, de todo menos de su verdadera vida, esa que mantenía oculta.

Lástima que Liam se había independizado hacía un tiempo. Cuando estaba en casa viviendo con su madre, siempre lo tenía para que le preparase comidas deliciosas, para que lo ayudara a estudiar. Juntos veían la televisión, jugaban a videojuegos, incluso hacían deporte. Pero un día Liam encontró un buen trabajo, uno que lo obligaba a pasar mucho tiempo viajando, y lo dejó solo. Entonces Ben se encerró en su mundo y comenzó a aislarse, a no dejarse ver, a ser invisible para poder sobrevivir en ese mundo cruel.

—Bueno, bueno... —Liam lo miró sonriente—. Conozco a una personita que en poco tiempo cumple los diecisiete —dijo con tono juguetón—. Y bien, dime, hermanito, ¿qué se siente

cuando te queda tan poquito? ¿Qué planes tienes? Lo celebrarás por todo lo alto, ¿verdad? — Elevó una ceja y después la otra de forma insinuante—. Supongo que por ahí habrá alguna chica con la que quieras pasar un día tan importante en la vida de un hombre.

Ben se puso rojo como solo los pelirrojos pueden ponerse: con todos los poros de su piel.

—¡Qué tontería! —exclamó con voz chillona—. No hay ninguna chica —susurró, azorado, mientras bajaba con timidez la mirada.

—¡Imposible! —gritó Liam—. Pero si eres el tío más atractivo de la ciudad. Estoy seguro de que las chicas del barrio se pelean por ti.

—Bah, déjalo ya —insistió.

—Vale, vale, entiendo que te sientas tímido, pero aquí estoy para lo que necesites. Si quieres que te explique cosas sobre las chicas, si necesitas condones o...

—¡Calla! —lo interrumpió, avergonzado por el curso que estaba tomando la conversación.

—Ben. —Liam dejó de reír, se puso muy serio y, tras poner un dedo bajo la barbilla de su hermano y obligarlo con un leve empujón a que lo mirase a los ojos, le habló—: El sexo es un tema muy importante porque estás en una edad complicada. Las hormonas en plena ebullición pueden llevarte a cometer locuras, a hacer cosas sin pensar, y luego vienen los llantos y el arrepentimiento. Como tu hermano mayor y único referente, pues por desgracia tenemos una madre desastrosa que no se ocupa de nada, debo ayudarte. ¿Lo entiendes?

Ben asintió. Pues claro que lo entendía, pero no podía decirle que su vida era tan asquerosamente aburrida y tan complicada que ni siquiera tenía fuerzas para pensar en chicas, en sexo. Sus hormonas estaban aletargadas por el aburrimiento. Lo único que le preocupaba era sobrevivir, estudiar y terminar ese último curso. Cuando fuera libre del instituto, del Cobra y su panda, quizá entonces sintiera esas ganas que, según la biología, se despertaban en los adolescentes.

Calló, pues no deseaba preocupar a su hermano. Calló y se limitó a escucharlo.

—Si alguna vez tienes dudas sobre lo que sea, si necesitas respuestas, llámame, acude a mí. ¿De acuerdo? Sé que vas a buscar respuestas por internet, pero no lo hagas, Ben, las redes pueden confundirte. Pregúntale a tu hermano mayor antes de preguntarle a Google, ¿OK? —Ben asintió de nuevo—. Prométemelo —rogó, y tomó uno de sus meñiques con uno de los suyos y juntos los sacudieron, tal como le había enseñado cuando era pequeño. Esa era la manera en la que esos dos hermanos sellaban sus promesas, promesas inquebrantables a las que jamás faltarían.

—He venido hoy porque no voy a poder estar en tu cumpleaños —afirmó Liam con tristeza, y Ben soltó un profundo suspiro de desolación—. Mañana, muy temprano, vuelo a Nueva York y voy a estar allí un par de semanas —explicó—. Pero te prometo que en cuanto regrese te compensaré, pasaremos el día juntos. Lo celebraremos con un poco de atraso, pero por todo lo alto, ¿te parece bien? —Ben asintió con efusividad. Lo mejor de su sosa vida eran los pocos instantes que pasaba con su hermano—. Buen chico. —Acarició de nuevo el rojo cabello de su hermano pequeño.

De repente, se puso de pie. Ben lo observó intrigado. Cuando regresó al salón, lo vio aparecer con una bolsa de plástico entre las manos.

—Toma. —Se la tendió.

Ben la tomó y lo miró con curiosidad.

—Vamos, mira lo que hay dentro —lo alentó.

Obedeció con una sonrisa pintada en los labios. Si venía de parte de Liam, seguro que era algo bueno. Dentro había una caja envuelta en papel de regalo.

—¿En serio? —preguntó molesto Ben al ver los dibujos infantiles que cubrían el envoltorio. Liam seguía tratándolo como un niño.

—Y eso me lo pregunta un tío que lleva un pijama de ositos —se carcajeó, señalando el diseño infantil.

—Esto es cosa de mamá —corrió a explicarse—. Lo odio.

—Yo también lo odiaría, pero mi papel de regalo es muy *cool* —contestó su hermano con una sonrisa burlona. Cuando eligió el envoltorio, era consciente de lo que le iba a molestar a Ben; disfrutaba haciéndolo rabiar con esas cosas.

—Sí, sí, es muy *cool*, mucho. —Su tono burlón ocasionó las risas del hermano mayor.

—Dale, ábrelo —lo animó, y Ben comenzó a quitar el envoltorio con pulcritud y parsimonia, como si ese papel de regalo fuera lo más maravilloso del mundo.

Liam se lo arrebató tras soltar un profundo suspiro de frustración y arrancó él mismo el envoltorio sin contemplaciones, sin miramientos.

—Así es como se hace —explicó, orgulloso, contemplando el papel destrozado—. Siempre has sido un moñas desenvolviendo regalos.

Pero Ben no le prestaba atención, pues al arrancar el papel quedó al descubierto el regalo que su hermano mayor le acababa de hacer. Eran esas zapatillas que desde hacía tiempo quería, eran exactamente las que deseaba, y feliz, tras arrebatarse a su hermano la caja, la abrió.

Uno, dos, tres segundos y sus pupilas se dilataron. Las contempló como si fueran lo más bonito que había visto en toda su vida.

—Pero... ¿cómo...? —Apenas le salían las palabras.

—¿Cómo sé que era lo que querías? —Liam terminó la pregunta por él y sonrió al ver la efusividad con la que Ben asentía—. Recuerda, pequeño: tu hermano mayor lo sabe todo de ti.

—Eres un flipado —espetó Ben, que sacudió la cabeza y de nuevo clavó los ojos en sus perfectas deportivas nuevas—. ¡Me encantan! —gritó, dichoso, y se arrojó a los brazos de su hermano—. ¡Gracias, gracias, muchísimas gracias!

Liam se carcajeó satisfecho. Ben se merecía ser feliz. Siempre había sido un buen niño, obediente, jamás se metía en líos, y ya que su madre no era capaz de verlo y premiarlo, él lo haría. Además, se sentía tan culpable por dejarlo solo en esa gran casa que necesitaba compensar sus ausencias, aunque era consciente de que esa no era la mejor manera, pues la dicha por las cosas materiales es efímera.

Lo abrazó con fuerza. Le gustaría hacerle otra promesa, una que pudiese cumplir. Le habría encantado decirle que se lo iba a llevar con él, lejos de su madre, de esa vida solitaria que lo estaba transformando en un chico triste y apagado. Recordar el niño que fue le desquebrajó el corazón, pues el Ben de antaño era un pequeño travieso, alegre.

«¿A dónde se fue ese pequeño?», pensó con tristeza y con cierto sentimiento de culpabilidad, pues nada había hecho por cambiar la vida de su hermano pequeño.

—Tú no tienes la culpa. —Las palabras de Ben lo desconcertaron hasta tal punto que se separó de su cuerpo para mirarlo a la cara.

—¿Eres vidente? —preguntó, sorprendido—. ¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

—Es evidente, hermano. Eres transparente como ese cristal. —Lo señaló con un dedo.

Liam lo contempló con tristeza y no pudo evitar bajar los ojos, avergonzado.

—¿Cómo eres tan maduro? —Suspiró con cierta tristeza. No debería ser así, tendría que ser el típico adolescente—. ¿De verdad piensas así? —le preguntó tras chasquear la lengua.

—Pues claro que sí. No hiciste nada malo. Debes cumplir tus sueños, debes hacer tu vida. Yo estoy bien —mintió, y se obligó a sonreír y a mirar a su hermano a los ojos—. Prefiero estar

solo en casa que tener a mamá revoloteando a mi alrededor, ya sabes que siempre he sido muy independiente. ¿Quién la necesita? Puedo hacer lo que me da la gana, soy libre. Y mamá es muy plasta con la limpieza. Cuando ella está, apenas me puedo mover. —Debía ser un buen actor, pues Liam parecía estar tragándose su comedia.

—Bien, bien, pero te repito: si en algún momento me necesitas, si algo pasara, prométeme que me lo contarás. Júramelo.

Ben asintió y volvió a arrojarle a los brazos protectores de su hermano.





Capítulo 4

*Olvidémonos de todo lo existente
y toma mi mano.
Vamos a correr hacia el futuro.
«Life Goes On», BTS*

Esa fría mañana Ben se calzó sus nuevas deportivas y se contempló en el espejo. La imagen que le devolvía era la de un chico bajito, delgado, pelirrojo, pecoso y con unas gafas que le hacían parecer lo que era: el típico empollón.

El uniforme de chaqueta azul claro, pulcramente abrochado, le favorecía; era la prenda que más le gustaba, al igual que la más odiada por el resto de sus compañeros. Se cercioró de que llevaba la camisa bien metida dentro de los pantalones —siempre debía ir impecable—, se ajustó la corbata, se atusó el pelo y clavó la mirada en sus blanquísimas y perfectas zapatillas.

—*Cool* —dijo en voz alta imitando a su hermano, y sonrió.

Salió a la calle pisando fuerte y con las expectativas muy altas, ese día iba a ser diferente a todos los demás porque sus pasos eran más seguros. Siempre que se veía con su hermano le sucedía lo mismo, era como un chute de positividad en vena. Tal vez era porque le recordaba que no estaba solo, que a alguien de ese mundo le importaba y se preocupaba por él.

Subió al autobús y encontró sitio, siempre salía con tiempo de sobra. A esas horas, los estudiantes estarían remoloneando en sus casas, apurando el tiempo; no todo el mundo era tan raro como él.

Miraba por la ventana distraído cuando su olor lo golpeó con fuerza. Las aletas de su nariz se movieron tratando de atrapar cada brizna de ese aroma especiado y delicioso para su pituitaria.

—Hola, amigo —le saludó Luca Jeon con alegría.

Antes de tomar asiento, Ben pudo contemplarlo. Eran tan diferentes, tan distintos... A la pulcritud en la vestimenta de Ben se le oponía el atractivo desastre de la de Luca. Llevaba su parka azul marino desabrochada, dejando ver su desaliñado aspecto. La chaqueta también estaba desabotonada y bajo ella se veía la blanca camisa del uniforme colgando fuera del pantalón, la corbata floja, con el nudo a medio camino del lugar donde debería estar. «¡Menudo desastre! —pensó Ben—, pero qué desastre tan maravilloso». Seguramente se llevaría una severa reprimenda por parte del director, muy comprometido con la imagen de su escuela. A esos aros que lucía en los lóbulos de las orejas y que le hacían más atrayente les quedaban poco tiempo, pues lo obligarían a quitárselos, ya que estaban prohibidos.

Se sentó a su lado y clavó sus almendrados ojos negros en los de él.

—Ho-o-o-la. —La tartamudez había regresado, como siempre que se sentía inseguro. Su cara se tiñó de ese rojo que tanto odiaba, pues no podía controlarlo.

—Sabía que serías de los que madrugan y no me equivocaba. Eh, tío, bonitas zapatillas. Son

nuevas, ¿verdad?

Ben asintió con orgullo.

—Me-e las re-e-ga-ló mi-mi her-her-ma-ma-no.

—¡Cool! —La palabra que usó le hizo reír a carcajadas, pues era la misma que Liam había utilizado. Era una palabra que todos usaban a todas horas. Jeon era muy contradictorio; por su aspecto exterior, todos pensarían que era un tío moderno, pues su imagen era de lo más actual, incluso su lenguaje, pero no era así. Su móvil estaba obsoleto, usaba notas escritas e incluso un mapa dibujado en una hoja de papel—. Me encanta tu risa. —Sus ojos rasgados lo contemplaban y en su boca lucía una preciosa sonrisa—. Deberías reír más a menudo.

Ben se sintió tan tímido que desvió la mirada clavándola en la ventanilla para así ocultar cómo su cara, de nuevo, se encendía de un rojo intenso. Carraspeó para deshacerse de la sonrisa bobalicona que lucía su boca.

El resto del camino, el novato no dejó de hablar y Ben no paró de sonreír. Ese tío le empezaba a caer bastante bien. Quizá sí que iba a ser un día diferente. Tan solo faltaría que el Cobra y su grupo desapareciesen del instituto, de la faz de la tierra, entonces y solo entonces su vida sería maravillosa.

—Vaya, llueve de nuevo —dijo Luca, molesto, cuando se bajaron del autobús.

Ben abrió el paraguas que la tarde anterior él se había dejado en el bus y lo resguardó de las frías gotas que caían de manera incesante.

—Ya no recordaba que aquí siempre llueve —dijo Luca con tono molesto.

Ben se limitó a asentir.

—Vaya mierda, me tendré que volver a acostumbrar al clima de Larksville^[3]. Donde yo vivía apenas llovía. El sol brillaba... —Ben contempló como su mirada se iluminaba al recordar su antiguo hogar. Luca suspiró y se encogió de hombros—. Pero esos eran otros tiempos —susurró con tono triste, y Ben dejó de ver al adolescente, parecía más bien un hombre adulto que había pasado por muchas cosas en la vida.

Le hubiera gustado indagar un poco, preguntarle el motivo que le había hecho dejar su hogar, su instituto e ir a vivir a esa ciudad tan lejana a su tierra. Supuso que sus padres debían tener poderosas razones para hacer algo así, pues seguramente le habían condenado a repetir curso; era imposible sacar todas las asignaturas con el programa escolar tan avanzado. Pero calló, aún no se sentía tan cómodo con ese extraño como para lanzarle sus preguntas.

Caminaron hasta el instituto como lo habían hecho la tarde anterior, codo con codo, mientras Luca le contaba cosas sobre la ciudad que lo había acogido los diecisiete primeros años de su vida.

Luca volvió a comer con Seilor y su panda, y a eso de las seis uno de los profesores le dijo que debía pasarse por el despacho del director.

Ben lo contempló con cierta preocupación. ¿Qué querría el señor Benson?

«No me importa —se reprendió con severidad—. Tan solo preocúpate de ti». Pero, por más que lo intentó, estuvo ansioso hasta que por fin lo vio regresar al aula.

—Eh, Luca. —Seilor salió a su encuentro—. ¿Qué quería el director?

—Nada importante... —contestó, y caminó hasta el sitio que ocupaba al lado de Ben.

—Seguro que te ha dicho lo del pelo y lo de los pendientes. —Leonard soltó una carcajada.

Luca se encogió de hombros, pero no contestó.

Las charlas se cortaron en el momento en que entró el profesor al aula.

—¿Qué ha pasa-sado? —Ben había permanecido, como era su costumbre, en total silencio intentando atender, poner todos sus sentidos en las explicaciones que daba el profesor, pero no

podía dejar de pensar en qué habría sucedido en el despacho del director. Sus ojos buscaban constantemente al novato en vez de tomar notas. Resistió todo lo que pudo, al fin y al cabo, qué le importaba a él, pero al final sucumbió a la curiosidad.

—¿Tú que crees? Prohibiciones y más prohibiciones, en esta escuela están muy atrasados —susurró, molesto.

—Ya, es un asco. —La apreciación de Ben hacia las normas encorsetadas de la vieja escuela se ganó una bonita sonrisa del novato—. ¿Qué vas a hacer?

—Pasar, voy a pasar de todas esas tonterías —afirmó con contundencia, y Ben lo contempló con admiración. Hacer frente a la escuela, al director y sus normas —por más estúpidas que fueran— era una locura, pero claro, Luca era un loco lunático.

Los siguientes días transcurrieron tranquilos para Ben. Seilor y su panda tenían un nuevo entretenimiento: Luca. Iban juntos a comer, en los recreos bromeaban, reían y dejaron de meterse con él.

El novato se movía entre las cobras sin temor a su mordedura, hacía y deshacía lo que le daba la gana. Incluso el director parecía haber claudicado, pues él continuaba llevando sus pendientes, su aspecto desaliñado y ese flequillo largo que tan atractivo le hacía, y nada parecía pasar.

Aquellos días fueron los más relajados y tranquilos que había vivido Ben en mucho tiempo. Se sentía libre, nadie le molestaba. Luca parecía tener algo especial que creaba un buen ambiente entre los compañeros y que mantenía a los abusones tranquilos, como si fuera un potente sedante para ellos.

El novato le gustaba a todo el mundo, no había nadie en la clase al que le cayera mal. Y Ben se sentía afortunado, pues lo tenía a su lado, charlaban sin parar y a la salida tomaban juntos el autobús.



Capítulo 5

*Seremos jóvenes por siempre.
En medio de esta lluvia, sigo dando vueltas en este laberinto.
Queremos ser jóvenes por siempre.
Aunque me caiga y me haga daño,
no dejaré de correr hasta alcanzar mis sueños.
«For Youth», BTS*

Pero un día todo se truncó.

De golpe, las cosas volvieron a ser lo que siempre habían sido. La paz que había vivido se esfumó.

A última hora de la tarde, cuando la clase acabó, todos fueron saliendo hacia sus casas. Como era su costumbre, Luca lo esperó con paciencia y caminaron juntos hasta la parada del autobús. Ben había bajado la guardia, se había confiado y, sin darse cuenta, se metió en la boca del lobo.

Todo se desmoronó en un instante y terminó viviendo el peor momento de su vida, pues, a pesar de la desesperación que en más de una ocasión había experimentado, jamás se le había pasado por la cabeza subir a esa azotea, a esa cornisa y pensar en lanzarse al vacío. Y, sin embargo, aquel día todos sus pasos lo habían llevado hasta allí. ¿Por qué había sido diferente? ¿Por qué había tomado esa decisión? ¿Por qué había sido peor que nunca? Sencillo. Nada tenían que ver sus zapatillas nuevas ni que fuesen regalo de su hermano; él no era tan materialista, no. El detonante que lo llevó a tomar esa decisión fue que todo había sucedido en presencia de Luca.

Cuando el Cobra y sus compinches lo habían asaltado, Luca estaba con ellos. Presenció los insultos, los empujones, sus ruegos porque lo dejarasen en paz, sus burlas por su tartamudez al expresarse, sus golpes, y eso le avergonzó tanto que tomó la determinación de terminar con todo.

¿Cómo iba a mirarlo de nuevo a los ojos? No podría soportarlo, y más aún cuando Luca intentó defenderlo y se llevó varios puñetazos de Seilor.

Y allí estaba, subido en la cornisa, temblando de miedo, cuando de repente él le tendió una de sus blancas manos.

—¿Qué, te animas? —La agitó a la espera de que Ben la tomara—. Bah, tío, dame una oportunidad. En realidad, no quieres hacerlo, ¿verdad? —Los ojos rasgados se clavaron en los verdes y un montón de sensaciones golpearon a Ben. ¿Qué poder tenía sobre él? ¿Por qué con una sola mirada le transmitía tantas cosas?—. Siempre hay tiempo para volver a subir a esta azotea...

Entonces sucedió el milagro.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

Ben se rindió, tomó su mano y se bajó. Las piernas le temblaban tanto que se le terminaron doblando y cayó entre sus brazos.

—Todo está bien —le susurró Luca, mientras se aferraba a él—, todo va a ir bien. Estoy aquí, aquí para ti, por ti... —le dijo. Y entonces Ben sintió como las manos de él temblaban, no había estado tan tranquilo como quiso aparentar.

La realidad lo golpeó. Un segundo, dos segundos, tres segundos le bastaron para ser consciente de que estaba abrazado al chico nuevo con todas sus fuerzas. Sus cuerpos estaban tan pegados que no quedaba ni un poco de espacio entre ellos. Con premura, Ben se soltó, lo empujó y puso distancia entre ellos.

«Esto no está bien», se dijo asustado. Nunca mantenía ningún tipo de contacto físico con nadie, excepto con su hermano; él era el único que podía abrazarlo, tocarlo.

Aunque sus piernas oscilaban, procuró reponerse con premura y mantener el equilibrio para no volver a caer entre sus brazos.

«Peligro», una luz roja se encendió en su cerebro. Debía alejarse...

Luca le sonrió y suspiró con intensidad; al parecer, había estado reteniendo el aliento. Sus ojos expresaban preocupación y terror por lo que había estado a punto de pasar, pero parecía ajeno a la marea de sentimientos contradictorios que golpeaban a Ben sin piedad.

—Sube —le ordenó. Con movimientos rápidos, se había colocado en cuclillas y de espaldas frente a él.

—¿Có-có-mo?

El novato giró la cabeza sobre uno de sus hombros para mirarlo.

—Que te subas —insistió—. Vas descalzo. —Señaló sus sucios calcetines.

¿Pretendía que se subiera a su espalda? Ben negó con vehemencia.

«Qué locura... No, no y no».

Pero al final terminó cediendo. Enredó los brazos alrededor del cuello de Luca, mientras que los de este sostenían sus piernas. Hundió la cara en su pelo, presa de la vergüenza, buscando esconderse.

—Caramba, no pesas nada —afirmó Luca.

Y, como si eso hubiera sido el detonante para deshacerse de todo lo que cargaba en su corazón, Ben sollozó, porque de repente se sentía cómodo, protegido, porque subido a caballo en su espalda dejó de tener miedo, y sus ojos se anegaron, se permitió llorar. Aunque más tarde se sentiría avergonzado por mostrar su debilidad, por dejarse ir delante de ese extraño chico con el superpoder de ayudarlo a ser él mismo, por no esconderse como siempre solía hacer.

—Llora sin miedo, desahógate, nadie te ve. Yo cuidaré de ti. —Su voz temblaba, pero conseguía calmarlo, como si fuese un potente sedante. Luca también lloraba, podía notar sus sollozos por la forma en la que su cuerpo temblaba y pensó que, tras los nervios, la adrenalina y el terror que juntos acababan de experimentar, necesitaban sacarlo fuera. De repente, se sintió tan agotado que pensó que podría quedarse dormido sobre su espalda. Mecido por sus pasos lentos y portado como si fuera ligero como una pluma—. No debes sentirte avergonzado por lo que ha pasado hoy —le explicó Luca entre sollozos, mientras caminaba hacia la salida del instituto—. Esos tíos son unos cabrones —dijo con rabia. Le soltó una pierna y Ben supuso que se limpiaba las lágrimas con furia, pues no podía ver lo que estaba haciendo—. Siento... —Un largo suspiro salió de su boca y su brazo regresó a sostenerlo—. Siento no haberme dado cuenta antes de lo que eran.

—No-no de-debes sentirte mal. El Cobra fue muy agradable contigo, ¿cómo ibas a imaginar

que en realidad era un abusón? —Comenzaba a sentirse tan cómodo con él que su tartamudez poco a poco iba desapareciendo.

—¿Cobra? —preguntó Luca, intrigado—. Un mote de lo más apropiado.

—La cobra real es una de las serpientes más venenosas del mundo.

—Eres un friki —confirmó Luca entre carcajadas—. Pero ¿sabes qué?, yo también lo soy. Me encanta ser el raro, el tipo extraño al que todos miran como si estuviera loco.

—Pues yo prefiero pasar desapercibido.

—¿Ves? Debemos ser amigos porque nos complementamos.

—¿Te-te duele? —interrogó Ben.

—¿Cómo?

—La cara. —Hizo alusión al puñetazo que Seilor le había dado por su culpa.

—¿Esto? —Luca quitó por un instante el brazo con el que sujetaba la pierna derecha de Ben y se señaló el lugar afectado por el golpe, que había empezado a hincharse y que seguramente adquiriría en breve un color negruzco—. No, qué va, no duele nada —mintió.

Pero lo hacía tan mal que Ben resopló molesto.

—¿Te crees un tipo duro?

—Vale, vale, sí, duele un huevo. Pero no me matará, es solo un morado. Lo que me jode es no haber podido arrearle yo a él. Te juro que me dan ganas de reventarlo a golpes, el muy hijo de...

Comenzaba a exaltarse y Ben se apretó con más fuerza a su espalda intentando transmitirle serenidad. Ese gesto hizo que la verborrea de Luca se cortase de golpe.

—Lo intentaste, pero eran cuatro contra uno. —Y así había sido, Luca no se había quedado quieto, como siempre hacía él: había peleado como una fiera hasta que los secuaces del Cobra lo retuvieron con extrema dureza. Seguramente a su ojo morado se unirían cercos oscuros en sus brazos, hematomas producidos por los dedos que lo apretaron hasta obligarlo a quedarse quieto.

—Dime una cosa, Ben, ¿esto lleva pasándote mucho tiempo?

—¿Te refieres a los abusos?

—Sí.

—Sí, desde hace tanto que ya casi no recuerdo lo que era sentirse a salvo. —Su voz se quebró de nuevo, pero se obligó a reponerse; bastante vergonzoso había sido llorar una vez entre su pelo como para repetirlo.

—¿Por qué lo aguantas?

—¿Y qué se supone que puedo hacer yo...? —contestó, molesto.

—Defenderte, Ben. Plantar cara, decírselo a alguien, al director, a un profe...

—De nada serviría —lo interrumpió—. Si lo hubiera hecho, las cosas habrían empeorado. ¿Sabes lo que les hacen a los chivatos? —Luca negó con la cabeza—. Créeme, es mejor no saberlo.

—¿Y...? ¿Y tus padres?

—¿Qué parte de que es mejor no ser un chivato no entiendes? —Su tono se volvió áspero. Le molestaba dar tantas explicaciones sobre algo que todo el mundo sabía. ¿Acaso el novato era tonto?

Luca no insistió y continuaron en total silencio, uno que pesaba, que incomodaba tanto a Ben que rebuscó un tema sobre el que hablar, algo que lo ayudase a olvidar la situación tan vergonzosa en la que se encontraba, que le hiciera dejar de sentir el bamboleo de su cuerpo con cada paso de Luca.

—¿Por qué veintiún días? —le preguntó, satisfecho; al fin había encontrado algo de lo que

hablar.

—¿Cómo?

—Dijiste que te diera veintiún días.

—Oh, eso. No sé, estaba nervioso. No todos los días me encuentro a alguien subido en una cornisa.

Ben asintió satisfecho. Sabía que todo había sido una simple pose, una magistral interpretación, pero al final la verdad había salido a la luz: estaba afectado por lo ocurrido, muy afectado.

—Ya, imagino —le dijo mientras asentía.

—Es solo que recordé haber leído en algún sitio que veintiún días son los que hacen falta para crear un hábito. Por eso yo... pensé que si me dabas veintiún días conseguiría devolverte las ganas de... —Un largo suspiro salió de su boca—. Estaba aterrado, Ben.

—Lo-lo siento. —La vergüenza que en un principio sintió dejó paso al arrepentimiento, a un profundo malestar por haberlo puesto en esa encrucijada, por haberle hecho pasar por un momento tan terrorífico. Ben Chester sintió el peso de la culpa.

—Tan solo... Tan solo... —Ben escuchó como Luca tragaba saliva con dificultad—. Solo quiero que me prometas que nunca más harás algo tan estúpido como esto. Si te sientes perdido, acude a mí, o a quien sea, ¿entiendes? —Giró la cabeza para mirarlo y Ben asintió.

El resto del camino hasta la parada del bus lo hicieron en silencio. Las manos de Luca no paraban de temblar. Ben cerró los ojos y apretó los brazos, que reposaban alrededor del cuello de Jeon; eso pareció serenarlo, pues poco a poco notó como sus manos se relajaban.

—Déjame en el suelo —rogó Ben. El autobús estaba a punto de llegar y no le apetecía llamar más la atención de lo que lo habían hecho todo el recorrido hasta la parada. Entrar descalzo era menos bochornoso que hacerlo a hombros de Luca.

Él lo entendió y se agachó para que pudiese poner los pies sobre el frío asfalto.

—Pero... pero ¿qué haces? —lo interrogó cuando vio como comenzaba a desabrochar los cordones de sus zapatillas.

—Tú lo has dicho antes: te gusta pasar desapercibido. A mí no me importa que la gente me juzgue, estoy acostumbrado y, la verdad, me resbala, pero a ti te afecta. Así que pónelas, el bus está a punto de llegar. —Mientras hablaba, se fue desprendiendo de sus viejas deportivas.

—Pe-pero...

—No hay peros que valgan. Vamos pónelas, están limpias. —Se las ofreció y Ben terminó obedeciendo. Lo miró con admiración, con emoción. Nunca nadie había hecho algo así por él.

Las manos le temblaban mientras se las colocaba y, con tristeza, contempló los pies vestidos con calcetines blancos de Luca, que parecía sentirse de lo más cómodo.

—¿Te quedan bien? —interrogó el novato.

—Un poco grandes. Pero... gracias, muchas gracias.

—No me las des, somos amigos, ¿recuerdas?

El autobús llegó, Ben subió tras Luca y observó con rabia como todo el mundo miraba sus calcetines, como susurraban a su paso e incluso algunos se reían.

—No te preocupes por mí, pelirrojo —le dijo con tono cariñoso al ver como Ben lo contemplaba abatido—, te aseguro que no me afecta, estoy bien. —Acarició con ternura sus rizos rojos y, para corroborar sus palabras, le sonrió.

Luca no se bajó en su parada, se negaba a quitarle las zapatillas a Ben; además, quería acompañarlo hasta su casa.

Al bajar del autobús, Ben le devolvió las zapatillas.

—Vamos, pelirrojo, te voy a dar otro paseíto a caballo —le explicó mientras, de nuevo, se agachaba para que se subiese a su espalda.

—Podría llevarte yo —protestó Ben.

—Lo dudo. Peso mucho y soy muy alto, no podrías conmigo.

Ben cerró la boca, él tenía razón.

—¡GUAUU! —exclamó Luca al ver la monumental casa en la que Ben vivía con su madre—. Eres rico, pelirrojo —afirmó.

Ben se encogió de hombros. ¿De qué servía todo ese dinero cuando su vida era tan solitaria y triste?

Lo bajó en la entrada para que pudiese abrir la puerta, pero no atravesó el umbral.

—Pa-pasa —solicitó con nerviosismo. Su cabeza, como le sucedía siempre que estaba con Luca, estaba totalmente confundida. Le apetecía mucho ver a Luca en su territorio, en su casa, pero, por otro lado, temía que él no se sintiese cómodo en ese entorno tan aséptico, con tan poco calor de hogar. Sin embargo, la necesidad de no quedarse solo, de disfrutar de su compañía, fue más poderosa.

Luca le sonrió y aceptó su invitación encantado. Pero se quedó parado en el descansillo.

—Espero no molestar a tus padres. —Miró hacia todos lados en su busca.

—No te preocupes. Mi madre está trabajando, nunca está cuando llego.

Luca asintió.

—¿Y tu padre?

—No vive con nosotros, se divorciaron y ahora tiene otra familia. Apenas lo veo... —Cerró la boca de golpe, no le gustaba hablar de esas cosas y más al darse cuenta de que Luca lo observaba con tristeza—. Estoy bien —corrió a aclarar—, ya superé la fase de echarlo de menos —mintió.

—No digas que no importa, pelirrojo. Sé lo que es esa sensación de soledad. —Suspiró con fuerza, pero al instante sacudió la cabeza, parecía querer sacar todos los pensamientos que se agolpaban y seguramente le hacían daño—. Me encanta tu casa —soltó sin venir a cuento y con una mueca que se asemejaba a una torpe sonrisa.

Entonces Ben lo supo: sin lugar a dudas, ese tema también era delicado para él. Le habría gustado preguntarle, indagar más sobre su vida, pero sus palabras, su forma de cortar la conversación, le indicaron que él tampoco parecía estar dispuesto a contarle nada más, al menos de momento.

Ben Chester lo dejó pasar; era experto en guardarse todo, ¿cómo iba a reprocharle que él hiciera lo mismo?

Sobre la mesa del salón encontró una de las notas que su madre le dejaba por todas partes.

No pasaré la
noche en casa.
Mamá

Soltó un suspiro triste. No estaría para su cumpleaños, ni siquiera parecía recordarlo, pues nada había puesto en la nota referente al tema. Pero no dijo nada, se limitó a arrugarla y guardarla en el bolsillo de sus pantalones. Más tarde la tiraría; de momento, la quitaría de la vista para que Luca no reparase en ella.

Ben se giró en busca de su invitado y lo contempló extasiado. Luca Jeon observaba el entorno con la boca abierta, lo miraba todo sin ni siquiera atreverse a caminar por el suelo brillante del gran salón por temor a ensuciarlo. Y esa era la impresión que daba su hogar: un lugar aséptico, frío, en el que todo estaba tan perfectamente colocado que aterraba adentrarse en él.

—Venga, pasa —lo alentó, y solo entonces Luca reaccionó. Se quitó las zapatillas y caminó descalzo hasta internarse en el salón.

Ben se fue al baño, dejándolo solo. Cuando regresó, se lo encontró escrutando los retratos, que, vestidos con marcos dorados, reposaban sobre la repisa de la chimenea.

—¿Eres tú? —interrogó, señalando una foto en la que se veía un precioso niño que sonreía dichoso a la cámara.

—Sí.

—Qué lindo eras, pelirrojo. Bueno, aún lo eres. —De nuevo, sus miradas conectaron y Ben sintió como un agradable calorcito comenzaba a crecer en el centro del vientre y se expandía por todo su cuerpo, como las ondas que, al lanzar una piedra, crecen en el agua.

Asustado por los sentimientos extraños que el novato le transmitía con una sola mirada, con unas simples palabras, se alejó con premura.

Dejó sobre la mesita del salón la caja que había ido a buscar al baño.

—He traído... para... Cúrate —le ordenó, y de nuevo lo dejó solo en el salón.

Necesitaba poner más espacio entre ellos porque no entendía lo que le estaba pasando, no comprendía por qué le afectaban tanto sus miradas, sus palabras, su aroma.

Entró en la cocina, sacó dos vasos y los llenó de agua. Él se bebió uno de un solo trago y el otro se lo llevó, y le sirvió de excusa por haber vuelto a dejarlo solo.

Luca estaba sentado en el suelo, el botiquín que le había llevado permanecía abierto sobre la mesita. Tenía un algodón mojado en desinfectante y lo miraba con aprensión, como si fuese un

arma de destrucción masiva.

—¿Me ayudas? —solicitó con tono suplicante—. Sé que si lo hago yo no me lo limpiaré bien, soy un miedica y en cuanto me duela retiraré el algodón. —Se lo tendió y Ben, tras chasquear la lengua molesto, lo tomó con brusquedad. No deseaba ningún contacto con él, se sentía demasiado sensible, raro...

—No me creo que un tipo que se enfrenta sin miedo a cuatro tíos le tenga miedo a un algodón —expresó con sorna.

—Una cosa es soportar unos cuantos golpes y otra, limpiar una herida que duele.

Sus palabras hicieron que Ben clavase los ojos en los de él. Por la forma en la que Luca lo miraba, sus palabras no hablaban de ese tipo de magulladuras; se referían a las interiores, a esas que no han sido provocadas por golpes físicos. Le hablaba de las del alma, de las del corazón.

Asintió, pues tenía toda la razón.

Entonces se puso de rodillas frente a él y, con toda la delicadeza que pudo, le pasó el algodón por el pómulo herido.

«Al fin y al cabo, es culpa tuya que esté así», se dijo.

Procuró centrarse en lo que estaba haciendo, incluso clavó la mirada en la herida, procurando no desviarla ni a sus ojos ni a su boca... Pero le resultaba muy difícil. Sentía tal atracción que su mirada traidora quería contemplarlo sin tapujos, sin ningún tipo de reparo. Y Luca no ayudaba, pues podía sentir el calor de sus bellos ojos negros sobre él.

El teléfono comenzó a sonar y se sintió aliviado; podría poner distancia con él de manera natural.

Lo sacó de su bolsillo, era Liam.

—¡HOLAAAA! —le gritó tan fuerte que tuvo que retirarse el teléfono de la oreja—. CUMPLEAÑOS FELIZ —comenzó a entonar a voz en grito.

—Para, para —lo amonestó Ben.

—Felicidades, hermanito —dijo por fin en un tono normal.

—Aún no son las doce, no es mi cumpleaños.

—No te pongas tan pijotero. Solo me he adelantado un poco, no podía esperar. Además, eres tan obediente que seguro que, a pesar de que mamá no está, te acostarás a las diez como ella te ordena.

Como bien había dicho Liam, jamás se saltaba el toque de queda.

—Vale, vale... Déjalo ya. —Saber que Luca estaba escuchando la conversación le incomodaba y quería cortar la llamada lo antes posible—. Gracias, gracias... Ya hablaremos...

—Ehhh, ¿qué pasa? ¿No estás solo y me quieres largar? ¿Estás con una chica? ¿Es guapa? Mándame una foto.

—Calla, nooo... ¿Cómo? —Avergonzado, miró a Luca, que lo contemplaba con una sonrisa en la boca.

—Ya sabes lo que te dije. Si necesitas condo...

—Para, por favor —lo interrumpió con tono suplicante.

Luca se reía a carcajadas y Ben, preocupado porque Liam lo pudiese escuchar, le tapó la boca con la mano que tenía libre.

—Vale, vale, ya me contarás qué tal fue... Dale un besito de mi parte.

—Adiós, adiós, y gracias por la felicitación. —Cortó la llamada—. Y tú, deja de reírte de mí. —Señaló a Luca con un dedo.

—Así que mañana es tu cumpleaños —le dijo cuando la risa se calmó—. Pues lo primero que vamos a hacer con el primer día de los veintiuno que me has prometido va a ser celebrarlo

por todo lo alto.

¿Celebrar su cumpleaños?, ¿juntos?, ¿ellos dos solos?

—Quédate a dormir —soltó sin pensar. De repente, sintió la necesidad de estar a su lado, no quería quedarse solo, pero nada más lanzar su propuesta, nada meditada, se sintió incómodo—. Perdo-do-na, yo..., entiendo que no puedas... que no quieras...

—¡Me encanta la idea, pelirrojo! —lo interrumpió con premura.

—¿Sí? ¿De verdad? —Su voz expresaba dicha, tanta que se avergonzó de ser tan transparente, de que él pudiera ver de forma tan evidente lo mucho que le atraía la idea de que pasaran la noche juntos y, de nuevo, como era su costumbre, huyó—. Vo-voy a darme una ducha. —Y, sin darle opción a la réplica, corrió al baño.





Capítulo 6

Mantén tu brillo incluso en tus sueños.

Mantén tu brillo, prometo encontrarte.

Mantén tu brillo, nunca cambies.

Quiero sentirte.

Mantén tu brillo, que todos puedan verlo.

Mantén tu brillo, contagia tu luz.

Nunca cambies, brilla eternamente.

«Stay Gold», BTS

Tras una ducha rápida, se puso ropa cómoda. No pensaba presentarse delante de Luca con uno de sus pijamas horrorosos de franela y se decantó por un pantalón viejo de chándal y una camiseta de manga larga.

Buscó entre su ropa los pantalones más largos y la sudadera de talla más grande, aunque estaba seguro de que aun así le quedaría todo pequeño. Y sus sospechas se confirmaron cuando lo vio salir del baño, ya duchado y con la ropa que le había prestado.

Una gran sonrisa se dibujó en su boca. El pantalón de chándal no le llegaba ni a los tobillos, las mangas de la camiseta ni siquiera le cubrían las muñecas, pero, aun así, con esas pintas que en otro podrían parecerle ridículas, Luca se veía de lo más atractivo.

Sacudió la cabeza. Lo había estado contemplando demasiado tiempo y con cara de bobo, estaba seguro por la forma en la que Luca sonreía.

Ben repartió con él la cena que su madre había dejado en la nevera, le dio un cepillo de dientes nuevo y le preparó una improvisada cama en el sofá.

—Felices sueños, pelirrojo. Descansa, mañana va a ser un buen día. —La promesa implícita en sus palabras le resultó de lo más excitante.

Colorado, como solo él era capaz de ponerse, corrió a su habitación, se lanzó sobre la cama y, tras taparse la cara con la almohada, lanzó un grito para intentar liberar las sensaciones que le quemaban por dentro.

Le costó, pero consiguió caer en un sueño profundo.

Corría, corría todo lo veloz que sus piernas le dejaban. Estaba descalzo y las piedras se le clavaban en los pies. Dolía, pero no podía dejar de correr. Ellos le perseguían, no debían alcanzarlo. No se podía dejar atrapar. Sus pulmones ardían por el esfuerzo, apenas podía tomar aire, se ahogaba. De repente, sus pies quedaron atrapados en el asfalto, como si fuera un potente pegamento. No podía moverse, y ellos se le acercaban, cada vez estaban más y más cerca.

Gritó, gritó pidiendo ayuda.

—¡Ben! ¡Ben, despierta! —Su voz en un principio le llegó lejana, muy lejana—. ¡Ben!,

despierta, todo es un sueño.

Poco a poco empezó a entender, todo había sido una pesadilla.

Abrió los ojos y lo primero que contempló fue el rostro de Luca, que lo observaba con preocupación.

Se sentó, tomó de la mesilla sus gafas y la faz de él se hizo más clara, más nítida. La luz de la lámpara que tenía sobre la mesilla brillaba con intensidad, seguramente Luca la había encendido.

Poco a poco recuperó la respiración, el pulso se deceleró. Lo observó con detenimiento; contempló sus ojos rasgados, negros, profundos y llenos de vida, sus gruesos labios, su pómulo herido, su perfecta piel. Ni un grano de acné ni un poro, parecía de porcelana. «¿Lleva maquillaje?», se preguntó, y sin poder evitarlo llevó un dedo hasta su frente, lo deslizó con suavidad hasta llegar a la barbilla y después lo miró para cerciorarse de que no estaba manchado por el maquillaje que parecía llevar.

Limpio, estaba perfectamente limpio.

«¿Cómo es tan perfecto?».

«¿Cómo puede tener una piel tan suave, tan limpia de imperfecciones?».

Luca no se movió, se limitó a mirarlo, a dejarlo experimentar.

—¿Estás bien? —se interesó al ver que no reaccionaba.

Ben asintió. Lo estaba, estaba muy bien. No tenía miedo a pesar de haber tenido una terrible pesadilla y se había recuperado de manera casi mágica. Por norma general, tras ese tipo de sueños —que, por desgracia, eran muy comunes—, tardaba bastante en reponerse. Arrugó la frente, intrigado. ¿Por qué junto a él se sentía tan..., tan en paz? Al lado de Luca Jeon nada malo podía pasarle, se sentía protegido.

Se quitó las gafas, se acurrucó y, arropado, se dispuso a dormir.

Notó como Luca apagaba la luz, sus ojos cerrados ya no percibían la claridad. Sintió como se metía en la cama, a su lado, pero no dijo nada ni Luca pidió permiso para hacerlo.

No se tocaron, ni siquiera lo rozó, pero el saber que estaba cerca lo llevó a un profundo y dulce sueño.

...

La luz de la mañana inundaba la habitación. Molesta, se filtraba a través de sus párpados cerrados. Pero le daba pereza moverse, se sentía muy cómodo.

Su cabeza reposaba en lo que pensó que era su almohada, pero resultaba extraña, pues se movía de manera acompasada y lenta. Una de sus manos se movió intentando descifrar qué era eso tan duro que palpaba. De repente, su cerebro le alertó de dónde se encontraba, y abrió los ojos con la esperanza de que sus sospechas no fueran ciertas.

«Mierda, mierda», protestó intentando ser lo más silencioso posible.

Estaba abrazado al cuerpo de Luca: su cabeza, apoyada en su pecho, que con cada respiración la elevaba; su mano, sobre su vientre duro; y sus piernas, enredadas.

Con lentitud, procurando no despertarlo —pues ya bastante vergonzoso era haber estado así como para encontrarse con los ojos de él—, se fue separando de su cuerpo. Puso distancia y solo entonces se atrevió a mirarlo. Su aspecto le robó el aliento. Su pelo negro y revuelto destacaba sobre la funda blanca de la almohada. Tenía sus rasgados ojos cerrados y la boca entreabierta. Ben arrugó la frente, molesto al ver el moratón que estropeaba la perfección de su piel y que le recordaba lo que habían vivido el día anterior.

—Buenos días, pelirrojo. —Su voz profunda y adormilada lo sacó de su ensoñación.

¿Le había pillado contemplándolo? Avergonzado, salió de la cama a la carrera. Se colocó de pie frente a él, nervioso, sin saber muy bien qué hacer, a dónde dirigirse.

De repente, fue consciente de que una dura erección se erguía molesta dentro de su pantalón y que era totalmente visible.

«No, no, no puede pasarme esto». Abochornado, se cubrió con las manos y caminó con rapidez al baño.

—Me-me vo-vo-y a du-du-char —explicó, y cerró de un portazo.

Se apoyó contra la hoja, entornó los ojos y soltó un profundo resuello.

—¡Dios, qué vergüenza! ¿Lo habrá visto? Mierda, ¿se habrá dado cuenta? —susurró mientras con una de sus manos se tapaba la boca.

«¡Pues claro que se ha dado cuenta! Eres tan estúpido que tus movimientos le han puesto alerta. Si hubieras sido más natural... ¡Mierda, mierda! Y ahora, ¿qué hago?», se reprendió. Miró en todas direcciones como si, de repente, en algún lado del baño, entre los azulejos o sobre el lavabo, pudiera aparecer de forma mágica la respuesta a sus preguntas.

Su corazón latía rápido, se llevó las manos hasta el pecho para sentirlo y suspiró con fuerza.

Al lado de Luca vivía en una constante montaña rusa de sensaciones y, a pesar de que debía ser una situación horrible y molesta, le agradaba, le encantaba, pues le hacía sentirse vivo.

Sonrió al recordar su preciosa cara, esa que había contemplado mientras le creía dormido, y la humillación por su erección dejó de tener importancia. Al fin y al cabo, era algo natural. No tenía de qué asustarse, a él también le sucedería; los dos eran chicos y comprendían esas cosas..., ¿verdad?

—He dormido abrazado a él —murmuró. Tenía ganas de gritar de felicidad.

«Qué locura», pensó.

Sacudió la cabeza intentando deshacerse de todos esos pensamientos que le calentaban y le estaban volviendo loco.

Le costó un par de minutos meterse en la ducha y, cuando lo hizo, se tomó su tiempo, el suficiente para recuperarse, para escuchar a su lado racional y descartar cualquier pensamiento extraño sobre él... él y Luca Jeon.

Cuando salió, ya duchado, Luca no estaba en la habitación.

Caminó hasta el salón en su busca. Asustado, pensó que quizá se había marchado; tal vez le había molestado la reacción de su cuerpo. Aterrado por la idea de que a Luca le hubiera repugnado su contacto, la visión de esa maldita erección que no había podido controlar, hasta el punto de marcharse sin decirle nada, corrió hasta el salón; allí, un delicioso aroma a tostadas y café recién hecho le golpeó la pituitaria.

Entró en la cocina y un profundo suspiro de alivio le salió de la boca. Allí estaba él, ajeno a los vaivenes que le provocaba su simple presencia.

Frente a la isla, dos tazas de café humeante, recién hecho y con un aroma casi tan tentador como el de Luca Jeon, esperaban.

El novato dejó lo que estaba haciendo en el momento en el que reparó en su presencia, caminó hasta colocarse frente a él y lo abrazó.

—Muchísimas felicidades, amigo —susurró en su oído, y todo el vello de Ben se erizó con el simple contacto del aire que exhalaba de su boca y el roce de sus labios sobre el lóbulo.

—Gra-gra-gracias —logró balbucear.

Luca se separó para poder mirarlo a los ojos.

—¿Tienes hambre, pelirrojo? —preguntó, luciendo una amplia y bonita sonrisa.

Ben Chester asintió y se sentó en una de las banquetas, frente a él.

El desayuno le sentó de maravilla, estaba todo riquísimo, y amenizado con la conversación de Luca, todo sabía mejor.

—Bueno, pelirrojo, ¿estás preparado para vivir el primer día de los veintiuno que me has prometido? —le interrogó, ya en la puerta, dispuestos a salir a la calle.

«Estoy deseando ver todas esas cosas maravillosas que me has prometido», le hubiera encantado contestar, pero se limitó a asentir.

Luca se había duchado, pero, como la ropa que tenía era la del uniforme y la de Ben no le servía, habían decidido pasar primero por su casa para que se cambiase.

Era sábado y, por suerte, no tenían que ir a la escuela. Ben se sintió afortunado, tenía dos días para pensar cómo se iba a enfrentar a Seilor. Tras lo que había sucedido, iba a disfrutar de ellos todo lo que pudiera; se lo había ganado con creces.



Capítulo 7

*Si tuviera solo un día,
me gustaría quedarme dormido con tu dulce aroma.
Si tuviera una oportunidad en mi ocupado horario,
me gustaría sumergirme en tus cálidos y profundos ojos.*
«Just One Day», BTS

La casa donde vivía Luca con su abuela estaba situada en una de las zonas más modestas de la ciudad, un barrio tranquilo de gente trabajadora. Era una pequeña vivienda de ladrillos rojos, rodeada de un cuidado jardín.

—*Ciao, nonna*^[4]. —Luca se abrazó a una menuda mujer con el pelo cuajado de canas.

—¿Dónde has estado, sinvergüenza? —lo reprendió, mientras lo obligaba a separarse de su cuerpo y le golpeaba, sin poner mucha fuerza, en uno de sus brazos.

—Eh, vamos, *nonnina*^[5]... He estado en casa de mi amigo. —Señaló a Ben, que permanecía en total silencio contemplando la escena con una sonrisa en la boca—. Te aseguro que me he portado muy bien, no me he metido en ningún lío.

—No puedes desaparecer toda la noche, estaba preocupada. —No era una reprimenda severa como a las que Ben Chester estaba acostumbrado, sino todo lo contrario; a pesar de verse molesta, la abuela era muy suave con él.

—Tienes razón, te prometo que...

—No, no digas nada, que nos conocemos —lo interrumpió. No era ni sería la última vez que Luca hacía algo así—. Eres incontrolable y no piensas en tu pobre y vieja *nonna*. Para qué tienes el móvil, ¿eh? Dime, ¿para qué, si no eres capaz de llamar?

Luca bajó la mirada avergonzado y, por lo poco que Ben lo conocía, sospechaba que eso no sucedía con frecuencia. El novato tenía pinta de ser un auténtico desvergonzado.

—*Me dispiace nonnina, mi perdoni?*^[6] —Se abrazó a su cintura, aunque para hacerlo tuvo que poner una postura que debía ser de lo más incómoda, pues la diferencia de altura entre abuela y nieto era bastante grande.

—Quita, suelta, ya veremos si te perdono —refunfuñó la anciana, pero con muy poca convicción; se notaba que ya se la tenía ganada—. Y bien... —dijo mirando a Ben—. ¿Cómo un buen chico como tú se ha echado un amigo tan sinvergüenza como mi Luca?

—Yo-yo... no-no... —El pobre Ben no sabía qué decir, nunca le habían preguntado nada parecido a eso. Se limitó a mirar a uno y a otro, intentando encontrar una salida.

—Oh, vaya... Pero qué bonito eres. —Ava le acarició el pelo con cariño, sintió lástima al ver su incomodidad y cómo su cara se teñía de un rojo escarlata—. Perdona mis modales, pero este sinvergüenza me saca de quicio. ¿No vas a presentarme?

—No me has dado tiempo. Iba a hacerlo, pero tú...

La abuela le lanzó una mirada furibunda.

—Déjate de tonterías, mocoso —lo amonestó.

—Haya paz. —Luca elevó las manos en señal de rendición—. *Nonnina*, te presento a mi amigo, Ben Chester. Es un tío listo y muy guapo, *non credi?*^[7]

Ben lo contempló asombrado por sus palabras. ¿Qué forma era esa de presentarlo?

—Sí que lo es, muy muy bonito. —Ava asintió con convicción—. Lo que no entiendo es qué hace con un descarado como tú.

—Hoy es su cumpleaños. —Utilizó la información para cambiar de tema.

—¿De verdad? —La abuela lo tomó entre sus brazos y asestó un par de besos a un Ben totalmente descolocado con todo lo que estaba sucediendo—. Muchísimas felicidades, jovencito —le dijo con voz cantarina.

—*Nonnina, cura di Ben*^[8]. —Entonces se dirigió a Chester—: Voy a cambiarme de ropa. Hoy vamos a celebrar tu cumpleaños por todo lo alto.

Lo dejó solo con aquella anciana amable y cariñosa. Físicamente no se parecía nada a su nieto, pero era igual de habladora.

—Ven, no te quedes en la puerta —lo alentó, y él, obediente, caminó tras la abuela—. ¿Has desayunado? —Ben asintió—. ¿Te apetece tomar algo? —Negó con la cabeza—. Siéntate. —Le indicó el sofá que presidía la pequeña sala y Ben se acomodó.

—Se ve que eres un buen chico, muy educado. —Asintió para darles fuerza a sus palabras.

—Gracias, señora.

—No, no, no, llámame abuela o *nonna*, nada de señora.

—Gra-gra-ci-ias, a-a-buela. —Una preciosa sonrisa asomó tímida a la boca de Ben.

—Espero que a tu lado se enderece. Desde que ha llegado de Italia, está extraño... Sé que para él ha sido complicado; aunque no lo muestre, está asustado. —Ava miró hacia la escalera por la que se había ido Luca, parecía cerciorarse de que él no la escuchaba—. Cuida de mi Luca, lo ha pasado muy mal. —La mirada de la anciana se ensombreció y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Ayúdalo, por favor —le suplicó mientras tomaba sus manos entre las de ella—, está muy perdido.

¿A qué se refería? Millones de preguntas llenaron la cabeza de Ben, pero se limitó a asentir.

—Le prometo que lo cuidaré, abuela. —Su voz sonó segura, potente. Se prometió que haría todo lo que estuviera en su mano para curar esas heridas de Luca que, según parecía, eran tan profundas que a simple vista no eran detectables. Sabía por propia experiencia que esas eran las peores, las más dañinas, las que más costaba sanar.

Luca no tardó en regresar. Llevaba una sudadera negra con capucha, unos vaqueros pitillo que se le ajustaban a sus largas piernas y sobre uno de sus hombros portaba una mochila.

—Nos vamos —anunció mientras se colocaba una gruesa y desgastada cazadora.

—Avisa si no vas a venir a casa y cuida a esa preciosidad de joven —les iba diciendo la abuela conforme caminaban hacia la salida—. No le metas en problemas y toma ejemplo de él.

—Sí, sí, *mi attaccherò a lui per imparare le sue buone maniere*^[9]. —Con un brazo rodeó los hombros de Ben y lo atrajo hacia su cuerpo, y con la otra mano le revolvió su pelo rizado.

—Así me gusta —dijo la abuela—. Esperad un momento. —Sacó su cartera del cajón del mueble que estaba en la entrada—. Toma —le tendió un par de billetes—, no comáis guarrerías de esas...

—*Grazie, nonnina*. —Luca la besó, Ben se inclinó en señal de despedida y ambos salieron a la calle.

—¿A dónde vamos? —interrogó Ben.

—A la playa. —Luca le sonrió.

Al doblar la esquina, de repente, se toparon con una menudita y preciosa morena con ojos gigantes de un intenso azul.

—¡Hola, Luca! —exclamó con entusiasmo.

Él no contestó, se limitó a tomar de la mano a Ben y apremiarlo a que caminase con más velocidad.

—¡Luca, espéranos!

Ben escuchó la voz de una chica llamando a su amigo e intentó girarse, pero Luca se lo impidió tirando de su mano y obligándolo a correr calle abajo.

—¡Lucaaaaa! —La voz sonaba cada vez más lejana.

—Pero... Pero ¿qué pasa? —balbuceó Ben, agotado, cuando por fin cesaron en su carrera al llegar a la parada del autobús. Tomó aire por la nariz intentando recuperar el aliento.

Luca no le contestó. Parecía nervioso, miraba tenso la dirección por la que debía venir el autobús y por la que, si no lo hacía pronto, aparecería la morena.

—Hola. —La voz cantarina de la chica que los perseguía les indicó que les había dado alcance. Se abrazó al cuerpo rígido de Luca, que alzó la mirada al cielo implorando algo de compasión—. Te he echado de menos, ¿a dónde vas?

—Suéltame. —Se zafó del amarre de la chica y le habló con tono severo—: No te importa. Vete, vete a casa.

La chica, lejos de molestarse, sonrió y miró a Ben.

—Hola, ¿eres amigo de Luca? Yo soy su mejor amiga. Me llamo Violet y él es mi hermano mellizo, Noah.

En ese instante, Ben reparó en el chico desgarbado que intentaba esconderse tras su hermana. Por supuesto, era algo imposible, pues ella era muy pequeña y Noah, casi tan alto como Luca.

—Ni se te ocurra contestarle, haz como si no estuviera aquí —ordenó Luca.

Pero Ben era demasiado educado como para hacer eso, y menos a una chica tan simpática.

—Me llamo Ben Chester —dijo sin hacer caso a Luca y a sus enérgicas protestas.

—¿A dónde vais?

—A... la pla... —Luca negaba con la cabeza indicándole que no diera explicación ninguna —. A la playa —continuó Ben sin hacerle ningún caso al novato.

—¿Podemos ir con vosotros? —preguntó esperanzada Violet.

—No.

—Sí.

Ambos contestaron al unísono, Ben afirmando y Luca negando.

Violet lanzó un grito de alegría.

Y, cuando el autobús llegó, fue la primera en subir, seguida de Noah y Ben. Luca se quedó unos segundos refunfuñando molesto, pero atravesó la puerta con rapidez, pues el conductor lo apremió a hacerlo.

Se sentaron en la última fila para poder ir todos juntos.

Violet buscó la manera de sentarse al lado de Luca, a pesar de que él intentaba ignorarla.

—¿Vais juntos a clase? —La chica dirigió su pregunta a Ben con curiosidad.

—Sí.

—Yo voy al Greenwood College. Es un asco eso de que las chicas y los chicos tengamos que estar separados, me encantaría estar con Luca. —Contempló con admiración al aludido, que se limitaba a mirar a través de la ventanilla como si nada de lo que estaba pasando fuera con él

—. Mi hermano va a uno especial que está a las afueras. Es sordomudo —le explicó entre susurros, como si le estuviera contando un secreto.

—Violet, deja de molestar a Ben —protestó de nuevo Luca—. Además, te ignoraría; no me sentaría a tu lado por nada del mundo.

—No me molesta —intervino el pelirrojo, y se ganó una brillante sonrisa de la chica.

Cuando llegaron a la parada, se bajaron y caminaron hacia la playa.

Luca sacó de la mochila una gran toalla, que extendió sobre la arena, y regañó a Violet cuando se sentó sobre ella.

—Levanta ahora mismo. Es para Ben, no para ti —le dijo mientras tiraba de su mano para obligarla a ponerse en pie.

—Pero Ben me deja, ¿a que sí, Ben?, ¿a que me dejas?

El pelirrojo asintió.

—¡Violet, para! —la reprendió de nuevo, y ella comenzó a hacerle burla—. Eres muy pesada —protestó.

—Pero te gusto —dijo ella con tono cantarín.

—No, qué va, no me gustas nada de nada —refunfuñó, molesto.

—¡Te megasuperencanto! —gritó, y comenzaron a perseguirse por la arena.

Ben y Noah se acomodaron contemplándolos con una sonrisa en la boca.

Luca intentaba esquivar a Violet, que no paraba de seguirlo entre risas.

Noah le dio un par de golpecitos en un brazo, como intentando llamar su atención. Sacó de un bolsillo de su abrigo su móvil, escribió con destreza y rapidez y le mostró la pantalla a Ben.

Son como niños, siempre están igual.

Puedo leer los labios.

Le explicó al ver como Ben tomaba su propio móvil para escribirle.

—Oh, genial —dijo vocalizando—. ¿Os conocéis de hace mucho?

Sí. Luca siempre pasaba los meses de verano aquí, así que hemos crecido juntos. Violet está locamente enamorada de él desde que tengo uso de razón. Pero claro, Luca es tan único que le gusta a todo el que lo conoce.

—Sí, tienes razón, tiene algo que atrapa... —Calló de golpe. Su boca le había traicionado, esas no eran cosas que uno contaría a un total extraño.

No te sientas mal, todos nos sentimos cautivados por Luca. Es una persona que se deja querer. Si estás a su lado, todo es divertido. Siempre te anima si estás triste y se involucra en todo lo que hace con intensidad. Es la mejor persona que conozco, el tío con el alma más pura que conocerás nunca.

Ben lo miraba deslumbrado, era como él. Tan solo tenía dieciséis, pero por su forma de expresarse parecía un hombre cercano a los cuarenta.

«El tío con el alma más pura que conocerás nunca», esas palabras se repetían en su mente, jamás había visto una descripción tan bonita.

Sonrió a ese muchacho de ojos vivaces.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

Noah pasaba a su lista de las pocas personas que le gustaban, que le parecían interesantes.

Sus ojos entonces se clavaron en la melliza. Qué diferentes y a la vez tan iguales le resultaban los hermanos.

Agotada, Violet se dejó caer junto a su hermano y Luca lo hizo al lado de Ben. Se quitó la chaqueta y la sudadera, pues la carrera lo había acalorado. Se quedó con una camiseta sin mangas en cuya parte delantera, serigrafiado con unas perfectas letras blancas, ponía: «BTS». Se notaba que era de fabricación casera pero de calidad, porque se había esmerado en el dibujo.

Se acomodó colocando su cabeza sobre una de las piernas de Ben, que se tensó de forma inmediata.

—Déjame un ratito así, pelirrojo —solicitó al notar su incomodidad.

Ben lo contemplaba embelesado. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y sus músculos se marcaban a la perfección, estaba fuerte y fibroso. Sus ojos estaban cerrados y sus gruesos labios, entreabiertos. Contempló su negro y lacio cabello y, sin poder contenerse, tomó entre los dedos de una de sus manos un mechón, que, rebelde, caía sobre sus párpados cerrados.

Estaba hipnotizado con su belleza, pero la burbuja en la que se encontraba sumido se rompió al escuchar la voz de Violet.

—Ven, Noah, ayúdame a recoger conchas —le pidió a su mellizo. Acompañó sus palabras con el movimiento ágil de sus manos utilizando la lengua de signos. Noah se levantó de inmediato y la siguió hacia la orilla.

—¿Estás bien, pelirrojo? —Luca abrió los ojos y los clavó en los verdes de Ben, que asintió, y volvió a cerrarlos.

El día era frío, el cielo nublado amenazaba lluvia, pero Luca estaba vestido con una fina camiseta sin mangas.

—Tienes la piel de gallina —dijo Ben al ver su vello erizado.

—No tengo frío —sentenció Luca, que volvió a clavar sus pupilas en las de él.

Se miraron con ternura, con intensidad, hasta que Ben retiró la mirada. Eso no estaba bien, algo fallaba y no sabía con certeza lo que era. De lo único que era consciente era de que no tenía lógica ninguna ese cosquilleo que sentía cada vez que Luca lo miraba, cada vez que lo tocaba. Incluso cuando decía su nombre, sentía burbujas en el estómago.

Elevó la mirada al cielo, intentando huir de esas sensaciones que le estaban confundiendo tanto, y contempló como un rayo de sol se escapaba entre las esponjosas nubes e incidía de forma directa sobre los párpados cerrados de Luca. Por los gestos que hacía, esa luminosidad le molestaba, y Ben decidió que el sol no debía incomodar su descanso, así que colocó una mano abierta lo más cerca posible de sus ojos, interfiriendo con el rayo molesto de tal manera que Luca dejó de sentirlo y Ben pudo contemplar con felicidad absoluta la sonrisa que se dibujó en sus labios.

No fue consciente del tiempo que transcurrió en esa posición. Estaba cómodo, parecía lo más natural del mundo tapar el sol con su mano para que a él no le molestara. Parecía lo más sensato, su único fin en el mundo.

—Mira, Ben, mira qué bonitas son. —La voz de Violet lo sacó de su embelesamiento. Llegaba cargada de conchas, que soltó sin ningún cuidado sobre la toalla.

Luca se incorporó al notar como Ben se movía molesto y miró a su amiga con furia.

—Bueno, va siendo hora de hacerte tu regalo.

—¿Regalo? —interrogó Violet.

—Hoy es el cumpleaños de Ben —contestó Luca—, por eso veníamos a la playa. Queríamos estar solos para celebrarlo y no cargar con una niña pequeña.

—Pues cuantos más seamos, mejor. Los cumpleaños así son más divertidos. ¿A que sí, Ben? —Violet le sacó la lengua.



Capítulo 8

*La razón por la que esta noche luce tan preciosa
no es debido al brillo de las estrellas,
sino a nosotros.*
«Mikrokosmos», BTS

«¿Un regalo?», pensó Ben con emoción. ¿Qué sería lo que él tenía planeado? Observó con atención cada uno de sus movimientos, tratando de adivinar qué era lo que se proponía.

De su mochila sacó un cuaderno y un lápiz, y se acomodó frente a Ben.

—¿Vas a dibujarlo? —Violet tomó la palabra.

—Exacto —confirmó Luca.

—¡Caramba, Ben, eres muy afortunado! —exclamó la chica, celosa—. Luca, ¿algún día me dibujarás a mí también?

—No —contestó con sequedad.

—No seas malo —lo reprendió Ben.

Entonces Violet se acomodó al lado de Ben.

—Luca es un pintor maravilloso, el mejor. Cuando vivía en Italia, estudiaba en una academia de dibujo —relató Violet como si hablara de un famoso pintor. Hablaba con tal admiración que, aunque trató de disimularlo, Ben pudo contemplar cómo al chico duro, ese que no se inmutaba por nada, se le coloreaban las orejas de rojo—. Su padre es un famosísimo pintor coreano —prosiguió Violet, mientras Luca se limitaba a dibujar. Parecía totalmente abstraído, y eso que el tema del que se estaba hablando era de su vida—. Cuando pasó por Italia en uno de sus viajes, embarazó a una preciosa italiana y a los nueve meses nació el niño más bonito del mundo. Mezcla de sangre italiana y coreana, una bomba. —Solo entonces Luca elevó la mirada del cuaderno para posarla sobre ella.

—Violet, ¿por qué no vas con Noah y compráis algo de comer? —propuso.

Ben, que empezaba a familiarizarse con sus gestos, se percató de que ese tema no era de su agrado. Quería saber más; le hubiera planteado cientos de preguntas a la charlatana Violet, pero no lo haría, pues los ojos de Luca se habían opacado, indicativo de que se sentía incómodo.

—Vale. —Su inocencia no le permitía ver que lo único que quería Luca era deshacerse por un rato de la parlanchina muchacha.

Dejó el cuaderno sobre la arena y sacó de uno de sus bolsillos traseros la cartera.

—Toma. —Le tendió uno de los billetes que le había dado la abuela.

—Ben debe ser quien pague, al fin y al cabo, es su cumpleaños.

—Violet, no seas descarada —la reprendió Luca con severidad.

—Tiene razón —intervino Ben—, yo invito...

—No hace falta.

—Sí, sí lo hace. —Entonces fue él quien sacó un billete de su cartera y se lo tendió a la muchacha.

—No le des tanto dinero, se lo gastarán todo —protestó Luca.

Pero ya era tarde: Violet había tomado el dinero y, a la carrera, agarrada de la mano de su hermano, se alejaba de ellos.

Luca chasqueó la lengua molesto y volvió a su tarea.

—No dejes de mirarme, pelirrojo —le ordenó con voz severa, pues Ben había desviado la mirada y contemplaba a los mellizos mientras se alejaban.

Obediente, se colocó frente a él, y sus ojos se encontraron. Luca miraba por encima de su cuaderno, ese en el que estaba plasmando el retrato de su amigo, y Ben... Ben se limitaba a contemplarlo fascinado por sus expresiones, su forma tan intensa de observarlo.

—¿Qué-qué es BTS? —le preguntó intentando recuperar la cordura.

—¿Cómo?

—Lo que pone en tu camiseta. —La señaló con un dedo.

—¿No conoces a los BTS? —dijo con tono chillón, y sus ojos achinados se abrieron todo lo que su fisonomía le permitía, que era bien poco.

Ben se carcajeó, estaba tan lindo, tan condenadamente lindo...

«Para, para —se reprendió. No podía verlo lindo—. ¡Es un chico, por Dios!», se amonestó con severidad.

Luca dejó el cuaderno sobre sus piernas y sacó su pequeño y viejo móvil de la mochila, que estaba apoyada sobre la toalla.

Lo manipuló con dedos torpes y, de repente, empezó a sonar una melodía pegadiza, que Ben no había escuchado nunca.

—Ellos son BTS —señaló su móvil—, el grupo *k-pop* más *cool*.

—¿Cool? —Las carcajadas de Ben se intensificaron—. Hablas como mi hermano, y ya tiene veinticinco.

—Si decir *cool* te hace reír, lo diré miles y miles de veces, porque tu risa es muy bonita, pelirrojo. —Y sus palabras le calentaron el corazón con tal intensidad que el regocijo se le cortó de golpe y, de nuevo, sus miradas conectaron. Sus ojos clavados en los de él eran como una caricia, una que le hacía sentir vivo y con ganas de comerse el mundo.

—¿Qué significa *k-pop*?

—Es pop de Corea.

—Ah.

La música continuó sonando. Ben no entendía nada de la letra, pero le dio igual; estaba seguro de que se convertiría en una de sus canciones preferidas a partir de ese momento, pues cada vez que la escuchase le recordaría ese instante, esa conexión con Luca, su protección, su cariño y el sentirse parte de algo, de alguien. Juntos eran más fuertes, junto a él ya no se sentiría solo nunca más.

—¿Cómo se llama esta canción? —acertó a preguntar cuando su mente comenzó a salir de la neblina y su cerebro, a coordinar el lenguaje.

—*Just One Day* —contestó, y volvió a tomar el cuaderno y el lápiz—. «Si tan solo por un día pudiera estar contigo, si solo por un día pudiera sostener tus manos. Solo un día. Si tan solo tú y yo pudiéramos estar juntos. Me gustaría estar contigo por tan solo un día» —tradujo la letra con voz profunda, y dentro del estómago de Ben las burbujas, que a su lado crecían y explotaban, se movieron inquietas.

—Hazlo —dijo de repente, y Luca, que había estado concentrado en la parte del retrato en

la que estaba trabajando, clavó sus ojos en los de Ben—. Es lo único que entiendo de la letra —corrió a explicar, y no mentía, era lo único que los cantantes repetían una y otra vez en inglés: «Hazlo, hazlo».

Luca carraspeó y se aclaró la voz.

—Aprendí coreano por ellos, por mi padre...

—¿Él te enseñó? —se atrevió a preguntar. Si él sacaba el tema, quizá no se sintiera tan incómodo.

—No, él no me enseñó, apenas lo he visto. —Suspiró con pena—. Hubo una época en la que habría deseado que viniese a buscarme, que me llevase a Corea. Quería tanto estar con él, lo deseaba tanto que aprendí yo solo con vídeos, viendo series, escuchando música. Tan solo quería poder hablar con él, contarle todo sobre mi vida, pero él... Él nunca se ha molestado en conocerme.

—Peor para él. —La voz de Ben sonó fuerte, tan seguro de sí mismo que incluso él se asombró.

—Sí... Peor para él. —La de Luca, en cambio, mostraba tristeza, tanta que Ben cambió de tema.

—El coreano suena muy raro, tuvo que ser complicado aprenderlo —dijo con total admiración.

—Bueno, me gustan los idiomas y aprendo rápido. Creo que es lo único que aprendo sin problemas.

—Eres una persona inteligente, Luca.

El aludido se encogió de hombros, parecía que no se lo acababa de creer.

—Creo que ya he terminado —soltó de golpe.

—¿En serio? ¿Ya? ¿Tan rápido? —lanzó las preguntas con tal entusiasmo que Luca se carcajeó—. ¿Puedo verlo?

—Por supuesto, es tu regalo, es tuyo. —Ambos se pusieron de pie y Luca le tendió el cuaderno.

Con manos temblorosas, Ben lo sostuvo como si fuera el objeto más maravilloso, más costoso y único del mundo. El mejor regalo que nunca le habían hecho.

Cuando posó los ojos sobre el dibujo, su aliento se cortó de golpe. Era perfecto; sus trazos se veían seguros, limpios. El retrato mostraba a un joven bello, con ojos brillantes. Su cara llena de pecas resultaba atractiva, su mirada era intensa, no había dibujado sus gafas y supuso que lo hizo así para mostrar el brillo de sus ojos y sus labios estaban entreabiertos. Daba el aspecto de un chico seguro de sí mismo, inteligente, uno de esos que querían comerse el mundo.

«Nada que ver conmigo», se dijo con tristeza.

—¿Soy yo de verdad? —Apartó la mirada del retrato para posarla en él.

—Así te veo, así te ve la gente que te rodea. El único que parece no darse cuenta eres tú.

—Pero-pero yo no...

—No te sabotees, Ben, no te menosprecies. Eres único, perfecto. Eres tú, nunca olvides que ese eres tú —dijo, mientras con un dedo señalaba el dibujo que Ben sostenía entre las manos.



duca Leon



Capítulo 9

*Tú me has demostrado que tengo motivos.
Debería amarme a mí mismo.
El yo de ayer, el yo de hoy.
Estoy aprendiendo a amarme a mí mismo.
Sin excepciones, soy todo yo.
«Love Myself», BTS*

Ben miraba por la ventanilla del autobús, regresaban después de pasar uno de los días más maravillosos de su vida. Habían comido en la playa, después pasearon por el puerto y tomaron un helado sentados frente al mar embravecido. A pesar de que hacía frío, a Ben le supo a gloria. La imagen de su madre reprendiéndolo por cometer la locura de comer un helado un día de invierno por un solo instante se le coló en la cabeza, como siempre que hacía algo prohibido, pero la sonrisa de Luca saboreando el chocolate hizo que se evaporase.

Sin embargo, era hora de regresar. Tan solo esperaba que, como siempre, Blanche no estuviera en casa, porque si no le esperaría una severa reprimenda. Aunque, en realidad, siendo sincero consigo mismo, no le importaba nada en absoluto. El recuerdo de ese día, lo que había sentido y vivido junto a esos tres, se quedaría en su memoria y le calentaría el alma cuando llegasen malos tiempos.

Contempló a sus compañeros de viaje. Esta vez habían conseguido cuatro asientos: él y Luca juntos, mientras que los mellizos estaban sentados enfrente. Todos estaban dormidos, Violet con la cabeza apoyada en el hombro de su hermano y la de Luca sobre el de Ben.

A pesar de permanecer rígido para no despertarlo, no se sentía incómodo; muy al contrario, era agradable sentirlo tan cerca, percibir su aroma mezclado con el olor a sal, a mar...

Los tres amigos acompañaron a Ben a su casa. Les costó despedirse, pero la luz del gran ventanal le indicó, que, por desgracia, su madre estaba dentro y, cuanto más tardase, más dura sería la reprimenda.

Les dijo adiós con una mano mientras con la otra sostenía el retrato que Luca había dibujado para él y que colocó con mucho cuidado, intentando que no se doblase, en el interior de su abrigo, protegiéndolo con suma delicadeza, ocultándolo de los ojos de su madre.

Cuando los vio alejarse, abrió la puerta del jardín y caminó hasta la casa.

Nada más entrar, se deshizo de sus deportivas y caminó con inseguridad, como lo haría un reo que se dirige a la horca, hasta el salón.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

—Benjamin Chester, ¿se puede saber dónde has estado? —Blanche lo miraba con tanta

furia que Ben se encogió de miedo.

—Yo-o-o no-o-o... —tartamudeó.

—Estaba a punto de llamar a la policía. No puedes desaparecer así y ni siquiera contestar el teléfono, te he llamado un montón de veces.

Ben sacó el móvil del bolsillo de su abrigo.

—Se-se que-que-dó-dó si-si-sin ba-a-te-te-ría. —Se lo mostró—. Lo-lo si-si-en-en-to-o. — Su tartamudez frente a Blanche se agudizaba de forma exponencial, y más al ver cómo su madre se impacientaba.

—No me valen tus «lo siento». Quiero saber dónde has estado. —Se cruzó de brazos, a la espera de una contestación.

—Fu-fu-fui con-con u-u-nos a-a-a-mi...

—¡Basta! —lo interrumpió, molesta—. No tengo todo el día para escuchar tus explicaciones. —Ben cerró los ojos, por los que estaban a punto de rodar lágrimas de impotencia. Detestaba que su madre no fuera capaz de escucharlo cuando se trababa, odiaba que lo menospreciase de esa forma—. Vete inmediatamente a tu habitación, estás castigado. Mañana no saldrás de tu cuarto en todo el día. Quiero verte con la cabeza metida entre los libros, porque estoy segura de que hoy te has saltado tus estudios.

Ben caminó hacia su cuarto, no solo porque era obediente, no solo porque jamás le llevaba la contraria a su madre, sino porque esta vez su necesidad de estar solo era tan insoportable que no podía permanecer por más tiempo frente a ella.

—Y olvídate de cenar.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó antes de cerrar la puerta y aislarse dentro de su cuarto, de su mundo.

«No te sabotees, Ben, no te menosprecies. Eres único, perfecto. Eres tú, nunca olvides que ese eres tú», las palabras de Luca se colaron dentro de su cabeza, de su corazón, y las intensas ganas de llorar se cortaron de golpe.

—Soy único, especial, único para él, para todos, para mí —dijo en voz alta y con tal convicción que se asustó. ¿Qué le pasaba? El Ben de antes no habría desobedecido jamás y, tras una reprimenda de su madre, se habría puesto a llorar como un niño pequeño, pero, gracias a la fuerza que Luca le daba, el nuevo Ben no se sentía pequeño e insignificante.

Puso el móvil a cargar y se metió en el baño para darse una ducha.

Cuando salió, su estómago rugió. Tenía hambre, pero nada podía hacer; su madre lo había castigado y no se apiadaría de él, nunca lo hacía.

Miró el teléfono y, feliz, vio que Luca le había estado mandando wasaps.

Energizer:

Hola, pelirrojo



¿Todo bien?

Ben:

Sí.

¿Y tú?

Energizer:



¿Dónde vas a poner tu dibujo?

Mándame una foto

Ben miró su cuarto en busca del mejor lugar para colocar su retrato. Tendría que ser un sitio discreto; si su madre lo veía, seguro que se lo rompía. No le dejaba poner pósteres en las paredes; menos aún, un dibujo.

Decidió ponerlo dentro del armario, en una de las puertas, así solo lo vería él cuando lo abriera para buscar su ropa.

Lo pegó con celo y le mandó una foto a Luca.

Energizer:

¿Eso es la puerta del armario?

Ben:

Sí, mi madre no me deja poner nada en las paredes, es muy maniática.

Energizer:



Ben:

¿Qué te hace tanta gracia?

Energizer:

Te has metido dentro del armario



Ben arrugó la frente, intrigado. ¿Qué quería decir con eso?

Ben:

No te entiendo.

Energizer:

No te preocupes, no me hagas mucho caso.
Mañana será nuestro día veinte,
estoy planeando dónde te llevaré.

Ben:

Mañana no podré salir.
Mi madre está muy enfadada.
Estoy castigado sin salir de mi cuarto.

Energizer:

Bueno, bueno, ya veremos.
Descansa, pecoso, duerme bien.
Nos vemos.

Ben:

¿Qué estás planeando?
No hagas locuras, ni se te ocurra.

Pero Luca ya no le leía los mensajes.

Chasqueó la lengua, preocupado. ¿Qué se le habría ocurrido al loco de Luca? Dejó el móvil sobre la mesa y se dispuso a estudiar. Estaba seguro de que su madre entraría en su habitación antes de irse a la cama, así que lo mejor para no recibir más reprimendas era que lo encontrase sentado frente a su escritorio y con los libros abiertos.

Lo intentó, lo intentó con todas sus fuerzas, quería obedecer, concentrarse en las matemáticas, en la física, en la historia, pero no podía. En su cabeza se colaban las imágenes de todo lo vivido. De lo seguro y feliz que se había sentido junto a él. De lo que le gustaba verlo reír.

«Su frente se arrugaba», rememoró cuando Luca lo estaba dibujando. Una sonrisa bobalicona se instaló en su boca. De repente, tenía ganas de escuchar a BTS, quería conocer más canciones de ese grupo. De pronto, deseaba aprenderse una de sus letras, a pesar de lo complicado que parecía el idioma. Quería cantar a pleno pulmón, quería bailar...

«Ver a Luca bailar». Sus ojos se abrieron como los de un búho al imaginarse al novato danzando. Su cara se tiñó de un rojo intenso.

«Para, para, esto no es normal. No puedes pensar en él... y sentir...», incluso su cabeza se negó a pronunciar las palabras.

La puerta de la habitación se abrió y, como si hubiese estado haciendo algo malo, algo pecaminoso, pegó un bote en la silla y sus mejillas se pintaron de ese rojo intenso que tanto detestaba.

—Habrás estado estudiando, ¿verdad? —Blanche lo conocía demasiado bien y ese color escarlata lo delataba.

—Sí-sí —pronunció con voz temblorosa.

Su madre le tocó la frente.

—No tienes fiebre, ¿ocurre algo? —insistió.

—Na-na-da. So-so-lo esto...

—Vale, vale, confío en ti —lo interrumpió. Nunca había tenido paciencia, le agotaba escuchar cómo se esforzaba, cómo le costaba pronunciar cada palabra—. Te he traído un vaso de leche —le dijo, señalando la bandeja que había dejado sobre la mesa. Por primera vez, se apiadaba de él—. Siempre has sido un buen chico, espero que sigas igual, ¿de acuerdo?

Ben asintió y, tras una caricia a sus rizos rojizos, su madre le deseó buenas noches y se marchó.

Por un buen rato se quedó mirando la leche. Cuando se llevó el vaso a los labios, el olor le causó rechazo. Detestaba su sabor, pero su madre se empeñaba en que debía tomar al menos un vaso al día. De repente se levantó, caminó hasta el baño y vació el contenido del vaso en la taza del váter. Sonrió cuando, al accionar la palanca del inodoro, el líquido blanco desapareció.

Ese pequeño gesto de rebeldía le hizo sentir tan vivo que lanzó un grito de alegría.

Con la sonrisa en la boca, se acostó. Deseaba con todas sus fuerzas que las pesadillas que lo acompañaban cada noche se alejaran y en sus sueños se colaran el mar, un lápiz negro, una hoja en blanco y la mirada de Luca Jeon.

...

—Ben, Ben, despierta.

Las palabras susurradas en uno de sus oídos le provocaron escalofríos. Necesitaba abrir los ojos porque era él quien le hablaba, quien le rogaba que despertase. ¿Por qué le costaba tanto? ¿Por qué era tan difícil?

Una de las suaves manos de Luca se coló por el bajo de la camiseta de su pijama. Su caricia

sutil le hizo temblar y buscar con desesperación el cuerpo de Jeon; deseaba sentirlo, necesitaba tocarlo, pero por más que tanteaba, no lograba alcanzarlo. Su desesperación se esfumó en el preciso instante en el que la boca de Luca se posó sobre la suya. Los labios de Luca sabían a menta, a dulce menta. Jamás había besado a nadie, pero la teoría la conocía muy bien, así que abrió la boca para dejarlo entrar.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos tardó en aceptar como una verdad universal que lo más sabroso, lo más maravilloso que había experimentado en toda su vida, era la combinación de la boca de Luca Jeon poseyendo la suya con sus caricias, sus dedos largos tocando su piel y provocando cada una de sus terminaciones nerviosas. Soltó un gemido, uno profundo, intenso. Cuando por fin lo sintió sobre él, abrió las piernas para que Luca se colocara entre ellas y sus erecciones se rozaron.

Un «Oh, por Di-Di-os» salió de su boca. No podía más, no iba a resistir más, pero... pero... De repente, cuando abrió los ojos...

Estaba solo, totalmente solo, deprimentemente solo.

—Ha sido solo un sueño. —Se tapó la cara con las manos, enfadado con la situación, molesto con lo estúpido que era, le enfermaba lo patético que era.

Había deseado con todo su cuerpo que ese sueño fuese real, pero...

—Nunca. Nunca será real. —Se incorporó jadeando, sudando—. Para, para —le rogó a su corazón desbocado. No debía sentirse sucio por desear... Tragó saliva y cerró los ojos intentando despejar su mente—. Tranquilo —se dijo. Lo que ocurría en la oscuridad de su cuarto dentro de sus sueños tan solo le pertenecía a él, solo a él.

«Nadie va a enterarse, nadie va a enterarse...», se repitió como si fuera una oración.



Capítulo 10

*Sí, nunca nos habíamos sentido tan jóvenes.
Cuando juntos cantamos canciones.
Nos miramos a los ojos incluso en la oscuridad.
Sí, nunca nos habíamos sentido tan bien
como cuando estuviste a mi lado.*
«Take Two», BTS

Le costó dormirse, mucho, muchísimo, pero al final el agotamiento le hizo caer. Tras unas pocas horas de sueño, algo lo obligó a despertar. Lo primero que sintió fue que un agradable y familiar aroma invadía su pituitaria. Tras él, notó una sutil caricia sobre su mejilla derecha; unos dedos traviesos le hacían cosquillas, pero, lejos de molestarlo, le resultaba tan agradable que suspiró.

Otra vez él. ¿Luca lo visitaba de nuevo en sus sueños? Sonrió; en el reino de Morfeo nadie podría censurarle, nadie se enteraría de su deseo, podía ser libre, dejarse llevar.

—Despierta, dormilón. —Esta vez la voz susurrada en uno de sus oídos parecía demasiado real—. El sol brilla y tenemos nuestra segunda cita.

—Nuestra cita —repitió con una sonrisa en sus labios.

No quería abrir los ojos, deseaba disfrutar un poco más de ese sueño, de esos dedos que hacían dibujos en una de sus mejillas. Era tan placentero que podría quedarse así todo el día. Sabía, por experiencia, que en el preciso instante en el que abriera los ojos la realidad le golpearía sin piedad, y el mundo real era aterrador. Prefería vivir en el de los sueños, en ese mundo en el que podía ser libre, en el que su mente no le taladraba con millones de órdenes: no te puede gustar Luca, es un chico, deja de pensar en Luca, no puedes desearlo, no lo mires así, no le abras tu corazón, eso es asqueroso... Órdenes, órdenes, censura. No, no quería hacerle caso a ese lado racional que le cortaba las ganas, las alas. Deseaba seguir soñando con él, con sus besos...

—Pelirrojo, abre los ojos. —De nuevo la voz, el aliento...

Poco a poco, sus ojos perezosos comenzaron a abrirse. Entonces, entre la bruma del sueño —o, más bien, debido a su astigmatismo—, contempló su faz borrosa.

«¿De verdad está aquí?», se dijo asombrado.

—¿Eres tú? —interrogó mientras posaba una mano en esa cara difusa—. Sí, eres tú —afirmó—. Nadie en este mundo tiene la piel tan suave —le explicó.

Ben salió de su ensoñación de golpe. Dejó de acariciarlo, tomó con manos temblorosas sus lentes y, cuando lo contempló con total claridad, un grito salió de su boca.

—¡Ahhh! —Se tapó la boca con ambas manos, esta vez no era un sueño—. ¿Cómo...? ¿Pero...? —Bajó la voz todo lo que pudo. Su mente estaba lúcida, ¿qué hacía Luca en su habitación?

—He entrado por la puerta —explicó. A pesar de que no había terminado de formular ninguna pregunta, Luca entendía perfectamente su confusión—, tu madre me ha dejado entrar.

—¿Cómo...?

—Venga, Ben, levanta y prepárate, nos vamos.

—No puedo —dijo entre susurros—, estoy castigado. —Señaló la puerta cerrada.

—¿No confías en mí? —Le tendió una mano y se quedó esperando a que él la tomara.

—¿Confiar...?

—Sí, confiar. —Era la segunda vez que hacía ese gesto, la primera él se encontraba al borde de una cornisa y confió, claro que lo hizo, y todo lo que le había traído ese gesto eran cosas buenas. Gracias a tomar esa mano, había vivido el mejor cumpleaños de toda su existencia. Pues claro que confiaba en él.

La tomó con decisión, con seguridad. Él se la apretó con fuerza y tiró, tiró hasta sacarlo de la cama.

—Prepárate —le dijo—, te espero fuera. —Caminó hasta la puerta y antes de salir se giró para mirarlo otra vez—. Por cierto, bonito pijama, Ben. Te ves muy lindo. —Entonces cerró.

Ben se miró el estampado infantil y sus mejillas se sonrojaron.

—¡Mierda, mierda! —protestó, molesto, pero al instante una tímida sonrisa se dibujó en sus labios—. Ha dicho que me veo lindo —murmuró, dichoso.

Entró en el baño de su habitación y se duchó a toda velocidad, batió todos los récords. Mientras se vestía, su imaginación le llenó la cabeza de imágenes extrañas. En ellas su madre estaba atada a una silla, amenazada por Luca; solo así podría haber entrado en su casa.

Asustado e intrigado a la vez, caminó hasta el salón y la imagen que se presentó ante sus ojos le hizo vacilar, quitarse las lentes y limpiarlas, pues parecía que su imaginación seguía jugándole malas pasadas.

Su madre charlaba con Luca. Sobre la mesa, el café recién hecho desprendía un aroma tan delicioso que su estómago protestó. Un par de tostadas le esperaban, pues estaban sobre un plato en el sitio que él solía ocupar.

¿Su madre le había preparado el desayuno? Llevaba años sin hacerlo. Parpadeó un par de veces. ¿Estaba soñando?

—Benjamin, por Dios, cierra la boca; te estamos viendo las amígdalas y es desagradable —espetó Blanche, molesta, y solo entonces el pobre Ben se percató de que había estado mirando toda la escena que se representaba ante él con la boca abierta. La cerró de golpe.

Caminó vacilante hasta la mesa y se sentó en la banqueta, justo frente a su desayuno, tan confuso que no sabía cómo actuar.

—Estoy muy contenta de que por fin hayas invitado a uno de tus amigos a casa. —Su madre sonreía a Luca y Ben los miraba alternativamente, desconcertado con la situación.

—Benjamin es tan reservado con todo lo que se refiere a su vida que empecé a pensar que no tenía amigos.

—Ben y yo somos uña y carne —aportó Luca a la extraña conversación.

—Me encanta, se ve que eres un buen niño. —La afirmación de su madre hizo que Ben se atragantara con el sorbo de café que le acababa de dar a su taza.

—Muchísimas gracias, señora. —Los ojos del pelirrojo se clavaron sobre los de Luca y solo entonces reparó en el chocante aspecto que lucía: llevaba el pelo engominado peinado hacia atrás, se había quitado los pendientes y vestía un jersey de cuello alto y unos pantalones de pinzas que no debía ser suyos, pues le quedaban pesqueros. Clavó los ojos sobre los zapatos pulidos y, con confusión, los elevó hasta posarlos sobre los negros de él. Sin palabras le pedía

una explicación, pero Luca se limitó a encogerse de hombros.

El resto del desayuno lo pasó escuchando cómo Luca adulaba a su madre; se la había ganado como hacía con todos los que le rodeaban. Algo impensable, un milagro, porque siempre había sido un hueso duro de roer. Nunca la había visto actuar así con nadie, jamás había presenciado que Blanche se esforzase por atender a un desconocido como lo estaba haciendo con el novato.

Terminó el desayuno lo más rápido que pudo; se sentía incómodo, quería poner distancia entre su madre y Luca. Era extraño verlos juntos, interactuando como si se conociesen de toda la vida.

—Ha sido un placer conocerla —dijo Luca cuando, por fin, tras preparar la mochila, estaban ambos en la puerta.

—El placer es mío. Muchísimas gracias por cuidar de Benjamin y por ayudarlo con sus estudios.

Caminaron codo con codo hacia la parada del autobús en total silencio. Ben aún estaba en *shock*.

—Vamos a mi casa, no soporto más este jersey, me ahogo —protestó Luca mientras tiraba de la prenda aludida en un infructuoso intento de alejarla de su cuello.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Ben cuando por fin logró reponerse, ya sentados en el bus.

—¿Hacer el qué?

—¿Cómo has conseguido ganarte a la mujer más estricta?, ¿cómo has entrado en mi habitación?, ¿cómo has logrado sacarme de casa cuando estoy castigado?, ¿cómo has hecho para que mi madre me prepare el desayuno? —disparó pregunta tras pregunta.

—Caramba, pelirrojo, es la primera vez que te escucho hablar tanto, y me gusta. —Logró que las mejillas de Ben se encendiesen como si tuvieran luz propia.

—Eres un mentiroso —espetó con tono desagradable.

—Eh, eso duele —se mostró ofendido—; además, solo lo hago con los adultos, y eso no cuenta.

—Cuenta igual.

—No, porque todos los adultos son unos mentirosos, así que tan solo les doy de su propia medicina. —Sus preciosos ojos rasgados se veían opacos, y la tristeza que pocas veces mostraba se reflejaba con tanta claridad que Ben lo contempló confundido. Luca tenía una herida abierta en su corazón, de eso no le cabía duda—. Jamás te mentiría, pelirrojo, pero con ellos no tengo reparos en hacer lo que sea necesario para... —Calló y Ben pudo ver que tragaba saliva. Seguramente al cuello vuelto de su jersey se acababa de unir un nudo en su garganta.

—No todos los adultos mienten. —Ben se sintió con la obligación de ayudarlo, de hacerle ver que no tenía razón—. Tu abuela. Dime, ¿tu abuela miente?

Luca asintió y el corazón de Ben se rompió en pedazos.

—Ellos no distinguen entre la verdad y la mentira —susurró con pena.

—No —negó con contundencia—, no todos son así. —Y pensó en su hermano. Liam nunca le había mentado, siempre lo apoyaba. Le habría gustado hablarle de su hermano, intentar sacarlo de su error, pero no lo hizo; la tristeza en los ojos de Luca lo llevó a callar.

El resto del camino lo hicieron en silencio.

Cuando llegaron a casa de Luca, este seguía sumido en sus pensamientos, cabizbajo. Lo invitó a entrar en su cuarto. La abuela no estaba en casa; según le dijo, ese domingo lo pasaría en casa de un familiar, así que estaban solos.

Ben se acomodó sobre la alfombra, a los pies de la cama. No quería mirarlo, pues Luca se

estaba desvistiendo, y de repente su sueño se le representó dentro de la cabeza.

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntó señalando el jersey, que Luca arrojó al suelo tras desprenderse de él. Necesitaba mantener el cerebro ocupado; quizá si hablaba, si le preguntaba cosas, dejase de verlo sobre él, acariciándolo, besándolo... Tragó saliva, pues parecía que de repente estaba produciéndola a marchas forzadas.

—Esto es de Noah —explicó, y el pantalón cayó al lado de la otra prenda.

Intentó concentrarse en esa prenda arrojada con descuido. «No lo mires, no lo mires», se repitió. Sabía que Luca estaba semidesnudo frente a él, pero, por más que se esforzaba, sus ojos traicioneros tomaron vida propia y se clavaron en él. Era perfecto, su piel inmaculada y blanquecina parecía brillar. Todos sus músculos se perfilaban, se abultaban mostrando un cuerpo fibroso. Lo contempló con admiración, pero su frente se arrugó al reparar en los feos moratones que los golpes de la banda de Seilor habían ocasionado a su perfecta piel.

Luca parecía ajeno al escrutinio, a sus nervios; se limitaba a cambiar las prendas que había usado como disfraz con el fin de engañar a la madre de Ben por otras más cómodas, esas que mostraban su personalidad y que, a ojos de Ben, le hacían mucho más atractivo.

—No podía aparecer frente a tu madre así. —Se mostró en todo su esplendor, ya vestido con unos pitillos negros y una camiseta de manga larga de ese mismo color—. No te habría dejado salir conmigo. Los adultos te juzgan por tu aspecto; si quieres conseguir algo de ellos, tienes que vestir y actuar como a ellos les gusta, aunque tú lo odies. —De nuevo esa mirada triste vistió sus preciosos ojos y Ben detestó a todos esos adultos que le habían hecho tanto daño que habían logrado que no confiara en ninguno, sin excepción.

«Algún día te presentaré a un adulto que te hará cambiar de opinión», pensó. De momento se lo guardó para él, ya habría tiempo de que conociera a Liam.

Luca se colocaba los aros en los lóbulos de las orejas frente al espejo, y eso permitió a Ben continuar con sus ojos verdes clavados en él, observando cada uno de sus movimientos, sin que él se diera cuenta. Le gustaba tanto mirarlo que podría pasar los días así, observándolo sentado frente a él.

—Tengo algo para ti. —Luca abrió uno de los cajones de la mesilla que tenía al lado de la cama y sacó una bolsita de tela.

—¿Para mí? —preguntó, emocionado, mirándola sin atreverse a tocarla.

Luca asintió y la hizo oscilar entre los dedos.

Ben sonrió y por fin la cogió. Cundo la abrió, descubrió en su interior una pulsera de cuero.

Luca se la arrebató y se la colocó en la muñeca. Era una tira larga entrelazada. Le dio dos vueltas y la engarzó con el cierre para asegurarla y que no se le cayera.

—Mira. —Le mostró una de sus muñecas, en la que lucía una réplica exacta—. Yo... —Se mostraba tímido, incluso sus orejas se habían sonrojado, y Ben no podía dejar de mirarlo, de admirar su belleza incluso en ese momento en el que se le notaba tenso—. Bueno... Me a-pe-te-cía. —Con nerviosismo, descolocó su cabello mientras su mirada rehuía la de Chester.

—Eh, Jeon, ¿estás bien? —preguntó Ben mientras sonreía—. Me asombra descubrir que puedes ser tan tímido como yo. Jamás hubiera pensado que tus orejas se podrían poner tan coloradas.

Luca se llevó las manos a la parte aludida y las frotó.

—Será por el frío —dijo tras soltar un fuerte resoplido.

—Aquí hace calor —replicó Ben, travieso, buscando ponerlo al límite.

—Pu-pu-es por el calor —rectificó—. Lo importante es... ¿Te gusta? —Sus ojos expresaban tanta ilusión que el corazón de Ben trotó. Luca le resultaba irresistible en todas sus

versiones: tímido, loco, divertido, sexi.

—Me encanta —dijo con entusiasmo—. Lo malo es que no las podremos llevar en el instituto, están prohibidas.

—No te preocupes, las llevaremos. También están prohibidos los pendientes y yo no me los pienso quitar.

—No sé cómo lo haces.

—Ya te lo he dicho, es simple: sé cómo manejar a los adultos.





Capítulo 11

*Sabía que tú eras mi salvación,
porque tus manos son las únicas que cubren mi dolor.
Lo mejor de mí eres tú.
Por favor, necesito oír tu voz para reír de nuevo.
«Save Me», BTS*

A Ben le encantaba pasar tiempo junto a Luca. Simplemente escucharlo hablar le hacía feliz. No necesitaba hacer grandes cosas ni ir a lugares especiales, solo su voz y contemplar cómo se movía, cómo lo miraba, era suficiente para hacer su día maravilloso.

El momento de volver a casa le resultaba desagradable, el instante en el que se separaba de él le disgustaba. Poco a poco se estaba transformando en su persona favorita y Ben tenía miedo. Le gustaba tener su vida controlada, sus días programados, pero junto a Luca eso era imposible porque era puro caos. Eran dos caras de una moneda, tan distintos, tan sumamente diferentes... Además, estaba el hecho de que ahora existía alguien en su vida que le importaba tanto que había dejado sus necesidades, su existencia, en un segundo plano. Ya no era Ben, solo Ben, ahora estaba Luca, Luca, Luca.

Jeon lo sacaba de su zona de confort, lo descolocaba, lo volvía loco. Pero lo más importante de todo era que le estaba enseñando a vivir, a desear formar parte de ese mundo que por un tiempo pensó que no merecía la pena, pero ahora todo era muy distinto, apetecible.

Ben pensaba que lo más sensato habría sido actuar como siempre lo hacía, huir, alejarse, pero, llegados a ese punto de su amistad con el novato, le resultaba imposible dar un solo paso atrás, estaba tan enredado que le era inviable cortar lazos y alejarse.

Se resignó: no iba a luchar más, se dejaría llevar y más tarde... Cerró los ojos, pues no sabía qué iba a suceder más tarde. Chasqueó la lengua, molesto. Más tarde cambiaría de opinión y, de nuevo, dejaría de fluir. Puso los ojos en blanco. Últimamente vivía en un constante cambio. Él, que por norma general tenía muy claro lo que quería, lo que debía hacer, ahora era la persona más voluble del mundo. Sus estados de ánimo eran iguales a los de un adolescente, sus cambios se asemejaban a los de todos los chicos con hormonas en plena ebullición, de los que se rodeaba en clase y con los que jamás se había sentido identificado.

«Estás jodido», se dijo.

Eran las ocho de la noche, llevaba una hora de reloj delante del libro de matemáticas mirando todos los ejercicios que había programado hacer y que seguían sin poder resolver, y no porque no supiera hacerlo —Ben tenía un alto coeficiente—, sino porque en su cabeza, en su mente tan solo veía a Luca.

Luca riendo.

Luca haciéndole bromas.

Luca tocando sus rizos rojos.
Luca diciéndole que le gustaba su risa.
Luca cantando una canción de BTS, logrando que todo el vello de su cuerpo se erizase, y eso que no entendía nada de la letra.
Luca dibujando en servilletas, trozos de papel e incluso en un panfleto de propaganda.
Luca, Luca, Luca.
Sacudió la cabeza e intentó de nuevo concentrarse en los problemas, las cuentas...
«¿Qué me pasa?», se preguntó.
Jugueteó con el lápiz entre los dedos.
Había pasado toda la mañana con Luca en su habitación y, a eso de la hora de comer, su madre lo llamó y le ordenó que regresara a casa. Estaba tan enganchado a él que estuvo a punto de desobedecer, pero en esa ocasión Luca se comportó de manera racional y lo acompañó hasta la parada del bus.
«¡Qué estupidez!», gritó su cabeza cuando pensó que la separación era dolorosa, físicamente dolorosa.
Jugueteó con la pulsera que Luca le había regalado. «Es tan *cool*», pensó entre risas. Adoraba esa palabra porque Luca la usaba mucho. «Pulsera de pareja». Enrojeció al instante y sacudió la cabeza, ¿cómo podía pensar algo tan absurdo?
«Céntrate», se ordenó imprimiendo severidad a su voz interna.
Lo que no podía negar era que aquel día, en la habitación de Luca, se había sentido parte de algo, importante para alguien y feliz, muy muy feliz.
Tras llegar a casa y comer con su madre, había entrado en su habitación y había intentado concentrarse, preparar los exámenes, hacer sus ejercicios, pero todo había sido en balde. Luca asaltaba sus pensamientos y lo demás dejaba de tener sentido.
Las horas pasaron relativamente rápidas. «Sin hacer nada de nada», se reprochó.
Hacía tan solo unos días, su único objetivo era estudiar, sacar buenas notas, adelantar los ejercicios y conseguir terminar el curso como el mejor estudiante de la escuela. Si no destacaba en eso, no lo haría en nada más. «Pero ahora...». Ahora, su mundo se había llenado de vida, risas y ese latido rápido de su corazón cada vez que él le sonreía.
Miró el reloj: las ocho. Hora de dejar de hacer... lo que estaba haciendo —es decir, nada— y acostarse.
Cuando estaba a punto de levantarse para irse a la cama, su móvil sonó. Acababa de entrar un wasap y Ben se puso tan nervioso que estuvo a punto de caérsele de las manos.

Energizer:

Pelirrojo, vístete, estoy llegando.

Ben abrió los ojos, sorprendido, y su boca reaccionó al mensaje del novato con una amplia sonrisa, que se congeló al instante.

«¿Llegando?, ¿llegando a dónde? ¿Aquí? No, no puede...».

Ben:

¿Cómo? Ni se te ocurra venir a mi casa.

Contestó con rapidez.

Energizer:

Tarde, ya he llegado. No te preocupes,
tu madre no se va a enterar. Abre la ventana.

Ben escuchó unos leves golpeteos en el cristal y se sobresaltó.

«¿Está aquí? ¿Cómo que está aquí?», la pregunta estúpida le hizo resoplar molesto.

Corrió al ventanal y, en efecto, Luca estaba allí, guapo a rabiar, con la punta de la nariz roja debido a las bajas temperaturas y las manos dentro de los bolsillos de su grueso plumas.

—Estás loco —lo reprendió tras abrir la hoja de cristal para dejarlo entrar.

—Eh, me encantan tus pijamas. —Y, sorprendentemente, Ben no se avergonzó por el infantil estampado; a él le gustaban—. Corre, vístete. Llegaremos tarde.

—¿A dónde?

—Ya lo verás. —Ben observó como abría su armario y rebuscaba entre su ropa—. Ponte esto. —Le tendió unos vaqueros y un grueso jersey de lana.

Sin saber muy bien por qué no le mandaba a la mierda, lo echaba de su cuarto y se metía en la cama, tomó la ropa que él había seleccionado y se encaminó al baño para cambiarse.

«¿Por qué le haces caso? —se preguntó mientras se vestía—. Porque es emocionante, todo junto a Luca es divertido, ilimitadamente apasionante», se respondió con una sonrisa y acelerando sus movimientos para terminar lo antes posible. Deseaba con todas sus fuerzas descubrir qué sorpresa viviría junto a Luca.

Cuando salió, él lo apremió a que se pusiera la parka, le colocó una bufanda y, tras tomarlo de la mano, lo sacó por donde tan solo unos minutos antes él mismo había entrado, por el ventanal.

Procurando no hacer ruido para que su madre no los escuchara, cogidos de la mano, recorrieron los pocos pasos que los separaban de la calle a la carrera, con ganas de soltar las carcajadas que la situación les estaba provocando.

—¿A dónde me llevas? —le preguntó cuando estuvieron lo suficientemente lejos.

—Vamos a una fiesta.

—¿Una fiesta? Pero... es domingo y mañana hay clase. Yo nunca...

—Shhh, no pienses, Ben. Somos adolescentes, tenemos que disfrutar, romper las reglas. Comer locuras para que luego los adultos hagan su trabajo, nos regañen, nos castiguen... Ya sabes, la vida.

—A mí tan solo me importa mi madre... —susurró, atemorizado.

—Más vale pedir perdón que permiso, ¿no crees?

Ben cabeceó. No estaba muy de acuerdo con eso, pero ya estaba en la calle, ya había desobedecido, ¿por qué no saltarse por un día las normas? ¿Por qué no salir de su zona de confort?

Tomaron el autobús y terminaron en la playa. Caminaron hasta una de las calas. Retirados de las calles, un grupo de jóvenes habían organizado una fiesta.

Una hoguera presidía el centro del bullicio. La música estaba demasiado alta, pero estaban tan alejados que seguramente los adultos no los escucharían. Todos esos jóvenes, ¿habrían salido a escondidas como él?, pensó Ben mientras los contemplaba. No reconoció a ninguno, no los había visto en el instituto ni en la ciudad, claro que él nunca prestaba atención a la gente con la que se cruzaba. Ninguna persona, hasta el momento en que había llegado Luca a su vida, le había interesado lo suficiente como para levantar la cabeza, dejar de mirar el suelo y clavar los ojos en ella.

Todo lo contrario que Jeon: él iba saludando a todos con los que se cruzaban, se daban las manos, con algunos un abrazo fraternal, las chicas suspiraban al verlo pasar y algunas reían con

timidez. Todas eran reacciones normales, y Ben las entendía a la perfección, ¿quién se podía resistir a Luca? Nadie, era el imán que atraía miradas. Emanaba seguridad en sí mismo; caminaba con la cabeza alta y un precioso halo de calidez, de buen rollo, lo rodeaba.

—Eh, Luca, qué guay que al final has venido. —Un chico rubio con unos ojos azules como el mar que tenían enfrente se acercó al novato. Lo saludó con efusividad y le tendió un par de cervezas.

—Toma. —Luca le dio una a Ben.

—No, no, yo no bebo.

Todo eso era ilegal. El alcohol, la fiesta... ¿Es que nadie se daba cuenta de que eso no estaba bien? La estricta moral de Ben lo obligaba a salir de allí lo más rápido que le dejasen sus piernas. Miró a todos los lados asustado. La gente, ajena a la zozobra que sentía dentro de él, bailaba, reía y se divertía sin miedo a nada, sin pensar en nada.

—Esto no está bien —dijo en voz alta.

—Por una vez en tu vida, no pienses, déjate llevar. Yo cuido de ti, junto a mí nada malo puede pasarte. —Esas palabras susurradas en uno de sus oídos hicieron que un clic en su cerebro apagara su sentido de la responsabilidad. Entonces Ben dejó de pensar, tomó la cerveza y bebió su primer trago de alcohol. Su sabor amargo le gustó tanto que abrió mucho los ojos, presa de la sorpresa. Sonrió feliz.

—Esto está muy bueno.

Luca le acarició el cabello.

—Pues claro que lo está, pelirrojo. Pero bebe con moderación, ¿OK? —Le guiñó un ojo y Ben enrojeció. Para dejar de contemplar esos ojos que lo estaban poniendo nervioso, pues lo miraban de una forma demasiado íntima, disimuló observando al resto de los jóvenes que los rodeaban y que, con toda sinceridad, no le importaban nada en absoluto.

En las caras llevaban dibujos realizados con pintura fosforescente, que les hacían brillar en contraste con la oscuridad de la noche. La mayoría de ellos portaban —en los brazos, en el cuello o alrededor de la cabeza— una tira que brillaba en la oscuridad y creaba un ambiente mágico.

Luca tiró de la mano de Ben y juntos caminaron hasta un grupo de chicos y chicas, que los saludaron con efusividad, como si los conocieran de toda la vida.

Jeon tomó una de las pinturas y, tras quitarle las gafas, dibujó, con la gran destreza que le caracterizaba, pequeñas estrellas que trazaban un camino desde sus sienes hasta las mejillas. Cuando terminó, contempló su obra con orgullo, asintió satisfecho y la sonrisa con la que lo contemplaba hizo que Ben se sintiese mareado.

—Hola, Ben. —El saludo efusivo de Violet lo ayudó a recuperarse, por fin pudo desconectarse de los ojos de Luca y fijarlos en ella, que, sin más, se le arrojó encima y lo besuqueó—. Qué guay que hayas venido. —Le colocó, a modo de collar, una de las tiras brillantes, mientras que a Luca se la puso sobre la cabeza, como si fuese una corona.

El aliento de Ben se congeló cuando contempló a Luca a la luz de la hoguera, que le permitía verlo con todo detalle. Sus propios dedos habían delineado con pintura rosa corazones alrededor de sus ojos. Luca le había ofrecido la pintura con una sonrisa, le daba permiso para dibujar sobre su piel lo que él quisiera, y lo hizo, por supuesto que lo hizo. Sus trazos no eran para nada perfectos, pero hacían que el atractivo de Jeon se duplicara; brillaban con intensidad, al igual que la corona de neón, que destacaba sobre su cabello negro. Se había desprendido de la gruesa cazadora; allí, cerca del fuego, hacía calor. Bailaba y sonreía, destacaba entre todo el grupo de jóvenes; era perfecto, bello.

Alentaba a Ben para que lo siguiera en su danza, pero a él le costaba moverse; estaba

hipnotizado con sus movimientos, con la luz que todo su ser irradiaba.

Un toque en uno de sus hombros lo sacó de su ensimismamiento. Se giró.

—Hola, Noah —lo saludó con alegría. Ese chico delgaducho y con ojos grandes y sinceros le gustaba.

Noah elevó la mano a modo de saludo y sacó el móvil de uno de los bolsillos de su pantalón.

Me encanta ver que te has decidido a venir.

—Luca me ha sacado a escondidas de mi casa —contestó tras leer la nota de Noah.

Está muy loco.

—Como una cabra —le dijo, y ambos rieron.

La cerveza le enfriaba la mano con la que la sostenía, pero la sensación no era para nada desagradable, pues, pese a las bajas temperaturas, el fuego y la visión de Jeon bailando lograban calentar su cuerpo.

Dentro de él estaba teniendo lugar una ardua lucha. Su parte racional quería dejar de contemplar a Luca, le ordenaba que parase de babear como un púber y sin ningún disimulo, pero su parte irracional seguía enganchada a la forma en la que Luca agitaba los brazos, movía los pies, cerraba los ojos siguiendo el ritmo de la música con total destreza, y todo ello aderezado con esa sonrisa que conseguía que todo su mundo se tambalease. «Todo lo hace bien», se dijo un poco molesto. Chasqueó la lengua, sacudió la cabeza y, con gran esfuerzo, retiró la mirada de Jeon para posarla sobre Noah, que lo contemplaba con una irónica sonrisa dibujada en la boca.

—Eh, ¿por qué me miras así? —le preguntó, irritado.

Noah negó con la cabeza; no pensaba contestarle, pues su respuesta le incomodaría. Ben Chester le dio un pequeño empujón y vocalizó un «Idiota» que logró que Noah se riese a carcajadas silenciosas.

—¿No tienes miedo de que os pillen vuestros padres? —Cambió de tema; empezaba a estar incómodo y, para evadir la mirada inteligente y cargada de sabiduría de Noah, señaló a Violet, que bailaba junto a Luca.

Noah negó con la cabeza.

Si nos pillan, nos castigarán, pero nadie nos podrá quitar los momentos felices que vivimos. La vida es corta, ¿qué te queda si no la disfrutas a tope?

Ben observó a ese chico de diecisiete años con la mente de un hombre y asintió con efusividad. Qué razón tenía. «¿Qué me queda si no disfruto a tope?».

—Dime una cosa, Noah. —Ben tuvo que llamar la atención del chico con un leve golpecito en uno de sus hombros—. ¿Cómo es posible que Luca conozca a tanta gente? A ver, sé que pasaba los veranos aquí, pero, según me contó, llevaba tiempo sin venir.

La risa muda de Noah fue contagiosa; según parecía, el alcohol comenzaba a desinhibirlo.

Amigo, Luca es un imán que atrae a todo aquel que lo conoce. Es la mejor persona que podrás conocer y, cuando se entrega a alguien, es fiel hasta el final.

Lo señaló con un dedo y Ben arrugó la frente.

¿Qué había querido decir con eso? No le dio tiempo a meditar las palabras y gestos de Noah, pues de repente una voz le llamó la atención.

—Ven, ven conmigo. —Una preciosa rubia que llevaba tiempo contemplándolo tiraba de su mano y lo obligaba a seguirla.

Ben lanzó una mirada de auxilio a Noah, que, lejos de ayudarlo, se limitó a despedirse de él con una mano y vocalizar de forma exagerada para que él pudiese leerle los labios un «Disfruta» que Chester no supo cómo tomarse.

—Toma. —La rubia paró donde tenían las bebidas y le tendió otra lata de cerveza. Ben pensó por un instante rehusar su invitación, pero al final la tomó entre sus manos. Estaba tan

incómodo junto a esa extraña que sentir el frío del bote sobre sus palmas lograba serenarlo—. Me llamo Linett. No me voy a andar con rodeos: me gustas.

Ben parpadeó un par de veces.

—¿Có-có-cómo? —Su tartamudez apareció de nuevo, siempre le sucedía cuando estaba con gente a la que no conocía y más aún en una situación embarazosa como era esa.

Linett no se inmutó, no pareció molestarle su dificultad para expresarse; se limitó a sonreír, darle un gran trago a su bebida y repetirle su declaración:

—He dicho que me gustas. ¿Cómo te llamas?

—Be-Be-Ben Ches-Ches-te-ter. —Le resultó tan costoso el simple hecho de pronunciar su nombre que, cuando terminó de decirlo, tuvo que tomar aliento para recuperar la respiración.

—Ay, qué mono eres. —La pequeña rubia parecía encantada con su poca destreza social, con su tartamudez y el color rojo intenso que cubría cada poro de su piel.

¡Era de locos! Ben Chester le gustaba a una chica tan solo por su apariencia.

—¿Eres de por aquí? —Ben se limitó a asentir—. Yo no vivo aquí, pero una amiga me habló de esta fiesta y me apetecía conocer gente nueva. Y, en cuanto posé los ojos sobre ti, me quedé fascinada. Me gustas tanto que quiero besarte.

Ben se atragantó, pues acababa de darle otro largo trago a su cerveza. La tos le hizo lagrimear y ella intentó a ayudarlo a recuperar el aliento asestándole un par de golpes en la espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó con un sincero tono de preocupación en la voz.

Chester asintió.

—Lo siento, suelo ser muy directa. —Se encogió de hombros—. E impaciente. —Guiñó uno de sus bonitos ojos y, sin darle tiempo a reaccionar, colocó las manos sobre las mejillas de Ben, lo acercó hasta su cara y lo besó.

Ben Chester se quedó congelado. No sabía cómo reaccionar, estaba tan desconcertado con toda la situación que, sin poder evitarlo, notó como ella posaba sus labios pintados de rosa sobre los de él. Linett buscaba que abriera la boca, que la dejara profundizar, pero Ben no deseaba ese beso y la empujó con fuerza.

Fue un simple roce, uno que duró más de la cuenta y que no le agradó.

—Lo siento —se disculpó Linett—. Yo... pensé...

Ben se limitó a sacudir la cabeza mientras sus ojos la miraban furiosos. Negó un par de veces, se restregó con fuerza con una mano para limpiar todo posible vestigio del beso de Linett y con pasos apresurados se marchó, se alejó de ella, no sin antes tomar otro bote de cerveza.

Caminó hasta donde había dejado a Noah, que, al ver el estado en el que llegaba, se preocupó.

Eh, ¿estás bien?

Ben le dio un largo trago a su cerveza antes de contestar.

—No, no estoy bien. Me acaban de dar mi primer beso.

La boca de Noah se abrió por la sorpresa.

¿La rubia te ha besado?

Ben asintió.

—Y no me ha gustado, no me ha gustado nada. —Una chica preciosa lo acababa de besar y él no había sentido nada. Otro en su situación se habría sentido afortunado de que alguien como Linett lo hubiera elegido, pero él no—. ¿Qué está mal conmigo?

¿Por qué piensas que hay algo mal en ti?

—¿No es raro que no me haya gustado que me bese una chica como Linett?

Volvió a beber de su cerveza, pero la pregunta que había lanzado quedó sin respuesta, pues,

de improviso, Luca lo tomó de una mano y lo alentó a saltar junto a él al ritmo de la canción que comenzaba a sonar, sin darle tiempo a reponerse.

En un primer momento, su timidez le hizo ser comedido, pero los tragos que le había dado a las cervezas, junto con sus ganas de vivir, de sentir, de dejar atrás los malos momentos, la soledad, y la mano de Luca, que no lo soltaba, hicieron que poco a poco sus saltos, sus movimientos se fueran haciendo más intensos. Comenzó a reír, a botar e incluso a cantar, a pesar de que era la primera vez que escuchaba esa canción. Pero la letra era tan repetitiva que no le costó aprenderla y más aún al verse arropado por sus amigos. Incluso Noah bailaba, y eso que su sordera le impedía escuchar la melodía. Era asombroso lo que el grupo podía lograr. La euforia era incontenible, tanto que incluso se podía palpar, respirar.

Ahí, rodeado de extraños, Ben se sintió como en casa y vivo, más vivo que nunca.

A lo lejos vio a Linett. También participaba de la euforia del momento y no parecía arrepentida. No quiso prestarle más atención. Detestaba que su primer beso, que los primeros labios que habían tocado los suyos hubieran sido los de esa chica, a la que no conocía y a la que no quería volver a ver nunca más. Pero ese era su momento, el de él, el de Luca, e iba a dejarse ir, iba a frenar a esa parte racional, a veces estúpida, que lo detenía, que lo obligaba a sopesar cada paso que daba, que lo paralizaba. ¡No! Necesitaba ser libre.

Volvió la mirada hacia la persona que deseaba contemplar cada día de su vida. Clavó los ojos en Luca, sonrió y bailó como nunca lo había hecho.

Los primeros acordes de *Love Tonight*, de Shouse, hicieron que el grupo se enardeciera. La conocían todos, todos menos Ben, que se dejó atrapar por la melodía.

Luca se colocó a su espalda, lo abrazó por la cintura y juntos se mecieron al ritmo de la música.

—«Cuando estás cansado, cuando te sientes solo, puedes solo extender tus brazos. Sé que estaré allí. Te ayudaré a superar la tormenta. Nosotros juntos. Nada se ha sentido más como en casa. Sabes que estaré allí. Nunca más estarás solo». —La bonita voz de Luca cantaba en uno de sus oídos, tan cerca que su aliento lo golpeaba. Millones de burbujas explotaban en su vientre. Esa letra, unida a la música, hacía que Ben se olvidara de todo y se dejase llevar.

—«Todo lo que necesito es tu amor esta noche» —cantaron todas las voces a coro, y Ben se unió. Lo repetían una y otra vez de forma incesante. Mientras saltaban, el cuerpo y las manos de Luca se rozaban con el suyo.

Pero el final de la canción fue el detonante para que la sensatez regresara a Ben. De repente, se sintió incómodo. Eso no estaba nada bien. Lo que sentía no era adecuado, no era correcto. Desear más era una aberración, y con brusquedad se separó de Luca y, sin decir nada, se encaminó hacia la salida de la playa.

No, no, no podía dejarse llevar así. Él nunca había bebido cerveza ni bailado a la luz de una hoguera que unos jóvenes habían hecho de manera ilegal en la playa. Nunca se había escapado de casa ni desobedecido, besado a una extraña ni deseado... Paró de golpe; lo sentía a su espalda, le había seguido.

—¿Qué me estás haciendo? —preguntó con tono preocupado.

—Te estoy demostrando lo bonita que es la vida. Quiero que disfrutes de tu adolescencia, que seas joven, que ames...

—¡No, no quiero! —Se giró para encararlo—. Quiero mi vida estable, mi mundo milimetrado. No quiero hacer cosas como esta...

—¿Estás seguro, Ben? Porque yo creo que lo que tenías no te gustaba y lo de ahora...

Ben le hizo callar con un gesto. Pero sus profundos ojos negros continuaron

contemplándolo con expectación. Su respuesta era importante para él y Ben tuvo que ser sincero.

—No, no estoy seguro de nada —afirmó—, estoy muy perdido.

Sus ojos conectaron y Luca lo tomó entre sus brazos, como si ese fuera el lugar al que pertenecía. No se sintió extraño, tímido, no tenían nada que ver el alcohol que había ingerido ni la efusividad del momento. Solo quería estar ahí, sentir la seguridad que le aportaban sus brazos.

—Estás conmigo, Ben, todo está bien.

—Quiero irme a casa. —Pronunciar esas simples palabras fue duro y costoso, pero la parte racional de Ben le gritaba a pleno pulmón, y no podía hacer oídos sordos porque todo lo que le decía era razonable. Eso no estaba bien, no era normal, convencional. Nadie en su entorno aceptaría esos sentimientos que lo azotaban. Todo sería complicado, costoso, y apenas le quedaban fuerzas para terminar el curso.

Se separó de sus brazos y comenzó a caminar hacia casa, hacia ese hogar frío y solitario.



Capítulo 12

¿Fue un error cometido por un ángel?

¿O fue un beso profundo?

Esos hoyuelos son ilegales, pero los quiero de todos modos.

«Dimple», BTS

El sonido del despertador lo trajo abruptamente del mundo de los sueños y lo hizo aterrizar de forma cruel en la realidad: era lunes, la tregua se había terminado, tenía que volver a verle la cara a Seilor Brown, afrontar lo que había sucedido. Pero eso no era todo. También debía hacer frente a lo sucedido en la playa, al descubrimiento de que las chicas no le gustaban y que Luca le gustaba no solo como un amigo. Había algo más, algo a lo que temía ponerle nombre o decirlo en voz alta porque entonces se haría más real.

Cerró los ojos y se tapó la cara, quería esconderse en algún lugar oscuro por el resto de su vida.

¿Cómo iba a hacer frente a todo lo sucedido?

Parecía que habían pasado siglos desde el incidente de las zapatillas, desde su decisión de subir a la azotea con la pretensión de terminar con todo y desde que tomó la suave mano de Luca y se dejó llevar, desde aquel sueño que le mostró lo que deseaba. Pero, en realidad, tan solo había pasado un fin de semana, el fin de semana más perfecto que recordaba...

—Hasta que la cagaste bebiendo —dijo en voz alta.

Salió de la cama y arrastró los pies hasta el baño.

Se miró en el espejo. Aún tenía restos de la pintura fosforescente con la que Luca lo había pintado. Pasó los dedos sobre el dibujo y sonrió al recordar lo bien que se lo había pasado. De nuevo, un vaivén de sentimientos encontrados creció en su interior, volviéndolo loco.

—¡Basta! —le gritó a su imagen—. Es hora de volver a la realidad.

Se duchó y se vistió con el uniforme. Otra vez contempló su imagen en el espejo. Todo estaba perfecto, la chaqueta, la corbata y sus rizos rebeldes. Perfecto y aburrido.

Salió al salón y lo primero que vio fue una de esas notas que su madre dejaba para él por toda la casa.

No te vayas a clase
sin desayunar.
Suerte en tu examen.
Besos.
Mamá

Obedeció. Se sentía bien al hacerlo; era lo más cómodo, lo correcto.

«Aburrido». Pensó en esa palabra y arrugó la frente en un claro gesto de desagrado.

«Aburrido y cómodo», Ben ha regresado.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

La voz de Luca se coló en su mente: «Shhh, no pienses, Ben, somos adolescentes, tenemos que disfrutar, romper las reglas. Cometer locuras para que luego los adultos hagan su trabajo, nos regañen, nos castiguen... Ya sabes, la vida».

—No pienses, no pienses —dijo con tono burlón—, como si fuera fácil. —Soltó una carcajada cargada de sarcasmo—. ¿Cómo puedo hacer eso? ¿Cómo?

Miró por la ventana. Fuera llovía con intensidad, y el sonido de las gotas golpeando los cristales lo serenó.

De repente, se tensó: iba a perder el autobús.

Corrió hasta la parada vestido con un chubasquero amarillo, amarillo como el paraguas con el que Luca le protegió de la lluvia, y eso le hizo sonreír. Siempre que pensaba en él, una tonta sonrisa se dibujaba en sus labios.

El autobús llegó a la parada de Luca y, nervioso, miró hacia la puerta. Lo vio subir tras cerrar el paraguas. Caminó hacia donde estaba Ben con una preciosa sonrisa, como si nada hubiera pasado, como si la situación, sus sentimientos fueran lo correcto.

Se sentó al lado de Ben, que no se atrevió a elevar la cabeza de su regazo por miedo a perderse de nuevo en sus ojos.

—Hola, pelirrojo —lo saludó como hacía siempre—. ¿Todo bien?

Ben asintió.

Gracias a Dios, esa mañana Luca no estaba tan hablador como de costumbre. Quizá entendía la tormenta de sentimientos y emociones que bullía dentro de Ben y quería darle su

espacio, o quizá —lo más lógico— estaba cansado por el fin de semana.

«Sí, seguro que es eso», se dijo.

Luca sacó unos auriculares del bolsillo de su cazadora, se puso uno y el otro se lo colocó a él. Los acordes de una de esas canciones que tanto le gustaban a Jeon comenzaron a sonar. Esta vez, podía entender la letra, pues parte de ella era en inglés.

*Quiero estar contigo.
Y quiero quedarme contigo.*

La voz suave y aterciopelada del cantante le erizó el vello. Cerró los ojos para concentrarse más en la letra, en la voz.

*Al igual que las estrellas que brillan intensamente.
Tú estás brillando una vez más.
Aún estoy a tu lado, justo aquí.
Caminando hacia cualquier lugar al que vayas.
Siempre vivirás en mí.
Respirando profundamente dentro de mí.
Solo tómallo todo.
No soy nada sin tu amor.
Prometo que nunca dejaré tu amor.
Mi corazón está latiendo por ti.
Por siempre.
Y siempre.
Y siempre.*

...

Entrar en clase después del incidente podría haber sido mucho más difícil, pero Luca estaba a su lado y su silencioso apoyo lo ayudó a dar ese paso sin miedo.

Ocuparon sus asientos, eran los primeros. Ben no podía perder todas sus costumbres, bastante descontrolada estaba ya su vida.

Cuando Seilor llegó, clavó los ojos en ellos. Los retaba, sonreía estúpidamente, y cuando se sentó, colocó los pies sobre el pupitre, exhibiendo las zapatillas que le había robado a Ben. Buscaba pelea, pero no era a él a quien quería, era a Luca Jeon, y eso le aterró mucho más que si fuera él mismo el objetivo del Cobra.

Ben miró al novato: no se escondía, no eludía los ojos de Seilor, muy al contrario, lo contemplaba con descaro y una mirada que aterraría a cualquiera.

El ambiente estaba cargado. Algo malo iba a suceder, se podía respirar, palpar.

Ben se sentía inquieto, no pudo atender a las clases y el examen, ese para el que tanto se había preparado, le salió fatal. Seguramente tendría un montón de errores y una baja nota, pues no fue capaz de concentrarse. Pero no le preocupaba la reprimenda que su madre le daría ni los castigos que le impondría, lo más aterrador era que Luca estaba en peligro. Si algo le pasaba, él... él...

Las horas pasaban y la inquietud aumentaba al mismo ritmo. Y Luca Jeon no ayudaba, buscaba la mirada de Seilor en todo momento.

—¿A dónde vas? —Ben se alarmó cuando vio que se levantaba de su silla.

—Ahora vuelvo. —Le revolvió el pelo con cariño y le sonrió—. No te preocupes, todo está bien —le dijo, y salió por la puerta de clase, por la misma por la que hacía tan solo unos segundos había salido Seilor Brown.

Ben quiso ir tras él, sabía que iba en su busca, pero Luca le había rogado con la mirada que no lo siguiera, y quizá era lo mejor. Lo que fuera que iba a hacer era entre él y Seilor, no quería testigos, pues estuvo esperando el momento en el que el Cobra estuviera a solas, sin sus secuaces. Ben tan solo sería un estorbo, de eso no le cabía duda.

El tiempo pasaba y Ben estaba al borde de un ataque de nervios. Inquieto, contemplaba la puerta del aula esperando que Luca la atravesara de nuevo, y así fue.

Entró sonriente, caminando con seguridad, exhibiéndose con chulería. Sus ojos, prendidos en los de Ben Chester y, entre sus manos, las zapatillas que Seilor le había robado. Las dejó sobre la mesa del pelirrojo.

—Pero... ¿cómo? —balbuceó Ben—. No debiste hacerlo —le reprochó, asustado—, son solo un par de zapatillas, no quiero que tengas problemas por mí.

—Alguien tenía que plantarle cara.

—Debería haber sido yo. —Su voz sonó avergonzada.

—Y lo serás... Te prometo que lo harás. —No solo sus palabras establecían esa promesa, sus ojos también le mostraban la determinación, y Ben lo creyó.

—Lo haré —sentenció.

—Yo te enseñaré.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó Ben, al ver que Seilor no regresaba a clase.

—Nada, no le he hecho nada. —Pero su sonrisa burlona le confirmó que mentía.

—Dios mío, Luca, ahora el grupo de Seilor irá a por ti —le dijo con preocupación.

—No me importa, esta vez estaremos preparados. Nunca más se volverán a meter contigo, te lo aseguro.

El resto del día pasó tranquilo, sin sobresaltos y sin Seilor Brown. Su grupo no intentó nada; sin su líder, eran totalmente inútiles.

Al salir de clase, la lluvia había cesado y Luca le propuso a Ben dar un paseo antes de regresar a casa.

—Tienes que aprender a responder a los insultos, pararles los pies —le iba explicando—. ¡Asqueroso cuatro ojos! —le gritó tan de repente que Ben se sobresaltó. Lo miraba de frente y tan serio que parecía que de verdad lo estaba insultando.

—¿Cómo? —Ben lo miró perdido.

El novato chasqueó la lengua enfadado.

—He dicho que eres un asqueroso cuatro ojos de mierda. —Le asestó un empujón que lo desequilibró, pues no se lo esperaba—. Primera lección: siempre que estés en su presencia, prepárate para no caer; si logran derribarte, estás perdido. Coloca las piernas separadas, apoya bien los pies en el suelo y las rodillas un poco flexionadas. Los brazos abiertos, así. —Le mostró cómo debía hacerlo y Ben lo imitó—. Perfecto —lo alentó con una de sus ya típicas caricias a sus rizos rojos—, sigamos. ¡Cuatro ojos, panocha, gafotas de mierda!

De repente, Ben comenzó a reír; al principio intentando disimular, pero al final las carcajadas se intensificaron tanto que incluso lagrimeaba.

—Se supone que debes enfadarte, no reírte.

—Perdona... —Se secó las lágrimas e intentó reponerse—. Es que tus insultos son de niño pequeño.

—¿Tú crees? —interrogó, sorprendido, y Ben asintió.

—Tienes que ser más contundente. ¡Eres un hijo de puta! ¡Me da asco verte, oírte respirar! ¡No vales para nada, deberías estar muerto porque tan solo eres una mierda, un cobarde! —Lo que empezó como un ejemplo de los insultos que había soportado durante todo ese tiempo se fue convirtiendo en un desahogo, en una forma de sacar de dentro el dolor.

Luca lo contemplaba serio, su perenne sonrisa se había esfumado.

El primer empujón que Ben le propinó lo pilló desprevenido y estuvo a punto de caer. Pero, como tenía muy buenos reflejos, se posicionó para recibir el segundo. Después llegaron los golpes, que no esquivó, aunque lo podría haber hecho sin problemas.

—Muy bien, Ben, sigue, sigue, no pares —lo alentaba, y Ben obedeció. Lo insultó y lo golpeó hasta que quedó agotado. Solo entonces se dio cuenta de lo que había hecho, se sintió horriblemente mal y comenzó a pedir disculpas con los ojos anegados.

—Luca, Luca, yo... lo siento. Lo siento mucho. Por favor..., perdóname, no sé lo que me ha pasado... Yo...

—Para, para. —Le tomó las manos, pues Ben no paraba de intentar agarrarlo para ver los daños que le hubiera podido ocasionar—. Tranquilo, Ben, no me has hecho daño. Bueno... un poco —rectificó al mirar los ojos incrédulos con los que lo miraba Ben—, pero esto era lo que estaba buscando.

—¿Querías que te pegase e insultase? —interrogó, sorprendido.

—No es que yo quiera recibir golpes —se carcajeó—, lo que quería era verte reaccionar, demostrarte que puedes y debes protegerte.

—Yo..., no..., no puedo.

—Pues claro que puedes. Debes poner límites, Ben. No les permitas que ganen, no sería justo.

—Yo soy débil, soy un cobarde.

—No, no lo eres. No te infravalores, Ben. Has estado tan asustado que no te has permitido la opción de reaccionar, pero ahora no estás solo, yo estoy a tu lado y juntos seremos fuertes. Yo seré tu fuerza, Ben. Juntos, juntos lucharemos, juntos haremos que te respeten y no vuelvan a hacerte sentir pequeño y desvalido. ¡Juntos! ¡Juntos, Ben! —Conforme soltaba su discurso, se iba exaltando, hasta el punto de que las lágrimas comenzaron a llenar sus ojos achinados.

Ben lo contemplaba y, por primera vez en todos esos años, se sintió capaz de todo, de plantarle cara a Seilor, de comerse el mundo, de hacerse oír, de imponer su criterio sobre el de su madre.

—Yo te enseñaré a defenderte. De ahora en adelante, nadie volverá a meterse con el gran Benjamin Chester.

—Ni con el gran Luca Jeon —añadió Ben con una fuerte determinación en su voz.



Capítulo 13

Para ser honesto, tengo miedo de caer y de defraudarte.

*Pero, si eso requiere de toda mi fuerza,
me aseguraré de estar contigo, a tu lado.
Aunque me caiga y me equivoque de nuevo,
y esté todo cubierto de lodo,
confío en mí porque soy un héroe.*

«Anpanman», BTS

Los siguientes días pasaron con tranquilidad, como una balsa de aceite. Ben no sabía qué era lo que el novato le había hecho a Seilor Brown, pero había conseguido el gran milagro por el que llevaba rogando desde que el Cobra entró en su vida: lo ignoraba, ni siquiera lo miraba. Ben por fin era invisible a ojos de los abusones, y eso lo hacía tan feliz que parecía flotar por el aula.

Pero Luca siempre le decía que no se fiara, que tenía que prepararse para lo que pudiera suceder, y por eso cada día, cuando salían de clase, le enseñaba autodefensa. A ellos se les unían Violet y su mellizo, y así pasaban las tardes entrenando, haciendo los deberes, estudiando juntos. Pasar el tiempo con amigos lo ayudaba a que el Ben sociable regresara, dejando de lado al Chester huraño, cobarde, poco sociable, y volvió a ser, como cuando era niño, divertido, alegre, bromista. Comenzó a relacionarse con el resto de la clase. Ya no comía solo en el banco del patio, lo hacía con parte de sus compañeros, los que pertenecían al club de los sin club, pero que, en el fondo, como él, necesitaban formar parte de algo, sentirse uno más en el grupo. «Divide y vencerás», ese era el lema de Seilor, así había logrado dominar la clase, pero ya no ocurriría nunca más. Ahora, los parias se habían unido y no volverían a dejarse dominar. La era de Seilor Brown terminaba, y todo gracias a Luca Jeon. Su llegada a clase había logrado el milagro.

Su milagro, veintiún días. Le prometió que en veintiún días descubriría que el mundo no era tan malo como para escapar, como para querer bajarse de él antes de tiempo, en marcha, cuando aún no era su hora.

Veintiún días. No había necesitado más que veintiún días para saber que la vida era una mierda, pero que junto a los amigos también era bonita, divertida, alegre, y que merecía la pena pasar malos momentos porque también los había muy, pero que muy buenos.

Ben el adolescente con hormonas en ebullición despertó de su letargo, se rebeló, dejó de tener miedo y quiso vivir, vivir como solo un púber puede y tiene que hacer, con intensidad, con toda la fuerza que su juventud le permitía.

—Es nuestro deber como adolescentes, tenemos que darles trabajo a los adultos, ¿no crees?
—Luca y su forma de ver la vida le provocaban la risa y las ganas de seguir su ejemplo.

Fuera de clase, las cosas también habían mejorado muchísimo. Ya no estaba solo, ahora tenía a tres amigos y junto a ellos disfrutaba, reía. Su vida se llenaba de historias que contar, de

buenos momentos que recordar.

Era viernes, el tiempo volaba y estaban en un parque cercano a la casa de Ben.

Violet había llevado unas toallas, que colocaron sobre el césped, y los cuatro estaban sentados codo con codo. Luca pintaba en su cuaderno, Noah y Ben hacían sus deberes y Violet leía una novela.

—Luca, ¿qué estás dibujando? —preguntó la preciosa morena. Todo lo que hacía su amor platónico le importaba tanto que siempre estaba observándolo; aunque pareciese que estaba inmersa en su libro, sus ojos lo contemplaban constantemente.

—No te importa. —Luca siempre era cortante con ella, pero a Violet no parecía molestarle en absoluto.

—No seas así de borde —lo amonestó Ben. Dejó el lápiz con el que hacía sus deberes sobre la toalla y, con un rápido movimiento, le arrebató el cuaderno de dibujo a Luca, que se dejó hacer sin oponer resistencia y se limitó a sonreírle, le gustaba complacerle en todo—. Vamos a ver qué es lo que has dibujado.

Tanto Noah como Violet se acercaron al pelirrojo para mirar el dibujo de su amigo.

—Oh, vaya, oh... —Violet no dejaba de expresar su admiración por lo que Jeon había plasmado en la hoja en blanco.

—Luca, esto es... es tan... tan... —Ben no encontraba las palabras para expresar lo que le hacía sentir con sus dibujos.

Noah usó las manos para expresar con el idioma de los sordos lo que Ben no era capaz de expresar con palabras.

—Maravilloso —tradujo Violet en voz alta.

Luca había dibujado a Ben, su pelo rizado, sus gafas y su expresión concentrada escribiendo en su cuaderno. Era todo tan real que parecía una foto.

—Luca Jeon, eres un artista. Deberías estudiar Bellas Artes, has nacido para esto. —Ben lo miró con intensidad, con admiración.

—No se me da bien estudiar —dijo Jeon con timidez.

Ben había aprendido que Luca era el tío más lanzado y menos vergonzoso que conocía, pero, cuando se hablaba de las cosas que se le daban bien, se ruborizaba. Los elogios le hacían sentirse tímido y eso le resultaba tan bonito, tan hermoso, que sus labios hablaron sin poder contenerlos.

—Eres muy lindo —susurró, y tras soltarlo, se arrepintió. Cerró los ojos, vocalizó unos cuantos improperios y deseó con todas sus fuerzas que nadie lo hubiera escuchado. Cuando los abrió, miró a los tres amigos y, según parecía, el único que se había enterado había sido Noah. Gracias a su capacidad de leer los labios, había sido capaz de saber lo que Ben había expresado en un momento de debilidad y en voz demasiado baja.

El mellizo le sonrió con picardía y la cara de Ben se tiñó de su característico rojo intenso. De repente, comenzó a mover las manos a gran velocidad; hablaba con su hermana y esta protestaba. Ben deseó comprender el idioma de los sordos y se prometió aprenderlo para poder comunicarse con mayor fluidez con el mellizo.

—Vale, vale, pesado. —Violet se puso de pie y tiró de una de las manos de Luca, que sorprendentemente, se dejó llevar, obediente.

Entonces Noah sacó su móvil y comenzó a escribir.

Le he pedido a mi hermana que compre algo para picar y que se lleve a Luca con él. Quería que nos quedásemos solos.

—Lo raro es que Luca haya cedido. —Ben se carcajeó, nunca le hacía caso a la pobre Violet.

Creo que lo ha entendido.

—¿Qué ha entendido? No sé qué quieres decir con eso.

Ha entendido que quería hablar contigo a solas.

Ben lo contempló entre asustado y preocupado.

—¿Pasa algo?

No, al menos nada malo. Te gusta Luca.

—¿Co-cómo? ¿Gus-gus-tar, a mí? —dijo con voz chillona. Intentó evadir la profunda mirada de Noah, un chico que, con su misma edad, parecía un experto en la vida.

No me mientas, no me evites. Lo puedo ver en tus ojos, en la forma en la que lo miras. Luca te gusta, te gusta mucho.

No quería seguir leyendo lo que Noah, con dedos rápidos, escribía en su móvil. No deseaba tener esa conversación porque no estaba preparado para decirlo en voz alta, para aceptar lo que su corazón le gritaba con cada latido.

—Eso es imposible. Luca es un chico, no puede gustarme, ¿entiendes? No puede ser —se enfadó, se molestó con Noah. Sabía que no lo podía oír, pero que entendía perfectamente sus gestos, sus expresiones. Noah no escuchaba, pero lo percibía todo... todo.

Pero qué estupideces dices.

Tras leer lo que había escrito, miró sus ojos; estaba tan furioso que refulgían.

¡EL AMOR ES AMOR, QUÉ IMPORTA EL GÉNERO!

Escribió entre exclamaciones y en mayúsculas. Era su manera de gritarle, de expresar lo enfadado que estaba con Ben.

—Pero... yo... —Se sintió miserable, un estúpido hipócrita—. Me asusta, tengo miedo —le dijo con su mirada conectada a la de su amigo.

Ya, lo entiendo, es complicado de aceptar. Pero no te mientas, Ben, no es bueno.

—Lo sé —asintió—, pero necesito tiempo, tengo que pensar, ¿lo entiendes? —Necesitaba con toda su alma que Noah lo comprendiera, era muy importante para él, y más viniendo de ese chico con ojos gigantes y expresión dulce. Necesitaba su aceptación, tenía que entenderlo porque si no lo hacía, si su mejor amigo no lo comprendía, le dolería como si una parte de él se rompiera en mil pedazos. ¿Cómo era posible que en tan poco tiempo Noah hubiera entrado tan hondo en su corazón? Lo miraba y sentía que se conocían desde hacía años, como si fueran viejos amigos. La vida le estaba cambiando a tal velocidad que asustaba.

Todo es raro, ¿verdad?

Parecía leerle la mente.

«¿Tiene tan agudizados el resto de sus sentidos?», se preguntó Ben.

¿Puedo darte un consejo?

Ben asintió, deseoso de saber qué sabio consejo le iba a dar Noah. No había hablado con nadie sobre lo que Luca le hacía sentir, la verdad era un tema escabroso para tratar, pero con Noah las cosas fluían con naturalidad.

No lo pienses mucho, Luca le gusta a mucha gente y, si esperas mucho, quizá alguien te lo quite.

Señaló con un dedo a Violet, que regresaba cargada de bolsas junto a Luca, y luego se señaló a sí mismo.

Los ojos de Ben se abrieron como los de un búho por el asombroso secreto que Noah le acababa de confesar.

—¿Te-te gusta? —interrogó con voz temblorosa.

¿Y a quién no le gusta?

Se rio a carcajadas. Ben ya estaba tan acostumbrado a su risa silenciosa que le contagió.

...

Más tarde, paseaban por el centro de la ciudad cuando uno de los locales hizo que Luca agarrase a Noah, obligándolo a frenar de golpe.

—¡No puede ser! —Su grito de emoción llamó la atención de los tres amigos, que clavaron los ojos en él—. Un karaoke. —Les señaló el cartel de neón que adornaba la fachada.

Lo contemplaron sin entender a qué venía tanto alborozo.

—Un karaoke —dijo de nuevo con tono molesto, mientras ponía los ojos en blanco y como si con eso sobrasen las explicaciones por su euforia.

—Vale, un karaoke, ¿y qué? —Ben fue quien tomó la palabra.

—¡¿Y qué?! ¡¿Cómo que y qué?! Tenemos que entrar. No podemos estar delante de un karaoke y pasar de largo sin más. —Luca buscó con la mirada el apoyo de los mellizos y ambos asintieron, les gustaba la idea.

Ben los contemplaba con el ceño fruncido.

—Ni de broma entro yo ahí —afirmó con contundencia, e inició de nuevo la marcha—. No, no, no y no, me niego —les dijo cuando se dio cuenta de que caminaba solo, y al darse la vuelta vio a los tres parados frente a la puerta del local mirándolo como si fuesen tres animalitos perdidos.

—Porfa, porfa —pidió Luca, juntando las manos en una clara señal de ruego.

Ben se cruzó de brazos. No estaba dispuesto a ceder, pero, al contemplar cómo los ojos de Luca brillaban de emoción, tras soltar un fuerte resoplido, regresó junto a sus amigos y juntos atravesaron la puerta.

—Eres un crío —lo reprendió, pero sin mucha convicción, pues le gustaba tal y como era—. Y tú —le dio un par de golpecitos a Noah en el brazo para que lo mirase—, pensé que eras más sensato, creí que me apoyarías.

Noah movió con rapidez las manos y Luca, tras soltar una carcajada, le tradujo lo que había dicho.

—Dice que le encantan los karaokes. Como no oye, no le importa lo desafinado que se cante.

Ben puso los ojos en blanco, aún le sorprendía el sentido del humor de Noah.

Nada más poner los pies en la sala, Ben se acomodó en el sofá, enfurruñado.

—¡Eh, Luca! ¡Canta algo! —gritó Violet, emocionada, y le tendió el micrófono, que él tomó sin timidez ninguna.

Solicitó una canción y, con una gran sonrisa, se dirigió a sus espectadores.

—Esta canción la canta Jin, un miembro de BTS. Ya sabéis lo que significa ese grupo para mí.

Todos asintieron.

Las primeras notas de *The Astronaut* comenzaron a sonar y se hizo el silencio, todos parecían interesados en lo que Luca iba a interpretar.

*Tú y yo
Creamos una historia que nunca termina.
Oh, te convertiste en mi universo.
Esta es la historia de nosotros.
Como ese astronauta que viaja sin un destino o propósito,
yo también estaba a la deriva.*

La voz de Luca era tan hipnótica que Ben no podía apartar los ojos de él. Incluso Noah, sin oírlo, parecía sentir la música dentro de él.

*Todos los sueños que encontré perdidos en la oscuridad
hicieron que esta historia comenzara de nuevo.*

Los ojos de Luca se anclaron a los de Ben, que no podía dejar de contemplarlo ni de sentir que esa letra estaba escrita para él, para ellos.

*Cuando estoy contigo,
no hay nadie más.
Tengo todo el cielo para mí mismo.
Me siento de una forma en que nunca antes me había sentido.
Puedo ver una vida en el brillo de tus ojos.
El cielo viniendo a mí.
Y te amo.*

«Cuando estoy contigo, no hay nadie más. Tengo todo el cielo para mí mismo. Me siento de una forma en que nunca antes me había sentido», Ben repetía la letra dentro de su cabeza sin apartar la mirada de él. Se sentía como si estuviera dentro de una burbuja, una que los aislaba de todos. Como si estuvieran solos, los dos solos en esa sala, en el mundo, en el universo.

Pero los aplausos y los vítores de sus amigos cuando finalizó la canción rompieron la burbuja, y Ben despertó de la hipnosis, del trance en el que había estado sumido por culpa de ese chico de ojos negros, sonrisa canalla y hoyuelos.

—Ahora te toca a ti. —Luca le tendió el micrófono y él lo miró como si le estuviera ofreciendo algo ilegal.

—No, no, qué va, yo no... —Negó con la cabeza, incluso usó las manos. Se separó tanto del objeto que con impaciencia Luca le ofrecía que chocó contra la pared.

—Oh, vamos, Ben, porfa, porfa —suplicaban a coro Violet, Luca y Noah, que vocalizaba el ruego una y otra vez.

Ben Chester contempló a los tres sin entender muy bien esa necesidad que tenían de ponerlo en una situación vergonzosa, una que no deseaba.

—Vamos, pelirrojo, me haría muy feliz escucharte cantar —insistió Luca Jeon, y Ben, que no podía negarle nada, finalmente asintió, no muy feliz, pero lo haría. Saldría y cantarían..., bueno, más bien, destrozaría una canción.

De un tirón, demostrando lo desconforme que estaba con la situación, le arrebató el micrófono que Luca llevaba un rato ofreciéndole.

Caminó despacio, arrastrando los pies como quien va a realizar una tarea que detesta, y solicitó una canción tras pensarlo por un largo espacio de tiempo.

Entonces se colocó en posición, con los ojos clavados en la pantalla por la que saldría la letra, pues hacía años que no escuchaba esa canción y temía haberla olvidado.

Los acordes de *Dancing Queen*, de ABBA, comenzaron a sonar y, con voz temblorosa, Ben la interpretó lo mejor que pudo.

Sentía los ojos de sus amigos clavados en él. Estaba tan nervioso que casi se le cayó el micrófono, pero sorprendentemente, cuando terminó y escuchó los exagerados vítores y aplausos, se sintió tan feliz que sonrió y por fin se sintió relajado.

La siguiente canción la interpretó Violet.

Ben y Luca estaban sentados juntos, tan juntos que sus piernas se tocaban.

—Me ha gustado mucho, pelirrojo —le susurró Luca—, pero me ha sorprendido la canción que has escogido, es antigua.

—Es la canción preferida de mi madre. Cuando era niño, me la cantaba. —Sus ojos

brillaban. El recuerdo de esa época feliz aún le provocaba una sonrisa y melancolía, una tan intensa que necesitó prestarle atención a la actuación de Violet para no ponerse a llorar como si fuera de nuevo ese crío cuya madre lo tomaba de las manos y le hacía bailar mientras cantaba la canción de ABBA.



Capítulo 14

*Quédate a mi lado y sonríe.
Un futuro sin ti es un mundo sin color
lleno de frialdad monocromática.
Incluso la oscuridad que vemos es tan hermosa.
Quiero que confíes en mí,
mirarte solo a ti.
«Your Eyes Tell», BTS*

Unos dedos traviesos lo despertaron, dibujaban círculos sobre una de sus mejillas y una tonta sonrisa de felicidad despertó en su boca.

—Para, Luca —dijo con voz somnolienta.

—¿Luca? —La voz chillona de Liam le hizo abrir los ojos de golpe y sentarse en la cama—. ¿Quién es Luca? Y lo más inquietante, ¿te despierta con caricias?

—¿Liam? ¿Qué haces...? —Sabía que su voz sonaba nerviosa y sus mejillas estaban rojas porque ardían, le quemaban con tanta intensidad que deseó esconderse para que su hermano no lo siguiera mirando con la boca abierta.

—No me cambies de tema, enano. ¿Quién es Luca? —Se sentó en la cama a su lado, esperando con impaciencia una contestación.

—Luca es-es un amigo. —Trató de sonar despreocupado, pero su cara continuaba teñida de ese rojo que detestaba, pues por su culpa su hermano sabía que algo le estaba ocultando.

—Bien, me gusta saber que por fin tienes un amigo. Me habría gustado más que fuese una novia, pero... iremos poco a poco.

—¿Cu-cuándo has llegado?

—Buen cambio de tema. —Le sonrió—. Anoche, de madrugada.

—Pero, entonces, ¿no has descansado? —interrogó con preocupación.

—Dormí en el avión, estoy como una rosa. Te prometí que celebraríamos tu cumpleaños cuando regresara. Sé que ha pasado mucho tiempo..., pero una promesa de meñique no se rompe por nada del mundo. —Acarició con cariño el pelo revuelto de su hermano y le tendió los brazos. Ben se arrojó sobre él con tanta fuerza que logró desplazarlo y ambos rieron felices—. ¿Me has echado de menos, pequeñajo?

—Mucho, muchísimo.

—Yo también a ti. Venga, vamos, levántate y vístete.

Ben, obediente, salió de la cama y, tras preparar la ropa que se pondría, corrió al baño a ducharse.

—Prepararé algo para desayunar —le dijo Liam antes de salir del cuarto.

Ya preparado para lo que el día le deparase, Ben entró en el comedor, donde le esperaba

uno de los deliciosos desayunos que su hermano le preparaba cada vez que estaba en casa.

—Y bien, ahora que te has quitado las legañas y que estás llenando el estómago, ¿vas a hablarme de ese Lucas?

El trago que Ben le estaba dando a su café se le atragantó y tosió.

—Luca, es Luca. No tengo mucho que contar sobre... sobre Luca. —Mentir no era su fuerte, otra vez su cara se enrojeció y Liam rio a carcajadas.

—Ya veo... ¿Por qué has creído que era Luca quien te acariciaba?

—Bueno... Tan so-solo ha dormido alguna no-noche aquí y es muy bro-bromista. Ya sabes...

—Vaya, vaya. —Liam lo contemplaba totalmente concentrado en sus gestos—. Algo me ocultas, pequeño Benjamin —afirmó.

—No te oculto nada, ¿qué te podría ocultar? Tan solo es mi amigo, un buen amigo. —Su voz sonó más chillona de lo normal.

—Y no lo dudo, ¿qué más podría ser? Eres como un libro abierto, puedo leerte a la perfección y sé que algo guardas. —Intensificó su mirada como si fuera un protozoo y él lo analizara a través de un microscopio potente—. De momento, vamos a dejarlo estar. —Pero Ben sabía que su hermano no cejaría en su empeño hasta descubrir qué era lo que le ocultaba.

«La estás cagando tú solito», le dijo su yo racional.

—Vo-voy a lavarme los dientes. —Huía como un cobarde, era lo único que podía hacer porque ni él mismo sabía cómo gestionar lo que guardaba dentro de su corazón. No estaba preparado para hablarlo con nadie más, ni siquiera consigo mismo, mucho menos con Liam; no quería perder a la única persona a la que había tenido a su lado desde el minuto uno de su existencia. Noah se lo había tomado bien, pero su hermano era diferente.

—Eh, pero si no has comido nada.

La voz de Liam le llegó lejana. Antes de que pudiera reaccionar, se había encerrado en el baño para lloriquear por lo estúpidamente transparente que era y lo irracional que era la situación en la que se encontraba.

—Nada tienes que ocultar, pues no hay nada, nada... —dijo en voz alta, intentando autoconvencerse, engañarse. Mirar hacia otro lado lo hacía todo más fácil, al menos toda su vida le había dado resultado para sobrevivir—. Eso es, no dejaré que sientas, no permitiré que me arruines la vida. —Puso la mano sobre el órgano al que dirigía sus palabras: su corazón.

Cuando salió del baño, ya preparado para irse a la calle con su hermano, había tomado la firme decisión de pasar de dramas. Sí, era cierto que tan solo era un adolescente de diecisiete años y a esa edad todo se vive con más intensidad. También era cierto que seguramente aún no tenía la madurez suficiente para reconocer su sexualidad. Sus gustos podían variar..., ¿verdad?

Deseaba que la gran sorpresa que le tenía preparada su hermano le permitiera por unas horas olvidarse sus temores, sus dudas, esa zozobra que le hacía caminar como un zombi en busca de cerebros. La comparación le hizo gracia. Seguro que, si Luca supiera sus pensamientos, lo llamaría friki.

Un segundo, Luca.

Dos segundos, Luca.

Tres segundos, sacudió la cabeza. «¡Vete!», le gritó a la imagen de ese chico de ojos rasgados, personalidad arrolladora y esa sonrisa que lograba que su corazón se saltase varios latidos.

—Me encanta la idea de ir al parque de atracciones. —Se obligó a sonreír y a disimular la desagradable sensación que sentía cada vez que miraba a su hermano. Era como si la zozobra

aumentase, y se agobiaba.

—Será nuestro día de hermanos. —Liam sonreía de forma tan natural que Ben sintió celos. Pasó un brazo sobre sus hombros y así caminaron hasta el coche—. Eh, enano, ¿cuándo has crecido tanto? —preguntó entre carcajadas.

—Hace mucho. Ahora, tú eres el enano. —Y en efecto así era, Ben sobrepasaba a su hermano en estatura—. Y, para tu información, aún seguiré creciendo —le dijo tras soltar una risotada, a la que Liam correspondió con una mirada furiosa que le provocó un ataque de risa a Ben.

El día prometía ser diferente, divertido y muy muy excitante, y lo medio fue porque a Ben no le gustaban las atracciones fuertes, odiaba las alturas y detestaba la velocidad, todo lo contrario que a Liam, que disfrutó de cada atracción como si fuese un niño pequeño.

Era casi de noche cuando, al fin, Ben logró convencer a su hermano de que ya había tenido suficiente con la última subida a la montaña rusa.

Decidieron cenar en uno de los puestos callejeros del puerto. Se sentaron con su plato combinado sobre unas de las rocas del puerto y disfrutaron de la brisa del mar y de la sabrosa comida.

—¡Mmm, está buenísimo! —exclamó Liam.

Ben asintió. Su móvil vibró dentro del bolsillo de su abrigo. No le había prestado atención en todo el día, la verdad era que la cura desintoxicante de Luca le había venido genial. Pero, al sacar el teléfono del bolsillo, miró quién era el responsable de la llamada y, frustrado, pues su corazón de nuevo latió a cien por hora simplemente al leer el mote con el que había guardado su contacto, miró hacia el mar oscuro, suspiró con fuerza y contestó.

—¡Maldita sea, Ben, te juro que voy a matarte! —Tuvo que alejar el teléfono de su oreja, pues el grito de Luca podría haberle perforado el tímpano.

Liam dejó de comer y lo miró sorprendido.

—¿Pasa algo? —preguntó Ben con tono sereno.

—¿Que si pasa algo? Llevo llamándote todo el día, joder. No puedes desaparecer así, sin decir nada. —Su voz sonaba angustiada—. Estaba a punto de llamar a los hospitales.

Ben se retiró el teléfono y contempló con total estupefacción la inmensa lista de wasaps y de llamadas que tenía.

—Yo solo... solo quería saber que estabas bien. Temía que Seil...

—Estoy perfectamente —lo interrumpió, pues estaba tan cerca de Liam y este seguía con tanto interés la conversación que mantenían que temía que su hermano descubriera el acoso que había sufrido por parte de Seilor; a esas alturas, ya no tenía sentido preocuparlo—. Mi hermano ha venido a verme y estoy pasando con él...

—Hola, Luca. —Liam le acababa de arrebatar el móvil y Ben lo miró furioso e intentó quitárselo.

«Lo único que me faltaba, que estos dos hablen», pensó aterrado.

—Oye, me encantaría conocerte —le dijo, mientras Ben negaba.

—Hola, pues a mí también me gustaría. —La voz profunda de Luca le llegó potente y entonces su boca se secó.

Negó, negó con vehemencia. Luchó por recuperar su teléfono, pero de nada sirvió, Liam era más hábil y rápido. Escuchó con impotencia cómo su hermano le indicaba cómo llegar a la cafetería donde irían tras la cena improvisada y después de un «Nos vemos», colgó. Solo entonces le devolvió el móvil y, para más descaro, lo hizo con una de sus sonrisas irónicas.

—Pero... pero ¿qué has hecho? —le reprochó mientras contemplaba el teléfono como si

fuera un arma de destrucción masiva.

—Nada malo —se encogió de hombros y pestañeó un par de veces—, tan solo quiero conocer al amigo de mi hermanito. —Entonces su semblante se puso serio y el corazón de Ben se encogió, asustado. Temía sus palabras. Quizá sospechaba algo. Esperó con impaciencia. Su querido hermano estaba haciendo una de esas pausas dramáticas, se limitaba a mirarlo casi sin pestañear—. Ben, estoy muy preocupado. ¿Crees que no me he dado cuenta de lo solo que estás? ¿Crees que no me he fijado en que no tienes amigos?

—Yo...

—No soy tonto, y a pesar de que paso mucho tiempo fuera del país, siempre estoy pendiente de ti, de tus estudios. Ojalá mamá fuera más responsable, pero por desgracia es lo que tenemos, así que debemos cuidarnos el uno al otro. ¿Lo entiendes? —Ben asintió, ¿cómo no iba a entenderlo? Lo tenía asumido—. Por eso quiero conocer a esa persona especial que por fin te ha ayudado a salir de tu refugio. No creo que eso sea nada malo. —De repente, se tensó—. O quizá... ¿Me estás ocultando algo?

—No, no, te lo aseguro —corrió a contestar Ben—, simplemente me incomoda...

—¿Te avergüenzas de mí? —Su pregunta era sincera.

—No, no es eso.

—¿De tu amigo?

—No, no —se apresuró a responder. ¿Cómo podría avergonzarse de alguien tan maravilloso, tan extraordinario?

—¿Entonces?

—No lo sé, no lo sé —mintió, pues su mayor temor era que Liam, que lo conocía tanto, se diera cuenta de lo que sentía por Luca, de lo que le atraía.

—Vale, vale, está bien, no insistiré. Ya me lo contarás cuando estés preparado. —Ben fue a protestar, por nada del mundo quería que Liam pensara que le ocultaba algo, pero su hermano le exigió silencio elevando una mano—. Te repito, Ben: no soy tonto. Tengo la esperanza de que algún día te abras a mí. Prometo no juzgarte, prometo apoyarte, hermanito. —Y de nuevo lo obligó, entre protestas de Ben, que se sentía muy infantil cuando él le forzaba a hacer el dichoso juramento de meñiques, a cruzar sus dedos pequeños y agitarlos.

Tras terminar la cena, Liam condujo hasta una cafetería y ambos se acomodaron. La camarera les trajo dos refrescos y Liam le contó anécdotas de su trabajo que le hicieron lagrimear de la risa. Pero la llegada de Luca rompió la burbuja y terminó de desestabilizar su cordura.

Ben lo vio antes de que la puerta se abriera, lo contempló a través del gran ventanal que tenía enfrente y su corazón se agitó mientras miles de burbujas explotaban dentro de su estómago. Ya estaba acostumbrado a esa sensación, pero no a sentirla estando junto a Liam. Estaba tan incómodo que se movió inquieto en la silla.

«Tienes que disimular. Deja de mirarlo», se regañó.

—¿Ese es tu amigo? —preguntó Liam, al ver como Luca se aproximaba a donde estaban ellos sentados. Caminaba con seguridad, con las manos en los bolsillos de su gastada cazadora, luciendo esa sonrisa perenne que tanto le atraía y sus dos prefectos hoyuelos, esos hoyuelos con los que había soñado alguna que otra noche.

—Sí —afirmó.

—Vaya, es guapo de cojones. —La expresión que utilizó su hermano para describirlo le hizo reaccionar. Dejó de contemplar a Luca y clavó la mirada en Liam.

—Mira que eres animal. —No pretendía que sus palabras sonaran tan ásperas, pero le había molestado mucho que Liam usase esa palabra.

—Eh, ¿qué te pasa? —le interrogó Liam, preocupado por su extraña reacción—. No he dicho nada malo, ¿verdad? —Su mirada inquisidora lo obligó a rectificar, a disimular, pues la verdad es que su exagerada reacción resultaba de lo más extraña.

—No-no me pa-pa-sa nada.

Liam arrugó la frente. Si la tartamudez volvía, era porque algo le estaba ocultando, conocía muy bien a su hermano. Pero no le dio tiempo a decir nada más, pues Luca Jeon llegó a su lado.

—Hola —los saludó con un tono jovial, alegre.

—Hola. —Liam se puso en pie y le ofreció la mano a modo de saludo—. Yo soy...

—Liam. —Luca contestó por él. Miró la mano que le ofrecía y, tras soltar una carcajada, lo tomó entre sus brazos. Liam miró a su hermano, sorprendido; no esperaba una reacción tan cariñosa por parte de un amigo de Ben—. Encantado de conocerte. Yo soy Luca, Luca Jeon —le dijo cuando se separó de su cuerpo y, sin más, tomó asiento al lado de Ben. Le acarició el cabello y se acomodó.

—Vaya, vaya. Encantado, Luca Jeon. —Liam cabeceó feliz. Ese chico le gustaba, estaba seguro de que su espontaneidad le vendría genial a su ermitaño hermano.

—Tu hermano me ha hablado mucho de ti —intervino Jeon.

—Me sorprenden dos cosas. Una: ¿Ben?, ¿Ben, habla de mí? Es más: ¿Ben habla?

—No te pases. —El aludido lo taladró con la mirada.

—La verdad es que no es muy conversador, por eso nos llevamos bien. Yo hablo por los codos y él me escucha, es un gran oyente. —La frescura con la que Luca se expresaba complacía mucho a Liam—. ¿Cuál es la otra?

—¿Cómo? —interrogó Liam.

—Has dicho que te sorprenden dos cosas. —En ese momento llegó la camarera, tomó nota del pedido de Luca y se marchó.

—La segunda cosa que me sorprende es cómo un chico como tú se ha convertido en el mejor amigo del ermitaño Benjamin Chester.

El aludido lanzó una mirada asesina a su hermano.

—¿Ermitaño? No, no creo que Ben sea así. Más bien, es muy selectivo. No es amigo de cualquier persona.

Liam se carcajeó.

—Eres muy *cool*, Luca.

Ben soltó una carcajada, lo que le gustaba esa palabra a su hermano.

—Lo mismo digo.

Su sonrisa se amplió, sus ojos brillaban, a Liam no le cabía duda alguna de que decía la verdad. Sus gestos no mentían.

—¿Os conocéis desde hace mucho tiempo? —interrogó Liam. Tenía mucha curiosidad, ¿por qué su hermano no le había hablado antes de ese chico? No es que fuera muy comunicativo, pero nunca podría haberle ocultado una amistad con un tipo como ese.

—No, Luca llegó hace poco a clase —respondió Ben, sin darle tiempo a contestar.

—¿En serio? Dime, Luca, ¿cómo es que has entrado en Evergreen Heights College con el curso tan avanzado?

Ben se concentró en la respuesta que su amigo le daría a esa pregunta. Desde que lo había conocido deseaba con fervor saber más de él, descubrir esos secretos que guardaba, pero nunca se atrevía a preguntar.

«Y llegas tú para ayudarme a conocerlo un poco más, por algo te adoro», miró a su hermano con una enorme sonrisa dibujada en la boca.

—Uf, esa es una larga historia. —Luca se movió incómodo en el asiento, se notaba que ese tema era delicado. Ben lo miró a los ojos, seguramente no querría mentir, pero tampoco se sentía libre para contar la verdad. La tormenta se dibujaba en sus iris negros—. Es complicado. —Bajó la mirada, parecía tan apurado que Ben quiso ayudarlo.

—No seas cotilla —lo reprendió con severidad, y Liam, sorprendido, lo contempló con la boca abierta—. Luca, no hace falta que contestes a sus preguntas.

—Hermanito, me tienes alucinado. —Ben siempre era tímido, apocado, incluso con su hermano. Jamás le había levantado la voz y ahora..., ahora protegía a su amigo sin importarle nada más que su bienestar, sin contemplaciones, sin timidez, con tanta seguridad y determinación que Liam se emocionó. Siempre había sabido que ese era el Ben verdadero, el que se escondía dentro de un caparazón—. Por fin sales al exterior —susurró, seguramente su intención era que esas palabras quedasen solo para él, pero Ben las escuchó y sus mejillas se encendieron.

—No pasa nada —Luca corrió a disculpar al hermano mayor—, es solo que es un poco complicado de explicar... La cosa es... —Se notaba que estaba sopesando lo que quería decir, a Ben no lo podía engañar, conocía cada matiz en su discurso, cómo sus ojos se ensombrecían cuando algo le afectaba, cómo su nuez se movía al tragar con nerviosismo. De nuevo intentó pararlo, posó una de sus manos sobre la rodilla que, descuidadamente, se rozaba con la suya, pero Luca parecía querer responder a esa pregunta que tanto le incomodaba—, en resumen —dijo mientras ponía su mano sobre la de Ben, que continuaba sobre su rodilla, un contacto sin otro objetivo que sentirse el uno al otro. Era como decirle sin abrir la boca: «sé que estas a mi lado»—, mi madre se va a casar y el hombre que en nada será mi padrastro no quiere verme. —Tras soltar esa dura confesión, suspiró y le dio un largo trago a su bebida.

—Vaya, me dejas... Qué putada... —Liam se había quedado sin palabras y Ben se limitó a mirarlo mientras deseaba abrazarlo, consolarlo, pues podía suponer lo duro que debía ser para Luca que su madre se deshiciera de él sin importarle sus sentimientos—. Otra madre desnaturalizada —soltó Liam, cuando se recuperó de la confesión de Luca.

Durante un buen rato permanecieron el total silencio. Ben sentía como la mano de Luca presionaba la suya, hasta que poco a poco comenzó a destensarse. De forma abrupta, se quedó sin el calor de esa palma y él decidió que era el momento de quitar la suya de la rodilla de Luca.

—Luca, ¿has cenado? —Liam, con esa simple pregunta, logró disipar la incomodidad que tras la confesión de Luca se había asentado entre ellos.

—No, y me muero de hambre —contestó.

A partir de ese momento, todo volvió a fluir. Las risas regresaron, las conversaciones sobre todo y nada. Ben se limitó a contemplar cómo las dos personas que más le importaban se relacionaban como si se conocieran de toda la vida. Conectaron, de eso no le cabía duda, al fin y al cabo, eran muy parecidos. Se sintió feliz, pleno. Había estado asustado, el temor a que no se hubieran llevado bien le paralizó antes del encuentro, por eso se había sentido tan incómodo cuando Liam le propuso a Luca verse en la cafetería, pero en el preciso instante que los vio juntos sus miedos se esfumaron. Esa era la combinación perfecta: su hermano y su... ¿amigo?



Capítulo 15

*Está bien, incluso si no somos nosotros.
Incluso si la tristeza me borra.
Incluso si el cielo se cubre con nubes oscuras otra vez.
Incluso si mis alas están rotas.
Incluso si algún día me convierto en alguien que no soy.
Está bien, soy mi propia salvación.
«I'm Fine», BTS*

Ben había regresado a casa con una sensación dulce y sonriendo. No podía dejar de hacerlo, como un tonto, como un niño, como el adolescente que había permanecido escondido dentro de él, ese al que hasta ese momento no le había permitido tomar el mando, pues se trataba de sobrevivir y la mejor opción era aletargar a ese loco niño con ganas de cometer locuras. Ahora fluía, el miedo no lo controlaba, y esa sensación de libertad le encantaba.

Liam le había dejado en casa; eso sí, primero acompañaron a Luca a la suya y después se fue, pues le avisaron de una emergencia del trabajo. No dormiría en casa, y eso frustró un poco a Ben, le encantaba dormir con su hermano.

En ese momento estaba metido en la cama, contemplando el techo, con las manos detrás de la cabeza y esta, llena de millones de pensamientos que no le dejaban dormir.

¿Estaría bien Luca?

Un toque.

Dos toques.

Tres toques.

El golpeteo en el ventanal de su cuarto le hizo reaccionar. Se levantó de la cama con el corazón a mil, sabía a quién se iba a encontrar al otro lado esperando, guapo a rabiar y con ganas de provocarlo.

—Pero... ¿qué haces aquí? —Lo dejó entrar porque fuera hacía mucho frío, porque apenas se habían separado y ya lo echaba de menos, porque le encantaba pasar tiempo a su lado y porque las burbujas que estallaban dentro de su estómago empezaban a ser adictivas; le gustaba su revoloteo, cómo flotaban y se rompían provocándole miles de cosquillas.

—No podía dormir —contestó como si fuera lo más normal del mundo recorrer la larga distancia que había desde su casa, y que seguramente hizo en bicicleta, pues el bus ya no estaba disponible, y entrar en casas ajenas a las tantas de la mañana, a través de un ventanal y no por la puerta, como lo hacía el resto del mundo.

No esperó respuesta, actuó como si entrase en sus dominios. Se quitó las zapatillas y lanzó la cazadora y el gorro de lana que llevaba puesto sobre el escritorio. Ben notó que ni siquiera se había cambiado de ropa, llevaba la misma sudadera negra que había lucido en la cafetería.

Luca caminó hasta la cama, se acomodó apoyando la espalda sobre el cabecero; esta crujió por su peso y se carcajeó. Ben corrió a reprenderlo.

—Shhh, no hagas ruido, mi madre está en casa —le dijo, aunque por experiencia sabía que, cuando Blanche se quedaba dormida, ni una bomba podía desconectarla.

—OK, seré muy, pero que muy silencioso —prometió mientras se cubría la boca para acallar la risa. Se despojó de la sudadera, dejando a la vista una de sus ya típicas camisetas negras sin mangas, en cuya espalda lucía, como en casi toda su ropa, con orgullo y con grandes letras blancas el nombre de su grupo preferido: BTS.

—Ponte cómodo —le dijo Ben con tono irónico cuando cambió de posición y se tumbó sobre la cama poniendo los brazos bajo la cabeza. Luca se limitó a exhibir una de sus sonrisas canallas mientras le guiñaba un ojo.

Ben puso los ojos en blanco. Era incontrolable, hacía y deshacía a su antojo, y él nada podía hacer, mucho menos cuando lo miraba y sonreía de esa forma tan... linda.

Se encogió de hombros y decidió dejarlo estar, al fin y al cabo, le gustaba estar con él. Así que se sentó en la cama junto a él y se colocó de lado, así podría mirarlo. No era para nada incómodo, pues Luca tenía los ojos fijos en el techo. Mientras no lo mirara, todo iría bien. Además, así podía contemplarlo, recrearse en esa belleza tan exótica que lucía sin ser consciente de lo que le provocaba.

Se apoyó en el blanco cabecero y suspiró. Luca era irresistible y cada vez le costaba más negarse lo que sus instintos le gritaban, le exigían.

—Oye, Luca. —Necesitaba distraerse en algo irrelevante y clavó los ojos en su camiseta. Ben se había fijado en que toda su ropa era similar: negra y adornada solo con el nombre del grupo coreano que le apasionaba. Siempre estaba escuchando sus canciones, le contaba historias sobre los siete chicos que lo formaban. Eran sus ídolos, su referente—. ¿En todas las camisetas llevas escrito BTS? —le preguntó, lleno de curiosidad.

—Sí, toda mi ropa lleva su nombre.

—¿No crees que es un poco exagerado? Puede gustarte mucho un grupo, pero...

—Su música —lo interrumpió— me salvó la vida.

Con sus serias palabras, el corazón de Ben se encogió.

—¿Qué-qué quieres decir con eso? —preguntó, aterrado. La respuesta a esa pregunta seguramente lo ayudaría a conocer más a Luca y temía que dentro de ese chico sonriente, que parecía ser el más feliz del universo, se escondían heridas profundas, miedos y mucha pena. Desnudar a ese Luca sería una tortura mucho más grande que su propio sufrimiento. Todo su dolor había dejado de tener importancia, lo único que no podría soportar sería ver su luz apagada, su mirada llena de pena. El dolor de Luca era más lacerante que el suyo propio.

Luca se giró sobre la cama para colocarse de lado, justo como estaba Ben; así podrían mirarse en los ojos del otro. Lo que estos reflejaban hicieron que los de Ben se anegaran. Jamás había contemplado tanta pena en la mirada de su amigo.

—Hubo una época en la que yo también quise desaparecer —sentenció. ¡Crac!, el corazón de Ben se quebró. Negó con la cabeza con vehemencia, con horror—, pero al igual que pasó contigo —prosiguió—, hubo algo que me hizo reaccionar y no cometer esa estupidez. —Se tumbó de nuevo sobre la cama, rompiendo de forma abrupta la conexión de sus miradas, y Ben lo agradeció en silencio. Sus negros y achinados ojos a veces eran tan intensos que le asustaban—. Una canción, una letra me salvó, me ayudó a rectificar a tiempo, a pedir ayuda. —Giró la cabeza para mirarlo—. ¿Suena estúpido?

—No, no lo creo —sentenció con seguridad.

—Ese domingo, alguien puso esa canción, alguien conectó el altavoz y la melodía me llegó en la distancia. Por aquella época no conocía al grupo, no había escuchado ninguna de sus canciones. Recuerdo que lo primero que me llamó la atención fue escuchar el coreano. Imagina que, de repente, en un pequeño pueblo de Italia, suena una canción en coreano. Entonces mi cabeza dejó de pensar en... en lo que iba a hacer y se centró en la melodía. Aluciné tanto que todos mis sentidos se centraron en ese tema. Cuando presté atención a la letra, a lo que ese grupo desconocido para mí intentaba contar, mis ganas de terminar con todo se evaporaron. Algo en mi mente hizo *boom*.

De nuevo, Luca miró el techo. Ben acomodó la espalda en el cabecero y contempló lo que tenía frente a sus ojos: el escritorio, sobre el que reposaban la cazadora vieja de Luca y ese gorro de lana que seguramente en él se vería ridículo, pero que en Luca resultaba de lo más atractivo.

—¿Qué canción era? —preguntó Ben—. Me gustaría oírla.

—*Lights*. —Se levantó con la agilidad que le caracterizaba.

Ben lo contempló sin preocuparse de que él se diera cuenta, la timidez había dejado de tener importancia. Él estaba mostrándole su lado vulnerable, se había despojado de la tiritita que cubría una de sus heridas sangrantes y se la mostraba sin tapujos. No era tiempo para esconder sus ganas de contemplarlo, de empaparse de Luca Jeon.

Del bolsillo de su cazadora, sacó el viejo móvil y los auriculares. Caminó hasta la cama con esa cadencia tan característica en él.

A Ben le fascinó el crujido del colchón cuando Luca se sentó en él, la sensación de la cama hundiéndose por su peso. Un escalofrío le recorrió la columna y le hizo estremecerse.

Él, ajeno a todo lo que desequilibraba al pelirrojo, con movimientos suaves le colocó uno de los auriculares y él se puso el otro. No era la primera vez que lo hacían, a Luca le encantaba compartir su música con él.

Los acordes de *Lights* comenzaron a sonar y Ben cerró los ojos; quería disfrutar de la canción, de esas voces que comenzaban —a base de escucharlas— a resultarle familiares, de la letra que Luca seguramente traduciría para él.

Los domingos cuando no puedo responder mensajes ni llamadas.

No estoy de humor para nada.

En esos momentos me doy cuenta de que estoy cansado de eso.

Y ahora me encuentro un poco indefenso.

Pero todavía siento que podría ser capaz de salvar a alguien.

*Porque escucho tu voz
en medio de todo este ruido.*

El tiempo se detiene.

Estamos conectados por un sonido común.

*Cuando cierro mis ojos,
veo tu luz en la oscuridad.*

Ilumina el camino para mí.

Sigamos caminando hacia adelante.

Tú y yo.

Eres mi luz.

Siempre brillas dentro de mi corazón.

Eres mi luz.

Cuando la canción terminó, Luca le quitó el auricular y, junto con el móvil, lo dejó sobre la

mesilla.

—Amo a este grupo no solo porque en el momento más duro de mi vida me salvó; además, sus letras son un canto al amor hacia los demás, pero sobre todo hacia nosotros mismos. Todas sus canciones están llenas de mensajes positivos, de superación, de amor. Una vez que te sumerges en sus mensajes, en sus canciones, se convierten en la mejor música que has escuchado nunca.

Ben asintió.

Quedaron en silencio por un buen rato. Tan solo se escuchaban las respiraciones acompasadas de ambos. A Ben le hubiera encantado hacerle cientos de preguntas. ¿Por qué un chico como él, tan lleno de energía, de vida, querría terminar con todo? Algo le tenía que haber sucedido. ¿Habría sido por lo del novio de su madre? Por experiencia, sabía que esa decisión no se tomaba a la ligera. Lo miró de reojo, él parecía haberse recuperado del momento tan intenso que acababan de vivir. Se le veía tranquilo, en paz.

«¿*Bullying*?». No, no lo creía; Luca tenía una luz tan intensa que le gustaba a todo el mundo. Además, le había demostrado que sabía defenderse, no le importaban los insultos ni la opinión que los demás tuvieran de él.

«¿Una ruptura?». Tampoco parecía muy factible; Luca era una persona con bastante madurez a pesar de su corta edad.

«¿Qué fue lo que te pasó, Luca?». La pregunta que tanto deseaba hacer se quedó en su mente, anclada en la punta de su lengua. Quizá algún día sería capaz de plantearla en voz alta.

De repente, giró la cabeza y clavó los ojos en él. La mirada triste de Luca se había esfumado, su habitual mirada traviesa resurgía para ponerlo nervioso.

—¿Me dejas dormir contigo, pelirrojo?

La boca de Ben se secó. Su proposición era de lo más inocente, pero, si venía de la boca de Luca, sonaba de lo más pecaminosa.

—Es me-mejor que te vayas a tu...

—Porfa, porfa, anda, sé bueno. —Su tono meloso y sus pestaños inocentes, unidos a sus ruegos, le hacían tan irresistible para Ben que al final cedió. Se lo había ganado, por fin comenzaba a contarle cosas de su vida, a confiar en él, y eso merecía un premio.

—Pero dormirás en el suelo. —Abrió el armario y sacó una manta y un almohadón, que le arrojó sin ningún tipo de miramiento.

—¿En el suelo? Pero... Pero está duro —gimoteó.

—Pues vete a tu casa. —No pensaba claudicar. No podía tenerlo de nuevo en su cama, pasaría como la última vez que durmieron juntos: terminaría entre sus brazos, y eso no podía suceder nunca más.

—Eres cruel y malo, pelirrojo —dijo con tristeza mientras estiraba en el suelo, al lado de la cama de Ben, la manta. Colocó el pequeño almohadón y se tumbó usando la misma posición que había utilizado hacia solo unos instantes—. Mañana me dolerá la espalda. —Se colocó de lado para mirar a los ojos a Ben, que estaba tumbado en la cama y, arropado con el edredón, intentaba dormir—. La cama es muy grande, pelirrojo. Prometo no tocarte, te lo prometo de verdad. Ni te enterarás de que estoy a tu lado. ¿Me dejas? Porfa, porfa. Aquí hace frío.

Ben lo escuchaba con los ojos cerrados, intentando disimular la risa que le estaba provocando con su letanía. Pero el movimiento de su estómago y sus labios apretados para no dejar salir la carcajada fueron el detonante para que Luca se lanzase sobre él.

—¿Ves como eres malo? —le decía mientras le hacía cosquillas.

Ben rio con ganas. Los dedos hábiles de Luca le tocaban, provocándole un sinfín de

cosquillas y otra sensación extraña que nunca había experimentado. Un escalofrío placentero que lo obligó a dejar de reír.

Las carcajadas por parte de ambos se esfumaron de golpe. Luca estaba tumbado sobre él, las piernas de Ben envolvían sus caderas, sus cuerpos se tocaban. Una de las manos de Luca sujetaba las de Ben sobre su cabeza, inmovilizándolo, mientras que con la otra había estado torturando su cintura. La había colado por dentro de la camiseta de su pijama y lo que eran toques con los dedos de repente se transformó en una suave caricia, que le provocó escalofríos.

Sus respiraciones comenzaron a hacerse pesadas. Ben clavó los ojos en los labios entreabiertos de Luca, se veían tan sabrosos, tan plenos...

Maravillado y un poco asustado, notó la erección de Luca que, dura, se rozaba con la suya. Le resultó tan erótico, tan placentero, que un gemido salió de su boca.

«¡Bésame!», le hubiera gustado gritarle, pero estaba tan confuso que su garganta se cerró y no le permitió emitir ningún sonido.

¿Eso estaba bien? ¿Debía pararlo? Si lo besaba, luego, ¿qué iba a pasar? Un millón de dudas comenzaron a revolotear en su cabeza, acallando las mariposas del estómago y los escalofríos de placer.

Ben dejó de contemplar su boca para mirar sus profundos ojos negros. La mirada de Luca le confirmó, sin necesidad de usar las palabras, que lo entendía, lo apoyaba y le dejaba su espacio. Sabía que estaba asustado, que no estaba preparado, y se levantó. Se levantó dejándolo sin su calor, sin el peso de su cuerpo.

—Lo siento —logró decir con tristeza.

—No hay nada que sentir, pelirrojo. —La bonita sonrisa de Luca le hizo suspirar. Lo entendía, aceptaba su decisión, no lo presionaba.

—Eres perfecto —le susurró Ben con tanta convicción que Luca se sonrojó.

—No, no lo soy, pelirrojo. Soy el tipo más imperfecto del mundo. Estoy lleno de miedos, de inseguridades.

—No lo creo.

—Te aseguro que es así.

«Pero a mis ojos eres perfecto». De nuevo las palabras se quedaban en su garganta, no era capaz de decirlas.

No hubo más conversación. Luca se limitó a acurrucarse a su espalda. Los tapó a ambos con el edredón, pasó un brazo sobre la cintura de Ben y lo atrajo hasta que sus cuerpos se acoplaron a la perfección. Ben no se quejó ni intentó poner distancia, al menos ese contacto se podría permitir, ¿verdad? Eso no era malo, pero sí peligroso porque tenerlo así, tan cerca que podía oler su aroma, tan pegado a su cuerpo que podía sentir esa parte de su anatomía que aún permanecía dura y abultada, era una tentación que no podía permitirse.

«No pienses, no sientas», le gritaba a su propio cuerpo, que, traidor, buscaba la manera de rozarse más, de pegarse más a él.

—Esto... Lu-Luca, ¿puedes...?

Sin necesidad de terminar su petición, tras soltar un profundo suspiro de resignación, Luca se desplazó al otro extremo de la cama.

—Luca... —Había algo que le bullía en el interior y necesitaba sacarlo.

—Dime.

—Yo... No creas que no siento curiosidad por ti, por tus cosas. Es solo...

—Lo sé, Ben. —Se giró en la cama hasta quedar frente a él—. No te comas el coco.

—Pero...

—Shhh, me gustas tal como eres y sé que yo te gusto, así que no pienses más.

«¿Te gusto? ¿Sabes que me gustas?». Su cabeza giraba y giraba hasta sentirse mareado.

Durante un buen rato sus miradas permanecieron conectadas, hasta que Luca cerró los ojos.

—Vamos a dormir, pelirrojo. Estoy muy cansado.

Ben lo contempló por largo tiempo mientras las palabras de Luca se repetían en su cabeza una y otra vez. Lo tenía a poca distancia, a tan corta que si estiraba un poco una mano podría tocarlo. Si lo hacía, si posaba la palma sobre la mejilla de Luca, ¿qué sucedería después? El miedo a la respuesta le hizo cerrar él también los ojos y dejar de contemplarlo. Se giró, dándole la espalda; así, la tentación era menos.

Le costó quedarse dormido y, por lo que notó, él se movía agitado. Seguramente estaba tan inquieto como él.

Pero la noche era muy larga y por fin Morfeo lo tomó entre sus brazos.



Capítulo 16

Mañana...

Mañana sigue caminando.

Somos muy jóvenes para detenernos.

Mañana...

Abre la puerta.

Cuando la noche oscura pase, una brillante mañana vendrá.

«Tomorrow», BTS

Al día siguiente Ben no sintió la proximidad del cuerpo de Luca ni su peso sobre el colchón ni el ritmo de su respiración. Con una mano tanteó en su busca, pero lo único que halló fue la fría sábana. Abrió los ojos y se levantó de golpe, asustado, preocupado. Salió de la cama a la carrera.

Ni su cazadora ni su gorro ni sus viejas zapatillas estaban donde la noche anterior Luca los había dejado.

Lo buscó en el baño, en el salón, en la cocina. Ni rastro de él.

Tan solo encontró sobre la mesa del salón una de las notas que su madre le dejaba.

Hoy paso el día en el trabajo,
ha surgido algo urgente.
Estudía.
Besos. Mamá

Más molesto que nunca, la hizo una bola y la lanzó a la basura. No le importaba nada que ella no estuviera allí ni que pasara el día trabajando; por él, como si se pasaba toda la vida en la oficina. Su madre no se permitía ni un domingo libre. Pero a él todo eso le daba lo mismo, lo único importante en ese momento era que Luca no estaba allí, que se había esfumado.

Una presión desagradable se instaló en su pecho.

¿Y si no volvía a verlo?

¿Y si se había ido para siempre?

¿Y si estaba harto de sus silencios, de su forma de ser?

¿Y si...? Un nudo le apretó la garganta, deseaba llorar. Solo imaginar que lo perdía le hizo doblarse de dolor.

«¡Para!», se gritó, y se obligó a controlar su respiración y ser racional.

Luca no podía haber desaparecido así como así. Seguramente algo le habría surgido, quizá...

Regresó corriendo a su habitación y buscó el móvil. Tenía un wasap de él.

Energizer:

Pelirrojo, me he tenido que ir. Estabas tan bonito dormido, tan lindo, que no he querido despertarte.

Mi abuela ha amenazado con matarme si no aparezco, así que salí por donde entré.



Luego te llamo.

No te olvides de desayunar.

Ben acunó el móvil entre sus brazos y lanzó un profundo suspiro de alivio. Sonrió, le gustaba que se preocupase por él.

—Lindo, ha dicho que soy lindo. —Seguro que tenía cara de bobo en esos instantes, pero le daba igual. Era feliz, feliz como nunca lo había sido.

También tenía un wasap de su hermano.

Liam:

Enano, lo siento mucho, la cosa se ha complicado y debo regresar a Nueva York.

Te llamo cuando llegue.

No te olvides de desayunar.

Soltó una carcajada, ambos coincidían en las mismas peticiones. Continuó leyendo:

Te quiero mucho.

Ah, por cierto, sigue sonriendo como lo haces,

porque brillas y tu brillo es muy bonito.

Creo en ti.

No daba crédito a tanta dulzura por parte de su hermano, pero con sus palabras había logrado que un nudo se apretara en su garganta.

Benjamin:

Eres muy muy cursi.

Tecleó con rapidez.

Cuídate, hermano, y no te olvides
de avisarme cuando llegues.

Yo también te quiero mucho.

Lo primero que hizo fue mandarles a los dos una foto de su desayuno y devorarlo con gusto. Era muy placentera la sensación de que ahora no solo tenía a Liam, sino que Luca también se preocupaba por él.

«Y cree que soy lindo», se repitió con una gran sonrisa dibujada en su boca.

La mañana pasó tediosa, aburrida. Obediente, la dedicó a estudiar, hizo los deberes y leyó un rato. De vez en cuando Luca se le colaba dentro de la cabeza para desconcentrarlo, pero él lo obligaba a salir. Necesitaba disfrutar de parte de su rutina.

A eso de las dos picoteó la comida que su madre le había dejado dentro de la nevera con su consiguiente etiqueta. Pero no tenía casi apetito, el nudo de su estómago le impedía saborear los alimentos. Estaba muy nervioso, Luca prometió llamarlo y no lo había hecho. Arrugó la frente, molesto. Sus dedos tamborileaban sobre la superficie pulida de la mesa. Se había tirado toda la mañana mirando el móvil a ratos, se lo había llevado hasta el váter por si acaso Luca llamaba y el muy... no daba señales de vida.

—¿Y si lo llamas tú? —dijo en voz alta.

Decidido, tomó el teléfono entre las manos, buscó su contacto y, de repente, el móvil comenzó a sonar.

—Ho-la, ho-la, di-di-me —contestó, nervioso, con rapidez al primer tono.

—Hola, pelirrojo. ¿Todo bien?

—¿Por qué te has ido sin decir nada? —Su voz sonó chillona y molesta.

—Te dejé un wasap —explicó Luca.

—Ya, bueno, sí —moderó su tono. Él tenía razón, era ilógico enfadarse con Luca simplemente porque se había ido a su casa.

«Además, te dije que estabas lindo. Contrólate, Ben. No seas irracional», se reprendió.

—¿Te apetece ir al cine esta tarde? —le propuso Luca.

—Vale. —Su rapidez al contestar se ganó una carcajada por parte de Jeon.

Quedaron en la puerta del cine para la sesión de las cinco. Ben estaba tan deseoso de ver a Luca que llegó con tiempo de sobra.

Los segundos en llegar fueron los mellizos. Ben los había avisado, siempre era más seguro tener testigos de sus encuentros con Luca. Todo era más cómodo cuando no estaban a solas, y más después de su «casi beso».

Se saludaron con un abrazo, a Ben había empezado a gustarle esa manía que tenían los hermanos con las muestras efusivas de cariño. Estaban acostumbrados al contacto físico, cosa que Ben Chester tan solo había disfrutado con su hermano. Su madre no era nada dada a tales prácticas, tan solo demostraba su cariño en sus notas, con algún que otro escueto: «Te quiero. Mamá».

Ben estaba transformándose, ya no era el mismo adolescente huraño, ese que buscaba la soledad, que no quería experimentar cosas nuevas porque le aterraba lo desconocido. Luca y los mellizos habían entrado en su vida para pintarla de miles de colores diferentes, con tantos matices que deseaba descubrir cada uno de ellos.

—¿Qué peli os apetece ver? —interrogó Violet, observando la cartelera.

Ben estaba a su lado interesado en seleccionar una película, pero una sensación rara, un escalofrío que le recorrió la columna vertebral, lo obligó a darse la vuelta. Y allí estaba él. ¿Qué le pasaba?, ¿ahora lo presentía? Arrugó la frente, extrañado con ese nuevo superpoder que empezaba a manifestarse en él como algo normal.

Lo contempló sin esconderse. Luca caminaba hacia ellos con su característica forma

desgarbada de hacerlo, las manos dentro de los bolsillos de sus pitillos negros y su brillante sonrisa enmarcada por esos hoyuelos que le hacían tan atractivo.

Ben observó cómo su frente se arrugaba en el preciso instante en el que reparó en Violet.

—Enana, ¿qué haces aquí? —le preguntó nada más llegar a su lado.

—Ben nos ha invitado —contestó la preciosa morena, y se lanzó a los brazos de Luca—. Hola a ti también —dijo entre risas, mientras intentaba darle besos en las mejillas.

Luca por su parte la rehuía, se estiraba para que ella no alcanzase su cara.

Ben y Noah rompieron a reír, era todo un espectáculo verlos juntos.

—No entiendo cómo tu hermana sigue insistiendo. Si yo fuera ella, mandaría a Luca a la porra —le dijo Ben a Noah, tras darle un pequeño toque en el hombro para que dejase de contemplar a la pareja y le leyera los labios.

Violet, es así, tenaz, no entiende la palabra no. A veces, me saca de quicio. Además, sabe que lo de Luca es todo pose. Le encanta hacerse el duro, pero en el fondo disfruta de las atenciones de mi hermana, la adora.

—Venga, niños, dejad de jugar, que vamos a llegar tarde. —Ben puso orden y ambos obedecieron.

Luca se acercó a él, le acarició con cariño el pelo mientras le susurraba un «Hola, pelirrojo, te he echado mucho de menos» tan próximo a uno de sus oídos que le hizo sentir escalofríos.

Ben se limitó a sonreír con timidez y, deseoso de recuperar el control de los latidos de su corazón desbocado, se giró de nuevo hacia la cartelera. El resto de sus amigos lo imitaron.

—Vamos a ver esta. —Luca señaló una de las películas.

—¿Una peli en francés? ¿En serio? —protestó Violet.

—Mira —posó uno de sus largos dedos sobre el cartel de la elegida—, ¿ves lo que pone? —Por su tono, parecía como si estuviera hablando con una niña.

—Subtitulada —leyó Ben Chester en voz alta.

Entonces lo entendió todo: Luca estaba pensando en Noah y le encantó ese gesto cariñoso hacia el mellizo, que miraba los movimientos rápidos de las manos de Luca con los que le explicaba lo que estaban hablando.

No hace falta que veáis una peli que no os apetece ver, puedo intentar leer los labios de los actores...

—De eso nada, Noah, no te vas a quedar a medias pudiendo ver una peli subtitulada —respondió Luca, moviendo las manos con efusividad.

Ben Chester era el único del grupo que desconocía la lengua de signos, cosa que pensaba enmendar lo antes posible. Los miraba fascinado por la rapidez y agilidad con las que movían las manos. Luca no solo usaba la lengua de signos, también vocalizaba exageradamente y hablaba en voz alta para integrar a Ben en la conversación.

—Pelirrojo, acompáñame a comprar las entradas. —Después le dijo algo con señas a Noah y caminó hacia las taquillas.

Ben lo siguió.

—¿Qué le has dicho a Noah?

—Que nos guarde el puesto en la fila.

Ben asintió.

—¿Hace mucho que aprendiste la lengua de signos?

—Sí. Ya sabes que los conozco de toda la vida. Noah siempre ha sido un ser especial, único, y yo deseaba comunicarme con él, así que le pedí que me enseñara.

—¿Te llevó mucho tiempo aprender?

—Bueno, es complicado, pero también muy intuitivo. Con práctica, en poco tiempo se

consigue manejarlo medianamente bien.

—¿Me enseñarías?

Luca se paró, se colocó frente a él y, con cariño, usó ese gesto que Ben tanto adoraba: le acarició los rizos rojos.

—Por supuesto. Me agrada que tengas interés en poder comunicarte con Noah, estoy seguro de que eso le hará muy feliz. —Sus ojos lo observaban con un brillo muy especial—. Dios, pelirrojo, eres perfecto.

El corazón de Ben Chester se saltó uno, dos, tres latidos. El calor que sentía en sus mejillas le indicó, sin lugar a dudas, que se había puesto rojo debido a la vergüenza, pero, sonriente, se apartó de él y comenzó a caminar hacia las taquillas, sintiendo como Luca Jeon le seguía los pasos.



Capítulo 17

*No me importa quién me intente parar,
seguiré mi camino.
Solo se vive una vez.
Vamos, vamos.
Y aunque solo se viva un día,
no te arrepientas.
«Jump», BTS*

Compraron las cuatro entradas y, cuando regresaban junto a los mellizos, observaron que se había formado un gran revuelo.

Luca, sin decirle ni una sola palabra, comenzó a correr. Ben lo contempló confuso, pero en el preciso instante en el que vio que el protagonista del alboroto era Noah, que estaba tirado en el suelo, lo siguió a la carrera.

—¡Noah, Noah! —Ben gritaba su nombre, asustado a pesar de que sabía que él no podía escucharlo.

Cuando llegó a su lado, entre Luca y otro chico lo ayudaban a levantarse.

—Noah, ¿qué ha pasado? —le preguntó Luca usando las manos.

—¿Estás bien? —interrogó a la vez el muchacho que lo había auxiliado, con tono de preocupación.

Noah formó con los dedos de una mano un OK, que mostró a ambos chicos.

—¿Qué ha pasado, Noah? —Luca fijó toda la atención en su amigo, con la preocupación pintada en su semblante.

—No lo sé, de repente, me he encontrado en el suelo. Me han empujado... —Luca tradujo lo que el muchacho decía.

—¿Dónde está Violet? —Ben acababa de darse cuenta de ese detalle.

—Ha ido al baño —interpretó Luca.

—Siento mucho lo sucedido, mi hermano... —El chico que había ayudado a Noah continuaba a su lado y ellos habían estado tan preocupados por Noah que no habían reparado en él, pero al hablar Luca lo miró y su semblante palideció.

—¿Ellis? ¿Ellis Brown? —le preguntó con nerviosismo.

El muchacho asintió.

—Oh... Vaya... —dijo, y se movió inquieto en el preciso instante en el que sus ojos conectaron—, ¿cómo te ha ido, Luca Jeon? —La pregunta sonó muy formal. Estaba claro que ambos se conocían, pero no debían haber sido muy amigos.

—Bien, bien. —El contacto visual entre ellos parecía molestarlos, pues evadían sus miradas—. Y bien, ¿qué le ha pasado a Noah? —cortó todo intento del extraño de mantener una

conversación mundana sobre sus vidas.

Ben los observaba a ambos y sintió una extraña punzada en el estómago. Una alarma le indicó que entre ellos existía una rivalidad, algo ocultaban y deseó averiguarlo. Le habría encantado meterse en la cabeza de Luca, hurgar en ella y conocer toda su historia.

—Ha sido mi hermano —contestó Ellis de inmediato—, lo siento mucho... Estás bien, ¿verdad? ¿No estás herido? —se dirigió a Noah. Estaba nervioso, preocupado, y lo miraba de arriba abajo, buscaba daños.

El mellizo vocalizó un «Estoy bien» que se leyó perfectamente en sus labios.

—El imbécil de mi hermano lo ha empujado. —Ellis parecía avergonzado—. Él...

—Noah, se llama Noah. —Luca parecía al borde de la ebullición; lo miraba con odio, no disimulaba su malestar.

—Noah. Encantado, Noah —se dirigió a él, y el mellizo le sonrió con dulzura—. Bueno... Mi hermano es un idiota y yo..., estoy avergonzado por su comportamiento. Pido disculpas...

—Eso ya lo has dicho, pero quiero saber qué es lo que ha pasado —escupió Luca.

—No sabía que Noah es sor-sor...

—Sordo —interrumpió Luca, molesto. No era algo vergonzoso o que hubiera que ocultar.

—Eso... —Tragó saliva, se le veía incómodo con la situación y Noah negó con la cabeza, dándole a entender que no se preocupase, que no pasaba nada por llamar a las cosas por su nombre. Para demostrarlo, posó una mano sobre el hombro derecho del chico y llevó la otra mano a su boca, tapándola, y luego a uno de sus oídos.

Ellis le sonrió y asintió. Aunque sonara estúpido, con ese simple gesto lo había ayudado a relajarse.

—Estábamos esperando en fila y yo le he preguntado a Noah si era el último. Por supuesto, él no se ha girado, pero claro, no sabía que era... que era sordo. He insistido una y otra vez... Ahora, lo siento mucho. —Sus ojos verdes se clavaron en los marrones de Noah vocalizando una y otra vez «Lo siento», a lo que el mellizo correspondió con una de sus dulces sonrisas—. Sé que mi hermano... muchas veces es, es... un idiota —Se rascó la cabeza en un gesto que denotaba nerviosismo. Hablaba solo para Noah, su explicación era para todos, pero su mirada tan solo lo veía a él—. Seilor ha pensado que no querías hacer caso, que pasabas de mí y, bueno..., te ha empujado. El muy memo te ha empujado. —Repitió varias veces «Lo siento» vocalizando con exageración.

¿Seilor? Ese nombre hizo que Ben reaccionase al instante.

—Seilor Brown —escupió Ben en voz alta. ¿Cómo no se había percatado antes cuando Ellis dijo su apellido? ¿Cómo no se había fijado en el increíble parecido que ese chico tenía con el Cobra?

—Sí, Seilor Brown es mi hermano. —Los ojos de Ben se inyectaron en sangre. Detestaba a Seilor, detestaba a Ellis, odiaba a todos los Brown del mundo—. No sé cómo puedo compensarte. —Parecía no importarle nada las miradas que tanto Luca como Ben le lanzaban, él solo se dirigía a Noah, tan solo le importaba él—. Te aseguro que tendrá su castigo.

—Ya, seguro —susurró Ben con tono irónico.

Ellis iba a contestar, pero su voz se quedó apagada por la llegada de Violet, que al ver las caras serias de sus amigos y al chico nuevo, intuyó que algo raro había pasado. Su mellizo se apresuró a contarle todo lo acontecido, pero, conociendo a su hermana y su temperamento tan similar al de Luca, lo narró obviando algún que otro detalle y quitándole importancia.

La película iba a empezar y Noah lo usó como excusa para que todos se trasladasen a la sala y dejasen en paz a Ellis; él no tenía la culpa de que su hermano fuera un auténtico idiota. El

único que se despidió de Ellis fue él, los demás pasaron por su lado lanzándole miradas de odio, mientras que Noah le sonrió abiertamente.

Se acomodaron en las butacas, decididos a olvidar lo acontecido y disfrutar de la película. Al menos, así lo pensaba Noah; sentado al lado de Ben, le mostró la pantalla de su móvil.

—«No ha sido para tanto» —leyó Ben en voz alta—. ¿Estás bien? —No quiso que su tono sonara tan preocupado, pero no pudo evitarlo y el muchacho intentó calmarlo con una sonrisa y asintiendo con efusividad.

Estoy perfectamente. Deja ya de preocuparte.

Había escrito con la velocidad que le caracterizaba.

Ben asintió. Por el momento, lo dejaría pasar.

Los créditos de la película comenzaron a salir. Intentó con todas sus fuerzas concentrarse en lo que la pantalla le mostraba, pero no podía; su cabeza se llenaba de dudas, de preguntas que se agolpaban y cuyas respuestas competían a la persona que, sentada a su otro lado, también parecía pensativa. Lo miró de reojo. Luca tenía los ojos clavados en la pantalla. Su faz inexpresiva le asustaba mucho más que la que había mostrado al ver a Ellis Brown. Algo le preocupaba, algo le había alterado.

—Luca... —Ben ya no pudo contenerse más y le habló acercándose a uno de sus oídos—. ¿De qué conoces a Ellis?

Un suspiro salió de la boca de Jeon, uno que, no supo muy bien por qué, le hizo estremecerse.

—¿Te conté que pasaba todos los veranos aquí, con mi abuela? —le dijo aproximándose a él. Ben asintió—. Ellis y yo... fuimos amigos. —Calló, se notaba que el tema le molestaba. No pensaba contarle nada más y Ben Chester deseaba conocerlo todo, saber por qué dejaron de ser amigos, cuánto tiempo lo fueron, qué tipo de amigo había sido para él. Se negaba a aceptar que su relación hubiera sido como la que ahora tenían. No, no, no podía aceptarlo. Un calor desagradable se apoderó de su cuerpo; Ben ardía por dentro, se quemaba de furia. Le desagradó tanto esa sensación que estuvo tentado de marcharse, de correr, de huir. Alejarse parecía la mejor opción, esconderse hasta que esa llama que ardía en su interior se apagara, se extinguiera. Pero no lo hizo porque él lo miró, lo miró a los ojos y el fuego se apagó de repente. Bajó la mirada, contempló su regazo, tomó aliento y se serenó. Ben era racional, no podía actuar como un niño de ¿diecisiete? Un «Ja», salió de sus labios. «¿No es eso lo que eres?», se recordó.

—¿Pasa algo? —interrogó Luca Jeon, que no dejaba de contemplarlo. Ben era tan transparente que todo lo que le pasaba por la cabeza se reflejaba en sus ojos, en su frente arrugada, en su forma de morderse los labios, y ahora se le veía muy confuso—. ¿Sabes qué? Me encantaría meterme dentro de tu cabeza y descifrar todo tu mundo —prosiguió sin esperar contestación.

Sus palabras sacudieron a Ben, que de nuevo clavó sus pupilas en los bonitos ojos de Luca. Le hubiera encantado ser más valiente y lanzar todas sus dudas, le hubiera gustado que de verdad él tuviese ese poder de leer la mente para no tener la necesidad de expresar con palabras lo que sentía, así se quitaría todo ese peso de encima. Deseaba con toda su alma saber lo que le preocupaba con respecto a ese chico que, de repente, había irrumpido en sus vidas, pues Ben tenía el presentimiento de que ese no sería el último encuentro que tendría con él. Anhelaba que Luca supiera lo que le hacía sentir, descubrir cada uno de sus secretos. ¿Cómo había sido su vida en Italia? ¿Qué relación tenía con su padre? ¿Por qué se llevaba mal con su padrastro?

«¡Dios, me voy a volver loco!». El grito de su mente le hizo reaccionar.

«Para, páralo ya». Era una advertencia, no un ruego.

—No me gusta, no me gusta nada Ellis. No lo quiero cerca de mí ni de mis amigos. No me

gusta Seilor, y son hermanos, están cortados por el mismo patrón, de eso estoy seguro —musitó con voz temblorosa.

—No te preocupes, no volveremos a verlo. —Luca lo miraba directamente a los ojos. Sus ojos le hacían esa promesa, pero Ben no era tonto, sabía que él no podría controlar algo así, no estaba en su mano.

—He pasado toda mi vida aquí y, a pesar de que Seilor ha sido mi enemigo, jamás me he cruzado con su hermano, ni siquiera sabía de su existencia. ¿Por qué de repente aparece?

—Pelirrojo, estás muy hablador y lo haces justo en el lugar donde debemos estar en silencio. —Podría haber sonado a regañina, pero su sonrisa franca le hizo ver que se trataba de agrado porque por fin Ben expresaba sus sentimientos, protegía a sus amigos. Tan solo quería quitarle un poco de hierro al asunto, porque Ben Chester se veía muy afectado.

Ben apartó la mirada y la clavó en la pantalla.

«Por supuesto que no sabías de la existencia de Ellis, todo este tiempo has estado metido en tu cascarón. El mundo que te rodeaba no te interesaba y menos, la vida de tu torturador», se dijo, afectado por todo lo que estaba sintiendo.

Alguien de las butacas que estaban a su espalda les pidió silencio, y no por obedecer, sino más bien por dejar el tema de lado y desconectar, tanto Ben como Luca no volvieron a dirigirle la palabra durante lo que duró el film.

Chester apartó de sus pensamientos a Ellis Brown, a Seilor y lo que había sucedido, pero siguió sin poder concentrarse en la trama. Si alguien a la salida de la sala le preguntase de qué había tratado la película, no habría sabido qué decir. Sus ojos permanecían fijos en la pantalla, observaba cómo se sucedían las imágenes. Los diálogos aparecían escritos en subtítulos, que no se molestó en leer. No le importaba para nada la historia porque en esa sala, a oscuras, junto a Luca, sus sentidos habían decidido centrarse de manera exclusiva en él. Su aroma se colaba dentro de sus fosas nasales y golpeaba su pituitaria sin piedad. Sus oídos se habían vuelto selectivos, no apreciaban la música ni las voces de los actores, tan solo escuchaban su respiración acompasada. Incluso, aunque resultaba imposible, creyó escuchar los latidos de su corazón, sus rítmicos latidos, suaves y melódicos. Pero lo que más le perturbaba era su mano, esa que estaba tan cercana a la suya que le rozaba de forma casual. Pero, por su parte, en algunas ocasiones había rozado de manera sutil y de forma totalmente consciente la mano de Luca. Los escalofríos se sucedían con cada roce, una extraña sensación de lo más placentera se instaló en su vientre.

«Loco, esto es de locos», le dijo su conciencia. Pero Ben Chester la desechó de un plumazo, como se hace con algo inservible. Quería seguir sintiendo lo que fuera eso... Deseaba... Deseaba más más más.

Cerró los ojos. Estaba tan perdido que, cuando de repente las luces se encendieron, no pudo reaccionar y siguió quieto, inerte, con los ojos cerrados con fuerza.

—Eh, pelirrojo, ¿te has dormido? —La voz de Luca y las sacudidas que le daba a uno de sus hombros lo obligaron a salir del trance.

Reaccionó, como lo hacía últimamente, de forma exagerada, desproporcionada. Se levantó de golpe, sus ojos le suplicaron a Noah que encogiera las piernas para que él pudiera salir. El muchacho le hizo sitio y casi a la carrera, entre empujones para poder rebasar a los cuerpos de los espectadores que en orden comenzaban a salir de la sala, se apresuró a encontrar la puerta de salida. Sabía que tanto Luca como Noah y Violet le seguían, podía escuchar sus voces llamándolo, estarían preocupados por esa extraña reacción. Pero no le importaba nada, tan solo necesitaba poner espacio entre él y Luca. Tan solo deseaba aire, porque se ahogaba, no podía

respirar, no podía...

Su carrera no cesó hasta encontrarse en la calle. Dobló el cuerpo, colocó las manos sobre las rodillas e intentó controlar su respiración, que se había vuelto tan intensa que comenzaba a marearse.

Alguien estaba a su lado, le acariciaba la espalda, le hablaba, pero Ben no lograba entender. Estaba tan perdido que pensó que se iba a desmayar.

—Dios mío, Ben, ¿qué te pasa? —De pronto, la voz inconfundible de Luca se coló en su mente. Estaba preocupado, inquieto. Esa mano que se deslizaba con cariño sobre su espalda era la de él, no tenía duda. Poco a poco, sus palabras, su toque, su simple presencia, lo ayudaron a relajarse.

Era de locos: lo que le había provocado esa desmedida reacción había sido lo que de forma mágica lo había calmado.

Se levantó, miró a los ojos de Jeon y comenzó a reír a carcajadas.

—Pero... ¿te has vuelto loco? —Luca lo contemplaba asombrado, no entendía nada de nada, y eso le provocó más carcajadas.

—Sí, creo que estoy loco, loco, loco. —Se secó los ojos, que le lagrimeaban. Recuperó la compostura y observó a sus amigos, que lo miraban con la preocupación pintada en sus rostros. ¿Cómo iba a explicar su comportamiento? No, no podía porque no tenía lógica. Negó con la cabeza un par de veces—. Vamos a tomar algo. —Entonces, sin ningún tipo de explicación, comenzó a caminar hacia el interior del centro comercial.



Capítulo 18

*Nunca te rindas,
sabes que no estás solo.
Nuestro amanecer
es más bonito que el día.
Así que ¿puedo tener esperanza?
«Dope», BTS*

Entraron en una cafetería, ninguno preguntó a Ben qué era lo que le había pasado y él los observó con orgullo. Cualquiera a esas alturas estaría buscando una explicación lógica a su raro comportamiento, pero ellos no. Sonrió.

«Amigos de verdad, de esos que te dejan espacio, que no presionan, que entienden y esperan para lanzar sus preguntas, porque saben que no estás preparado para dar respuestas», pensó feliz. Lo había logrado. Ben Chester, el ermitaño solitario, tenía un grupo de amigos. Todos pertenecían al club de los sin club: seres extraños, bichos raros únicos en su especie.

Una sensación de paz inundó su corazón y tomó aire con fuerza. Deseaba gritar, pero se forzó a comportarse, porque al final terminaría en un psiquiátrico.

«¿Serán las hormonas?», se preguntó. Los adultos siempre decían que los chicos de su edad tenían las hormonas revolucionadas, que hacían cosas extrañas. Debía ser cierto y las suyas por fin habían salido de su letargo. Ben ya no era un viejo en el cuerpo de un crío. Ahora era un adolescente de diecisiete años con hormonas efervescentes que le provocaban cosquillas en el estómago y le llevaban de la tristeza más profunda a la felicidad absoluta, del terror a la esperanza; que le provocaban oleadas de deseo; que le erizaban la piel cuando él estaba cerca; que le...

—Luca, ¿puedo hablar contigo? —La voz suave, modulada y con acento del norte de Ellis Brown hizo añicos sus reflexiones. Su efímera felicidad se esfumaba con cada sílaba que pronunció su infame boca.

Ya no volaba libre, ya no disfrutaba de sus hormonas revolucionadas porque esa voz —desagradable a sus oídos— solicitaba hablar con Luca, con *su* Luca.

Chester se limitó a observar lo único que en ese instante le importaba: la respuesta de Jeon a esa pregunta. Esperaba con el corazón latiendo a cien por hora. ¿Qué derecho tenía Ellis a entrar en su vida? Ese extraño ponía patas arriba y sin contemplación el mundo que juntos habían creado, ese mundo que era solo de él y sus amigos.

Sus ojos se anegaron cuando Luca asintió.

—Ahora vengo —le dijo Jeon al grupo.

El corazón de Ben dejó de latir cuando contempló cómo se levantaba de la silla que había ocupado a su lado y cómo caminaba tras Ellis hacia la salida de la cafetería.

¿Por qué sentía que Ellis era un rival? ¿Por qué especialmente él? No tenía respuesta a esas preguntas, pero algo dentro de él le decía que Ellis Brown había sido alguien importante en la vida de Luca y que ahora podía quitárselo.

«¿Quitártelo? Pero qué estupidez, Luca no es tuyo», se reprochó.

—¿Qué pasa?

La pregunta inocente de Violet le hizo reaccionar. Pestañeó varias veces luchando contra las lágrimas que querían brotar y miró los ojos de Noah, que a gran velocidad tecleaba en su móvil.

Amigo, estás muy pálido. No debes preocuparte. No pienses cosas extrañas.

Ben negó.

—No pienso nada... Yo solo, bueno, imagino que si no se han visto hace tiempo, querrán hablar de sus cosas, ¿no? —Sus palabras salieron de forma atropellada, sin convicción ninguna.

—Ben, no debes estar celoso. —Violet lo sorprendió con su declaración.

—¿Celoso? Pero... qué estupidez —dijo con voz chillona—, yo no estoy celoso. ¿Cómo iba a estar celoso?

—Te gusta, Ben Chester. Luca te gusta. No puedes negarlo. Es muy evidente.

Noah movía las manos con desesperación intentando callar a su hermana, pidiéndole que no dijera esas cosas, que no se metiera en lo que no le importaba, pero ella no le hizo caso.

—Eres tan tonto, Ben Chester, tan estúpido que no te das cuenta de nada. —Lanzaba sus palabras con furia—. Ojalá Luca me mirase a mí como te mira a ti, Ben. Ojalá lo hiciera.

Se levantó y se marchó de la cafetería por la misma puerta por la que hacía unos instantes habían salido Luca y Ellis Brown.

Ben se quedó pasmado sin poder articular palabra.

No le hagas caso. Ya sabes cómo es Violet.

Ben lo leyó y asintió.

—¿Tú también crees que estoy celoso? —Necesitaba saber la opinión del sabio Noah.

Creo que estás confuso, que no entiendes muy bien lo que sientes, y eso te lleva a reaccionar de maneras extrañas. Comprendo tus sentimientos, yo mismo los experimenté la primera vez que me gustó un chico.

Ben cerró los ojos.

—Pero a mí no me gustan los chicos, nunca me he fijado en ninguno. Tan solo, solo me-me... —Deseaba escuchar su propia voz diciendo que Luca le gustaba, pero no se atrevía a hacerlo, aún no estaba preparado para asumir lo que sentía.

Decirlo en voz alta lo hace más real, ¿verdad?

—¿Cómo eres tan intuitivo? —Sonrió con tristeza.

He pasado por lo mismo. Sé lo que es sentir cosas que no puedes manejar, luchar contra tus pensamientos porque crees que no es lo correcto. La sociedad nos marca, nos dice lo que tiene que gustarnos, de quién tenemos que enamorarnos, y entonces, ¿por qué a mí me gustan los chicos?, ¿por qué no puedo ser como el resto de mis amigos?

—¿Por qué tengo que ser más raro de lo que soy?

Exacto, todas esas dudas te asaltan. Pero no escuches a tu yo racional porque te volverá loco. No busques explicación. El amor es amor; no distingue de color, de raza, de sexo.

—El amor es amor —susurró.

Chester contempló a Noah con los ojos llorosos.

Si yo he sido capaz de aceptarme, tú lo harás. Solo deja de pensar en lo que debes hacer, en lo que la sociedad considera normal, y acepta lo que eres. Lo que deseas no es algo sucio, no es malo. Lo que deseas es bonito, lo más bonito del mundo. Sigue tu corazón porque él es más sabio que tu mente atormentada.

Ben Chester le sonrió.

—Eres el tío más sabio que conozco.

La risa silenciosa de Noah provocó la suya propia.

No te creas, soy un tío que ha luchado mucho contra sí mismo y ha perdido porque los sentimientos no se pueden controlar. Lo aprendí a base de golpes, y no pienses que aceptarte lo hace todo más fácil. Aceptarte es solo el primer paso, quizá lo más sencillo en el proceso. Lo siguiente es luchar contra una sociedad que no acepta la diversidad, que aún nos considera enfermos.

—¿En serio? —Ben abrió mucho los ojos, sorprendido por las palabras de su amigo—. ¿De verdad que esto que estoy pasando es lo más sencillo? Te aseguro que para mí está resultando una auténtica tortura.

Siento ser portador de malas noticias.

Escribió entre carcajadas.

Pero su charla terminó cuando Luca volvió a la cafetería acompañado de Ellis. Los dos charlaban animados, sonreían. Según parecía, habían limado asperezas, y el fantasma enfermo de los celos le tocó la nuca a Ben Chester.



Capítulo 19

Eres mi salvación, eres mi escudo.

Solo te necesito a ti.

Tienes lo mejor de mí, te necesito, así que, por favor, no me dejes.

«Best Of Me», BTS

A partir de aquella tarde de domingo, Ellis Brown se unió al grupo de amigos como uno más, para todos menos para Ben, que no podía aceptar la creciente amistad entre Luca y él.

Le molestaba verlos charlar, le enfadaba cuando Luca le prestaba atención. Le obsesionaba de tal manera que cuando estaba con ellos siempre intentaba interponerse, no solo de manera física, sino buscando de forma desesperada ser el centro de atención para Jeon, de tal manera que se olvidase del indeseable Brown. Dejaba de lado su timidez, incluso en algunas ocasiones supreciado orgullo.

Ellis se les acoplaba cuando iban a la biblioteca a estudiar, rompiendo uno de los momentos que más le gustaban a Ben. Luca era un desastre con los estudios y él se sentía útil, le enseñaba las materias y, de paso, podía acercarse a él porque se sentaban juntos, muy juntos, tanto que sus brazos se rozaban. Le hablaba entre susurros de medidas de capacidad, de átomos, de historia. Disfrutaba de su proximidad sin que pareciera que estaban haciendo algo extraño. Pero esos momentos tan suyos se habían visto empañados por la presencia de Brown.

Ellis les seguía a todos los lados presumiendo de ser un tío responsable que cursaba sus estudios de Enfermería y trabajaba en un Seven Eleven.

«¡Menudo imbécil!», pensaba Ben cada vez que Ellis abría la boca. Lo detestaba de una forma irracional, lo odiaba con todo su ser.

Y precisamente una de esas tardes de biblioteca, Luca por fin le contó cómo y cuándo había conocido a Ellis.

Estaban sentados uno al lado del otro, como era su costumbre. Ben le explicaba matemáticas y aprovechaba cuando Luca se concentraba e intentaba resolver los complicados problemas para observarlo.

Un mechón de su lacio cabello le caía sobre la frente y la tentación de tocarlo se hizo tan intensa que los dedos le cosquillearon.

Ben se obligó a ponerle freno a esa estúpida necesidad. Movi6 la cabeza como si así pudiera borrar sus pensamientos y decidió que tenía que ser valiente, lanzarse y saciar su curiosidad — con un arrojo que nunca había tenido, pero que, gracias a las enseñanzas de su amigo, comenzaba a despertar en él, como tantas cosas nuevas y buenas— y se tiró sin paracaídas, solo con las ganas de conocer más de ese chico que le atraía con fuerza.

—Luca... —le susurró.

—¿Uhhh? —contestó Jeon, girando la cabeza para mirarlo.

Estaban próximos el uno al otro, tanto que tenía su boca casi sobre la de él. Ben tragó saliva, esos labios le provocaban miles de sensaciones, de ganas. Tras un par de pestañeos, se alejó; esa cercanía le colapsaba el cerebro.

—¿Cómo conociste a Ellis Brown? —Lanzó la pregunta de forma apresurada, no solo porque deseaba saber la respuesta, también para protegerse de las mariposas que lo golpeaban sin piedad en el estómago cuando Luca lo miraba tal como lo estaba haciendo en ese preciso instante.

—Uff, es largo y un poco complicado... —Parecía incómodo, y eso lo alentó a insistir. Luca en raras ocasiones se mostraba así. Era tanta su espontaneidad, su seguridad, que en muy raras ocasiones lo había visto perturbado.

—Empieza por el principio. ¿Cómo lo conociste? Es mayor que nosotros, me resulta extraño.

—Ya sabes que, cuando era niño, pasaba aquí los veranos. —Ben asintió—. Pues, cuando tenía unos catorce, me gustaba juntarme con gente mayor que yo. Por aquel entonces, Ellis tenía dieciséis.

—¿Tan solo nos lleva dos años? —interrogó Ben, sorprendido, y lo hizo elevando tanto la voz que la encargada de la biblioteca le llamó la atención y las miradas de sus amigos se clavaron en él.

Chester pidió disculpas y esperó hasta que todos regresaron a sus quehaceres y dejó de ser el centro de atención. Al ver la sonrisa irónica que lucía la boca de Luca, le asestó un pequeño golpe en un hombro.

—Ay, eso ha dolido —dijo con tono burlón—, ¿cuántos años pensabas que tenía?

—Yo qué sé, ¿noventa?

Por su tono, Luca supo que no estaba de broma; más bien, sonaba molesto.

—¿Por qué te cae tan mal? No es mal tío. Te aseguro que no se parece en nada a su hermano.

—No intentes cambiar de tema —le cortó, más que nada porque no podía darle una razón lógica para su odio hacia Ellis, así que prefería dejarlo pasar—. Estábamos hablando de cómo os conocisteis.

—Deberíamos mantenernos en silencio, estamos en una biblioteca. —Fue su último e infructuoso intento por dejarlo pasar, pero los ojos de Ben eran dos antorchas que en cualquier momento le podrían quemar y decidió ser sincero—. Nos presentó un amigo común y desde el primer momento nos caímos muy, pero que muy bien.

—Bien, tan bien... ¿como nosotros? —Tenía tanto miedo a su respuesta que se asombró por haber sido capaz de hacer la pregunta en voz alta.

«Añoro al Ben callado», se dijo a sí mismo. Pero el cambio que se estaba obrando en él —y del que eran responsables Luca y sus amigos— era imparable; por más que lo deseara, ya no había vuelta atrás.

—No, Ben, para mí no ha habido, no hay ni habrá nadie como tú. —Sus ojos profundos y negros se clavaron en los del tímido Chester. Una leve caricia sobre una de sus mejillas le hizo suspirar y soltó todo el aire que había estado reteniendo en sus pulmones a la espera de la respuesta.

Entonces Luca sonrió, con una de esas sonrisas que hacían que su corazón colapsara.

«Para, para, para», le ordenó Ben a ese órgano que palpitaba con tal fuerza que temía que se saliera de su pecho.

Sacudió la cabeza y se obligó a recuperar la compostura.

—Eso suena muy cursi —dijo en un intento desesperado de quitarles importancia a las palabras de Luca.

El aludido suspiró y continuó con su relato sin hacer ningún comentario al respecto.

—Ese año, fuimos buenos amigos y también fue el último verano que vine aquí.

—¿Sabías que Seilor es su hermano?

—Sí. Lo reconocí, aunque no tuve mucho contacto con él. ¿Recuerdas que él dijo que le sonaba de algo? Disimulé porque... bueno, no me apetecía... no quería. —Ben se percató enseguida de que Luca le estaba ocultando información. Algo había pasado con Ellis, algo que tarde o temprano descubriría.

Por unos segundos, ambos se quedaron en silencio. Luca regresó a sus tareas, pero Ben no podía dejar de darle vueltas al tema «Ellis Brown».

—¿Cómo conseguiste que Seilor me dejara en paz? —Era algo que llevaba tiempo preguntándose y que presentía que tenía que ver con su extraña amistad con Ellis. No tenía lógica que un torturador como Seilor, de la noche a la mañana, dejase de jugar con su juguete preferido—. ¿Por qué te devolvió mis zapatillas?

De nuevo, un fuerte suspiro salió de la boca de Luca, que soltó el lápiz antes de que sus ojos regresasen a los de Ben.

—Has tardado mucho en hacerme esa pregunta, pelirrojo. Llevaba tiempo esperándola. ¿Por qué te ha costado tanto hacerla?

—Temo tu respuesta. —La sinceridad con la que estaba respondiendo a cada una de sus preguntas le sorprendía y abrumaba a partes iguales. Estaba adaptándose a su nueva forma de ser y aún no se sentía cómodo con su nuevo yo. Era como un recién nacido en su primer contacto con el mundo. Estaba tan nervioso que no pudo seguir sosteniendo la profundidad de los ojos de Luca, pero Jeon no le permitió que diese un paso atrás; tomó su mentón con los dedos y lo obligó a enfrentarlo.

—Nunca jamás temas mis respuestas, porque nunca jamás te haré daño, Ben Chester —sentenció con voz firme.

Ben asintió y, sin poder evitarlo, sintió cómo sus ojos se anegaban.

—La respuesta a tu pregunta es muy sencilla —prosiguió Luca—: me chivé.

—¿Cómo? ¿A quién? —Pestañeó sorprendido un par de veces. Nadie lo había ayudado, nadie se había preocupado por él, ni profesores ni compañeros. ¿Quién era la persona que tenía tanto poder sobre Seilor para conseguir detenerlo?—. ¿Ellis?

—Oh, no, Ellis no tiene tanta autoridad sobre su hermano. La única persona que sabía que lo obligaría a dejarte tranquilo es su padre. El señor Brown es un hombre estricto y duro, muy duro con sus hijos. Conseguí tus zapatillas porque lo amenacé con delatarlo y después conseguí que te dejase tranquilo porque cumplí mi amenaza.

—¿Qué retorcido! ¿Se lo contaste a su padre? —Tras soltar la pregunta, Ben se tapó la boca con las manos. De nuevo, sin poder evitarlo, había elevado la voz.

—Sí, y lo volvería a hacer. Por ti... Por ti soy capaz de hacer cualquier cosa —le susurró la voz de Luca—. No podía permitir que te siguiera haciendo daño.

Ben tragó con fuerza el nudo que se apretaba en su garganta. Se recompuso con rapidez tras sacudir la cabeza para sacar de ella todos los pajaritos que revoloteaban a su alrededor cuando Luca le decía esas cosas tan dulces.

—¿Conocías a su padre?

—Sí, el verano que fui amigo de Ellis pasé algún que otro día en su casa.

—Luca... —Dudó, sabía que el tema de ese verano y lo que hubiera sucedido le resultaba

incómodo—. ¿Por qué dejasteis de ser amigos?

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Está claro que no quedasteis en buen término por la forma en la que os saludasteis en el cine.

Luca bajó la mirada y la posó en la hoja de papel en la que estaba resolviendo los problemas de matemáticas; los de su vida eran mucho más complejos.

—Sobre ese tema, prefiero... —Calló de golpe y los segundos volaron sin que ninguno volviera a abrir la boca.

—Vale, lo entiendo —dijo al fin Ben, a quien le molestaba verlo tan afectado. Sabía lo que era sentirse presionado, así que cedió, ya se lo contaría cuando estuviese preparado.

A esa tarde en la biblioteca le siguieron muchas otras. Sus días pasaban, el tiempo corría y Ben tan solo se adaptó, no le quedó otro remedio.

A todos parecía caerles bien el nuevo miembro del grupo. Él era el único reticente a darle una oportunidad, ni lo intentaba. Ellis, consciente de la animadversión que Chester le tenía, no intentaba acercarse a él, le daba su espacio, y eso era aún más lacerante para Ben, pues detestaba reconocer que Ellis, en realidad, era un buen tipo.

Las palabras que Luca le había dicho aquella tarde en la biblioteca se repetían de manera incesante en su cabeza: «No es mal tío. Te aseguro que no se parece en nada a su hermano». Intentaba procesarlas, aceptarlas, pero los celos eran irracionales, un arma despiadada que lo obligaba a odiarlo sin motivos, sin razones, pues Ellis no parecía tener ningún tipo de sentimiento hacia Jeon.

Aquella tarde, habían quedado en un parque a la salida de clase. Tenían pensado cenar juntos y luego ir a la biblioteca, en nada tenían los exámenes. Ben, por supuesto, sacaría muy buenas notas, pero Luca, el desastroso Luca, necesitaba de mucho estudio y preparación para obtener un simple aprobado. Aquella tarde, Ellis no trabajaba y los esperaba sentado en uno de los bancos.

Noah se encontraba su lado, charlaban... El corazón de Ben se paró de golpe, hablaban usando la lengua de signos. Él solo había aprendido a decir unas pocas palabras, y Ellis Brown en muy poco tiempo era capaz de mantener una conversación con su amigo. SU amigo. El posesivo en mayúsculas se clavó en su mente. ¿Cómo era posible? Ben Chester el superdotado había sido superado por un tipo simple, por un tío sin sus capacidades.

Estaba furioso, muy muy furioso. ¿Por qué y cómo había aprendido tan rápido? ¿Por qué ese tipo intentaba robarle todo lo que era suyo? Sus amigos, su espacio, su chico...

«Mi chico... No es tu chico», se reprochó.

De repente, su móvil vibró dentro del bolsillo de su chaqueta. Lo sacó y miró la pantalla.

—¿Está todo bien, pelirrojo? —le preguntó Luca.

—Sí, sí, es Liam. Me ha escrito un wasap, ha regresado de su viaje.

—Vaya, genial. —Luca lo miraba sonriente, parecía feliz con la noticia.

Pero la expresión de Ben seguía siendo tosca, en su cabeza tenía cosas más importantes que la llegada de su hermano.

—Genial —dijo con un tono que expresaba de todo menos alegría.

Se metió el móvil en el bolsillo sin ni siquiera contestar a Liam.

De repente, se sentía mareado. La montaña rusa en la que se había convertido su vida desde que Luca Jeon entró en ella estaba llena de bajadas, de subidas infinitas, de curvas peligrosas.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

Tenía que serenarse, no podía acercarse y que Ellis notara lo afectado que estaba, lo que le dolía verse superado por él. Tomó aire con fuerza, lo expulsó despacio e intentó reanudar sus pasos, pues se había quedado congelado en el preciso instante en el que vio a Noah, feliz, junto a Ellis Brown, su mayor enemigo, su rival...

«No, no, tu enemigo es Seilor Brown, no Ellis», lo reprendió su parte racional. Ellis no le había hecho nada malo, era amable, simpático, y Noah... Noah parecía muy cómodo a su lado. Se regañó una y otra vez. Los celos, esos celos que detestaba, lo cegaban, lo bloqueaban.

Luca, parado a su lado, no dejaba de observarlo, pero se mantenía en silencio. Se limitaba a esperar que Ben reaccionara, que caminase de nuevo. No le presionaba ni cuestionaba.

Ben lo miró de reojo y Luca disimuló, parecía no querer hacer contacto visual directo.

Chester cerró los ojos, no podía seguir comportándose como un idiota. Él nunca había sido así, nunca; era racional, más maduro de lo normal para su edad. Así que, decidido, comenzó a caminar hacia los dos chicos, que, ajenos a todo, centrados en mirarse y usando las manos, continuaban hablando y reían cuando la inexperiencia de Ellis le hacía cometer un error, que Noah corregía al instante.

Luca lo siguió. Lo miraba de reojo, y Ben estaba seguro de que sabía a la perfección lo que Ellis le provocaba, pero nada podía hacer al respecto.

Noah y Ellis estaban tan centrados el uno en el otro que no se percataron de su presencia hasta que Luca los saludó.

Ben intentó poner en práctica su nuevo propósito y también dijo «Hola» intentando sonreír y borrar todo atisbo de esos celos absurdos.

—Vaya, vaya, hermano. Me habían comentado que ahora te juntabas con los raritos del pueblo y te juro que, si no lo veo, jamás lo hubiera creído. —La desagradable voz de Seilor hizo que Ben se girase para mirarlo. No se había percatado de que los había seguido. Debía haber caminado tras ellos, pues llegó a la vez que Noah y Ellis. ¿Cómo no se había dado cuenta? Ben siempre se jactaba de tener una especie de radar que le avisaba cuando el Cobra estaba cerca. Según parecía, ese tiempo de tranquilidad, de no ser acosado, no solo había despertado las hormonas de Chester, sino que había hecho que bajara la guardia ante el peligro—. Lo mejor de lo mejor: el anormal —dijo señalando a Noah—, el maricón —esa vez miró a Luca Jeon— y mi querido compañero de juegos: Ben Chester, el retrasado. Todos juntos en el mismo lote.



Capítulo 20

*En algún lugar en lo profundo de tu corazón
aún vive un niño.
Mi mejor momento está por llegar.
Estás por llegar.
«Yet to Come», BTS*

—Deja de decir tonterías y lárgate —lo reprendió Ellis con severidad.

—Esta vez no pienso hacerte caso, de nada va a servir que me amenaces con decírselo a papá. Ya estoy cansado, me importan una mierda las represalias.

—¡Seilor Brown! —El grito de Ben hizo que todos se paralizasen—. Nunca. Nunca más vuelvas a llamarlo así. —Caminó los pocos pasos que los separaban hasta colocarse frente a él. Su voz sonaba contenida, serena, pero sus ojos refulgían con tal furia que Seilor retrocedió. Jamás había visto esa expresión en la cara de Chester ni en la de nadie, era aterradora. No pasó desapercibido para ninguno de ellos que a Ben no le había molestado que le llamase retrasado, estaba acostumbrado a peores insultos; lo que le había hecho reaccionar era, sin lugar a dudas, la palabra que había usado con Luca.

Días y días soportando vejaciones, aguantando los insultos, los abusos de Seilor, y nunca jamás había movido un solo dedo para defenderse, nunca le había plantado cara. Sin embargo, al escuchar el insulto que había escupido su sucia boca hacia Jeon, toda esa ira contenida había estallado. Ben Chester explotó y, sin importarle nada las consecuencias, había apresado con sus manos la cazadora de Seilor Brown y lo sacudía con una fuerza que no era natural en él.

—¿Me has escuchado?! —le gritó, colérico, mientras lo agitaba.

—¿Qué mierda haces, Ben? —Seilor luchaba por soltarse, pero las manos de Chester parecían garras—. ¡Haz el puto favor de soltarme!

—Retira lo que has dicho. Pide perdón, cabrón de mierda. —Seilor parpadeó sorprendido, era la primera vez que Ben usaba ese tipo de vocabulario.

—Ben, Ben, por favor, para. —Luca intervino e intentó que Chester lo mirase, intentó con sus manos soltar las de Ben, pero él estaba tan centrado en su presa que ni siquiera reaccionó a sus palabras. No lo miró, sus ojos furiosos seguían clavados en los de Seilor.

Ben Chester no oía las voces de sus amigos gritándole ni el revuelo que se estaba formando en el parque.

—¡Suéltame! —volvió a solicitar Seilor.

—Ya te lo he dicho, te soltaré cuando le pidas perdón. —Su voz sonó tan fría que el vello de Seilor se erizó.

—No tengo que pedir... perdón a nadie. —Su voz tembló. Le temía, pero debía disimular. No podía rebajarse ante el tío del que había abusado durante tantos años, el que había dominado

y con el que había jugado como si fuese una marioneta.

—Sí, sí lo tienes que hacer. Debes disculparte con Luca. —Escupió las palabras a tan poca distancia de la cara de Seilor que este sintió cómo su aliento lo golpeaba. ¿De dónde había sacado esa fuerza? Ben era un chico delgado, ¿cómo era posible que no fuera capaz de soltarse?

—¿Por qué he de hacerlo? —se envalentonó, más que nada porque su orgullo estaba siendo pisoteado. Nunca se había visto rebajado por un tipo tan insignificante como Ben Chester—. He dicho la verdad. ¿Acaso no sabes que Luca es un maricón?

El puño de Ben impactó en una de las mejillas de Seilor.

—Puedes pegarme si quieres, pero es la verdad. Luca, cuenta a tu amigo por qué estás aquí con el curso ya empezado. Cuéntale lo que hiciste para que tu madre te enviase lejos de tu casa. ¡Cuéntaselo! —Jeon negó con la cabeza y dio un par de pasos alejándose de Seilor, de su mirada inquisidora.

—Por favor, Ben, no lo escuches, yo te explicaré... —La voz de Luca temblaba, estaba asustado.

—No entiendo... —Ben Chester miraba de manera alternativa a uno y a otro. Por fin había soltado la cazadora de Seilor. De repente, había sentido cómo su fuerza, esa que la furia le había aportado, se esfumaba.

—¡Lárgate de aquí! —intervino Ellis. Usó su fuerza para empujar a su hermano, luchando por alejarlo del grupo. Pero su intento de acallararlo fue infructuoso, ya nada podría detenerlo. Había permanecido silencioso, a la espera de encontrar el talón de Aquiles de Luca Jeon, el tipo que le había arrebatado su liderazgo, su reinado en clase, y ahora que por fin lo había encontrado iba a sacarle partido y acabaría con él.

Seilor estaba tan decidido a llevar a cabo su venganza que, sin importarle las consecuencias, empujó con toda sus fuerzas a su hermano y este trastabilló hasta caer al suelo. Noah corrió a su lado y ambos lo miraron con odio.

—Es fácil, es sencillo. —Al verse libre, Seilor se sintió poderoso. Esa vez iba a ganar, iba a terminar con Luca de una vez por todas. Por fin conocía su secreto y pensaba exponerlo delante de todos, de su gente, de esos que lo veían como si fuese un dios. Una sonrisa cínica se dibujó en su boca—. Luca es un cerdo, un asqueroso maricón que acosó a uno de sus profesores hasta el punto de meterlo en un gran lío. Por su culpa, ese tipo casi pierde su trabajo y a su mujer. ¿Por qué no le cuentas el tiempo que estuviste ingresado en un psiquiátrico, loco de mierda? Vamos, sé tan valiente como lo fuiste para irle con el cuento a mi padre y diles a tus amigos que te ingresaron porque intentaste suicidarte. ¡Vamos, habla, habla, cabronazo de mierda!

Tocado y hundido, así se sintió Luca. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, y bajó la mirada avergonzado, humillado. ¿De dónde había sacado toda esa información?

Entonces el silencio se hizo pesado. Todos se habían quedado paralizados, esa información había caído como una bomba de destrucción masiva.

Ellis contemplaba a su hermano con tristeza. Sus manos temblaban, sentía un dolor lacerante. ¿Cómo podía ser tan malo y soltar todo eso así, delante de las personas que Luca amaba? Sabía que su hermano tenía el corazón de piedra, pero jamás habría imaginado que vería lo cruel que podía llegar a ser. Con los ojos llenos de lágrimas, apartó la mirada, pues le asqueaba mirarlo, y apretó con más fuerza a Noah, que se refugiaba entre sus brazos. Él no entendía lo que estaba pasando. Todo era confuso, no podía leer los labios porque todos se movían con rapidez. Tan solo sabía que algo grave estaba sucediendo y que Ellis intentaba protegerlo. Estaba aterrado, tan asustado que buscó refugio y lo encontró entre los brazos de Ellis.

Ben, Ben Chester tan solo se preocupaba de él, de Luca Jeon. No podía apartar los ojos de él, el dolor que veía en su mirada le golpeaba con fuerza.

—Ben... Ben, por favor. Puedo explicártelo todo. —Se dirigió a él porque, en realidad, era el único que le importaba. Lo que pensasen los demás le daba igual, estaba tan acostumbrado a ser juzgado que ya no le afectaba—. Por favor, quiero contártelo todo, no es como él...

—¿Vas a negarlo? —Seilor se sentía poderoso, quería rematar lo que había comenzado. Lo había planificado y ahora iba a disfrutar de su caída—. Tú tienes tus medios, los usaste para hacerme daño, y yo tengo los míos —le explicó con una sonrisa cínica dibujada en los labios—. He hablado con uno de tus amigos y me ha contado todo lo que sucedió. Tengo su número de teléfono; si quieres, te lo doy, y él en persona te lo contará. —Esto último iba dirigido a Ben, que permanecía en silencio, inexpresivo y con la mirada clavada en Luca.

—¡Eres un mierda! —El grito de Luca hizo reaccionar a Ben y, de repente, sus ojos se clavaron en Seilor—. ¿Por qué me haces esto?

—Para ya, por favor. Te lo suplico, Seilor, para, déjalo —le rogó Ellis con la voz quebrada.

—¿Lo que dice es verdad? —Ben dejó su mutismo.

La pregunta de Chester parecía haberle roto el corazón a Luca, pues se llevó la mano a ese órgano. Se limpió las lágrimas con rabia y sus rasgados ojos se clavaron en los de Ben.

—¿Qué parte? —escupió la pregunta con furia—. ¿Que estuve en un psiquiátrico? Sí, lo estuve. ¿Que intenté suicidarme? Sí, pero bueno, esa parte la tienes clara, ¿verdad?, pues ya hablamos de ello. —Su boca lucía una sonrisa irónica—. O quizá lo que más te importa es que soy gay. No tengo reparos en decirlo. ¡Soy gay! —Miró hacia todos los lados y, usando las manos a modo de altavoz, gritó de nuevo: ¡Yo, Luca Jeon, soy gay! —Volvió a clavar los ojos en Ben—. Lo demás, las demás cosas, lo de Marco... —sus ojos se anegaron de nuevo, esa parte de su vida aún dolía—, mi profesor..., ¿le crees? ¿Crees que es verdad lo que dice? —Señaló a Seilor con un dedo—. Porque..., porque si es así, no tengo nada más que decir. No pienso defenderme, ¿sabes por qué? —le preguntó entre sollozos—. Porque estoy muy cansado, porque ya he pasado por esto, y no puedo más. —Entonces se dirigió a Seilor—. Enhorabuena. Has ganado, ya tienes tu venganza. ¿Estás satisfecho?

—Por supuesto que lo estoy. Tenía ganas de desenmascararte, de mostrarle a todo el mundo que tan solo eres un maricón de mierda, un psicópata acosador que...

Su discurso fue acallado cuando Ben, que parecía haber recuperado la fuerza, comenzó a golpearlo sin piedad. Sus puños se movían veloces y certeros, hasta que Seilor cayó al suelo, él se colocó a horcajadas encima y continuó golpeándolo. La sangre brotaba, salpicando su cara, su impoluto uniforme. Los cristales de sus gafas se empañaron. Gritaba con furia, descargaba toda su rabia sin pensar en lo que estaba haciendo. No escuchaba los gritos de sus amigos, era como un perro de presa cuando caza: nada ni nadie puede soltar sus colmillos cuando los clava en su víctima.

Luca, Ellis, Noah, incluso Violet pugnaba por pararlo, por frenar sus acometidas, pero la ira era tan fuerte que le había dado alas y nadie podía con él.

—¡PARA, LO VAS A MATAR! —El grito de Luca le hizo reaccionar. Entonces reparó en lo que estaba haciendo. Sus ojos se clavaron en la cara magullada de Seilor. Se miró las manos, manchadas con la sangre del chico, y se estremeció.

—Yo... yo... No —balbuceó. Miró a todos con los ojos llenos de lágrimas, que comenzaron a caer sin control.

Negó con la cabeza, se levantó del suelo y comenzó a correr. Corrió sin saber hacia dónde se dirigía. Corrió huyendo de todo y de todos.



Capítulo 21

*Así que gracias por ser mi luz,
por convertirte en la flor en el momento más hermoso de mi vida.
Está bien, cuando diga: «Uno, dos tres», olvídale,
olvida todos los recuerdos tristes.
Sujeta mi mano y sonríe.
«2! 3! (Hoping For More Good Days)», BTS*

No sabía cómo había llegado hasta su casa. No había sido consciente de haber tomado el camino que le llevaba hasta la puerta de su hogar, de su frío hogar. Pero allí estaba, con las manos temblorosas introduciendo la llave en la cerradura sintiendo a Luca a su espalda.

Luca, rogando que lo escuchara.

Luca, sollozando cerca de uno de sus oídos y apresando su cuerpo en un abrazo al que él no quería corresponder. No en ese momento, no cuando se sentía tan destrozado por dentro que temía que su cuerpo se desquebrajase.

Luca, apoyando su cabeza en uno de sus hombros, susurrándole palabras tranquilizadoras.

—Por favor, por favor. —Cerró los ojos, suspiró. Las palabras salían sin fuerza, como si le costase articularlas—. Suéltame, déjame solo. —El ruego fue tan intenso que Luca lo soltó de inmediato—. Gracias —susurró, antes de entrar en casa y cerrar la puerta, dejándolo fuera.

Sin dar ni un paso hacia el interior, se dejó caer sobre la hoja de madera. Estaba agotado, toda su fuerza se había evaporado y sentía su cuerpo laxo.

Respiraba de forma costosa por la carrera y por los sollozos que se le escapaban.

—¿Ben? —La voz de su madre lo obligó a abrir los ojos.

Sonrió con sarcasmo y se llevó las manos a la cara para taparla. «Qué ironía, qué mierda de vida», pensó con tristeza. Blanche nunca estaba en casa cuando él regresaba, tan solo le esperaban sus notas dándole órdenes, y él..., él siempre había deseado llegar y que su madre lo recibiera con un «Hola, ¿cómo te ha ido el día?». Pero precisamente en ese momento de su vida, en esa única ocasión, deseaba estar solo. No necesitaba más testigos, no la quería a ella, pero ahí estaba, parada frente a él, asustada al ver su aspecto, que de seguro era aterrador.

—¡Dios mío, Ben! —Dio un par de pasos para acercarse a él, pero se detuvo de golpe al ver que su hijo la frenaba extendiendo una mano en un claro gesto que le indicaba que no se le acercase.

La esquivó con pasos rápidos, corrió hacia su habitación y cerró la puerta con pestillo.

Blanche estaba tan perpleja, tan asustada por el aspecto que su hijo tenía que no supo reaccionar hasta que escuchó el pestillo de la puerta.

—¡Ben! ¡Ben, abre la puerta! —le gritó mientras golpeaba la hoja—. ¡Ben! ¡¿Qué ha pasado?!

Al otro lado, Ben Chester permanecía sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta y las manos tapándole los oídos, con el deseo de acallar los gritos de su madre. Así estuvo un buen rato, hasta que la voz que le llegó del otro lado fue la de su hermano.

—Ben, abre, por favor. Déjame entrar, hablemos.

—¿Liam?

—Sí, soy yo. Abre, Ben. Hablemos.

Se puso de pie, quitó el pestillo y entreabrió.

—Solo tú, entra solo tú —dijo con la mirada clavada en su madre, que lo contempló con los ojos llenos de tristeza.

—Ben, por favor... Te lo ruego —suplicó Blanche con la voz entrecortada, mientras se hacía sitio buscando la manera de entrar en la habitación.

—No... No puedo, mamá... Por favor...

—Pero... —replicó ella.

—Te ha dicho que no —la interrumpió Liam—. Respeta su espacio.

—¿Cómo puedes decirme eso? —Blanche miró a su hijo mayor con rencor.

—Es lo que tiene haber puesto distancia con nosotros.

Blanche sentía la mirada de sus dos hijos sobre ella. Asintió derrotada, se lo había ganado con creces. En ese instante, todos esos años siendo una madre ausente dedicada a trabajar, sin prestar la atención debida a sus hijos, le pasaban factura. Una fuerte punzada de dolor la obligó a encogerse, se quitó de en medio y dejó paso a Liam.

Este entró y cerró la puerta. Hasta ese momento no había reparado en Ben y, cuando lo hizo, se llevó una mano a la boca acallando un gemido de dolor al ver el estado en el que se encontraba.

Contempló con estupor su ropa manchada de sangre, su cara pálida, los nudillos de sus manos llenos de heridas...

—Dios mío, Ben —susurró con los ojos llenos de lágrimas. Tomó aire con fuerza para recomponerse, tenía que tomar el mando, no podía dejarse llevar—. ¿Estás herido? —preguntó, lleno de preocupación.

Ben Chester negó.

—No es... No es miii san-san-sangre. —Apenas podía articular las palabras.

Su cuerpo temblaba, no podía controlarlo. Se miró las manos, que oscilaban, y sus ojos llorosos se clavaron en los de su hermano con una súplica de ayuda pintada en ellos.

—Yo... lo he gol-pe-pe-a-do. ¡Lo he gol-pe-pe-a-do! —Un grito desgarrador salió de su boca y, con desesperación, se arrojó en los brazos de su hermano, que lo acogió con cariño.

Lloró con intensidad mientras Liam intentaba consolarlo con palabras cariñosas, con caricias, hasta que el llanto poco a poco cesó.

Entonces Liam lo tomó de la mano. Lo condujo hasta el baño que tenía dentro de su habitación. Con cariño, le quitó la chaqueta, desató su corbata, se deshizo de la camisa manchada de sangre, le lavó las manos, curó sus nudillos heridos. Limpió su cara y lo ayudó a ponerse una camiseta limpia.

—Ahora, quiero saber todo lo que ha pasado —le dijo con voz calmada.

Regresaron al cuarto y se sentaron en la cama.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó Ben.

—Luca me llamó. Pero no me ha contado nada, tan solo me dijo que tú me necesitabas.

Ben asintió. Según parecía, el día que se conocieron se habían caído tan bien que habían intercambiado los números.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado? —No lo obligaba ni intentaba presionarlo, y Ben lo agradecía. En esos momentos necesitaba el apoyo incondicional de su hermano.

—No sé ni por dónde empezar.

Ben soltó un profundo suspiro, se acomodó en la cama con la espalda apoyada en la cabecera, recogió sus piernas —a las que se abrazó— y hundió la cabeza entre las rodillas.

—Por el principio —intervino Liam.

—¿Quieres saberlo todo? —Se incorporó y lo miró a los ojos. Liam asintió—. Hace... Hace tiempo que... ¡Joder, es complicado!

—Ben, soy tu hermano. Puedes contármelo todo, lo sabes, ¿verdad? —Lo vio tan apurado que corrió en su ayuda—. Prometo no juzgarte. Te aseguro que lo que hablemos, si tú lo quieres así, no saldrá de esta habitación. Quedará entre nosotros.

Ben asintió, sabía que su hermano no le fallaría. Deseaba deshacerse de todos los pensamientos que le atormentaban, necesitaba sacar lo que en su corazón bullía, pero...

—Tengo miedo. —Sus pensamientos se hicieron palabras.

—Lo sé, lo puedo ver en tus ojos, pero aquí estoy, y siempre estaré. —Le tendió la mano—. Tómala —ordenó, y Ben obedeció al instante—. Así, juntos, lo afrontaremos. Sea lo que sea, podemos con ello. ¿Recuerdas?, somos un equipo. —La sonrisa se dibujó en su boca y Ben se contagió de esa positividad que Liam le transmitía sin hacer apenas esfuerzos.

Un largo suspiro salió de la boca de Ben. Iba a soltar todo el lastre que durante años había soportado.

—Desde hace años... Desde... —Cerró los ojos y lanzó un juramento—. Me han acosado durante años. —Lo soltó de corrido, sin ni siquiera respirar—. Me insultaban, me robaban, no me dejaban en paz. He soportado sus burlas, me hacían sentir ridículo, insignificante... Una vez me tiraron la comida encima, en otra ocasión me obligaron a desnudarme en la azotea, en otra... —La voz se le quebró. Era duro decirlo en voz alta porque todas esas cosas que había vivido se le representaban tan reales en su cabeza que le parecía estar volviendo a sufrirlas.

Se atrevió a mirar a su hermano, aún temeroso de su reacción. Liam asintió un par de veces. Parecía no haberse inmutado, pero Ben lo conocía bien y estaba furioso, muy furioso, y la forma en la que apretaba el puño de su otra mano se lo confirmaba.

—¿Por qué...? ¿Por qué nunca me dijiste...?

—Me avergonzaba —lo interrumpió.

—¡Dios, Ben! —Su voz sonó temblorosa, se rompió, se le quebró, y lo tomó entre sus brazos—. Avergonzado, ¿avergonzado de qué? Tú no hiciste nada malo. Dios, Ben, yo... Lo siento, lo siento tanto... —Sollozaba con intensidad, con tanta pena que apenas podía articular las palabras—. Debería haberme dado cuenta. Me siento muy culpable.

—No, no, tú no tienes la culpa. No la tienes. —Las cosas habían cambiado, ahora era Ben quien consolaba a su hermano, quien lo acariciaba con cariño, quien susurraba palabras de aliento.

—Ni tú tampoco, ¿entiendes? No eres culpable, no lo eres. —Lo agitó tomándolo por los hombros—. Esto no se va a quedar así. Ahora que lo sé, tengo que hacer..., tengo que hacer algo. —Liam se recompuso, se limpió los ojos con las manos y los clavó en los de su hermano, que asintió. Pues claro que lo entendía, era la hora de destapararlo todo. Le aterraba, pero tenía que hacerlo. Seilor se había excedido, había insultado a Luca, lo había denigrado.

—No hay marcha atrás —lo dijo en voz alta, y Liam asintió.

—No, no la hay. Vamos a por ellos, Ben. Vamos a denunciar lo que te han hecho. No voy a parar hasta que paguen por todo lo que has sufrido.

De nuevo se abrazaron, sellando su promesa.

—Ese tipo al que has pegado, ¿es él? —le preguntó Liam.

—Sí.

—Pues me alegro, me alegro de que le hayas dado su merecido. Me alegro. Me alegro — siguió repitiéndolo una y otra vez como si se tratase de una oración.

Entonces ambos se quedaron en silencio. La cabeza de Liam bullía, llena de imágenes terribles, a pesar de que Ben apenas le había contado unas pinceladas de lo que había sufrido. Estaba muy furioso, muy enfadado.

Clavó la mirada en él. Su pequeño hermano, la persona que más amaba en el mundo había sufrido en silencio, le había ocultado su dolor. Llevó una de sus manos al cabello de Ben y, con ternura, lo acarició.

—Liam... Yo quiero contarte... Hay algo más. —La boca se le secó, era el momento de soltarlo todo. Una vez que había empezado, deseaba quitarse el lastre que lo acompañaba día a día.

—Dispara —lo alentó, en cierto modo asustado. ¿Qué más cosas le había ocultado?

—Creo... Creo que soy gay. —Un suspiro liberador salió de su boca en el preciso instante en el que lo soltó. Se sintió por fin libre, como si decirlo en voz alta le aclarase las ideas. Acababa de lograr que la montaña rusa en la que llevaba subido desde que había conocido a Luca se parase de golpe.

Liam dejó de respirar, incluso juraría que sintió cómo su corazón se detenía por unos instantes. Trató de que su hermano no lo viera alterado. Con parsimonia, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, se acomodó en la cama.

A ojos de Ben, que lo analizaba con todo detalle, no pareció sorprendido; eso sí, algo confuso, pero era normal, ¿verdad?

Liam se restregó la cara con las manos y lanzó un profundo suspiro. Carraspeó y asintió un par de veces.

—¿Luca? —preguntó al cabo del tiempo que necesitó para que su cerebro asimilase la noticia, una que jamás había sospechado.

Ben asintió.

—Lo amo. No quería que esto pasase, no lo busqué. Es más: intenté contenerlo, huir, pero él..., él... —Su verborrea nerviosa intentando justificarse le produjo tal ternura a Liam que, en un gesto cariñoso, lo atrajo hacia su cuerpo, lo abrazó y le sonrió.

—Para, para —lo interrumpió—, no tienes que argumentar nada. El amor surge y nadie lo espera ni lo puede parar.

—Pero..., pero es un chico y yo...

—¿Por qué te juzgas?

—¿Lo hago?

—Siempre lo haces. —Lo estrechó con más fuerza y lo obligó a recostarse sobre su cuerpo —. Eres duro y estricto contigo mismo. Tu peor enemigo. Estoy seguro de que has estado regañándote, negándote lo que sentías. ¿A que sí? —Lo miró con un deje de humor brillando en los ojos.

—Me conoces muy bien —afirmó, de nada servía negar lo innegable.

—Eso creía yo, pero, en realidad, me escondías muchas cosas. Me molesta, Ben, me jode porque siempre te he dicho que puedes hablar conmigo de todo. Y, cuando digo todo, es todo.

—Perdona, perdona, tienes razón, pero comprende que...

—¿Que eres un cabezón que se guarda todo para él?

No replicó, ¿qué podía decir ante un argumento tan cierto?

—Déjame adivinar —prosiguió Liam—, le has dado una paliza al abusón que te ha estado torturando todo este tiempo y al que no hiciste frente antes porque se metió con Luca. —Clavó sus profundos ojos en los de su hermano. No necesitaba que el pequeño Ben le rebatiera nada, pues sabía a ciencia cierta y sin necesidad de haber sido testigo presencial de lo acontecido que lo que había hecho reaccionar a su hermano había sido su amor por Luca—. ¿Qué le dijo para hacerte reaccionar con tanta violencia? —Señaló sus nudillos heridos. Si habían acabado así de machacados, no quería ni imaginar cómo tendría la cara el otro chico.

—Lo insultó. Lo llamó maricón. Habló de su vida con desprecio delante de todos, contando cosas que son solo de él. Solo él tenía el derecho de hablarnos de su vida, de sus sentimientos, y no ese cerdo, ese cerdo asqueroso... —Recordarlo hizo que la furia hirviera de nuevo en sus venas.

—Ya, entiendo. Oír cómo insultan a un ser querido es más doloroso que si nos lo hacen a nosotros.

—Me cegué, tan solo deseaba callarle la boca... Yo nunca...

—Lo sé, lo sé, sé que jamás has sido agresivo. No te tortures, ¿vale? —Le acarició el pelo—. Pero, como comprenderás, las cosas no se pueden quedar así. Mañana iremos al instituto y hablaremos con el director. Y sí, antes de que digas nada, hablo en plural porque mamá vendrá conmigo. —Ben intentó protestar, pero Liam lo acalló con un gesto de la mano—. No admito discusiones, ya es hora de que se implique en tu educación, tiene que adquirir responsabilidades. Además, te aseguro que está muy preocupada. Debes hablar con ella, Ben. —Le señaló la puerta a sabiendas de que su madre, con toda seguridad, estaba al otro lado, retorciéndose las manos, nerviosa, intranquila sin saber nada de lo que había sucedido—. Sé... Sé que durante todos estos años ha sido una madre de mierda, pero... tal vez esto la haga reaccionar y vuelva a ser la misma de antes... ¿Recuerdas cómo era antes? —Ben asintió con una bonita sonrisa dibujada en sus labios—. Para ella no ha sido fácil quedarse al otro lado, te lo aseguro.

Ben asintió, Liam tenía razón. Por una vez en su vida, se comportarían como una familia y afrontarían los problemas juntos.

—Imagino que ese chico habrá tenido que ir a un hospital, seguramente te culparán de lo sucedido. Pero no tengas miedo de las represalias, vamos a luchar. La violencia no es el camino, Ben, pero tampoco lo es el abusar de los demás. Ahora, vamos a ser nosotros los que denunciemos lo que te ha estado sucediendo. Haremos lo que sea por recibir esa justicia que se te ha negado.

—Está bien —asintió.

—Y con Luca, ¿qué piensas hacer con Luca?

—¿Qué quieres decir?

—Él también está preocupado. Me ha llamado tan nervioso que apenas podía articular palabra y ahora..., ahora está en la calle, frente a la casa. Cuando he llegado, estaba tan pálido que me he asustado.

Ben cerró los ojos porque amenazaban con anegarse de nuevo.

—Ahora... no... Ahora no tengo fuerzas para hablar con él. Lo haré porque tiene que contarme muchas cosas, porque quiero sincerarme, pero ahora no. ¿Podrías pedirle que se vaya a casa? —rogó con desesperación—. Dile que, cuando arregle lo que ha sucedido, cuando me sienta fuerte, prometo hablar con él. Pero, por favor... No puedo... No quiero que esté en la calle esperándome. ¿Se lo dirás? —Sus ojos le suplicaban con tanta fuerza que Liam asintió, se levantó y caminó hacia la salida de la habitación.

—Pero, mientras yo lo hago, habla con mamá, cuéntale lo que has sufrido, lo de la paliza que le has dado a ese chico. En cuanto a tus sentimientos por Luca, decide si es el momento de decírselo o si quieres esperar. Yo respetaré tu decisión.

Tenía la mano en el pestillo, pero antes de abrir se giró para mirarlo.

—Ben, el amor es una bendición. No es malo amar, no es un pecado ni algo sucio. No dejes que los demás decidan por ti, no permitas que tus miedos te paralicen. Debes, tienes que ser feliz, sea como sea, y si Luca es la persona que te hace sentir, ve a por él. No dudes, ve como un loco, y si él te corresponde, si te ama, vive, disfruta, folla... —Las mejillas de Ben se encendieron al escuchar esa última palabra y Liam se carcajeó—. Eres un mojigato. —Entonces abrió la puerta, salió y cerró tras él.

—Gracias, hermano. —Sabía que no lo había escuchado, pero se sentía tan dichoso, tan comprendido y apoyado que necesitó decirlo.

Se quedó solo y el peso de todo lo que había sucedido le cayó de golpe. Un profundo suspiro salió de su boca, las piernas se le doblaron y se dejó caer sobre la cama. ¿Qué iba a suceder? ¿Cómo iba a mirar a sus amigos a la cara después de cómo se había comportado? ¿Qué pasaría con Luca? ¿Lo perdonaría por su arranque violento? ¿Y Noah? Pensar en él le hizo reaccionar. Se levantó con rapidez y tomó el móvil del bolsillo de su abrigo. Tenía que escribirle, necesitaba saber cómo se encontraba. Estaría muy asustado porque seguramente no había entendido lo que sucedía. No podía ni imaginarse lo que debía ser asistir a una escena como la que se había representado aquella tarde y hacerlo en total silencio, sin entender nada.

Abrió el chat que tenía con Noah y se encontró con un montón de mensajes de su amigo.

Noah:

Ben, por favor, cuando puedas escíbeme.

Dime cómo estas.

Ben, estoy muy preocupado.

Por favor, Ben, dime algo.

Uno tras otro, Ben Chester leyó todos los mensajes que Noah le había dejado y se apresuró a contestar.

Ben:

Estoy bien, en casa.

He hablado con mi hermano
y me siento mejor.

Era una mentira a medias porque los abrazos de su hermano, sus palabras, le habían resultado reconfortantes, aunque en el fondo se sentía muy avergonzado por su comportamiento. Ese arranque de furia, uno que jamás había tenido, le hacía sentirse mal.

Ben:

Y tú, ¿estás bien?

Noah:

Sí, sí, no te preocupes por mí.

Estoy bien. Ellis me ha acompañado a casa
y se ha quedado conmigo.

¿Ellis? No quería saber nada de ningún Brown, no tenía fuerzas en ese momento para escuchar nada referente a esa familia.

Ben:
Me alegra saberlo.

Noah:
Ben, prométeme que estás bien.

Ben:
Te lo prometo.



Te voy a dejar.
Mañana hablamos,
ahora estoy muy cansado.

Noah:
Lo entiendo, no te preocupes.
Hablamos.

Ben:
Hablamos.

Sin mirar ningún otro mensaje, pues no se sentía con ganas de escribir a nadie más, dejó el teléfono sobre la mesilla y decidió que era hora de enfrentar a su madre. Ella lo estaba esperando nerviosa en el salón y él le debía una explicación de lo sucedido, además de que se lo había prometido a su hermano.



Capítulo 22

*Desde el día de la creación del universo y más allá,
a través de los siglos infinitos y más allá.
En la vida anterior y en la siguiente,
tal vez también estaremos juntos.*
«DNA», BTS

Al día siguiente la familia Chester se dirigió al instituto, decidida a denunciar todo lo que el menor había sufrido.

Blanche caminaba al lado de su hijo pequeño, le tomaba la mano y sus pasos sonaban con fuerza, dispuesta a defender a su hijo.

Lo miró con cariño, le apretó la mano para alentarle y le sonrió.

Ben le había contado todo. Fue más explícito que con su hermano, le narró algunos de los malos tratos que había sufrido, y ambos lloraron abrazados. Blanche le pidió perdón por haber estado tan ausente, por no haberlo protegido, y Ben Chester la perdonó, porque el amor entre ellos estaba aún ahí, presente, incondicional, tan solo había permanecido aletargado en algún rincón de sus memorias. Blanche se sintió rota de dolor, había fallado a una de las personas que más amaba en el mundo. El peso de los años en los que no prestó atención a Ben le resultaba insoportable, pero decidió que nunca más lo abandonaría. Madre e hijo conectaron de nuevo, como cuando era un niño y ella era todo su mundo. Los lazos que nunca se habían soltado — simplemente se aflojaron por un tiempo— se apretaron de nuevo con fuerza.

La reunión con el director del Evergreen Heights College, junto con Seilor Brown y su padre, duró horas.

El señor Jacob Brown era un hombre corpulento, muy frío al trato y tan severo con sus hijos que delante de todos, además de darle a Seilor un bofetón que le giró la cara, lo obligó a pedirle perdón a Ben Chester de rodillas. Le aseguró a Ben que no volvería a verlo, pues iba a ingresarlo en una institución militar, en la que esperaba que le enseñasen a respetar a los demás.

La situación fue muy incómoda y Ben Chester sintió lástima por el Cobra. Según parecía, su vida no era tan idílica como había pensado. No era excusa para todo lo que le había hecho, pero sentía que había volcado su frustración, el dolor de tener un padre severo, rudo e incluso violento, contra él.

Ahora lo veía todo claro: Seilor y el señor Jacob Brown eran iguales. El único miembro de esa familia con un corazón noble y bondadoso, para su pesar y el de esos celos que lo azotaban, era Ellis. Se sintió mal; esos malditos celos habían hecho que odiara a todos los Brown, y eso era muy injusto.

El director insinuó que Benjamin debería recibir un castigo por la paliza que le había dado a Seilor, pero Blanche salió en defensa de su hijo como una leona y lo amenazó con denunciarlo a

él y a todos los profesores por su falta de profesionalidad, pues su hijo había sufrido acoso delante de sus narices y nadie había movido un solo dedo para ayudarlo. Para su asombro, el señor Brown la apoyó y finalmente la amenaza de castigo de Benjamin quedó en nada.

Acababan de cerrar la puerta del despacho del director. Los Brown se habían adelantado y la familia Chester caminaba por el pasillo.

—Mamá... —Ben detuvo sus pasos y tanto Blanche como Liam se volvieron para mirarlo—. No quiero ir a clase. Hoy..., no puedo...

—Está bien —Blanche le tomó de los hombros y le sonrió—, nos iremos a casa, ¿quieres? Ben asintió.

No hubo más conversación, los tres regresaron al hogar.

...

Ben había pasado casi toda la mañana en su cama durmiendo. El sueño fue más reparador de lo que pensaba y, cuando se levantó, estaba con más energía.

En la primera persona en la que pensó cuando abrió los ojos fue en Luca. No habían hablado desde lo sucedido, ni una llamada ni un mensaje por parte de ninguno. No estaba preocupado del todo, pues Liam le había contado que habían hablado durante bastante rato y, según él, cuando se marchó a su casa, parecía encontrarse bien.

Todos los acontecimientos se habían desarrollado a tal velocidad que no había tenido casi tiempo de pensar en él, pero, ahora que estaba más relajado, que el sueño lo había ayudado a reponerse, Luca volvió a ser el centro de todo su mundo.

Abrió el chat de WhatsApp que compartían y nada, ni una sola palabra escrita por el parlanchín de Luca. Frunció el ceño y escribió él un breve mensaje.

Ben:

Hola, Luca.

¿Todo bien?

Siento no haberte escrito o llamado antes,
la verdad es que todo ha sido un lío...

No sabía qué más decirle, así que esperó a que él contestase. Pero nada, nada de nada. Ni siquiera aparecía como conectado.

Chasqueó la lengua con impaciencia y decidió llamar.

Una vez.

Dos veces.

Incluso tres, y nada, siempre saltaba el buzón de voz.

Empezó a preocuparse, pero en ese instante el sonido de su móvil le indicó que acababa de entrar un wasap.

Abrió el chat con nerviosismo, deseando ver que era Luca quien le había escrito, pero no fue así, el mensaje era de Noah.

Noah:

Hola, Ben.

Qué tal fue?

Ben:

Sabes algo de Luca?

Chester fue al grano, ni siquiera lo saludó.

Noah:

Anoche me escribió, estaba como tú, preocupado por mí.

Ben caminaba nervioso por la habitación, pero al leer sus palabras se detuvo.

Ben:

Estás en casa?

Noah:

Sí.

Ben:

Puedo ir?

Noah:

Por supuesto.

Te paso mi dirección.

Se vistió con rapidez y al salir de su cuarto se encontró a su madre.

—¿Vas a salir?

—Voy a ver a Noah —le explicó.

—Espera, me visto y te llevo.

—No, no, no hace falta. No vive muy lejos, tomaré el autobús.

—Pero... —corrió a protestar Blanche, pero su hijo la interrumpió.

—Mamá, sé que estás preocupada por mí, pero hasta ahora me he apañado yo solo, y quiero regresar a la normalidad. Lo entiendes, ¿verdad?

Blanche asintió. En sus ojos se veía la tristeza. Era cierto, había dejado solo a Ben, tan solo que el corazón le dolía.

—Tienes razón, volver a la normalidad es lo mejor, pero... pero sabes que yo... Voy a cambiar, Ben. Ya no estarás tan solo, hijo.

La sonrisa de Ben la tranquilizó y antes de irse se fundieron en un abrazo.

Ben tomó el autobús, se bajó en la parada que le pillaba más cerca de la casa de Noah y caminó con premura hasta llegar al barrio donde los mellizos y Luca vivían.

Avisó de su llegada a Noah, que le abrió la puerta y nada más verlo se lanzó a sus brazos.

Ben lo recibió y se aferró al delgado cuerpo como si fuera su tabla de salvación. Permanecieron así durante unos segundos y, cuando se separaron, se miraron a los ojos con cariño.

Ben vocalizó un «Estoy bien» y Noah un «Me alegro». Entonces lo tomó de la mano y lo guio por su casa hasta que llegaron a su cuarto.

—¿Y Violet? —le preguntó.

Noah escribió en su móvil con la agilidad que le caracterizaba:

Salió con un amigo. Bueno, así lo llama ella, pero yo creo que él está enamorado y ella terminará cayendo.

Ambos sonrieron con la idea de que Violet por fin tuviera a alguien especial en su vida y dejara de pensar en Luca como en algo más que un amigo.

—Noah, estaba muy preocupado por ti. Yo... quiero pedirte perdón porque me porté como un salvaje, seguro que estabas asustado. Tenía que haber pensado en ti, pero me cegó el odio. Estoy... —Calló cuando Noah le tocó un hombro y lo alentó a que mirase lo que había escrito en

su móvil.

Si hablas tan rápido, no puedo leer tus labios. Tranquilo, Ben. Habla tranquilo.

Benjamin asintió, sacudió la cabeza y comenzó de nuevo a hablar, pero esta vez con más calma.

—Quiero pedirte perdón.

No creo que tengas que pedirme perdón. Ellis me explicó lo que había pasado y te aseguro que yo le habría hecho lo mismo a ese cabrón. Se lo merecía.

—¿Te asustaste mucho?

No te voy a mentir. Fue muy duro ver el revuelo que se formó y no saber qué era lo que estaba pasando, pero Ellis me cuidó, entre sus brazos me sentí seguro. Sé que no te cae bien, pero me ayudó, Ben, me protegió y cuidó. Además, él también lo ha pasado muy mal. Se sintió culpable por lo que hizo su hermano, se cree responsable y me ha costado mucho hacerle entender que él no es para nada como Seilor.

Ben asintió, pues claro que lo entendía.

—¿Sabes el motivo de mi odio hacia Ellis? —le preguntó.

Por supuesto que lo sé. Celos, se llaman celos, amigo mío. Pero no debes sentirlos por Ellis. Lo que hubo entre él y Luca es pasado, Ellis ya no siente nada por él.

—¿Ellis te lo contó?

Noah asintió.

Tú también lo sabes, ¿verdad? El amor no se elige, simplemente nos enamoramos y, cuando no somos correspondidos, en muchas ocasiones se transforma en odio, en rencor. Ellis es un buen tío que se arrepiente de su comportamiento en el pasado. Si Luca lo ha perdonado, tú también debes hacerlo.

—Sí, lo sé. Te prometo que lo intentaré.

Noah le sonrió. Le creía, sabía que haría todo lo que estuviera en su mano por cumplir su promesa.

Y tú, Ben, ¿cómo te encuentras?

—No muy bien —se sinceró. Noah era su amigo, de esos que cuando preguntan cómo estás, desean saber la verdad—. No me siento orgulloso de mi reacción, me excedí y, la verdad, me siento fatal.

Ellis me contó lo que Seilor te ha estado haciendo todo este tiempo y las cosas tan horribles que contó de Luca. No es que te excuse, pero creo que se lo estaba buscando. Aun así, entiendo que te sientas mal.

Le palmeó con cariño en uno de sus hombros y ambos se sonrieron.

—¿Sabes lo más gracioso? —Noah negó con la cabeza—. Que lo que más daño me ha hecho ha logrado que mi familia se una. Por fin mi madre me ve, por fin ha regresado y ya... ya no me siento solo.

Eso es bueno, amigo, eso es muy bueno.



Capítulo 23

Ambos estaremos conectados sin importar nada.

Aunque estemos lejos, veremos el mismo cielo.

«For You», BTS

Aquel día Ben no supo nada de Luca Jeon. No le contestó los mensajes ni respondió sus llamadas. Incluso al día siguiente no fue a clase, ni al siguiente... ni al siguiente. Luca Jeon había desaparecido de su vida, de la vida de su grupo de amigos. Habían pasado tres semanas, veintiún días con sus largos fines de semana, en los que por fortuna no había estado solo; su familia y sus amigos lo habían acompañado. Incluso Ellis se había portado como un buen amigo.

Tanto Ben como su grupo le habían dejado cientos de mensajes, de llamadas, pero la voz metálica que les contestaba siempre decía lo mismo: «El teléfono al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura».

Más de una vez estuvieron tentados de acercarse a su casa, pero pensaron que necesitaba ese distanciamiento. Lo conocían muy bien y sabían que, cuando Luca se alejaba, debían respetar su espacio, sus deseos. Aunque los días se hicieran eternos sin él.

Ben estaba desesperado, ya no podía más. Necesitaba hablar con él, pero no quería presionarlo; si se aislaba, si se había alejado, era porque necesitaba esa desconexión. Aunque le dolía, no podía forzarlo. Luca era un alma libre y él no era nadie para obligarlo a nada.

Aquella tarde, tras llegar del instituto, se encontró en casa a su madre y a su hermano. Ambos lo estaban esperando. El ambiente se sentía enrarecido y Ben los miró alternativamente, con el semblante lleno de preocupación.

—¿Pasa algo? —interrogó Ben.

—Estamos muy preocupados.

Liam asintió para corroborar las palabras de su madre.

—¿Preocupados?

—Sí, Ben. —En esa ocasión fue Liam quién contestó—. Estamos preocupados por ti. —Ben arrugó la frente sin comprender a qué se referían—. ¿Acaso no te has dado cuenta de tu actitud? Apenas comes, no hablas con nosotros, caminas por la casa como un alma en pena. Si estás mal, si necesitas hablar, aquí estamos, Ben. Creo que hemos aprendido de los errores, ¿verdad?

—Callarse las cosas no trae nada bueno —intervino Blanche.

Ben asintió, tenían razón. Pensó en seguir actuando, como siempre lo había hecho; podía decirles que estaba bien, encogerse de hombros, meterse en su habitación y seguir comiéndose la cabeza pensando en Luca, en cómo estaría, o podía seguir siendo valiente, podía decirle a su familia cómo se sentía, lo que le preocupaba, lo que le tenía tan apagado. Durante unos segundos dudó; después de tantos años guardándose las cosas, le resultaba muy complicado rectificar.

«Pero él lo merece, ellos lo merecen», se dijo.

—Estoy preocupado. —Lo soltó con cierta reticencia.

—Como bien ha dicho tu hermano, aquí estamos para lo que necesites, hijo. Puedes hablar con total tranquilidad, te escucharemos y te ayudaremos en todo —le dijo Blanche usando un tono de voz dulce y confiable.

Desde el día que llegó a casa cubierto de sangre, desde el momento en que fue consciente de que por su negligencia Ben había estado sufriendo en silencio, su actitud había cambiado. Ya no llegaba a casa y se encontraba una fría nota pegada en la nevera con las instrucciones de las cosas que debía hacer sin rechistar; ahora Blanche había dejado de vivir para trabajar. Ahora cuidaba de su hijo, estaba en casa para recibirlo, le preguntaba cómo le había ido el día, le preparaba comida casera, vigilaba su alimentación y no le presionaba con el estudio. Comían juntos, le preguntaba por su día. Por fin eran una familia.

—Es-es Luca.

—¿Tu amigo, ese chico que estuvo en casa? —preguntó su madre.

Ben asintió.

—Es el chico que ayudó a Benjamin con los abusos —le explicó Liam.

—Oh, tienes que invitarlo a casa. Quiero darle las gracias por cómo te cuidó.

Blanche desconocía los sentimientos que su hijo pequeño tenía por ese muchacho al que ella se sentía agradecida; por el momento, Ben no había encontrado la ocasión ni las ganas de contarle lo que bullía en su interior.

Liam, conocedor de todos los secretos de su hermano, le hizo un claro gesto con el que lo alentaba a contarle a su madre toda la verdad, pero Ben negó con vehemencia. No, no podía, no estaba preparado; bastante era haberlo dicho en voz alta, haberlo reconocido delante de su hermano y que su mejor amigo, Noah, lo supiera. No se sentía preparado para abrir el círculo de personas que sabían lo que sentía, no podía exigirle más a su cordura.

—¿Y bien, Benjamin? —prosiguió su madre—. ¿Qué le pasa a Lucas?

—Es Luca, mamá —la rectificó—, no ha ido a clase desde-desde el incidente. —Bajó la mirada, avergonzado. No podía evitarlo, hablar de aquel día le provocaba bochorno. No se sentía orgulloso de cómo desfogó su furia contra Seilor, por mucho que todo el mundo le dijera que se lo había buscado.

—Quizá esté enfermo —supuso Blanche.

—¿Por qué no vas a verlo? —lo alentó Liam—. Sabes dónde vive, ¿verdad?

—Sí, he estado en su casa varias veces. Pero-pero me da miedo molestar.

Liam colocó las manos sobre los hombros de su hermano.

—Ay, hermanito —suspiró de manera exagerada—, tú en tu línea, siempre pensando de forma negativa. Quizá lo que está esperando es a que hables con él.

—Si fuera así, habría contestado mis llamadas o mis wasaps.

—Mira, Ben, deja de poner excusas y vamos, te llevo. —Y, sin más comentarios, Liam comenzó a caminar hacia la puerta.

—Pero yo...

—Vamos, hijo, hazle caso a tu hermano. —Blanche lo animó, y eso fue el aliciente que Ben necesitó para dar el paso.

...

Liam aparcó frente a la casa de Luca Jeon. Se acomodó en el asiento de su coche de tal manera que podía mirarlo a la cara. Se tomó su tiempo para preparar su discurso. Un par de veces abrió

la boca, pero de inmediato la cerró. Era la primera vez que Ben veía a su hermano tan indeciso, y eso le asustó.

—¿Pasa algo? —preguntó Ben con aprensión.

—No, no, no pasa nada malo. Es solo que no sé cómo hacerte reaccionar. No sé qué debo hacer para que te decidas.

—¿Decidirme a qué? —preguntó Ben con curiosidad.

—Que te decidas a dar el paso, a decirle lo que sientes por él. A lanzarte a sus brazos. A besarlo. Quiero que seas feliz, Ben. Quiero verte tan feliz que llores de alegría. —Y quien lloraba era él, su hermano mayor, el ancla que durante todo ese tiempo lo amarró en ese mar bravío; lloraba de rabia, de impotencia—. Ve y dile que lo quieres. Tú puedes, Ben. Te aseguro que puedes. Ve a por él. No pienses en nada más que en ti. Por primera vez en tu vida, piensa en ti, en lo que necesitas, en lo que deseas y ve a por ello, con rabia, con furia, sin pensar en las consecuencias.

—¿Solo en mí? —Sus ojos también se anegaron.

—¡Sí, coño, Ben, piensa solo en ti! —le gritó, y Ben se sobresaltó, no esperaba ese arranque—. En tu vida, en tu relación, solo importas tú y el chico que, estoy seguro, te está esperando tras esa puerta. Vive como lo que eres, un adolescente. Ya es hora de que seas un crío y no un viejo de ochenta años.

Ben sonrió y asintió decidido. Liam tenía razón, toda su vida había hecho y dicho lo que se esperaba de un chico bueno. Jamás había colocado sus deseos, su necesidad por encima de la de los demás. Había callado los abusos a los que le habían sometido por no causar problemas a su hermano, a su madre. Había silenciado su amor por Luca por temor a lo que los demás pensasen de él.

—¿Conoces la regla de los veintiún días? —le preguntó Ben.

—¿La regla de los veintiún días? —Liam lo miró extrañado—. No te entiendo...

—Luca me contó que había leído en algún sitio que se requiere un total de veintiún días para crear un hábito. —Por la forma en la que Liam lo miraba, supo que no estaba entendiendo a qué se refería, y Ben, que nunca había tenido mucha paciencia, chasqueó la lengua, molesto—. Si haces algo durante veintiún días, se convertirá en un hábito. El cerebro de forma inconsciente lo tomará como un aprendizaje...

—Vale, supergenio, veo que eres un tío muy listo, pero no entiendo por qué me cuentas esto.

—Porque voy a ser valiente. Han pasado justo... —con un dedo señaló la fecha en su reloj de pulsera—, ¿ves?, han pasado veintiún días. —Se lo mostró con entusiasmo—. Llevo veintiún días siendo valiente, afrontando..., afrontando la vida. —Ben sonreía pero a la vez lloraba, y Liam lo atrajo hasta sus brazos.

—Lo eres, eres valiente. —Lo separó de su cuerpo para poder mirarlo a los ojos.

—¡Lo soy! —gritó, feliz—. ¡Voy a por él! —exclamó con tal convicción que Liam rio.

—¡Claro que sí!

Tomó la manija para abrir la puerta del coche. Se sentía fuerte, se sentía con la energía suficiente para entrar en la casa de Luca y...

Se desinfló de golpe, se encogió y clavó los ojos en los de su hermano.

—¿Y si él...? —Tragó el nudo que se apretaba con fuerza en su garganta—. ¿Y si él no me quiere? Se ha alejado, quizá no quiera verme, quizá...

Calló al ver que Liam ponía los ojos en blanco.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Ben no respondió, sabía que era una pregunta retórica—.

Pues si no te quiere, sales de la casa, te metes en el coche y nos vamos a beber, nos emborrachamos y lloramos juntos. Pero tienes que intentarlo, Ben. No puedes dejar de hacer las cosas por miedo a lo que pueda pasar, por temor a sufrir, a perder. Sal del coche ahora mismo —dijo con voz severa.

Ben Chester obedeció, pero se quedó muy quieto al lado de la puerta.

—Ben —le llamó Liam tras bajar la ventanilla—, te estaré esperando. No me moveré de aquí hasta que me avises, ¿vale?

Ben Chester asintió, le agradeció en silencio su apoyo e intentó sonreír para demostrarle que estaba preparado para lo que podía pasar.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

Caminó hasta la casa sintiendo los ojos de Liam clavados en su espalda, ojos que lo alentaban a seguir, que no le juzgaban por ser gay, por estar enamorado de un chico, y eso..., eso era tan jodidamente maravilloso que por fin Ben sonrió con convicción. Si su hermano, su sabio hermano, su hermano adulto, sensato, veía bien esa relación, ¿quién era él para juzgarse?

Entonces sus pasos se llenaron de seguridad en sí mismo, de determinación y de muchas ganas, ganas de abrazarlo, de ver de nuevo sus bonitos ojos rasgados, de confesarle lo que su corazón sentía cada vez que le sonreía, cada vez que su aroma le llegaba y se le metía dentro, muy dentro.

Llamó a la puerta y deseó con fervor que fuera Luca quien le abriese. Esperó con impaciencia, tan nervioso que no podía dejar de moverse. Se balanceaba, se retorció las manos, y cuando la puerta se abrió y quien estaba al otro lado lo miró, para disimular su intranquilidad, su miedo, se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros, forzó una sonrisa y saludó:

—Hola, abuela.

—Ben, mi niño bonito. —La abuela sonreía y lo abrazó. Él se dejó; poco a poco, empezaba a familiarizarse con esas muestras de cariño. Se había dado cuenta de que le agradaban, que le provocaban un calor reconfortante. Era como sentirse arropado por una suave manta en una tarde de invierno—. Me alegra mucho verte. Pero siento decirte que Luca no está en casa.

—Oh, vaya, yo... Solo venía para... para saber si está bien, como lleva tanto tiempo sin ir al instituto...

La expresión de la abuela cambió de golpe.

—¿Cómo? No te entiendo.

—Bueno, Luca lleva varios días sin ir a clase, no me contesta las llamadas y estoy preocupado.

—Pero, Ben, Luca ha ido todos los días... —Ava dejó la frase sin terminar. Se llevó una mano al pecho y suspiró con tanta tristeza que Ben se asustó.

—Abuela, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí, tranquilo. Pasa, por favor, no te quedes en la puerta, necesito sentarme.

Juntos atravesaron el umbral, se encaminaron al salón y terminaron sentados en los cómodos sofás.

Estuvieron unos segundos en silencio, la abuela con la mirada perdida y Ben contemplándola con preocupación.

—Entonces... —Ava comenzó a hablar—, ¿dices que Luca lleva días sin ir a clase? —le preguntó con la mirada clavada en él. Sus ojos reflejaban miedo, pena, dolor.

—Sí.

—Ay, mi niño. —La anciana lo miraba con los ojos llenos de lágrimas—. Todos los días ha salido de casa con el uniforme y su mochila. Me decía: «Abuela, me voy a clase». —Sollozó. Sacó un pañuelo del bolsillo de su falda y se secó las lágrimas—. Por favor, ayúdalo. —Su súplica le rasgó el corazón.

—No sé... ¿cómo? —Se sentía impotente—. No sé qué debo hacer.

—Me ha estado mintiendo, quién sabe dónde ha estado metiéndose. Ay, Dios mío. —Ava se puso de pie, tomó una mano de Ben entre las suyas y lo contempló con ojos suplicantes—. Él necesita a alguien como tú. Tengo miedo de perderlo de nuevo. Soy vieja, no creo que lo pueda soportar.

—Por favor, abuela, cuéntame que pasó. Si quieres que lo ayude, tengo que saberlo. Siéntate y hablemos.

Ava obedeció.

—Me arrepiento —dijo la anciana tras unos segundos de reflexión, pues le era difícil contarle a Ben la historia de su familia, la historia de su nieto—. Siempre me arrepentiré de haber dejado a mi hija en Italia, de haberme venido aquí. Pero el pasado no se puede cambiar. —Un triste suspiro salió de su boca—. La vida pasa muy rápido, Ben. Cuando me di cuenta, mi niña se había criado sin mí, era ya una mujer y se había quedado embarazada. Tan joven y con un niño. Ese niño, ese pequeño y precioso niño. Nadie deseaba que viniera al mundo, pero lo hizo. Nació fuerte, sano y tan bonito y perfecto que llamaba la atención de todos los que lo veían.

Ben sonrió, imaginar a Luca de bebé le provocaba ternura.

—Su vida ha sido muy complicada, muy dura. —La abuela continuó con su relato—. La envidia, los celos le han perseguido, y ese es un mal que hace mucho daño a quien lo sufre. Su madre nunca supo protegerlo, porque es tan egoísta como yo. —Se avergonzaba de ello y se le notaba en la mirada.

—¿Y su padre? —se atrevió a preguntar Ben.

—Ese maldito coreano... —soltó con tono furioso—. Luca le imploró, le rogó que se lo llevase a vivir con él. Él solito aprendió coreano con la esperanza de marcharse a Seúl, pero él nunca se lo llevó. Quizá, si lo hubiera hecho, nada de lo acontecido habría pasado.

Ava calló.

—Pero, abuela, ¿qué fue lo que pasó? Por favor, por favor, quiero entenderlo. —La súplica de Ben recibió una profunda mirada de pena de la anciana.

—Eso no me corresponde a mí contártelo, Ben, debe ser mi Luca quien lo haga.

Chester asintió, lo entendía.

—¿No sabes dónde está? —le preguntó a la anciana.

—Salió temprano. Me dijo que iba a la biblioteca, que los exámenes estaban próximos. No noté nada raro... nada... —Ava sollozó.

—No te sientas mal, abuela. —Ben se colocó en cuclillas delante de ella y, como había hecho ella hacía unos instantes con él, tomó sus manos entre las de él, aportándole fuerza, haciéndole ver que estaba a su lado, apoyándola a ella y a su nieto.

—Pero tengo miedo, Ben. —No necesitaba sus palabras, su mirada le indicaba que estaba aterrada—. Temo que de nuevo caiga en una depresión, que tengan que internarlo... Ben, ¿sabías que Luca había estado ingresado en un psiquiátrico? —Chester asintió—. Fue muy duro. Mi pobre niño, solo, solo... —Entonces comenzó a llorar y Ben la abrazó con cariño.

—Eso no volverá a pasar, porque ahora me tiene a mí. Yo lo voy a cuidar, lo voy a cuidar... —Una potente voz brotó de su garganta y una determinación que nunca había tenido creció con intensidad, a pesar de que era absolutamente consciente de que no debía afirmar algo así, pues la

posibilidad de que Luca cayera de nuevo en la depresión estaba ahí, aposentándose entre ellos, como si fuera algo tangible, algo que los separaba. Un muro que Ben quería romper con desesperación.

El sonido de la puerta al abrirse les hizo separarse para poder dirigir las miradas hacia la figura que entraba en el salón y cuya sonrisa se congeló al ver a Ben arrodillado frente a su abuela y con los ojos llenos de pena.



Capítulo 24

*Quiero respirar, odio esta noche.
Quiero despertar, odio este sueño.
Estoy atrapado dentro de mí.
Me estoy muriendo.
No quiero estar solo.
Solo quiero ser tuyo.
¿Por qué está tan oscuro cada vez que no estás aquí?
Es peligroso cada vez que me encuentro solo.
Sálvame,
que no puedo controlarme.
«Jamais Vu», BTS*

Ben Chester clavó los ojos en él. Lo miró sin disimulo, sin vergüenza. Por primera vez no se ocultaba, no escondía sus sentimientos. Pero sus ojos se opacaron en el preciso instante en el que conectaron con los de Jeon. ¿Dónde estaba esa chispa que siempre brillaba en sus iris? ¿Dónde se había quedado esa mirada descarada con la que lo contemplaba todo? ¿Y su sonrisa sincera? Todo... Todo había desaparecido.

Ben se puso de pie y caminó hacia él.

—¿Dónde has estado todos estos días? ¿Por qué no has contestado mis mensajes ni mis llamadas? —le preguntó a bocajarro.

—Yo... —Luca cerró la boca. Sus mejillas se tiñeron de rojo y Ben sonrió, no porque le hiciera gracia esa nueva faceta de Luca, sino porque siempre había sido él el experto en ruborizarse. Siempre habían sido sus mejillas las que adquirirían al instante ese color escarlata tan molesto, y más frente a los ojos del chico que le gustaba. Sin embargo, ahora era él quien podía apreciar esa bonita tonalidad que pintaba sus mejillas y en esa ocasión no le resultaba ridículo. En Luca Jeon se veía atractivo, mucho más que de costumbre.

No pudo retenerlo y suspiró; se sentía perdido, triste. Ya nada le importaba; tras verlo, tras mirar sus ojos, el resto del mundo no tenía trascendencia. Todo el discurso que había pensado soltar, todos los reproches, las ganas de saber lo que le había sucedido, dónde había pasado esos días, cómo había podido soportar la distancia cuando a él le había resultado absolutamente dolorosa, todo dejó de tener sentido en el preciso instante en el que contempló sus mejillas rojas, sus ojos tristes, su boca —que no dibujaba su sonrisa habitual—, y su dolor dejó de tener importancia, porque lo realmente significativo era el sufrimiento que su mirada expresaba sin necesidad de utilizar las palabras.

—Luca, hijo, por favor, dinos dónde has estado. —Pero la abuela no lo dejaría pasar, ella puso la cordura que Ben perdió al ver a Luca tan abatido.

—Lo siento mucho. —La disculpa iba dirigida a Ben, solo a él, a pesar de que sabía que le debía una explicación a la abuela.

—No tienes nada que sentir, tan solo quiero que estés bien. No puedo verte así —susurró Ben. Deseaba abrazarlo, necesitaba decirle que nada importaba, que podían hacer borrón y cuenta nueva, que no hacían falta explicaciones de ningún tipo. Tan solo con verlo sonreír se conformaba, con volver a ser los mismos, con hacer las mismas cosas que hacían antes de que Seilor rompiera su burbuja. Pero no dijo nada, no lo tocó; se limitó a contemplarlo mientras su cuerpo temblaba y sus ojos se anegaban.

—Me sentía tan avergonzado que... —Luca tragó saliva con dificultad y carraspeó. Lo habían atrapado. Tenía que decir la verdad, a pesar de que él le acababa de decir que no era necesario—. No podía ir a clase, no quería verte. —Esas palabras dolieron, le dolieron tanto que Ben cerró los ojos y se llevó una mano al corazón—. Quería verte —rectificó al instante, pero no porque fuera consciente del dolor que le estaba provocando, sino porque había utilizado las palabras incorrectas—. Pero era más fuerte el miedo de enfrentarme a ti y ver que me mirabas con asco, con odio, que las ganas de verte. —Luca se expresaba con total sinceridad y excluyendo a su abuela. No le importaba que ella estuviera delante, que fuera testigo de su sufrimiento, a pesar de que todos esos días se había puesto el uniforme y había salido de casa como si fuera a clase, a pesar de que sus pasos no le habían conducido al aula, sino a pasar las horas en la calle, y todo para no hacerla sufrir, para que no se preocupara.

—Yo jamás te miraría con odio ni con asco —dijo Ben entre sollozos—. Yo... yo. Me-me gustas.

Los ojos de Luca se abrieron por la sorpresa, al igual que la boca de la abuela. En cambio, los de Ben se cerraron. Ahora eran sus mejillas las que se teñían de rojo. Se reprendió; era cierto que iba a ser valiente, que dejaba atrás al Ben cobarde, pero una cosa era enfrentarse a la vida y otra muy distinta, declarar su amor por un chico, y delante de su abuela.

Un pesado silencio se cernió en el salón, uno tan espeso que hizo que Ben se sintiera mareado, tan inestable que se encaminó hacia el sofá para dejarse caer pesadamente sobre él, antes de hacerlo sobre la moqueta.

Se cubrió la cara con las manos y sollozó. Deseaba desaparecer, ojalá el suelo se abriera y él pudiese arrojararse en un profundo y oscuro agujero donde nadie jamás lograra encontrarlo.

Sintió su aroma. Él estaba cerca, muy cerca, y sus ojos traidores se quisieron abrir, presos de la necesidad de contemplarlo.

—Ben, Ben Chester, mírame. Quiero decirte algo, pero necesito que me mires a los ojos —le suplicó la voz de Luca, tras haberle retirado las manos de la cara. Las mantuvo apretadas entre las suyas para que no tuviera la tentación de volver a taparse con ellas.

Poco a poco, sus párpados comenzaron a abrirse y, mientras lo hacían, el imponente cuerpo de Luca Jeon a sus pies, con sus preciosos ojos negros clavados en él, se fue haciendo visible. Pestañeó un par de veces y a la boca de Luca regresó su sonrisa.

—Ben Chester, a mí también me gustas. —Su voz segura, sin miedo, sin vergüenza, provocó que el corazón de Ben latiera con tal intensidad que temió que se escapara de su pecho.

—¿De-de verdad? —preguntó, pues le parecía increíble que alguien tan maravilloso como Luca Jeon se enamorara de un chico tan imperfecto como él.

Luca asintió y, sin poder resistirlo más, Ben se arrojó a sus brazos, que lo acogieron sin dudar. Se aferraron el uno al otro como si no existiera nada más en el mundo, pero el carraspeo insistente de la abuela hizo que Ben empujara el cuerpo de Jeon con tanta fuerza que este cayó al suelo.

Ambos se giraron para mirarla. Habían estado tan absortos el uno en el otro que se habían olvidado por completo de ella.

Ava los contemplaba y, por su postura, ambos dedujeron que estaba muy enfadada. Sus brazos en jarras les indicaron que en breve iba a reprenderlos con severidad.

Ben se puso de pie de inmediato, iba a enfrentarse a la abuela Ava. Ahora que empezaba a aceptarse, no pensaba permitir que se les cuestionara por quererse.

—Jovencito, ni se te ocurra abrir la boca —le dijo la abuela antes de que él pudiese decir ni una sola palabra—. Si crees que lo que me molesta es que estéis enamorados, estás muy equivocado. Ya estoy hecha a la idea de que existe el amor entre personas del mismo sexo. Te recuerdo que Luca es mi nieto, he pasado por el impacto de saber que mi niño es gay y, aunque me ha costado, lo he aceptado porque lo quiero. Pero lo que no voy a consentir bajo ningún concepto es que este sinvergüenza se vaya de rositas. —Señaló a Luca—. Me has estado mintiendo, has faltado a clase. Te he consentido demasiado, te he mimado en exceso, pero eso se ha terminado. Si quieres vivir en esta casa, tienes que seguir mis normas. —Se señaló enfadada.

—*Nonnina*... —Luca la miró con esa cara de cachorro abandonado con la que se ganaba a todo el mundo.

—De nada te van a servir esos ojillos de niño bueno, ahora mismo vas a contármelo todo, y cuando digo todo, me refiero a todo. —En esa ocasión apuntó con un dedo inquisidor tanto a su nieto como a Ben—. Y después..., después decidiré tu castigo. —Clavó los ojos en Luca—. A sentarse de inmediato —les ordenó con contundencia.

Y, como si fueran dos niños obedientes, ambos tomaron asiento, uno al lado del otro, pero sin ni siquiera rozarse. La abuela los contemplaba con expectación y, con un gesto de una de sus manos, los alentó a comenzar.

—No sé por dónde empezar —señaló Luca.

—Por el principio —le dijo la abuela con un tono que demostraba impaciencia.

Entonces fue Ben quien tomó la palabra y le explicó absolutamente todo, sin dejar de lado el abuso al que había sido sometido, la paliza que le había dado a Seilor en defensa de Luca, la confesión a su madre y a su hermano, cómo lo sucedido, irónicamente, había vuelto a unir a su familia. Los días tan duros que había vivido después entre visitas al director y conversaciones con profesores, en los que tuvo que narrar el acoso al que había sido sometido, teniendo que recordar duros momentos.

Tanto Ava como Luca lo escucharon con total interés y con el corazón encogido, ninguno de los dos lo interrumpió en ningún momento, pues parecía que para Ben era muy importante soltarlo todo, no porque se fuera a desprender de ese peso, sino porque sentía que, al compartir sus vivencias, este se aligeraba.

—Nunca he hablado tanto en toda mi vida —soltó tras terminar su narración mientras una dulce sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Me quedo sin palabras. —La abuela se enjugó las lágrimas y lo tomó entre sus brazos—. Has sido un chico muy valiente, lo sabes, ¿verdad? —Lo separó de su cuerpo para mirarlo a los ojos. Ben negaba a su pregunta y Ava lo amonestó—: Ni se te ocurra replicarme. Si digo que has sido valiente, es porque lo has sido. No todo el mundo es capaz de enfrentarse a sus miedos, y tú lo has hecho.

—Pero todo ha sido gracias a Luca.

—Sea gracias a lo que sea, has dado el paso, y estoy muy orgullosa de ti. —No existía mejor cumplido para Ben, y más viniendo de esa pequeña mujer que se había ganado su corazón—. Luca —se volvió a mirarlo—, también estoy orgullosa de ti, has sabido ayudarlo, pero eso no

te libra de un buen castigo por tu comportamiento de estos días.

—*Ma nonnina*^[10]... —protestó, aunque se calló al instante cuando la abuela lo miró furiosa.

—Ben —la atención de Ava regresó a él—, ahora necesito que nos dejes a solas, Luca y yo tenemos que hablar. Lo entiendes, ¿verdad?

Ben Chester asintió, pues claro que lo entendía. No quería irse, necesitaba que Luca le contase toda la verdad, pero entendía que la abuela necesitaba hablar con él.

—Luca, acompaña a tu amigo a la puerta —le dijo mientras le guiñaba un ojo, dándole a entender que les permitía unos segundos a solas.

Acarició una de las mejillas de Ben y se encaminó hacia la cocina.

Ambos se miraron, se sonreían. Luca fue quien tomó la iniciativa, atrapó una de las manos de Ben y, tirando de él, lo dirigió hacia la salida.

—¿Estarás bien? —le preguntó. Ben asintió, apenas podía mirarlo a los ojos—. No debes sentirte avergonzado —lo alentó.

—Yo... Yo... —balbuceó. Se reprendió, molesto por lo estúpido de su comportamiento, y haciendo acopio de todo el valor que pudo, elevó los ojos para clavarlos en él—. Debo irme, mi madre... Y mi hermano me está esperando. Luego... cu-cuando hayas hablado con la abuela, por favor, por favor, llámame. —Su mirada suplicante le hizo asentir con efusividad—. Sea la hora que sea, promete que me llamarás —rogó con nerviosismo.

—Lo haré, te lo juro.

Ben soltó la mano con gran pesar, de nuevo lo contempló. Deseaba abrazarlo, necesitaba sentirlo. Se movió nervioso, no se atrevía. Era una sensación angustiosa, desagradable, dolorosamente insoportable.

Entonces Luca Jeon abrió los brazos en una clara invitación, que Ben aceptó al instante, y se arrojó sobre ellos con tal fuerza que estuvo a punto de hacerlos caer.

El abrazo no duró mucho, tan solo unos segundos, pero fue tan reconfortante que Ben salió a la carrera sin mirar atrás, pero con una gran sonrisa en la boca que le duró todo el camino hasta su casa.

...

Esa noche se metió temprano en la cama. Puso el móvil en silencio y se lo colocó sobre su pecho a la espera de la vibración que le indicara que Luca le estaba llamando. Pasó bastante tiempo hasta que eso sucedió, tanto que se quedó dormido, pero el temblor del móvil que mantenía aferrado con ambas manos le despertó.

—Hola —respondió lo más rápido que sus dedos se lo permitieron.

—Hola. ¿Te he despertado?

—No, no, estaba estudiando —mintió, y se acomodó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero.

—¿Estás bien? —La voz de Luca sonaba cansada.

«¿Qué importa cómo esté yo? Tú eres lo único importante», pensó.

—Sí, sí. ¿Cómo te ha ido con la abuela?

—Bien, me la tengo ganada —dijo con tono burlón—. Aun así, estoy castigado. Tengo que volver a casa nada más salir de clase durante una semana.

—Bueno, no es mucho tiempo.

—No, no lo es. —Luca soltó un profundo suspiro—. Ben... —Pasaron unos pocos segundos en los que tan solo se escuchó su respiración—. ¿Yo-yo de verdad te gusto?

Ben sopesó su respuesta, pero, sin mirarse a la cara, al amparo de la distancia, era más fácil.

—Sí, me gustas, me gustas mucho —respondió con seguridad.

—¿Desde cuándo?

—Desde que entraste en clase el primer día, desde que te vi de pie frente a todos con esa seguridad, con ese aplomo y dijiste tu nombre: Luca Jeon —lo pronunció con veneración—. Y cuando te sentaste a mi lado temblaba, temblaba tanto que tenía miedo de que lo notases.

El silencio se apoderó de ambas habitaciones por unos segundos. Luca intentaba asimilar lo que acababa de escuchar y Ben, aceptar que esas palabras habían salido de su boca, pues ni en sus sueños había imaginado que tendría el valor suficiente para declararse.

—Valoro mucho tus palabras, pelirrojo. Sé que para ti habrá sido muy complicado decirlas. Ben lo escuchó suspirar.

—Tú me has cambiado. Aprendí a ser valiente gracias a la persona con más valor del mundo —prosiguió. Ya que había empezado a hablar, seguiría un poco más. Se sentía con fuerzas.

—¿Valiente? —Luca soltó un fuerte resoplido—. Ojalá fuera más valiente. No, Ben, no soy valiente y yo no te he cambiado, tan solo te he dado el empujón que necesitabas para darte cuenta de lo maravilloso que eres. En este tiempo, has empezado a quererte, a comprenderte y aceptarte tal y como eres. Cuando surge ese milagro y empiezas a pensar en ti, puedes darte a los demás con más libertad y seguridad. Mi único mérito en tu transformación ha sido alentarte para que dejases de mirar tus pies y alzases la cabeza para contemplar las estrellas.

Los ojos de Ben se llenaron de lágrimas.

«Guau, esas palabras las guardaré para siempre en mi corazón», pensó emocionado.

—Y a ti, Luca, ¿a ti quién te ayudó? —le preguntó tras carraspear para deshacerse del nudo que le apretaba la garganta.

Pero Jeon no contestó. Pasaban los segundos y nada se oía, tan solo su respiración.

—Por tu silencio, deduzco que no tuviste a nadie. ¿Ves? ¿Ves cómo eres la persona más valiente del mundo? Yo te he tenido a mi lado, pero tú has estado solo y has logrado hacerle frente al mundo, a tu depresión...

—De eso prefiero hablar cara a cara. Necesito contarte muchas cosas, necesito que sepas mi historia, todo lo que sucedió antes de venir aquí, antes de conocerte —dijo con un tono tan triste que le partió el corazón.

—Y me lo contarás, Luca. Hablaremos y me lo dirás todo, todo, igual que lo hice yo. Deseo que te quites ese peso, quiero compartirlo, entre los dos podremos con todo. Juntos somos más fuertes, ¿verdad? —Se limpió las lágrimas con una de las mangas de su pijama y sonrió con determinación.

—Sí, Ben, juntos podemos con todo. —Escuchar como Luca reafirmaba sus palabras le dio tanta energía que se puso en pie y comenzó a caminar por la habitación.

—Luca... Ahora... Ahora que ambos sabemos lo que sentimos el uno por el otro, ¿qué va a pasar? —Acababa de darse cuenta de que la confesión de sus sentimientos traería consecuencias —. No quiero que las cosas cambien entre nosotros. Temo...

—No pienses más, pelirrojo —lo interrumpió—. No te comas la cabeza y deja que todo fluya.

—¿Fluir? Nunca he fluido, jamás he dejado las cosas...

—Pues otra primera vez, suma otra primera vez en tu vida.

Ben se tumbó, de nuevo, en la cama. Se colocó de lado y cerró los ojos. De repente se sentía agotado, como si todas sus fuerzas se hubiesen evaporado de golpe.

—Luca.

—¿Mmm?

—¿Por qué te gusto? —Ben escuchó su profunda risa al otro lado de la línea.

—¿Y por qué te gusto yo?

—Yo he preguntado primero.

—Porque eres tú.

La respuesta de Luca le hizo carcajearse.

—Eso es una absurdez.

—No, no lo es. Es la verdad. Me gustas tú, todo en ti me atrae. Tu pelo rojo, tu maravillosa forma de ponerte colorado. Tu timidez, tu sonrisa, tu voz, tu...

—Para, para —lo cortó—, demasiada información.

—Ahora te toca a ti.

Ben sopesó su respuesta, pensó durante lo que a Luca le pareció mucho tiempo, pero que en realidad habían sido un par de segundos.

—Porque eres tú —contestó entre carcajadas.

—Eh, eso no vale, me has copiado.

—Luca.

—Dime.

—¿Dónde has estado estos días? ¿Pensaste en mí? ¿Estuviste solo? ¿Deseabas verme tanto como yo lo deseaba?

De nuevo, Luca el parlanchín, el tipo que no callaba ni un solo instante, la persona más extrovertida que había conocido, callaba, no soltaba ni un solo sonido.

—Luca Jeon, ¿no piensas contestar a mis preguntas? —insistió.

—¿Quién eres tú? —le interrogó con sorna—, ¿hemos intercambiado los papeles?

Así parecía. Esa forma de afrontar los problemas, esa manera de intentar hacerlo reaccionar, era más propia de Luca que de Ben.

—Ya ves, soy como una esponja: me empapo de todo, me mimetizo. —Ben escuchó al otro lado del teléfono la carcajada de Luca.

—Cada mañana salía de casa con el propósito de ir a clase, de dar la cara, pero al llegar a la parada del bus me rajaba. ¿Ves como no soy tan valiente? —No le dio tiempo para contestar y prosiguió—: Tomaba el autobús que lleva a la playa y me tiraba allí todo el día. Paseaba, dibujaba y pensaba en ti cada segundo, cada maldito segundo.

Ben lo imaginó sentado en la arena con su cuaderno de dibujo, solo.

—Debiste contestar mis llamadas —le reprochó.

—Sí, ahora me doy cuenta de que debí hacerlo.

Otra vez se hizo el silencio, solo que esa vez duró más de lo estipulado.

—Ben, Ben, ¿estás dormido?

—No —contestó al instante—. Luca.

—¿Sí?

—Mañana te veré en el autobús, ¿verdad? —preguntó con temor.

—Sí, no pienso faltar y prometo contártelo todo.

—Hasta mañana, Luca.

—Hasta mañana, Ben.



Capítulo 25

¿Cuál es el «tú» con el que soñaste?

¿A quién ves en el espejo?

Tengo que decir:

sigue tu camino.

Incluso si vives por solo un día,

haz algo.

Guarda tu debilidad.

«No More Dream», BTS

El sol brillaba como nunca cuando abrió las cortinas. El aroma del desayuno se colaba a través de la puerta y era tan delicioso que su estómago protestó ansioso. El espejo del baño le mostró su imagen y sonrió, pues, por primera vez en su vida, esa cara llena de pecas le resultó atractiva.

Se dio una ducha relajante, en la que se tomó más tiempo de lo normal. Se sorprendió entonando una canción de BTS como si se supiera la letra. Y rio a carcajadas cuando, al contemplarse en el espejo tras ponerse el uniforme, no se reconoció en absoluto.

Llevaba la chaqueta desabotonada, la corbata floja, los faldones de la camisa cubrían con descuido la cinturilla de su pantalón. ¿Dónde había quedado el Ben milimetrado, ese Ben que siempre vestía de forma correcta? Se encogió de hombros, a la mierda con ese Ben. Durante años le había tenido ahogado, reprimido, aterrado. No es que fuera un nuevo Ben, no, qué va; era que por fin se había deshecho de ese antiguo y opresor Ben. Ahora era libre, libre como sus rizos.

Salió de su habitación con paso firme y decidido, besó a su madre en una mejilla y desayunaron juntos.

Se encaminó hacia la parada del bus con las manos en los bolsillos, la mirada alta y una sonrisa en la boca.

Pilló sitio en los asientos centrales. Y su sonrisa se congeló, esa seguridad que lo había acompañado durante toda la mañana desapareció. De repente, sus manos empezaron a sudar. En breve la puerta se abriría y él iba a entrar, caminaría con paso firme hasta el asiento que le tenía guardado y se acomodaría a su lado. Podría disfrutar de su aroma, en muy poco tiempo Luca estaría a su lado y él..., él se moría de los nervios. Era la primera vez que se verían tras sus respectivas confesiones. Sería su primera vez como... ¿como algo más que amigos? Sus nervios se incrementaron. No tenía ni idea de qué hacer, qué decir, cómo actuar.

Su aliento se congeló al ver la puerta abrirse y contemplar a la primera persona que entraba en el autobús: Luca. Luca Jeon caminaba hacia a él con tanta seguridad que le hizo sentirse aún más inseguro.

—¡No puede ser! —exclamó Ben cuando llegó a su lado. Entonces sus nervios se evaporaron de forma mágica—. Pero..., pero ¿qué te ha pasado? —le preguntó cuando Jeon se

acomodó en el asiento.

—¿Por?

—¿Por? Pues por... por todo. —Lo señaló de arriba abajo—. Chaqueta abotonada a la perfección —comenzó a enumerar—, corbata colocada en su sitio, la camisa metida por dentro del pantalón, el pelo... ¿Qué narices te has hecho en el pelo?

—Nada, nada especial. —Se lo tocó—. Tan solo he usado un poco de laca de la abuela. Se ve *cool*, ¿verdad? —El uso que hacía tan frecuente de esa palabra le hizo reír, era tan Luca.

—No, no es para nada *cool*. —Acompañó sus palabras usando las manos para descolocarle el cabello—. Así estás mejor —dijo cuando el pelo negro de Luca lució con su peinado habitual.

—Pensé que en nuestro primer día como no-novios te gustaría verme más arreglado... No sé. —De nuevo, apareció ese Luca tímido al que Ben no estaba acostumbrado y le resultó tan tierno que con una mano le acarició el pelo, pero el contacto duró solo un instante, pues la timidez le hizo retirar la mano.

No le pasó desapercibida la palabra que Jeon había usado para definir su relación, pero para él no era tan sencillo decirla en voz alta. Aún necesitaba tiempo para pensar, para aceptarse, para aceptar lo que había entre ellos. Lo que más claro tenía era que no quería perderlo bajo ningún concepto; ahora que estaba a su lado, no imaginaba una vida sin Jeon.

—Me gusta verte tal y como eres, no necesito que cambies nada —susurró Ben, y Luca premió sus palabras con una de sus bonitas sonrisas, con la que consiguió que su corazón latiera rápido.

—Tenemos que hablar. Aún te debo una explicación. —Tragó saliva, iba a ser difícil, pues tendría que recordar una parte dura de su vida.

—Sí, lo sé, pero no quiero que te agobies por eso... Esperaré, no hay prisa —dijo Ben con tono comprensivo, mientras evadía su mirada.

—Y yo te lo agradezco, pero antes de que tú y yo... empecemos... algo... —Carraspeó, parecía que le costaba hablar.

—¿Hemos intercambiado papeles? —preguntó Ben con una sonrisa.

—Eso parece. —Se encogió de hombros.

—Podemos quedar después de clase. Puedes venir a mi casa, mi madre quiere verte.

—¿Por qué?

—Quiere darte las gracias por todo. Sé que estás castigado, pero, si mi madre habla con tu abuela, tal vez...

—No será necesario, yo hablaré con mi *nonnina*. Estoy seguro de que la convenceré.

—Vale. —Clavó los ojos en los de Luca—. ¿Crees que volveremos a sentirnos cómodos?

—Estoy totalmente seguro: volveremos a ser los mismos. —Y, de forma natural, Luca entrelazó los dedos de una de sus manos con los de él y colocó la mochila para ocultarlas de la vista de los demás. Ese contacto reestableció la conexión que parecían haber perdido. Ben suspiró con alivio, había tenido mucho miedo de perder esa relación tan especial que existía entre los dos, pero, según parecía, ahí seguía, ahí estaba, tan solo tenían que buscar la manera de encontrarla.

Se bajaron del autobús y caminaron juntos hasta clase. Al caminar, sus manos se rozaban y no podían resistir las ganas de mirarse. Pero ambos sabían que, de momento, no harían pública su relación. Suficiente peso tenía Ben sobre sus espaldas como para añadir el juicio que todo el mundo haría en el instante en el que supieran que eran pareja. No, de momento, guardarían su relación en secreto.

...

—¿Lo has conseguido? —Las clases habían terminado y Ben estaba en la acera, frente a la casa de Jeon, esperándolo. Él había ido a hablar con su abuela.

—¿Tú que crees? —Luca sonreía, y eso le dio la respuesta—. Pero no puedo quedarme mucho tiempo.

Luca había convencido a la abuela para que le levantase el castigo y le dejase ir a casa de Ben.

—No sé cómo lo haces.

—Ya te lo he dicho un millón de veces: los adultos me adoran.

Ben puso los ojos en blanco ante su fanfarronería.

Cuando llegaron a casa de Ben, su madre los estaba esperando. Lo primero que hizo fue darle un fuerte abrazo a Luca y este correspondió a él, encantado de que por fin las cosas para Ben Chester se hubieran arreglado y que la relación madre-hijo ahora fuera buena.

Terminaron en la habitación de Ben sentados en la cama.

—Me enamoré de mi profesor de dibujo —soltó de repente. Ben lo miró por un instante, después clavó los ojos en la colcha—. Nunca olvidaré el primer día que entré en clase y lo vi. Fue tan amable conmigo, tan atento... —Suspiró y prosiguió—: Deseaba que llegara el lunes para ir a clase solo para poder verlo... Entonces, un día empecé a sospechar que yo también le gustaba. Se acercaba mucho a mí cuando quería corregir algún trazo en uno de mis dibujos y no lo hacía como con el resto de mis compañeros. De manera descuidada rozaba mis manos, incluso se atrevía a tocarme las rodillas cuando nadie miraba... Me susurraba al oído y yo me moría por él.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó Ben cuando Luca dejó de hablar por unos segundos.

—Él tenía treinta y yo, catorce.

—¡Dios!, eso es...

—¿Asqueroso? —Por primera vez desde que se habían sentado en esa cama, se miraron a los ojos.

—No por tu parte —corrió a aclarar Ben.

—¿Porque con catorce años no sabes lo que quieres? ¿Porque no eres lo bastante maduro? —Ben se limitó a asentir y Luca suspiró—. Te aseguro que yo tenía muy claro lo que quería. Lo quería a él. Pasara lo que pasara, lo quería... —Sus ojos perdieron la conexión cuando Luca volteó su cabeza—. Lo busqué, le provoqué y él... Él cayó en mis redes. —Soltó una carcajada que para nada expresaba dicha, sino más bien tristeza, una profunda que hizo que el corazón de Ben se encogiese—. Eso es lo que los adultos dijeron.

—¿Cómo? ¿Te echaron la culpa a ti?

Luca se acomodó en la cama, se rodeó las piernas con los brazos y ocultó la cara entre las rodillas.

—Perdí la virginidad con él y, si te soy sincero, no me gustó. Lo odié.

—¿Te violó?

—No, no, todo fue consentido, pero él..., él solo buscaba su placer. Le grité que parara, que no quería... —Entonces buscó la mirada de Ben—. No me hizo caso, siguió empujando, entró con tanta fuerza que grité de dolor y no paró, no paró... —Lloraba con tal intensidad, con tal pena que Ben intentó abrazarlo, pero él lo rechazó—. No paró hasta que no terminó. ¿Sabes cómo me sentí? —Ben negó—. El hombre del que estaba enamorado me hizo daño, el primer adulto en el que confiaba después de que mi padre pasase de mí, de que mi madre se enamorase de otro tío que me odiaba y estaba deseando deshacerse de mí, me hacía daño y no se preocupaba por mí. Tan solo quería sexo...

—Luca... —Un sollozo salió de la boca de Ben.

—Mi primera vez fue tan horrible que me juré no volver a hacerlo. Pero no cumplí, no; no lo hice porque estaba tan enamorado que hacía todo todo lo que me pedía.

—¡Maldito cerdo! —gritó Ben, enfadado.

—Sí, un cerdo, un asqueroso cerdo. —Soltó una triste carcajada—. Y yo, un estúpido ciego de amor. Pero lo peor vino cuando su mujer se enteró.

—¿Cómo?

—Según parece, llevaba un tiempo sospechando algo raro y leyó sus mensajes. Él dijo que todo había sido culpa mía, que lo perseguía, que lo acosaba y que él jamás me había puesto una mano encima.

—¿Lo creyó?

—Pues claro que lo creyó, pero no solo él; también mi madre y mi padrastro, que encontré una excusa para deshacerse de mí. Incluso mi mejor amigo... Mi *nonnina*...

—Oh, no, la abuela no. —Ben pensó que, si a él le estaba doliendo, cómo le habría lacerado a Luca—. Ahora entiendo cuando decías que no confiabas en ningún adulto —dijo con tristeza.

—Se siente tan culpable que me consiente. Sé que está mal, pero me he aprovechado, me he aprovechado tanto que a veces me doy asco, pero... es... No sé muy bien cómo explicarlo.

—Tu forma de obtener justicia.

Luca asintió y lo miró con admiración. Por fin alguien ponía en palabras lo que sentía.

—No sabes lo duro que fue. Intenté defenderme, pero nadie me creyó, nadie. El adulto salió impune y el adolescente terminó ingresado en un psiquiátrico, medicado, solo, tan solo que deseé...

Entonces Ben colocó una mano sobre los labios de Luca, acallando la palabra que por nada del mundo quería escuchar.

—No, no, no lo digas, no, no. —Lo abrazó con fuerza.

Luca sollozaba sin control. Se aferraba con las manos a la camisa de Ben.

Lloró hasta que se deshizo de todo el peso que había llevado en su corazón y, poco a poco, comenzó a sentirse más libre, a recuperarse.

Lo separó de su cuerpo y lo miró a los ojos.

—Deseaba contarte todo esto... Lo he necesitado mucho.

—¿Por qué no lo hiciste antes?

—Tenía miedo. Temía que tú no me creyeras. Que me echases la culpa como lo hicieron todos.

—No, no, nunca pensaría que fue tu culpa, nunca. —Ben acompañó sus palabras con caricias en su pelo y su cara.

Sus miradas conectadas y las ganas de algo más que palabras, que caricias, comenzaron a despertarse con intensidad.

—Si no quieres... —dijo Luca Jeon con voz ronca—, puedes... puedes empujarme. —Y entonces acercó su boca a la de Ben hasta que sus labios se rozaron. Se quedó muy quieto esperando la reacción de Ben, le daba su tiempo, no quería apresurarse, pero la reacción del pelirrojo lo sorprendió. Con premura, se acomodó a horcajadas sobre sus piernas y profundizó el beso, pujó hasta que Luca entreabrió los labios para colar la lengua y acariciar la de Jeon, que con un jadeo se aferró a sus caderas.

La temperatura se elevó con el roce de sus cuerpos. Ben era el más activo, el más ansioso. Se había contenido tanto que temió explotar. Temió volverse loco de necesidad y sus movimientos sobre el cuerpo de Luca se volvieron casi violentos, salvajes. Su boca quería estar

en todas partes a la vez: sobre sus labios, en su cuello... Incluso sin querer mordió el labio inferior de Luca con tanta energía que él se quejó de dolor y una pequeña gota de sangre brotó, pero, lejos de alejarse, Ben Chester continuó besándolo sin prestar atención a nada más que ese deseo contenido que durante todo ese tiempo su mente había acallado con excusas absurdas sobre su homosexualidad y el hecho de que a quien deseaba con auténtica locura era a un chico.

Su pelvis se movía en una fricción constante que les hacía jadear, pues sus erecciones se frotaban una contra la otra, separadas por la ropa, pero tan sensibles que no importaba esa barrera.

Pero la neblina en la que Ben estaba tan sumergido que le hacía olvidarse de todo para prestar atención en exclusiva a su deseo se rompió de forma abrupta al darse cuenta de que Luca estaba luchando por apartarse de su cuerpo, que lo empujaba para alejarlo. Entonces Ben se separó con premura, con la respiración agitada, el corazón latiendo alocado y los ojos expresando horror.

—Lo siento, lo-lo si-si-en-to —balbuceó, avergonzado, alejándose de Luca todo lo que pudo—. Por por-fa-fa-vor, per-per-dó-na-me. —Negaba una y otra vez. Estaba aterrado, no era la primera vez que se descontrolaba; primero fue la paliza que le había dado a Seilor y ahora..., ahora había forzado a Luca.

—Ben, Ben —Jeon intentó acercarse a él—, tranquilo, no tienes por qué pedirme perdón. —Ben rehuía sus ojos, deseaba con fuerza desaparecer—. Por favor, mírame, ¡mírame! —le ordenó con contundencia, y Ben por fin obedeció—. No pienses que me has forzado, ni se te ocurra pensar que yo no deseaba lo que ha pasado, porque lo deseo y mucho. Pero no así, no aquí. Ben, tu madre está en el salón, podría entrar en cualquier momento.

Esas palabras le hicieron reaccionar. Él tenía razón, había estado tan cegado que se había olvidado de ese detalle tan importante.

—¡Dios, soy un idiota! —Ben se tapó la cara, abochornado, y Luca enseguida lo obligó a descubrirse e hizo que volviera a mirarlo a los ojos.

—Ni se te ocurra arrepentirte de tu reacción. Ha sido natural y bonita. Me has hecho muy feliz.

Ben clavó los ojos en el labio inferior de Luca y sus mejillas se colorearon con más intensidad al reparar en la pequeña gota de sangre que la perlaba.

—Te he mordido —susurró con voz temblorosa.

—Y me ha encantado —respondió Luca con premura—, porque has sido auténtico, porque te has dejado llevar, porque has actuado por instinto, y eso es bueno, eso es buenísimo, Ben.

—¿Es bueno que te muerda?

—Bueno, eso no lo es del todo, pero que por fin dejes de controlarte sí, eso sí que lo es. Yo también te deseo tanto que me ha dolido obligarte a separarte de mí. Me crees, ¿verdad? —Ben asintió, pues sus ojos se lo decían—. Pero, cuando hagamos el amor, quiero que estemos solos, sin temor a que nos interrumpen. Además, ¿no querrás que tu madre se entere de que eres gay porque nos pille juntos?

Ben negó. Tan solo con imaginar que Blanche hubiese entrado sin avisar y los hubiera visto le daban escalofríos.

—Tienes razón. Gracias, muchas gracias por frenarme. Si no llega a ser por ti...

Ambos se quedaron en silencio, ambos necesitaban recuperarse del todo. La necesidad dolía, dolía como el demonio, así que mantener la distancia, a pesar del intenso deseo de volver a besarse, era lo más sensato.

«Hacer el amor». Ben regresó a las palabras que le acababa de decir Luca y, aunque en un

principio no había reparado en ellas, en ese instante, ya en frío, rebotaban en su cerebro.

«Hacer el amor». Esa frase sonaba a música celestial. Eran palabras sencillas, pero con tanto significado que el cuerpo de Ben tembló. Cerró los ojos, pero tuvo que abrirlos con rapidez, pues su cabeza se llenó con imágenes de ellos dos en la cama, y eso no ayudaba a recobrar la cordura.

«Hacer el amor. Dios, tengo que buscar información, tengo que saber cómo...».

—Ben, Ben, ¿estás bien? —La voz de Luca le llegaba lejana, pero le sacó de su mundo.

—Sí, sí, estoy bien.

—Cuéntame lo que tienes en tu cabecita. —Le dio un par de golpecitos con un dedo en la frente.

—Bueno... yo... No sé, no sé qué debo hacer...

Luca puso los ojos en blanco.

—Por favor, Ben, no empieces a darle vueltas. No debes tener miedo. Yo te guiaré y te aseguro que tendré tanto cuidado y seré tan delicado que lo disfrutarás. Te lo prometo. Te juro que no será como mi primera vez, te lo juro. Pero para eso hay tiempo, tenemos todo el tiempo del mundo. Iremos paso a paso, ¿de acuerdo?

Ben asintió y se acomodó entre sus brazos.

—Sí, tenemos todo el tiempo del mundo. —Suspiró.



Capítulo 26

*Somos demasiado jóvenes e
inmaduros para rendirnos.*
«Never Mind», BTS

Al día siguiente

Llegaron a la playa ya bien entrada la mañana. Para Ben, era la primera vez en su vida que se saltaba las clases; jamás se le habría ocurrido hacer algo así.

—¿Estás bien, pelirrojo? —preguntó Luca tras escucharlo suspirar por enésima vez.

—No, no lo estoy, no me gusta...

Luca lo interrumpió colocando una mano sobre sus labios y acercándose tanto a él que su corazón comenzó a latir fuerte. Sus sentidos se embotaron y su mente se llenó de Luca, todo lo demás dejó de existir.

—No pienses, pelirrojo. Solo se vive una vez. —Le guiñó un ojo con picardía.

La teoría era buena y muy cierta, pero no fueron sus palabras las que le hicieron olvidar que estaba haciendo algo malo; fueron los labios de Luca, que, tras su pequeño discurso, los posó con suma delicadeza sobre los de Ben Chester hasta que este abrió la boca y ambos se fundieron en un largo beso.

Cuando se separaron, Ben continuó unos segundos con los ojos cerrados. Le costaba recuperarse de los cientos de sensaciones que los besos de Luca le hacían sentir, de la sacudida que todas sus terminaciones nerviosas sufrían al sentir sus labios suaves, su lengua traviesa y el sabor de sus besos.

—Eres muy transparente, pelirrojo. —Luca se carcajeó y Ben no se lo tomó muy bien.

—No te burles de mí —le dijo, molesto, e intentó zafarse de sus brazos, pero Luca no se lo permitió.

—Me has malinterpretado, nunca me burlaría de ti. Tan solo expreso lo mucho que me gustas.

—¿Te gusta que sea transparente? —Por fin se quedó muy quieto y clavó sus pupilas en las de Luca.

—¿Cuándo vas a empezar a creerme? Me gusta todo, absolutamente todo de ti. Me encanta que seas tan natural que no puedas disimular, que no te ocultes de mí. He estado rodeado de falsedad y, para mí, tú eres un soplo de aire fresco. ¿Y sabes qué es lo que más me gusta?

—¿El qué? —Sus ojos brillaban felices cuando lanzó su pregunta.

—Me encanta ver lo que mis besos te provocan —le susurró acercándose a uno de sus oídos.

—Me encanta sentir lo que tus besos me provocan —dijo Ben, y una enorme sonrisa se

dibujó en su boca.

Pero el encanto del momento se rompió cuando una mujer que paseaba por la playa carraspeó molesta al ver la actitud tan cariñosa de los dos jóvenes.

—¿No os da vergüenza hacer estas cosas en público? —les amonestó usando un tono desagradable.

—¿Por qué debería darnos vergüenza? —respondió Luca al instante, y sin dejarse amedrentar, colocó un brazo sobre los hombros de Ben y lo atrajo hacia su cuerpo.

—¡Dos chicos besándose, toqueteándose en público! ¡Es asqueroso! Podría veros algún niño.

Luca la miró de arriba abajo. No era la primera vez que se enfrentaba a gente como ella, mentes estrechas que no comprenden que el amor es libre, que no se le puede poner barreras al corazón, que las demostraciones de cariño son lo más bonito que existe.

—Si así fuera, lo que verían es a dos chicos que se aman, y eso, señora, no tiene nada de asqueroso. Quizá sea su forma de vernos lo que le produce repulsión porque no ha recibido el cariño suficiente o por miedo a lo desconocido. No sé. Creo que debe analizar un poco su triste vida, y si algo no le gusta, con no mirar es suficiente, ¿no le parece? —Y, sin más, volvió a besar a Ben, que sorprendido se dejó llevar.

La mujer protestó de nuevo y se marchó casi a la carrera mientras entonaba todo tipo de insultos.

Luca se preocupó por Ben, pero, para su sorpresa, no se le veía molesto ni alterado por lo que acababa de suceder, aunque, conociéndolo, seguramente su moral estricta, su alto sentido de la responsabilidad le estaría carcomiendo.

—Lo siento, siento que...

Entonces fue Ben quien colocó una mano sobre su boca, interrumpiéndole.

—No tienes nada que sentir, tú no has tenido la culpa de nada.

—Te he besado, la he provocado y me he enfrentado...

—Sí, lo has hecho, me has besado y yo me he dejado, pero no has provocado nada. Es cierto que me va a costar..., que todo es nuevo para mí, pero los prejuicios de los demás no van a manchar nuestra relación, no lo permitiré. Toda mi vida he sido obediente, he cumplido las normas, y mira cómo me ha ido. Abusos, soledad... No quiero seguir reprimiendo lo que bulle dentro de mí. Si es molesto ante los ojos de los demás, me da igual. —Luca lo miraba con orgullo y con los ojos brillantes de emoción. De nuevo, lo atrajo a sus brazos e intensificó el contacto de sus cuerpos atrayéndolo hasta que no quedó nada de espacio entre ellos—. Te quiero, Luca Jeon.

—Te quiero, Ben Chester.

Caminaron por la playa con una sonrisa dibujada en sus labios y con sus manos entrelazadas. Mostrando sin pudor y sin miedo su amor.

Se sentaron sobre unas rocas uno al lado del otro. Contemplaron el mar, el horizonte, y una inmensa paz creció dentro del pecho de Ben.

—Luca... ¿Cuándo supiste que te gustaban los chicos? —se atrevió a preguntar.

Tenía mucha curiosidad. Todos esos sentimientos, todo lo que despertaba Luca en su cuerpo, en sus terminaciones nerviosas, era nuevo y excitante. Jamás había sentido nada parecido y desconocía lo que debía hacer. Sabía que lo deseaba, que su yo racional se había quedado aletargado. Desde que había conocido a Luca, sus hormonas estaban muy despiertas, activas y con unas inmensas ganas de descubrir, de disfrutar, de sentir... Tenía una gran necesidad de conocer al Luca real, no al amigo, a ese ya lo conocía; ahora precisaba descubrir al Luca con el

que deseaba pasar el resto de sus días, al que amaba hasta el punto de acallar a su lado racional, hasta el punto de sentir, casi de forma dolorosa, la necesidad de gritar que era suyo, de decirle a todo el mundo que eran pareja, amantes.

El mar se agitaba bravo, como lo hacía su corazón al contemplar a Luca. Como lo hacía su respiración cuando él lo tocaba, como lo hacía su alma cada vez que sus ojos se miraban. Las olas golpeaban las rocas a sus pies. El vaivén era hipnótico, pero Ben no podía dejar de mirarlo a él, solo a él.

—Creo que siempre lo he sabido —contestó al cabo de un buen rato, seguramente había estado sopesando su respuesta—. Al principio, me sentí confundido. —Acompañó sus palabras con un gesto de lo más gráfico que expresaba con absoluta contundencia ese sentimiento—. Cuando mis compañeros del instituto se fijaban en las chicas, yo me fijaba en ellos. Cuando hablaban de sus deseos, sus ganas de tocar, de besar a alguna de sus cantantes o actrices preferidas, yo tenía que disimular las ganas de besar, de acariciar al chico que me gustaba. Recuerdo esa época agotadora. —Soltó una carcajada y se encogió de hombros—. Siempre disimulando, ocultándome, retirando la mirada cuando me descubrían observando a algún chico. Siguiéndoles la corriente cuando veíamos alguna película y todos hacían bromas sobre lo que le harían a la protagonista. En resumen, mintiendo.

—¿No se lo contaste a nadie? —preguntó Ben.

—No tenía a nadie, a nadie que me pudiera comprender, que no me censurara, que se pusiese en mi pellejo. A nadie. —La tristeza inundó sus palabras y la brisa le agitó el cabello.

—¿No tenías amigos?

—¿Como tú? No, no tenía amigos como tú o como Noah o Violet. Amigos que no juzgan, que comprenden. Al menos, en mi instituto no. Luego, las temporadas de vacaciones que pasaba aquí, con mi abuela, eran otra cosa. Si alguno de mis amigos de aquella época se hubiera enterado de mis preferencias..., me habría dejado de lado.

—Entonces, no eran amigos —dijo Ben con contundencia—. Estabas más solo de lo que yo lo he estado.

Luca le sonrió y acarició sus rizos.

—Así es, pelirrojo. En aquella época me conformaba con lo que tenía. Vivía sin pensar en lo falso que era todo, pues el primero que mentía era yo. Ahora, cuando miro hacia atrás, sé que lo que hacía en realidad era sobrevivir. Pero, cuando no tienes nada más, cuando has aprendido a subsistir dentro de una mentira, cuando no conoces otra cosa, no sientes dolor, piensas que eso es lo normal y no te planteas cambiarlo por nada. No era consciente del daño que me estaba haciendo. Mi vida en Italia me asfixiaba, el único soplo de aire fresco lo respiraba aquí, en Larksville. Junto a Violet y Noah no fingía, no mentía, y la verdad es que me gustaba. Con el tiempo, comprendí que ellos sí que eran mis amigos porque no necesitaba ponerme una máscara ni representar un papel.

—A eso se le llama madurar, y ellos te ayudaron a hacerlo. —Ben le sonrió y tomó una de sus manos entre las suyas—. Al menos, eso es lo que te diría mi hermano.

—Sí, creo que ellos me ayudaron a madurar. —Sonrió—. En cambio, tú siempre has sido muy maduro —afirmó Luca.

—Eso también lo dice Liam. —Se carcajeó—. No recuerdo haber sido un niño desde que mis padres se separaron. Contigo he hecho mis primeras locuras —se jactó, y entonces ambos se rieron con ganas.

—Aquí, en Larksville, tuve mis primeras experiencias.

—¿Con chicos?

—Pues claro, pelirrojo.

Ben comprendió al instante, sin necesidad de decir nombres, quién había sido ese primer chico. Bajó la mirada, pues detestaba que él viera en sus ojos cómo los celos lo carcomían por dentro, celos sin sentido alguno. «Pero claro, ¿desde cuándo los celos tienen sentido?», pensó, y de nuevo sus ojos se dirigieron a Luca.

—¿Ellis? —interrogó, aunque sabía la respuesta.

—Ellis. Él fue mi primer beso. Yo tenía trece años y, bueno, no sabía nada de besos, solo de ganas, de frustración, de ansiedad, de miedo, y Ellis llegó como un vendaval a mi vida. Me aferré a él, pero nunca sentí amor, y ese fue el problema. Él quería más y yo, tan solo experimentar y disfrutar de lo que Italia me negaba.

—Ya, comprendo. Terminasteis mal.

—Es la historia de mi vida. —Suspiró con fuerza—. Ellis me hizo la vida imposible porque no lo amaba. Destrozó el respiro que me suponía pasar aquí el verano.

—¿Por qué lo has perdonado? —Ben Chester se sentía tan furioso que deseaba patearle el culo a Ellis.

—Porque él era muy joven, porque también estaba perdido y solo. Su padre es muy estricto, bueno, ya lo has conocido, y él..., él también necesitaba salir del armario porque dentro se asfixiaba. Pero no podía hacerlo por miedo a su padre, y yo le aporté todo el amor y el contacto que se le negaba. No puedo culparlo, sé lo que es sentirse traicionado por quien amas.

—No te entiendo.

—Yo lo traicioné.

—¿Tú? —Lo señaló impregnando en su voz un gran toque de asombro—. Tú no lo traicionaste, simplemente no lo amabas.

—Pon eso en los ojos de un crío.

Ben asintió. Jeon tenía razón, las hormonas de los adolescentes verían el desamor como una traición.

—No todos son tan maduros como lo somos nosotros —continuó hablando Luca—, parecemos un par de cuarentones. —Ambos rieron a carcajadas.

Pero Ben dejó de hacerlo cuando a su cabeza llegó el nombre de la persona que había destrozado a Luca.

—Y entonces llegó Marco, ¿verdad?

Luca Jeon cerró los ojos al escuchar ese nombre, aún dolía. No había pasado tanto tiempo, y las heridas todavía no estaban cicatrizadas.

—Sí... Entonces llegó él para rematar la faena. Llegó él y arrasó con lo poco que quedaba de mí. Llegó él y me enamoré con tanta fuerza, con tanta potencia que le dejé hacer conmigo lo que deseó. Le permití jugar con mis sentimientos hasta que me perdí. Todo se derrumbó, todo...

—Un gran suspiro lleno de tristeza salió de la boca de Jeon—. Pero... Y, de pronto, llegaste tú —una bonita sonrisa, de esas que derretían el corazón de Ben, se dibujó en sus labios— y me devolviste las ganas de amar.

—Ambos nos hemos ayudado.

—Sí, ambos nos hemos salvado. Ben... —carraspeó—, ¿y tú? ¿Cuándo te diste cuenta de que te gustaban los chicos?

—Nunca —contestó al instante—. No me gustan los chicos... ni las chicas. Siempre he pensado que era un bicho raro porque jamás me ha atraído nadie ni he tenido pensamientos... Bueno, ya sabes..., ¿no? —Sus mejillas se tiñeron de rojo y Luca acarició una de ellas con la intensa ternura que le despertaba su timidez—. Nunca me he fijado en nadie ni me ha atraído

ninguna persona. Tan solo..., solo tú. Solo tú, Luca.

Los ojos de Jeon se anegaron ante la confesión sin tapujos de Ben.

—Dices eso y yo... no sé qué decir. Mi corazón —se llevó la mano al órgano aludido— late rápido, muy rápido. —Cerró la boca y los ojos. El descarado, el imperturbable Luca Jeon se sentía tímido, abrumado. Los sentimientos que le provocaba la revelación de Ben eran tan intensos que temió que su corazón colapsara.

—No tienes nada que decir, solo..., tan solo abrázame.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos, y Luca Jeon lo estrechó con fuerza entre sus brazos.

Tras un dulce beso, Ben se acomodó con la cabeza sobre el hombro de Luca y, cogidos de la mano, contemplaron el mar. Tan solo se escuchaba el sonido del mar, del viento, de las gaviotas.

—¿Luca? —Ben fue quien rompió el silencio.

—¿Mmm? —contestó Jeon.

—Tengo miedo.

Luca giró la cabeza para enfrentar su mirada.

—¿A qué le temes? —preguntó con tono preocupado.

—Creo que no podría vivir sin ti. —Su voz se fue apagando conforme hablaba—. No podría soportarlo y temo que pase algo, algo que nos separe.

Luca se movió a gran velocidad, lo tomó de los hombros y lo agitó con potencia.

—¡Eso no va a pasar! —gritó—. ¡Nadie ni nada nos separará!

Ben Chester asintió, quiso que su corazón asimilara ese juramento que Jeon le hacía, esa promesa que podría hacerse realidad o, quizá..., quizá no.

De nuevo, se fundieron en un apretado abrazo. La esperanza, el deseo de una vida mejor, de pasarla juntos, de no tener miedo nunca más, flotaba entre ellos. Pero Ben Chester era consciente de que esa promesa no dependía solo de ellos. Esa promesa era tan solo un espejismo, pues conocía de primera mano cómo todo se podía trancar de un momento a otro; cómo, aunque pusieras todo de tu parte, las cosas podían terminar; cómo lo que les rodeaba podría influir, podría trancar su felicidad en cuestión de segundos. Pero en ese instante, en ese momento junto al mar, Ben Chester prefería creer a Luca, cerrar los ojos, olvidarse del mundo y disfrutar de esos instantes únicos que le dejarían un recuerdo maravilloso.

Anochece cuando Luca se despedía de Ben Chester frente a la puerta de su casa.

Un dulce beso.

Un largo abrazo.

Y tras ello, el frío, ese frío que sentía cuando sus cuerpos se separaban, cuando él no estaba a su lado, cuando no tenía su aroma.

Ben Chester atravesó la puerta de su casa en el preciso instante en el que lo perdió de vista. Molesto, la cerró tras él; le resultaba irritante pensar en las horas que tenían que pasar hasta que volvieran a verse, nunca tendría suficiente de Luca.

Se llevó dos dedos a los labios y se los acarició rememorando sus besos. Sonrió. Lo que le hacía sentir cada vez que sus bocas se tocaban era tan eléctrico, tan extraordinario, tan impresionante y perturbador que jamás tendría suficiente, nunca se cansaría.

Se descalzó en la entrada, como era su costumbre. Caminó hasta el salón arrastrando sus pies enfundados en blancos calcetines procurando no hacer ruido. Últimamente, siempre que llegaba a casa, su madre estaba allí. Se habían terminado las notas, la soledad de la noche, las comidas solo, las cenas silenciosas. Desde lo que había sucedido, Blanche había cambiado sus

costumbres, ya no pasaba el día en la oficina, ahora disfrutaba de su hijo, con su hijo.

El salón estaba a oscuras; seguramente ella se habría acostado, llevaba un tiempo que se la veía muy cansada. Pero, de repente, la luz se encendió y Ben dio un bote, sobresaltado.

—¡Dios, mamá, qué susto! —Se acercó a ella y sus ojos llenos de tristeza le preocuparon—. ¿Qué hacías sentada a oscuras? ¿Ha pasado algo?

—Tranquilo, Ben, no pasa nada, solo te estaba esperando.

—Yo... si-si-siento llegar tar-tar-de. Bu-bu-bueno, no es tan-tan-tan tarde, ¿verdad? Di-di-dijiste que me de-de-dejabas hasta las ocho y no son más de las... —corrió a excusarse. Temió que Blanche se hubiera enterado de que ese día había faltado a clase y lo fuera a castigar; no podría soportarlo, porque eso supondría no ver a Luca. Se retorció las manos con nerviosismo a la espera de que ella hablara.

—No, no, no estoy enfadada, Ben. —Blanche se sentía culpable. Había sido una madre dura, tan dura con su hijo que él la temía; lo podía ver en su mirada, en su tartamudez, que había regresado, en la manera en que se retorció las manos nervioso, como a la espera de un castigo de sus duras palabras—. No voy a reprocharte nada, tan solo te esperaba para charlar, para que me cuentes cosas de tu vida, lo que has hecho hoy, lo que quieras, Ben. Siéntate a mi lado. —Blanche palmeó el sofá y Ben se acomodó, aunque aún reticente.

Blanche le sonrió mostrándole que no tenía nada que temer.

—¿Dónde has estado? —La pregunta no sonó como un interrogatorio, sino como simple curiosidad.

—Cuando salimos de clase, fui con Luca a la playa —mintió, pero, según parecía, ella no se había enterado. Se relajó, no tenía nada que temer.

Blanche suspiró aliviada. Ben ya no tartamudeaba, eso significaba que se sentía seguro.

—¿Lo pasasteis bien? —Ben asintió con tal efusividad que su madre se carcajeó—. Me alegra saberlo. —De repente, los ojos se le anegaron y Ben se alarmó de nuevo, pero, antes de que pudiera preguntarle, ella siguió hablando—: Hijo... Yo necesito... Necesito que me perdones. —No pudo seguir reteniendo las lágrimas, que cayeron sin control por sus mejillas.

Ben negaba, negaba con determinación. La tomó entre sus brazos y le susurró:

—Mamá, ya lo hemos hablado: lo pasado, pasado está. No le des más vueltas.

Blanche se separó de él, le tomó la cara entre las manos e insistió.

—Sí, lo sé, sé que me has perdonado, pero también sé que te será imposible olvidar, he sido una mala madre. —Ben empezó a negar, pero ella lo tenía tan sujeto que no se lo permitió—. Shhh —le chistó para que no hablase—. Necesito explicarme, necesito hacerlo... No quiero que suene a excusa, pero, cuando tu padre nos dejó —tragó saliva con dificultad, había pasado mucho tiempo, pero aún dolía—, me quedé destrozada y me sumergí en lo único que me ayudaba a no pensar: el trabajo. Me centré tanto en mí, en olvidar mi dolor, que me olvidé de ti, de tu hermano... Necesitaba tener la mente ocupada y el trabajo lo era todo para mí. Siento haber sido tan inflexible, ahora me doy cuenta de lo cruel que fui contigo, con tu tartamudez..., pero... pero mi cabeza viajaba a mucha velocidad...

—Tus reproches no ayudaban —la interrumpió Ben.

—Lo siento —dijo con los ojos anegados—, siento mucho no haber sido consciente de ello. Os dejé de lado y sobre todo a ti. No me preocupé por ti. Soy una madre horrible. —Un sollozo desgarrador le brotó de lo más hondo de su pecho. Lloró con intensidad, pero luchó por reponerse; necesitaba soltar todo lo que le bullía por dentro—. Ben, estoy muy orgullosa de ti —dijo de repente, y Ben se secó las lágrimas que también le ahogaban a él—. Has sobrevivido a todo lo que te ha sucedido, has sido muy valiente y yo... yo no estoy a tu altura, no me merezco

un hijo tan maravilloso como tú.

Ben no pudo más, la obligó a soltar su cara y la abrazó con tanta fuerza que temió hacerle daño. Pero ella no se quejó, muy al contrario, sus manos se aferraron a su chaqueta; parecía no querer soltarlo nunca.

—Empecemos de cero —propuso Ben con la voz quebrada—, olvidemos lo pasado, dejemos atrás todo este tiempo... que... que... —No pudo decirlo, no quería volver a decirlo.

Lloraron juntos, abrazados. Poco a poco se repusieron y finalmente se separaron.

Blanche pasó las manos por las mejillas de su hijo, borrando todo vestigio de sus lágrimas, y le sonrió agradecida por su perdón, por su comprensión.

—¿Tienes hambre? —le preguntó de pronto. Deseaba terminar con el drama, se sentía muy aliviada.

—Mucha —contestó Ben, cuya sonrisa había regresado a su boca, a sus ojos.

—Genial. —Blanche asintió, feliz—. Preparemos algo de cenar, hagamos algo juntos —propuso, encantada con la idea—, ¿te apetece?

Ben asintió feliz y, cogidos de la mano, caminaron hasta la cocina.

—¿Qué te apetece? —Blanche abrió la nevera e invitó a Ben a mirar todo lo que había comprado esa misma tarde.

—¿Huevos revueltos, salchichas, bacón...?

—¡Vaya, pues sí que tienes hambre! —Blanche rio feliz. Ben comía muy poco. Había sido el típico niño al que le costaba incluso masticar; se podía tirar horas con un pedacito de carne, dándole vueltas en la boca, y aún continuaba siendo así.

Mano a mano, se pusieron a preparar la cena. Ben batía los huevos, Blanche freía. Mientras charlaban, reían. Madre e hijo hacían algo juntos por primera vez en muchos años.

Con los platos llenos, se acomodaron uno enfrente del otro en la isla central que presidía la gran cocina.

Ben devoraba con ansia y su madre lo contemplaba feliz. Pero algo ensombrecía su mirada y él lo podía ver con total claridad.

—¿Qué te pasa? —preguntó mientras soltaba el tenedor y lo dejaba sobre el plato.

—No sé cómo decirte esto... Es solo... Ben. —Le tomó una de las manos—. Sé que la confianza hay que ganarla y que yo no he sido una madre ejemplar, pero... quiero rectificar. Quiero que sepas que aquí estoy, que te apoyaré en todo, Si deseas contarme lo que sea..., si necesitas consejo..., si dudas sobre cualquier cosa..., puedes hablar conmigo, prometo no juzgarte y escucharte.

Ben asintió y siguió comiendo. Pero sentía la mirada de su madre clavada, lo observaba como si estuviera esperando algo.

—Mamá, sé que estas preocupada. Tú también puedes hablarme de lo que sea, prometo escucharte —le dijo, porque se notaba con claridad que ese discurso venía por alguna razón, que su madre tenía algo en la cabeza.

—Ben... —se movió con nerviosismo—, no quiero que pienses que te vigilo, pero dio la casualidad... bueno. Te he visto besando a Luca —le costó, pero al final lo soltó de golpe.

La cara de Ben se puso tan roja que temió que le explotara. Bajó la mirada a su plato y ocultó las manos como si al hacerlo desapareciera de la vista de su madre.

—Yo-yo lo-lo si-si-en-en-to.

Que el tartamudeo regresara le indicó a Blanche que se sentía incómodo, que la atmósfera que se había creado entre ellos mientras preparaban la cena se había esfumado, y eso le preocupó tanto que corrió a explicarse:

—Oh, no, no, por favor. No tienes que disculparte por nada, no has hecho nada malo. — Blanche buscó los ojos de su hijo, pero la rehuía y finalmente tuvo que tomar su barbilla con una mano y obligarlo a mirarla—. No te cuestiono ni te voy a regañar. Te aseguro que ha sido casualidad. Me he asomado para ver si regresabas y bueno... os he visto. Te juro que tan solo ha sido por un segundo. Yo solo... solo he sacado el tema porque quiero que confíes en mí, que me cuentes lo que sientes.

—Es-es di-di-fícil hablar esto con-con-tigo.

—Lo entiendo, te aseguro que te entiendo. Pero vamos a intentarlo, ¿vale?

Ben afirmó con la cabeza, tomó aire y comenzó a hablar:

—Ha si-si-sido du-duro aceptarlo.

Blanche asintió comprensiva.

—¿El qué, Ben?, ¿qué es lo que ha sido tan duro?

—Aceptar lo que sentía. —La miró con tal determinación que los ojos de Blanche se anegaron.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—¿Orgullosa?

—Sí, cariño, muy orgullosa. Porque has estado solo y has superado muchas cosas. Imagino que has estado asustado, que habrá sido muy difícil.

—Muy asustado. No entendía... No podía asumir mis sentimientos. —De nuevo, sus mejillas se pusieron rojas.

—Y ahora, Ben, ¿ahora lo entiendes?

—Bueno... a medias. Me cuesta... Intento... Lo intento.

—Nunca te avergüences de amar, Ben.

Blanche se levantó, se acercó a su hijo y, tirando de uno de sus brazos, lo obligó a ponerse en pie. Así tuvo total libertad para abrazarlo.

—Mamá, yo quiero... quiero darte las gracias por ser tan comprensiva.

—Nada de gracias, no tienes por qué dárme las. Soy tu madre, te prometo que nunca más volveré a olvidar que soy tu madre —le dijo, y acarició sus rizos.

—¿No te enfadas por que no te lo haya contado antes? —Blanche negó con la cabeza—. No sabía cómo decírtelo y Liam..., Liam me ayudó.

—Me alegra saberlo, Ben. Tu hermano es un buen hombre.

—Sí, lo es.

—Ben..., me siento muy dichosa. —Sonrió para demostrarlo—. Mi niño ha encontrado a una buena persona, una que le hace feliz.

—¿No te importa que sea un chico?

—Por supuesto que no, lo único importante para mí es ver en tu boca esa bonita sonrisa, ese brillo en los ojos, y el causante de todo es Luca, ¿cómo iba a importarme? —Le sonrió y acarició con cariño una de sus mejillas—. Vamos a cenar —le propuso.

Ben asintió y cada uno regresó a su asiento.

El resto de la cena transcurrió entre conversaciones, risas y complicidad, esa que poco a poco iban recuperando.



Capítulo 27

Solo vive a tu manera, tu vida es tuya de todas maneras.

Deja de intentarlo, está bien fallar.

«Fire», BTS

Ben acortó la distancia que los separaba y, escondido tras su compañero de enfrente, le susurró:

—Eh, Luca —llamó su atención. Observó con discreción al profesor, que estaba escribiendo en la pizarra, ajeno a lo que sucedía en la quinta fila de la clase—, tengo que contarte algo. —Luca acercó uno de sus oídos todo lo que pudo—. Verás, mi madre se ha enterado de lo nuestro.

—Pero... ¿Cómo? ¿Cuándo? —interrogó Jeon, tan sorprendido por la noticia que no moduló su voz y sonó demasiado alta en el silencio del aula, solo roto por las explicaciones del profesor Taylor, que se giró con rapidez y le lanzó una mirada inquisidora.

—Shhh —le chistó Ben—. Baja la voz.

—Lo siento —dijo, obediente, e intentó él también esconderse detrás de su compañero como hacía Ben, pero en su caso era totalmente absurdo, pues la diferencia de tamaño era abismal.

—Nos vio besándonos.

—¿Cómo?! —De nuevo, Luca elevó la voz.

—Señor Jeon. —El profesor Taylor dejó la tiza con la que había estado escribiendo en la pizarra sobre la mesa y se dirigió a Luca con tono severo—. Por lo que veo, tiene muchas ganas de hablar. ¿Tiene algo sustancioso que contarnos? Porque, si es así, haga el favor de compartirlo con la clase.

—Oh, no, no, qué va, profesor Taylor. Lo siento. Siga con la lección. Prometo no volver a interrumpir.

—Vaya, pues qué considerado de su parte. Muchas gracias, señor Jeon —dijo con tono irónico—, espero que no vuelva a interrumpir o me veré en la obligación de pedirle que se marche del aula.

Ser expulsado de clase suponía una dura amonestación. A Luca le importaba muy poco, así que se dispuso a protestar, pero Ben le dio un codazo que le hizo cerrar la boca al instante. Obediente, se limitó a asentir y a pedir perdón otra vez.



Luego hablamos.

Taylor continuó escribiendo en la pizarra y Ben, que ya no se atrevía a decir nada más, escribió en su libreta y tocó con suavidad el brazo de Luca, llamando su atención.

Jeon asintió y el resto de la clase se le hizo eterna. Estaba preocupado por cómo habría reaccionado la madre de Ben y cómo se sentiría él. Él tenía un terrible recuerdo de lo que pasó cuando su madre se enteró de que era gay, le quedó un sabor tan amargo en la boca que le aterraba que Ben hubiera pasado por lo mismo.

Cuando por fin el profesor Taylor dio por finalizada la clase, Luca Jeon no se lo pensó dos veces: tomó de la mano a Ben, de un tirón lo ayudó a ponerse de pie y lo obligó a correr por los pasillos, esquivando al resto de los estudiantes, que se desplazaban hacia el comedor.

Salieron al patio y, bordeando las canchas de baloncesto, llegaron a una de las zonas más tranquilas del instituto, un lugar donde podrían hablar sin que nadie les interrumpiese.

—Para un día que llego tarde y no vamos juntos en el bus... —se quejó Luca. Esa mañana se había quedado dormido porque el despertador no había sonado.

—Estaba nervioso, te llamé un montón de veces, te esperé y casi llego tarde por tu culpa.

—Lo siento, lo siento mucho. Mi móvil es una mierda y la batería no dura nada.

—Tu móvil es una mierda y tú, un desastre; nunca te acuerdas de cargarlo y luego mira lo que pasa. —Ben se apoyó en el muro que tenía a su espalda y se cruzó de brazos en un claro gesto de enfado.

—No te cabrees conmigo, te pones muy feo, se te hace una arruga aquí...

Ben le palmeó la mano cuando Luca la acercó para tocarle el entrecejo.

—Ni se te ocurra tocarme. —Le señaló con un dedo inquisidor.

—Perdóname, prometo ser más cuidadoso. Porfa, porfa. —Acercó su cuerpo al de él, apoyó las manos sobre el muro y se acuclilló para estar a la altura de Ben.

—¿Qué tienes, cinco años? —le amonestó, pero no pudo evitar que su cercanía le calentase el cuerpo y el corazón se le ablandó. Luca Jeon hacía magia con solo mirarlo a los ojos. Era imposible estar enfadado con él y sonrió, aunque intentó al instante ponerse serio de nuevo.

—Venga, pelirrojo, sonríte otra vez. Venga, sonríte un poquito. Te ves tan apetecible, tan sexi, tan... —Acercó su boca a la de Ben y depositó un reguero de besos que poco a poco fueron caldeando el ambiente y los cuerpos hasta fundirse en uno intenso y largo.

Fue Luca quien rompió el momento, se separó y le sonrió.

—¿Ya no estás enfadado? —le preguntó.

—Haces lo que quieres conmigo —protestó Ben, pero no con contundencia. ¿Qué podía hacer?, estaba perdidamente enamorado de él.

—Ahora, cuéntame qué ha pasado. Estoy muy preocupado por ti. ¿Fue muy dura contigo? —Sus preciosos ojos rasgados reflejaban lo inquieto que se sentía y Ben le acarició una mejilla intentando serenarlo.

—No, no lo fue, tranquilo. —Le sonrió con dulzura—. Anoche, cuando llegué a casa, mi madre me estaba esperando —prosiguió con el relato—. En un principio no me dijo nada, pero la noté rara. Luego empezó a disculparse por cómo se había comportado conmigo todo este tiempo. Aunque eso no me resultó extraño, lleva así desde lo que pasó. —Luca lo miraba con total atención—. Entonces me propuso que preparásemos la cena juntos como cuando era un niño y...

—Ben, ¿puedes ir al grano? Me va a dar un ataque como sigas dando vueltas. Creo que este no es el mejor momento para que te vuelvas un charlatán.

—Si hubieses venido conmigo en el autobús, lo sabrías todo, así que no me metas ahora prisa. —Volvió a cruzarse de brazos y puso distancia entre ellos.

—Vale, vale, tienes razón. Perdona. Si quieres, te beso otra vez y así se te pasa...

Ben lo empujó, pero sin poner mucha fuerza. Le encantaba ese juego que se traían, la complicidad que tenían le hacía sentir cómodo a su lado.

—Nada de besos, déjame terminar.

—OK, OK.

—Bueno, en resumen —tomó aire y soltó la bomba—: nos vio a través de la ventana besándonos.

—Oh, vaya. —Luca se llevó las manos a la cara—. Siento que se haya enterado así, pelirrojo. Lo siento mucho. ¿Se enfadó? ¿Te ha castigado?

—No, no, qué va. Me dijo que me apoya en todo, que no tenga reparos en contarle lo que me preocupa. Sé que le hubiera gustado que se lo contase yo y no pillarnos así, pero entiende que la confianza tiene que ganársela.

—¿En serio? ¿De verdad se lo ha tomado bien?

Ben asintió y Luca suspiró satisfecho.

—Y tú, ¿estás bien? —Luca le acarició una mejilla y acercó más el cuerpo al de Ben.

—En un principio entré en pánico, luego me sentí morir de vergüenza, pero al final creo que es lo mejor que podía pasar. Me hubiera costado la misma vida sacar el tema, y estoy seguro de que habrían pasado años, incluso siglos hasta que hubiera tenido el valor de contarle a mi madre que soy gay. Así, sin anestesia, a lo burro, ha sido un alivio. Lo mejor de todo es que no me ha juzgado ni me ha censurado.

—Me alegra mucho. —Luca sonreía y le revolvió el cabello con una caricia cariñosa. Por experiencia, sabía lo doloroso que era cuando tu propia madre se avergonzaba, y no deseaba bajo ningún concepto que Ben pasara por lo que él había pasado.

Chester se acomodó entre sus brazos. Estaban escondidos, lejos de las miradas de sus compañeros, donde nadie podría verlos. Esa barrera le resultaba más costosa de sortear; de momento, tan solo quería que lo supieran sus amigos, su gente, los más cercanos, y Luca lo respetaba. Salir del armario con todas sus consecuencias era duro, él lo sabía por propia experiencia, así que esperar hasta que estuviera preparado era lo más lógico.

—¿Y tú? —La pregunta de Ben le hizo separarse para mirar sus ojos.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo te fue con tu madre cuando se enteró de que eras gay?

Luca tragó saliva con fuerza.

—La verdad... es que no fue muy bien. Ella... me dijo cosas..., cosas que nunca olvidaré y que prefiero no...

—No hace falta, Luca —lo interrumpió—, no es necesario que lo rememores si te hizo daño. Tan solo quiero que sepas que tu valentía me ha ayudado a ser yo mismo y que, si ella no te entiende y no te acepta, no es tu problema, es solo el suyo. ¡Ella se lo pierde! —gritó de

repente—. Ella se pierde tenerte a su lado, poder disfrutar de una persona tan maravillosa como tú.

Luca sonrió.

—Tienes razón, pelirrojo. Ella se lo pierde.

...

A la salida de clase tomaron el autobús y se dirigieron hasta la playa.

Caminaban hombro con hombro, cada uno sumido en sus pensamientos. Habían quedado con su grupo de amigos. Luca no los veía desde el incidente, y la verdad era que los había añorado todos y cada uno de los días de su autoimpuesto aislamiento. Ambos sabían cuál era el motivo principal de encontrarse ese día y en ese preciso lugar. No habían acordado nada, ni siquiera hablaron de ello, pero sus cabezas y sus corazones eran conocedores de que había llegado el momento de mostrarse ante sus amigos, ante las personas que los querían como hermanos y sabían que no los juzgarían.

—¿Estás seguro? —preguntó Luca Jeon.

—Sí, lo estoy.

Cruzaron la carretera y, al llegar a la playa, Jeon le tendió la mano a Ben, que la tomó sin atisbo de miedo o de duda. Así, con sus manos entrelazadas, caminaron por la arena.

A lo lejos escuchaban las risas de su grupo de amigos. Violet corría por la arena persiguiendo a Noah, mientras que Ellis, sentado sobre una gran toalla, los observaba. El primero que reparó en su llegada fue precisamente el recién llegado al grupo. Ellis Brown los contempló y su risa se cortó de golpe al reparar en sus manos entrelazadas.

Violet, juguetona, continuaba bromeando con su hermano, pero al girarse los vio y arrugó la frente, confusa; algo no le cuadraba en la escena. De repente, reparó en lo que le resultaba extraño y fuera de lugar: esas manos entrelazadas querían decir que ellos... Se tapó la boca para acallar un grito de sorpresa.

El último en verlos fue Noah y lo hizo gracias a los toques que le dio su hermana en un hombro indicándole la dirección por la que llegaba la pareja, pero, al contrario que el resto del grupo, Noah no se sorprendió, no le resultó extraño. Sabía que tarde o temprano terminarían juntos y se alegraba por ellos. Sonrió feliz y vocalizó un «Por fin».

—Hola, chicos. —Ben los saludó cuando llegó a su lado. No soltó la mano de Luca, sabía que todos habían reparado en ese gesto que indicaba sin lugar a dudas que habían cruzado la línea que separaba una simple amistad de una relación de amor.

—Hola —contestaron todos a la vez, y tras el *shock* del primer momento, la normalidad regresó. Luca Jeon y Ben Chester eran pareja, ¿y qué?, ellos seguían siendo los mismos, las mismas personas de antes, nada había cambiado.

—Por fin te dejas ver —dijo Violet dirigiéndose a Luca mientras se cruzaba de brazos mostrando su enfado—. Te llamamos cientos de veces, te dejamos mensajes e incluso fuimos a tu casa, pero tu abuela siempre nos decía que no estabas.

—Lo siento, lo siento mucho. —La mirada de Luca le mostraba sin tapujos su arrepentimiento.

—¿Crees que con un «lo siento» vale? —continuó Violet—. ¿Crees que dices «lo siento» y de forma mágica nos olvidamos de que nos diste de lado?

Como siempre que estaban todos juntos, Violet iba traduciendo todas sus palabras al idioma de los sordos, al igual que lo hacían Jeon y Ellis. El único que aún no tenía soltura con los signos era Ben, pero procuraba vocalizar para ser entendido en todo momento y que Noah no se sintiese

excluido.

Noah intervino moviendo las manos a gran velocidad:

Basta, Violet. Estoy seguro de que Luca se ha aislado porque lo necesitaba, así que deja de sermonearlo como si fueras su madre.

Violet lo miró con enfado, pero no dijo nada más.

Pasaron unos tensos segundos en los que todos permanecieron en silencio, pero de repente la llegada de un chico nuevo hizo que Violet reaccionara. Corrió hasta él y se lanzó a sus brazos. Lo acogió con cariño y, cuando se separaron, los miró. El enojo de Violet se había esfumado, pero así era ella, nunca le duraban los enfados.

—Este es Michael, mi novio —explicó con felicidad—. Michael, estos son mis amigos. —Uno a uno se los fue presentando.

La tensión que hasta ese momento había en el ambiente se evaporó y regresaron las risas, la complicidad. Todo quedó olvidado como si nada hubiese pasado.





Capítulo 28

*Cuando me llamas, yo florezco para ti.
Esta es la manera en la que el universo funciona.
Tú lo sabes, yo lo sé.
Tú eres yo, yo soy tú.
«Serendipity», BTS*

Era invierno. Atardecía, las temperaturas bajaron y los chicos decidieron hacer una fogata.

El grupo se sentó frente a Noah, era la mejor manera para que él pudiese seguir la conversación. El único que se acomodó a su lado fue Ellis, que se pegó tanto a él que sus hombros se tocaban; pensaba que así podía transmitirle algo de calor al delgado cuerpo de Noah.

Ben se sentó entre las piernas de Luca: su espalda, apoyada contra su pecho y los brazos de Jeon, envolviéndolo protector. Así, acurrucado, Ben disfrutaba del calor que el cuerpo de Luca emitía como si fuera un calefactor y las manos de Jeon tenían absoluta libertad para usar la lengua de signos.

La hoguera que habían preparado también les aportaba calor, confort y los iluminaba, pues, a pesar de no ser muy tarde, la oscuridad comenzaba a envolverlos.

Violet se apoyaba en el costado de su novio y sonreía dichosa.

—Existe una tradición. —De pronto, la voz de Luca interrumpió el silencio y sus manos se movieron para que Noah pudiera entender lo que iba a decir—. Cuando los miembros del club de los sin club se reúnen ante una hoguera, deben sincerarse ante el resto de los integrantes.

Todos lo miraron con total atención.

—¿El club de los sin club? —interrogó Michael.

—Es nuestro club —explicó Violet. Sabía perfectamente lo que Jeon pretendía. Por supuesto que ellos no pertenecían a ningún club, y si lo hicieran, jamás le habrían puesto un nombre tan absurdo. Y, por supuesto, no existía tal tradición. Estaba segura de que todo era una excusa para ser sinceros los unos con los otros, como lo haría una verdadera familia, para sacar de dentro los rencores, para exponer ante el grupo lo que los carcomía y que seguramente, si no lo hacían, terminaría haciendo mella en su amistad. ¿Qué mejor manera de exponerlo todo que aludiendo a una absurda tradición? Los demás también lo entendieron así; todos menos Michael, que acababa de llegar al grupo. Aunque sabía *grosso modo* lo que había sucedido, pues Violet se lo contó todo, desconocía las costumbres de los amigos.

—Pero yo no pertenezco a ese club —intervino Michael.

—Por supuesto que sí. Eres el novio de Violet, eso te convierte automáticamente en uno de nosotros —explicó Luca, a la vez que usaba la lengua de signos, como lo había hecho Violet tanto para traducirle a su hermano lo que ella decía como lo que decía Michael—. Además, te nombro miembro honorífico. Has conseguido que por fin Violet me deje en paz.

La aludida le golpeó un brazo, molesta.

—Violet, ¿qué quiere decir con eso? —le preguntó Michael, que parecía muy interesado.

—Bueno..., yo... Creo que me va a tocar ser la primera en confesarse ante el grupo. Verás, Michael, yo... Luca siempre ha ocupado y ocupará un lugar en mi corazón —soltó de golpe.

—¿Cómo? —Michael la miró molesto. Hizo el intento de levantarse, pero ella lo agarró de un brazo.

—Espera —le pidió—, él ocupa un pequeño lugar, uno diminuto, uno insignificante. En cambio, tú ocupas uno gigantesco, una enorme porción, así que no debes sentirte celoso.

El «ja» que salió de la boca de Luca fue precedido por un beso de Violet en los labios a su chico.

Entonces se quedaron en silencio unos segundos.

—Aún no he terminado. Quiero continuar con mi confesión. —Violet volvió a tomar la palabra—. He sido muy injusta con mi hermano.

Noah abrió mucho los ojos, sorprendido, y preguntó:

¿Por qué dices eso?

—En varias ocasiones me he escapado para que no vinieras conmigo. Me molestaba tener que llevarte a todos lados, cuidar de ti; incluirte en todas las conversaciones me agotaba. Pero eso fue antes, te juro que ahora no me importa.

—No tienes que pedir perdón, hermanita. Es normal que te molestase cargar conmigo a todos lados. Yo lo sabía, pero me gustaba seguirte, me encantaba hacer las mismas cosas que tú hacías. Te imitaba porque eres mi ejemplo a seguir.

Tanto Michael como Ben entendieron cada palabra de Noah, pues Ellis le hizo de intérprete.

Violet se levantó y, cariñosa, abrazó a su hermano. Cuando regresó a su lugar, le llegó el turno a quien se había inventado esa absurda tradición con la excusa de pedir perdón, de confesar todo lo que le pesaba en el corazón.

—Creo que soy el peor de todos, porque tengo que pedir perdón por varias razones y a varios miembros del club —dijo Luca—. En primer lugar, a Ellis. Cuando regresé a Larksville, tendría que haberte buscado porque dejamos muchos temas por resolver, muchas cosas pendientes, pero el miedo me hizo ser un cobarde. —Bajó la cabeza, avergonzado, aunque solo fue por un instante. De inmediato, fijó la mirada en Ellis Brown—. Por mi culpa, sufriste. En aquella época no tenía ni idea de lo que era el amor y no me porté todo lo bien que debí haberlo hecho. Sé que te enamoraste de mí y que te rechacé sin contemplaciones, sin delicadeza. Eras mi amigo y hui de ti. No fue hasta que experimenté lo mismo que tú en mis propias carnes que no me di cuenta de lo cruel que fui contigo. El amor no correspondido es tan doloroso...

»Mentí, mentí porque reconocí a Seilor y disimulé. Me escondí porque tenía la necesidad de empezar de cero, de dejar atrás el pasado. No quería comenzar con la carga de una historia llena de mierda, de malos momentos, de engaños y, qué ironía —una sonrisa que reflejaba tristeza se dibujó en su boca—, engañé e hice lo que juré que no volvería a hacer: me metí de nuevo en el armario, dejé de ser fiel a mí mismo, me disfracé de lo que no era.

Todos permanecían atentos a las palabras de Luca Jeon. Tan solo se escuchaba su voz, el mar y el crepitar de la leña. Ben permanecía con los ojos cerrados, tan próximo a él que podía sentir el latido de su corazón. Lo entendía, por supuesto que lo entendía, porque él también había experimentado el miedo, la necesidad de ser otro, de empezar de cero. ¿Cómo iba a censurarlo por todas las mentiras y enredos? No, no podía hacerlo. Luca Jeon era humano, un humano necesitado de cariño y comprensión.

—Aquí, junto a vosotros, mis amigos, mi gente, he sido tan feliz que no quería estropearlo todo y mentí —prosiguió—. Así que pido perdón a todos y cada uno de los miembros del club.

—Todos asintieron; por supuesto que le daban su perdón, no eran necesarias las palabras—. Violet —Luca clavó sus rasgados ojos en su amiga—, a ti en especial quiero pedirte perdón. —La chica lo miró sin entender a qué se refería—. En muchas ocasiones he sido un tremendo imbécil, te he tratado muy mal... Pero no quería que te enamorasas de mí porque temía perderte como amiga, y eso es lo único que puedo ofrecerte.

Violet suspiró con intensidad, negó con la cabeza y su sonrisa iluminó la noche.

—Nunca dejaré de ser tu amiga, tu mejor amiga —recalcó—. ¿Y amarte? Desde el minuto uno, desde el primer instante en el que te vi, me enamoraste. Eso no lo puedes frenar. —Notó como Michael se tensaba y corrió a puntualizar sus palabras—. Pero a ti te amo más —le dijo con una dulce sonrisa que derritió el corazón de su chico—. De todas maneras, nunca me ha molestado tu forma de tratarme porque sé que en el fondo me adoras.

Por unos segundos, todos se quedaron en silencio, cada uno luchaba con sus fantasmas. Y entonces le llegó el turno a Ellis.

—Me alegra ser miembro de este club. Sé que llegué hace poco, pero me he sentido muy querido y aceptado por todos. —Sus ojos se clavaron en Chester, que, avergonzado, bajó la mirada—. No te sientas mal, Ben. Entiendo tu reticencia a aceptarme y sé que con el tiempo podremos ser buenos amigos. Necesito... Quiero que sepas que nunca aceptaré el comportamiento de mi hermano y te pido perdón en su nombre, porque sé que él está tan enfermo que no es capaz de ver el mal que te ha hecho. Me avergüenza... —Ambos se miraron a los ojos. Ben asintió, conforme, y se juró que a partir de ese día haría todo lo posible por conocer a Ellis, por no juzgarlo—. Pero creo que, en especial, debo pedirle perdón a Luca Jeon. Ahora, tras escuchar tus palabras, soy consciente de que nos hicimos daño mutuamente. Ambos sufrimos, cada uno de una forma diferente, pero ese dolor nos hizo distanciarnos. No actué bien, en el amor no todo vale y no se puede forzar a nadie... No se puede hacer que nos quieran. Quise obligarte a que me amaras y, cuando recibí tu negativa, te odié, te culpé de todo lo malo que me pasaba. Fui muy injusto. Lo siento, Luca, lo lamento mucho.

—Empecemos de cero —dijo Luca, y le tendió una mano, que Ellis estrechó con determinación.

—No solo quiero pedir perdón —prosiguió Brown. Hasta ese momento, Violet era la que había estado traduciendo todas las palabras de Ellis para que Noah las entendiera a la perfección porque no podía ver sus manos, ya que ambos estaban sentados uno al lado del otro. Pero en ese momento Ellis se colocó frente a Noah. Deseaba ser él, con su recién aprendida lengua de signos, quien le dijera a la cara las palabras que necesitaba sacarse de dentro—. También quiero darle las gracias a alguien especial, alguien que ha entrado en mi vida para ayudarme a comprenderme, a superar... —Tragó saliva, pues un nudo le apretaba la garganta—. Gracias, Noah, por tu apoyo, porque gracias a ti puedo pertenecer a este club. —Señaló a sus amigos. Noah lo miraba atento, con los ojos brillantes—. Espero que no suene mal, pero cada día doy las gracias por aquella tarde de cine. Ahora no me siento solo, ya nunca más estaré solo.

La luz que aportaba el fuego le mostró las mejillas de Noah, que se habían teñido de un rojo intenso. Ellis le sonrió e hizo la intención de regresar a su lado, pero Noah le pidió que continuara frente a él.

Ahora me toca a mí. La verdad es que, por más que pienso, no recuerdo ninguna circunstancia en la que deba pedir perdón.

—Porque no tienes ninguna falta, amigo. Eres lo mejor que ha entrado en nuestras vidas —aportó Luca.

No exageres, no soy un santo, también tengo mis fallos.

Tomó aire con fuerza y prosiguió:

Lo que sí quiero es daros las gracias porque me hacéis sentir uno más del grupo,

porque os preocupáis de mí, me cuidáis, y junto a vosotros me siento una persona normal.

—No quiero que vuelvas a decir eso —lo reprendió Ellis con severidad—. Tú eres normal, único, especial y normal.

Noah asintió y le sonrió.

Entonces Ellis se acomodó a su lado.

—Creo que ha llegado mi turno —intervino Ben—. La primera persona a la que quiero pedir perdón es a Luca. —Se giró entre sus brazos para poder mirarlo a los ojos. Violet era quien traducía sus palabras a Noah—. Siento haber perdido el tiempo pensando y pensando en lo absurdo que era sentir algo por ti. Me arrepiento de no haberte abierto mi corazón desde el primer día que te vi parado delante de la clase con esa seguridad que tanto envidié. Lamento haber tardado en comprender que eres tú y solo tú con quien deseo estar.

—Nunca es tarde, pelirrojo. Necesitabas tu proceso de adaptación. Conocerse a uno mismo no es nada sencillo.

Ben asintió, depositó un tierno beso sobre sus labios y volvió a apoyar la espalda en el pecho de Luca.

—Ellis, siento haberte odiado sin razón ninguna —soltó tras un par de segundos en silencio.

—¿Sigues odiándome?

—Bueno, ahora me caes algo mejor.

—Eso es bueno —dijo Ellis.

—Me has demostrado que no eres como tu hermano.

—Para nada, detesto su forma de ser.

—Además, hemos hecho una promesa, ¿verdad? —Todos asintieron—. También quiero darle las gracias a Violet por aceptarme tal y como soy desde el instante en el que nos conocimos. Y a ti, Noah —Ben usó la lengua de signos, había estado practicando y necesitaba demostrarle a su amigo lo mucho que deseaba poder comunicarse con él de una forma más fluida—, nunca dejaré de agradecerte lo bueno y comprensivo que has sido conmigo. Tus palabras sabias, tu forma de ver la vida, han sido de gran ayuda para comprenderme y comprender. Gracias, amigo, te quiero.

La sonrisa de Noah se hizo enorme y brillante. Con los dedos, dibujó un corazón.

—Vaya, chicos, me habéis emocionado. —Y era cierto, por las mejillas de Michael caían lágrimas, que él se apresuraba a secar—. Me siento afortunado de pertenecer a este club.

Violet se lanzó a sus brazos.

—Pero qué mono eres —le dijo entre besos y risas.



Capítulo 29

*La mañana vendrá de nuevo,
porque no hay oscuridad ni estación
que pueda durar eternamente.
«Spring Day», BTS*

Sábado, por fin sábado. La semana había sido intensa con algún que otro examen que le había impedido ver a Luca todo lo que le hubiera gustado, pero era sábado y no pensaba tocar un libro, dedicaría el día a su chico.

No necesitó el desagradable sonido del despertador; se levantó a las diez en punto, con la emoción de poder pasar el día con Jeon.

Se desperezó, cerró los ojos y, como si estuviera frente a él, la imagen de un sonriente Luca se dibujó en su mente de forma natural, porque él lo ocupaba todo en su mundo, porque se conocía sus facciones de memoria. Sus preciosos ojos rasgados y esos hoyuelos que se le marcaban cada vez que en su boca se dibujaba una de sus bonitas sonrisas. Era tan asombrosamente real que pensó que si extendía los brazos podría incluso llegar a tocarlo. Tenerlo frente a él, aunque tan solo fuera producto de su imaginación, le resultaba tan apetecible que un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Se levantó lleno de energía y lo primero que hizo, tras ponerse las gafas, fue llamar al causante de sus noches húmedas, de sus pensamientos más calenturientos, de que su imaginación lo guiase hasta sus brazos noche tras noche.

—Buenos días, pelirrojo.

Escuchó al otro lado de la línea la voz soñolienta de Luca Jeon y, sin poder evitarlo, sus mejillas se tiñeron de su rojo característico tan solo al recordar el sueño que esa noche le había conducido en busca de desahogo. Ansiaba tanto esa primera vez entre ellos que todos sus sueños tenían el mismo tema, aunque a la vez lo temía, ya que desconocía por completo qué debía hacer, cómo debía hacerlo. Todo era extraño, nuevo. Había intentado buscar información visualizando vídeos que, lejos de parecerle excitantes, le habían desagradado, haciendo que su confusión aumentara. Saber más sobre el sexo entre hombres, lejos de ayudar, le estaba produciendo más ansiedad.

—¿Te he despertado? —preguntó con timidez.

—Uhh.

No le dio tiempo a continuar con la conversación porque, de repente, la puerta de su cuarto se abrió y Blanche entró como un torbellino.

—¡Mamá! —protestó Ben por la irrupción de su madre, y, protector, se llevó el móvil al pecho como si necesitase apartarlo de ella.

—Buenos días, hijo —lo saludó con tono cantarín—. ¿Estás hablando con Luca? —

preguntó, señalando el teléfono, que Ben parecía querer proteger como si le fuera la vida en ello. Ben asintió y Blanche alargó una mano—. Dámelo —le ordenó.

—¿Por qué? —La miró molesto.

—Benjamin Chester, dame el móvil ahora mismo.

Le costó obedecer, pero lo hizo y, con estupor, contempló como su madre no colgaba, sino que se colocaba el aparato en la oreja.

—Hola, Luca, cariño. ¿Qué tal estás? —Él debió contestar al otro lado porque Blanche sonrió y soltó un par de «Ajás»—. Siento interrumpir, pero Ben se va a pasar toda la mañana estudiando, aunque quizá por la tarde le dé permiso para salir.

Ben protestó con energía y la miró con rencor, pero Blanche no pensaba rectificar. Se despidió de Luca y lo enfrentó.

—Tus notas han bajado mucho, no voy a permitir que te cargues el curso.

—Pero es sábado.

—Lo siento mucho, Benjamin, es lo que hay.

—¿Puede venir Luca?, así estudiamos juntos —preguntó, esperanzado.

—De eso nada, que nos conocemos. Sal a desayunar. Ah, y esto me lo llevo —le mostró el teléfono—, no quiero que caigas en la tentación.

Sin más, salió de la habitación, dejando la puerta abierta y a Ben tan enfadado que tuvo que reprimir sus ganas de gritar.

La mañana se pasó tediosa. A las fórmulas y problemas complejos se unió su frustración por no poder ver a Luca.

Pero Ben siempre había sido tan obediente que ni se planteó la posibilidad de dejar volar su imaginación y dejar de lado los estudios. Además, su madre tenía razón: sus notas habían bajado mucho y deseaba terminar ese curso con las mejores calificaciones de la clase, por eso se había esforzado todo el año, así que no paró hasta la hora de comer.

Su madre no tuvo piedad y, a pesar de sus ruegos, tuvo que encerrarse de nuevo en su habitación y continuar con la tarea.

—Hola, hermanito, vaya manera de estudiar. —Liam acababa de entrar en la habitación y lo había pillado dormido sobre los libros y los papeles—. Límpiame la baba.

—Liam. —Se alegró tanto de ver a su hermano que se lanzó a sus brazos—. Hermano, ayúdame, estoy preso en mi propia casa —lloriqueó—. Mamá me tiene encerrado desde esta mañana. Ha secuestrado mi móvil.

—Te lo has ganado por bajar las notas.

—¿Ahora la apoyas?

—Ahora se está comportando como una madre de verdad, así que sí, la apoyo.

—Pues vaya mierda —se quejó Ben, enfurruñado.

—Pero ha llegado tu hermano el salvador.

—¿Vienes en mi rescate? —preguntó, esperanzado. Aún quedaba bastante tarde por delante, quizá no estaba todo perdido.

—Por supuesto, vengo a sacarte de tu encierro. ¿Has estudiado mucho?

—Sí, sí, muchísimo, te lo prometo.

—Me cuesta creerte, te he pillado dormido.

—Te juro que solo ha sido una cabezadita.

Liam lo creyó, siempre era tan responsable que estaba seguro de que había obedecido sin apenas rechistar.

—Oye, Liam, ¿a qué se debe tu visita? Pensé que te ibas mañana de viaje.

—Mamá me ha llamado. Quiere que tengamos una cena de familia.

—¿Para celebrar que ella también se va mañana de viaje?

—Pues quizá sea eso, o tal vez que por fin estamos actuando como una familia.

—Y me gusta que así sea. —Los ojos de Ben mostraban felicidad y Liam le revolvió el pelo con cariño.

—Esto es lo que siempre he querido para ti.

—Lo sé, hermano, lo sé.

—¿Te sientes cómodo?

Ben asintió.

—Poco a poco, las cosas se van normalizando. Mamá ha dejado de pedirme perdón a todas horas y no es tan estricta como antes, aunque me exige cuando lo tiene que hacer. Eso sí, es dialogante y pasa mucho más tiempo en casa. No sabes lo que me ha costado convencerla para que haga ese viaje.

—Ya, lo sé, me lo comentó. Estaba preocupada. No quiere volver a ser la misma madre ausente.

—Y no lo va a ser, estoy seguro.

—Todos hemos aprendido la lección —dijo Liam con voz triste.

—¡Chicos, a poner la mesa! —La voz de Blanche les llegó desde la cocina.

—Vamos, enano.

Ben salió feliz, por fin se había terminado su encierro.

—¿Crees que mamá me devolverá el móvil?

—¿Quieres llamar a Luca? —La mirada de Liam expresaba picardía—. ¿Añoras a tu amorcito?

Ben lo miró furioso y, como señal de enfado, le adelantó. Caminó hacia la cocina mientras tras él escuchaba perfectamente las carcajadas de su hermano.

Entre los dos pusieron la mesa mientras Blanche terminaba de preparar la cena.

—Pobre niño enamorado que no ha podido ver hoy a su novio —se burló Liam.

—Shhh, calla, loco. —Ben le señaló la cocina indicando su temor a que su madre lo escuchase.

—Tarde o temprano, se lo tendrás que contar a mamá.

—No es eso lo que temo, me preocupa que te escuche y terminéis los dos burlándoos de mí.

—¿No te asusta que se entere?

—No, ya lo sabe —le dijo con tono irónico, tras sacarle la lengua en una clara mueca de burla.

Liam se sorprendió tanto que sus ojos se abrieron como platos y se tapó la boca con las dos manos para impedir que un grito se escapase de ella.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —le interrogó con curiosidad.

—Nos vio besándonos —susurró Ben, y de repente su cara se tiñó con ese rojo tan peculiar.

—¿En serio? ¿Y qué dijo? ¿No le dio un infarto?

Blanche, que acababa de entrar en el salón y había escuchado parte de la conversación de sus hijos, se rio a carcajadas.

—No, no me dio un infarto; todo lo contrario, me puse muy contenta. Por fin uno de mis hijos tiene novio.

Ambos la miraron sorprendidos, les había pillado desprevenidos.

—Por lo que veo, tienes muy claro que estoy solo. La verdad es que no entiendo por qué piensas que yo no tengo a nadie especial. —Liam intentó que su tono sonase molesto, pero era

tan transparente que se notó que no era así—. Quizá yo también tenga pareja.

—¿De verdad, Liam, tienes a alguien? —Blanche lo miraba con escepticismo.

—No, ya quisiera yo, qué va —dijo con tristeza—. Estoy más solo que una rata. —Su tono teatral y sus gestos exagerados provocaron las risas de Ben y de Blanche.

—Lo tienes difícil, hermano, ¿quién te va a soportar? —intervino Ben entre carcajadas.

—Ja, ja y ja. Que sepas que soy un partidazo —dijo con entusiasmo—. Oye, mamá, tengo una idea, ¿qué te parece si llamo a Luca y le digo que venga a cenar con nosotros?

—Oh, me parece genial. —Blanche aplaudió, encantada, mientras un «No» contundente salía de la boca de Ben, uno sonoro y rotundo.

—No hay quien te entienda. Hace un ratito estabas lloriqueando: «No tengo mi móvil, quiero hablar con mi novio» —imitó una voz chillona que hizo que se ganara una mirada de odio de Ben—. ¿No tienes ganas de ver a Luca? ¿No lo has echado de menos?

—Tengo ganas, pero no quiero que le deis la murga y que mamá le suelte un sermón o le bombardeéis a preguntas.

—Te prometo que me portaré bien, seré buena. —Pestañeó unas cuantas veces intentando mostrar su lado más dulce, pero lo que consiguió fue más bien una mueca extraña y un tanto terrorífica.

Liam, que no tenía la más absoluta intención de hacerle caso a Ben —como solía suceder en la mayoría de los casos—, sacó el móvil de su bolsillo y, sin dilación, marcó el número de Luca.

—Eh, tío, ¿cómo va todo? —Ben intentó arrebatarse el teléfono, pero Liam era más rápido—. Oye, ¿te apetece cenar con nosotros? —La voz de Luca le llegaba lejana, pero, según parecía, estaba diciéndole que sí, pues los ojos de Liam brillaban traviesos— Genial. Te esperamos. —Lo escuchó decir y, de repente, las energías desaparecieron, obligándolo a dejarse caer sobre una de las sillas y llevarse las manos a la cabeza temiendo lo que iba a suceder cuando Jeon fuera el blanco de su madre y de su hermano. De uno en uno era fácil soportarlos, pero juntos iban a ser una bomba.



Capítulo 30

*Cuando te quedas sin aliento, necesitas saber que está bien parar.
No tienes que correr sin saber por qué.
Está bien si no tienes un sueño.
Si tienes momentos donde sientes felicidad.
No corras sin saber el propósito.
«Paradise», BTS*

Luca no tardó en llegar, parecía que había estado esperando la llamada.

Cuando el timbre sonó, el corazón de Ben se aceleró tanto que temió que se saliera de su pecho y terminase dando botes por el salón.

Corrió para abrir la puerta, pensó que sería mejor que a quien viera primero fuera a él y no a uno de los dos locos que tenía por familia.

—Hola, pelirrojo —lo saludó.

—Hola. Pasa. —Le hubiera gustado prevenirle, rogarle que se fuera. Pero Liam se adelantó y, tras empujar a Ben, tomó a Luca entre sus brazos palmeando su espalda con efusividad.

Como era su costumbre, Jeon se quitó las zapatillas y caminó hasta el salón, donde Blanche los esperaba. Luca la saludó con una inclinación respetuosa que la hizo sonreír.

—Eh, Luca, qué *cool* tu estilo —intervino Liam.

Solo entonces Ben se fijó en cómo iba vestido. A él le pareció el Luca de siempre, con una de sus camisetas negras y pantalones pitillo. El Jeon de siempre, su Luca Jeon.

—Gracias —contestó, y una bonita sonrisa perfiló su boca.

Los temores de Ben se fueron disipando conforme pasaba la velada. No hubo momentos tensos ni preguntas indiscretas, todo fluyó de manera natural, como si tuvieran la costumbre de cenar juntos de vez en cuando. Pero claro, con Luca todo era sencillo; él se mostraba al natural, conversaba, sonreía y se metía en el bolsillo, sin ser consciente, sin poner empeño en ello, a todos los que lo conocían.

La cena estaba buena y Luca Jeon lo mencionó casi con cada bocado que daba, y eso le encantó a Blanche, que, orgullosa, se infló como un globo.

Jeon no dejó ni una miga en su plato y agradeció el trabajo que Blanche se había tomado en preparar cada alimento.

—Luca, ayúdame a quitar la mesa —le propuso Blanche.

—Iré yo. —Ben se incorporó al instante, su cara de terror expresaba su absoluta disconformidad. Sabía que esa propuesta no era para nada inocente o casual: Blanche quería quedarse a solas con Luca, seguramente para sacarle información.

—Tú te quedas aquí con tu hermano, Luca será quien me ayude. —Era una orden y Ben se encontraba entre la espada y la pared.

—Vamos, Ben, veremos un poco la televisión —propuso Liam, que lo tomó de una mano y tiró de él hasta llevarlo al sofá.

Ben caminó tras su hermano, nada conforme, con la mirada clavada en Jeon, que con su sonrisa le decía sin palabras que no debía preocuparse, al fin y al cabo, era experto en tratar con adultos.

Con total impotencia, vio desaparecer a Luca y a su madre por el pasillo que llevaba a la cocina. Iban cargados con los platos que quedaban en la mesa y su conversación parecía de lo más relajada.

—Tranquilo —lo alentó Liam—, no se lo va a comer.

—Lo sé, pero me preocupa que mamá le haga el tercer grado.

—No creo que debas preocuparte. Me parece que Luca Jeon sabe cuidarse muy bien y estoy seguro de que mamá terminará comiendo de su mano.

Eso a Ben no le cabía duda; lo conocía demasiado bien, y sabía manejar cualquier situación.

Sentado en el sofá al lado de su hermano, contemplaba sin ningún interés el programa de televisión que se emitía en esos momentos.

Liam, en cambio, parecía totalmente abducido por la televisión, hasta que una llamada lo obligó a dejar el programa y contestar. Se excusó con su hermano.

—Es algo importante del trabajo —le dijo. Se levantó y salió a la calle para hablar con tranquilidad.

Ben aprovechó la situación, estaba solo y muy nervioso. Su sentido de la responsabilidad le decía que no debía moverse, pero la curiosidad fue más fuerte y, sintiéndose culpable, tras soltar un suspiro de frustración, se encaminó intentando ser silencioso a la cocina.

Se quedó en el dintel, apoyado en la pared; no necesitaba verlos, tan solo quería escuchar la conversación, solo eso...

—No debe preocuparse, señora Blanche —le decía Luca a su madre—, yo cuidaré de Ben...

—Lo sé, lo sé, y la verdad es que eso me tranquiliza. Yo solo... Solo quiero que Ben sea feliz. Me asusta que sufra, siempre ha sido un niño tímido, retraído, de carácter débil.

Odió escuchar esas palabras, detestó que fuera a Luca a quien se las decía; le hacía parecer un niño indefenso, débil, y no quería que Luca lo viera así. Apretó los puños y su cara se congestionó expresando su molestia. ¿Qué estaba haciendo su madre?

—Disculpe que no esté de acuerdo con usted, señora Blanche —se dirigió a ella con absoluta formalidad—. Sí es cierto que Ben es tímido, pero para nada tiene un carácter débil. Ben es un hombre fuerte, el más fuerte que he conocido en mi vida. —Ben sonrió. La palabra «hombre» refiriéndose a él le había sorprendido tanto como gustado. ¿Él lo veía así? ¿Pensaba que era un hombre de carácter?—. Lo que ha vivido lo ha obligado a transformarse en una persona precavida. Intentaba pasar desapercibido porque era la única manera de librarse de los abusos, pero eso no quiere decir que sea débil; muy al contrario, es tan fuerte que ha sabido, él solo y sin ayuda, sobrevivir.

Ben escuchó como su madre soltaba un profundo suspiro. Tras eso, la cocina se quedó en silencio, y este se prolongaba tanto que decidió echar una mirada. Se asomó con cuidado, no quería ser descubierto.

A pesar de la distancia, pudo ver con total claridad la sonrisa feliz de Blanche.

—Me has gustado desde el principio —le dijo a Luca—, pero ahora no solo me gustas, ahora sé que mi hijo tiene una pareja maravillosa que le va a hacer feliz.

Ben tuvo que dejar de espiar porque escuchó como se abría la puerta de la calle, y eso quería decir que Liam regresaba.

Decidió dejar su labor de espionaje y regresar al sofá, donde se sentó y puso su cara de niño bueno.

No tardaron mucho en volver de la cocina. Blanche se había agarrado del brazo de Luca y ambos venían riendo, como si esas pocas palabras que habían intercambiado en la cocina hubieran logrado una unión profunda entre los dos.

Ben los contempló con orgullo y feliz. Por fin las cosas marchaban, por fin su vida se llenaba de paz, de amor.

—Bueno, creo que va siendo hora de irme a casa —dijo Luca.

—¿Tan pronto? —La protesta de Ben vino acompañada de una mirada furibunda a su madre. Por su culpa, lo que podría haber sido un sábado disfrutando de Luca se había convertido en un tedioso día entre libros y con tan solo unas pocas horas de disfrute. Apenas había podido hablar con Luca y ni siquiera lo había podido besar, y se moría de ganas de hacerlo.

—Yo también me voy. Me han llamado del trabajo, ha surgido un problema —explicó Liam—. Luca, te acerco a casa.

Y así quedaron las cosas. Ben contempló con tristeza como Jeon se marchaba acompañado de su hermano, sin ni siquiera haberle dado un beso de despedida.

Él, a modo de protesta, se encerró en su habitación nada más quedarse a solas con su madre.

Se puso el pijama, se lavó los dientes y, aferrado al móvil, se sentó en la cama, a la espera de que Luca le escribiese un wasap cuando llegase a su casa.

Los dos golpes que sonaron en la puerta no le sorprendieron; estaba seguro de que su madre iba a irrumpir en cualquier momento en su cuarto y a ordenarle que se pusiese a estudiar. Pero no pensaba obedecer, estaba cansado y frustrado, esa vez no iba a ser el niño bueno y obediente que quería su madre.

—Ben, ¿podemos hablar? —Blanche asomó la cabeza tras dar los dos golpecitos de rigor indicándole que iba a entrar.

—Si vienes para decirme que me ponga a estudiar, ya te puedes marchar porque estoy cansado, no pienso tocar un libro —le contestó con tono seco.

—Vaya, ¿quién eres tú y qué has hecho con mi pequeño niño? —le preguntó, asombrada, pues Ben nunca le había hablado con tanta soltura. No estaba en absoluto enfadada; más bien, le gustaba la transformación de su hijo, que por fin sacaba los pies del tiesto.

Ben resopló.

—Venga, bah. Di lo que tengas que decir —la alentó.

—Vale, vale, voy al grano. —Le tendió lo que llevaba entre las manos y en lo que Ben no había reparado hasta ese momento—. Toma.

Era una cajita de tamaño medio, sin etiquetas ni marcas que le pudiesen dar una pista de su contenido.

—¿Y esto? —La movió sopesando qué habría en su interior.

—Para ti, Ben. Vamos, ábrela.

—¿Es un regalo?

—Bueno, más o menos.

Ben se encogió de hombros y la abrió. Contempló el interior con los ojos muy abiertos por la sorpresa y después miró a su madre.

—Pe-pe-ro... ¿Y esto?

—Esto es la vida, Ben.

—¿La vida? —Chester pensó que quizá su madre se hubiera vuelto loca, ¿qué tipo de respuesta era esa? ¿Cómo le daba eso... con tanta naturalidad?

—Sí, cariño. Es la vida, y en ella suceden cosas malas, pero también cosas maravillosas que logran hacernos felices, y dentro de esas está amar con el alma y con el cuerpo.

Ben contempló de nuevo el interior de la caja. Dentro, colocados pulcramente, había una larga tira de preservativos y un tubo de lubricante, que por lo que rezaba la etiqueta tenía sabor a fresa, su sabor preferido.

—Mamá, esto, esto no sé... —Estaba escandalizado. ¿Cuándo se había modernizado tanto su madre?

—Ben, cariño, no te avergüences de tener sexo. Es bueno, y más cuando hay amor de por medio. Tendemos a pensar en el sexo como algo tabú, y no es así, es algo natural, algo de lo que debes disfrutar. Además, prefiero que lo hagas en casa, en una cama, en la seguridad de tu hogar, que no en vete tú a saber qué antro sucio.

Ben estaba sin palabras. Avergonzado, cerró la caja y la dejó sobre la cama.

—Yo..., yo no creo que vaya... Bueno, ya sabes. No creo que...

—Quizá no sea ahora, quizá tardes en hacerlo, pero lo harás. ¿Te crees que no sé lo que es desear a alguien?

—Por favor, mamá, no digas eso. —No sabía dónde mirar, escuchar la palabra «deseo» en la boca de su madre era más de lo que podía soportar—. Esto es incómodo... ¿Podemos dejarlo ya?

—No, aún no he terminado. —Un extraño sonido de desesperación salió de la boca de Ben—. Mi vida, sé que esta sociedad aún no está preparada para aceptar a personas tan maravillosas como tú, pero quiero que sepas que en tu casa siempre tendrás tu refugio, que aquí estarás seguro y que jamás consentiré que nadie te vuelva a dañar. —Tocó una de sus mejillas con tanto amor que su calidez lo ayudó a sobreponerse de la vergüenza y elevó los ojos para mirarla—. Que nadie te haga dudar, que nadie te haga sentirte inferior. No dudes de lo que amas, nunca permitas a los demás marcar tu destino. Tu vida es solo tuya. Nadie tiene derecho a decir a quién debes amar.

Ben asintió. Esas palabras le hicieron sentirse más libre, más seguro.

—Te quiero, Ben. Te quiero mucho, hijo. —Lo alentó a levantarse de la cama y lo tomó entre sus brazos.

—Yo también te quiero, mamá. Pero no hace falta que me comas a besos cada dos por tres.

Se separaron y Blanche le sonrió.

—No te quejes tanto, tengo que recuperar el tiempo perdido. —Le revolvió el pelo de forma cariñosa—. Los dos tenemos que recuperarlo.

—Y lo haremos.

—Ben..., me da mucha rabia... He intentado posponer mi viaje, y más ahora que volvemos a ser una familia, pero mi jefe me ha dado un ultimátum y mañana me iré temprano. Cuando te despiertes, ya no estaré en casa.

Ben puso los ojos en blanco.

—No debes preocuparte, ¿vale? Voy a estar bien y sé que nada va a ser como lo era antes, que vas a hacer todo lo posible por estar más en casa.

Blanche lo abrazó de nuevo.

—Gracias, gracias por ser tan comprensivo. —Lo besó con cariño en ambas mejillas y caminó hasta la puerta. Antes de atravesarla, miró a su hijo—. Te llamo cuando llegue a Milton^[11]. Suerte en tus exámenes.

Ben asintió, sonrió y la despidió con la mano.



Capítulo 31

Cuando cierro mis ojos, veo tu luz en la oscuridad.

Ilumina el camino para mí.

Sigamos caminando hacia delante.

Tú y yo.

Eres mi luz.

«Lights», BTS

Ben se levantó con el sonido del despertador, era domingo y estaba solo. Blanche se había marchado a Milton por temas de trabajo y él tenía todo un maravilloso día por delante, libre.

—Libre —dijo en voz alta, y se sintió extraño.

«Qué raro es el ser humano», pensó. Había disfrutado de esa libertad durante bastantes años, pues su madre siempre estaba ausente, y lo odiaba; pero, ahora que todo había cambiado, que su madre ejercía como tal, se iba un solo día y se jactaba de poder disfrutar de libertad. Sonrió por lo irónico de la situación, pero no le dio excesivas vueltas al asunto. Iba a disfrutar de lo que tenía sin pensar en nada más.

Y así lo hizo. Pasó todo el día con Luca y su grupo de amigos. Estuvieron fuera hasta que se hizo tarde; al día siguiente había clase y exámenes, así que cada uno se fue a su casa.

Ben se dio una buena ducha. Durante la cena su madre le llamó y conversaron un buen rato. Repasó un poco para el examen y se metió en la cama.

Dos toques en el ventanal de la habitación le hicieron incorporarse. Sabía quién estaba al otro lado, no era la primera vez que se colaba en su casa.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó tras abrir el ventanal.

—¿No me dejas entrar? —Temblaba como una hoja en un día de viento, el frío era intenso a esas horas.

—Pasa, loco. —Ben se hizo a un lado y, cuando él no lo veía, sonrió feliz; le gustaba que Jeon hiciera esas locuras, llenaba su vida de color.

—¿Estás solo? —Ben no respondió a su pregunta, demasiado bien sabía que Blanche no regresaba hasta el lunes por la noche—. ¿Qué hacías, pelirrojo? —le preguntó mientras se descalzaba y se arrojaba sobre la cama.

—Ponte cómodo —le dijo con ironía—. Intentaba dormir. —Ben se acomodó a su lado—. ¿Te quedas a dormir? —le preguntó.

—¿Me dejas? —Su voz sonó emocionada y Ben asintió con efusividad—. Genial —dijo con entusiasmo—, voy al baño. Déjame un pijama.

Ben se levantó de la cama con Luca, abrió uno de los cajones y sacó uno de sus pijamas, se lo tendió y Luca entró en el baño.

Ben reparó en la caja que le había regalado su madre, estaba sobre la mesa y decidió esconderla. Si Luca la veía, ¿qué iba a pensar de él? Pero no fue demasiado rápido, y Luca salió del baño con el pijama puesto y con su uniforme pulcramente doblado entre sus manos, estaba tan seguro de que Ben le iba a dejar quedarse que había venido preparado para ir al día siguiente a clase.

Dejó las prendas sobre la silla que usaba Ben para estudiar y se acercó a él. Permanecieron de pie, sin mirarse, sin ni siquiera rozarse.

—Pelirrojo... —Luca se decidió a romper el pesado e incómodo silencio—, si te es más cómodo, de verdad que no me importa dormir en el sof...

Ben no lo dejó terminar, tomó una de sus manos y negó.

Caminaron los pocos pasos que los separaban de la cama cogidos de las manos.

—¿Estás bien? —le preguntó Luca con tono preocupado. Ben asintió e intentó componer una sonrisa—. Pelirrojo, ¿qué escondes ahí? —Luca se acababa de percatar de que Ben intentaba de manera infructuosa ocultar algo a su espalda.

—Na-na-da —intentó disimular, pero siempre se le había dado fatal mentir.

—Vamos, enseñámelo. —Luca acompañó su petición extendiendo una mano.

—No-no. —Con toda la velocidad que pudo, Ben intentó abrir un cajón de la mesilla para esconder la caja, pero Luca era mucho más rápido y ágil que él y, de un tirón, se la quitó.

Sus achinados ojos se abrieron todo lo que su fisonomía le permitía, que no era mucho, y contempló con asombro el contenido de la caja.

—Vaya, señor Chester, veo que va usted al grano.

—No-no es-es lo que parece. —Intentó recuperarla, pero Luca no se lo permitió—. Me lo ha dado mi madre.

—¿En serio? —Luca lo contempló, totalmente descolocado—. ¡¿De verdad?! ¡Guau!, tú madre es de lo más *cool*.

—Sí, sí, muy *cool* —dijo con ironía.

—Pelirrojo —llamó su atención, y Ben dejó de mirar la dichosa caja para fijar los ojos en él—. No debes preocuparte por esto. —La señaló—. Que tengas estas cosas no quiere decir que debamos usarlas. Si no estás preparado, no pasa nada, lo entiendo. Iremos despacio, paso a paso. Podemos dormir abrazad... —Pero su discurso quedó acallado, pues Ben tomó el mando de sus sentimientos y lo arrojó sobre la cama para colocarse a horcajadas sobre él.

—Bueno, o podemos hacer cosas como estas... —susurró Luca tras recuperarse del impacto, de la sorpresa, pero de nuevo Ben lo hizo callar, solo que esa vez fue con un largo y húmedo beso.

—Estoy cansado de contenerme, de negarme lo que deseo —le dijo entre jadeos.

Las manos temblorosas de Chester se colaron por debajo de la camiseta en busca de su piel desnuda, pero, no conforme con ese poco contacto, necesitado de sentir más, con torpeza, logró quitársela, y sus labios besaron con presteza y con hambre cada porción de su piel que quedaba a su alcance. Primero el cuello, luego el pecho. Ben se sentía intrépido. A pesar de no saber lo que estaba haciendo, tomó el mando. Tan solo se movía por instinto, por deseo.

—Ben Chester, eres como una bomba a punto de estallar —susurró Luca entre jadeos.

—Y tú eres mi mecha.

—Qué romántico, señor Chester. —Una ronca carcajada salió de su boca.

Entre caricias y besos se desnudaron el uno al otro. Libres de las capas de tela que los separaban, por fin, por primera vez, sus cuerpos se tocaron, se rozaron, se sintieron.

Ben estaba tan saturado por las sensaciones que le producían el roce de sus pieles, sus labios

besando, los sonidos de sus respiraciones, los jadeos que salían de sus bocas, que pensó que iba a estallar como esa bomba a la que había aludido Luca.

El Ben liberado de miedos, el intrépido, el Ben desinhibido decidió que ya era hora de culminar lo que había empezado. Las ganas eran muchas y su cuerpo exigía liberarse. Así que tomó de la caja regalo de su madre, que había terminado tirada en el suelo, el lubricante y uno de los preservativos.

Pero fue Luca quien lo ayudó, quien lo preparó y se tumbó en la cama a la espera de Ben.

Lo hicieron cara a cara. Luca deseaba mirarlo a los ojos, no quería perderse ni una sola de sus expresiones. Fue él quien lo guio hasta su interior y quien lo alentó a moverse.

—Si pierdo el control —le susurró Ben entre jadeos—, si me pierdo, por favor, párame, no quiero hacerte daño. —Con infinita ternura, le acarició una mejilla; con cariño, lo besó, con amor, con tanto amor que el sexo dejó de ser solo piel, desahogo y pasó a ser una muestra de lo que ese amor infinito significaba para ambos.

—No tengas miedo, todo irá bien —susurró Luca.

En un principio los movimientos de Ben fueron lentos, torpes, sin ritmo, como los de un novato, como lo que era.

Pero a Luca, lejos de molestarle, le resultó tan tierno y dulce que un gemido de placer salió de su garganta.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó Ben, asustado.

—No, no, Ben, no me has hecho daño. Todo está bien. Sigue, sigue. —Y así lo hizo Ben, continuó moviéndose hasta que ambos quedaron saciados.

Chester sentía su piel tan sensible que el simple roce de la sábana cuando se dejó caer sobre el colchón, ya saciado, le resultó excitante. Notaba sus labios hinchados por los besos, sus dedos aún hormigueaban por las caricias que habían repartido por todo el cuerpo de Luca, su miembro palpitaba feliz tras haber disfrutado de un intenso orgasmo, sus pulmones luchaban por recuperar el ritmo normal de su respiración.

Sonreía como un tonto, tan feliz que temió que su corazón se le saliera del pecho.

Luca, acostado a su lado, lo contemplaba.

—Pelirrojo —lo llamó, y él giró la cabeza para mirarlo—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, muy, pero que muy bien —le dijo mientras asentía—. ¿Y tú? —De repente, su expresión cambió y se levantó con premura, con preocupación—. ¿Te he hecho daño? ¿Lo he hecho bien? ¿Te ha gustado? —interrogó con nerviosismo.

—Mira —Ben miró lo que uno de sus dedos le señalaba—, ¿ves?, yo también lo he disfrutado. —Ben asintió al ver sus piernas mojadas. Una de las manos de Luca se acomodó en una de las rojas mejillas de Ben—. Ha sido maravilloso, lo he disfrutado tanto como tú.

Un largo suspiro de alivio salió de la boca de Chester y, con cariño, se abrazó al cuerpo sudoroso de Luca.

Permanecieron largo rato abrazados y, tras un beso igual de largo, decidieron darse una ducha.



Capítulo 32

*Pronto serán las doce en punto.
¿Hay algo diferente?
Creo que nunca será así.
Pero este día ya terminó.
Doce en punto y serás feliz.
Como la nieve que acaba de asentarse.
Tomemos un respiro
al igual que lo hicimos la primera vez, y serás feliz.
«Zero O’Clock», BTS*

—Deja de mirarme —le ordenó con tono estricto pero a la vez desenfadado y sin ni siquiera levantar la cabeza de su libro. Llevaba un buen rato sintiendo sus profundos ojos rasgados clavados en él. Hasta ese momento, no le había dicho nada porque se sentía halagado, pero empezaba a incomodarlo.

—No puedo —contestó él tras soltar un profundo suspiro—, estoy hipnotizado por tu belleza.

Ben elevó la mirada y lo contempló, sonreía y sus ojos brillaban. Estaba tan apetecible, tan guapo que sacudió la cabeza para borrar los pensamientos que le asaltaban cada vez que contemplaba sus exóticos rasgos. Tenía que centrarse, recuperarse y regañarlo, pero los hoyuelos que se le formaban a los lados de la boca lo despistaban, le hacían olvidarse de que en poco tiempo llegaban los exámenes y él quería sacar las mejores notas de la clase, del instituto. Necesitaba ser el mejor, tenía que demostrarles a todos que Ben Chester era un ganador. Su mundo había cambiado, pero no sus pensamientos, sus ganas de superarse. Desde que Jeon estaba a su lado, desde que era su novio, se habían incrementado; quería que él se sintiera orgulloso.

—Luca... En serio, deja de mirarme y estudia —insistió. Desde hacía un buen rato Jeon se había dispersado. Llevaban poco más de una hora en la biblioteca y, aunque Luca había estado concentrado la primera media hora, desde hacía un buen rato sentía su mirada clavada en él—. Concéntrate —le dijo mientras lo señalaba con un dedo inquisidor.

—Es que no puedo... —gimoteó como un niño pequeño—. Me distraes, pelirrojo, eres tan guap...

—Ni se te ocurra volver a decirlo —lo reprendió con seriedad, pero con una sonrisa dibujada en su boca—, deja de ser tan cursi. Estudia —insistió haciéndose el molesto, pero en el fondo le encantaba que él le dijera esas cosas. Le hacía sentirse importante, único.

Ben rompió el contacto visual de manera un tanto brusca, bajó la mirada al cuaderno y

prosiguió con su tarea. Debía concentrarse y sumergirse en ecuaciones y derivadas.

La siguiente media hora fue muy productiva para los dos. Por fin Luca se metió en sus libros, aunque de vez en cuando, de manera discreta, intentando que Ben no lo notara, lo observaba.

—Ben, voy a buscar unos libros que me hacen falta. —Luca estaba de pie frente a él.

—No tardes, no te distraigas —le ordenó.

—Vale, vale, volveré rápido. —Entonces acercó su cara a la de él—. ¿Me darías un besito? —le propuso con tono travieso.

Ben lo empujó y lo miró sorprendido.

—Shhh, nos pueden oír, ¿estás loco? —lo regañó, pero su descaro lo hizo sonreír.

—Algún día, pelirrojo, algún día no voy a poder resistirme —le susurró entre carcajadas, y sin más se alejó hacia una de las estanterías.

Ben lo contempló y sacudió la cabeza. Jeon estaba loco, y él lo estaba por él, tan locamente enamorado que temió ser descubierto. Seguro que sus miradas, incluso su cara reflejaba lo que entre ellos pasaba. Miró hacia todos los lados, temía que alguno de sus compañeros que en esos momentos ocupaban los asientos próximos a los de ellos se hubieran dado cuenta de que entre Luca Jeon y él existía algo más que una amistad, que habían cruzado la línea. ¿Le importaría? Siendo sincero, sí; en esos momentos no se sentía con las fuerzas necesarias para salir del armario. Aunque, a veces, en algunas escasas ocasiones, deseaba gritar lo que sentía, ser valiente, besarlo y dejar claro a todos esos que miraban a Luca con deseo que Jeon era suyo, suyo, solo suyo. Pero esos momentos pasaban y su parte racional acallaba esa voz que pugnaba por gritar.

En sus labios se dibujó una sonrisa al imaginarlos saliendo de la biblioteca, que en esos momentos estaba abarrotada, cogidos de la mano. Todos los mirarían, su secreto dejaría de serlo. ¿Se sentiría cómodo? Arrugó la frente. Seguro que sería extraño, ser el centro de atención no le gustaba, pero algún día tendría que dar el paso y soportar las miradas de todos, miradas que juzgarían, algunas censurarían y muchas serían de envidia; pero ese día aún no había llegado, no, no estaba preparado.

De repente, sintió como su móvil vibraba dentro de uno de los bolsillos de su pantalón, liberándole de sus pensamientos.

Lo sacó y miró la pantalla.

Violet:

Ben, dónde estás?

Ben:

Estoy en la biblioteca.

Violet:

Ah.

OK.

Voy para allá.

Necesito hablar contigo.

Estás con Luca?

Ben:

Sí.

Violet:

Necesito verte a solas.

Ben se quedó extrañado, ¿A qué venía eso? ¿Qué querría Violet?

Ben:
Vale. Nos vemos.



—Eh, pelirrojo te he pillado con el móvil en la mano. —Jeon estaba a su lado, parecía feliz de haberlo descubierto con las manos en la masa.

Ben ni siquiera se molestó en contestarle; se limitó a contemplarlo con una mirada que, sin necesidad de palabras, expresaba con total claridad lo que pensaba.

—Vale, vale, deja de mirarme así. —Luca levantó las manos en señal de rendición. Entonces miró su reloj y comenzó a guardar sus cosas a toda velocidad—. ¿Te quedas? Tengo que ir a casa.

—Vete tranquilo, yo voy a repasar un poco más. —Violet quería verlo a solas y él debía mentir, a pesar de que odiaba hacerlo.

—Si quieres, vengo más tarde a buscarte.

—No, no hace falta. Me iré derecho a casa.

—Vale —Luca se acercó a él todo lo que su escaso sentido de la discreción se lo permitía—, avisa cuando llegues a casa, pelirrojo, estaré esperando.

Ben asintió y le despidió moviendo una mano.

Al poco rato, llegó Violet. Su semblante serio le preocupó. No se arrojó a sus brazos ni lo llenó de besos, como era su costumbre. Algo malo estaba pasando.

—Hola, Ben. Será mejor que salgamos fuera —se limitó a decir.

Ben asintió, guardó todos sus libros y cuadernos en la mochila y salieron a la calle.

Hacía bastante frío, así que se cerró la cremallera de la cazadora y metió las manos dentro de los bolsillos buscando algo de calor.

Caminaron en total silencio hasta la cafetería que estaba próxima a la biblioteca.

Se acomodaron lo más lejos posible del único grupo de estudiantes que en esos momentos se encontraban en la sala.

Tanto Ben como Violet le pidieron al camarero un chocolate caliente.

—¿Pasa algo? —preguntó Ben cuando el chico joven les dejó las tazas sobre la mesa.

Ben estaba asustado. Estaba muy seria. ¿Dónde estaba la bonita sonrisa que siempre lucía? ¿Por qué sus ojos se veían apagados?

—Sé que Luca se enfadará conmigo —se mordió el labio inferior con preocupación—, pero necesitaba hablar contigo. Tengo que contártelo todo... —Evadió su mirada y eso lo aterró. Que Violet perdiera esa espontaneidad, ese descaro que la caracterizaba, solo quería decir una cosa: problemas, problemas serios.

—Me estás asustando, ¿pasa algo malo? ¿Y bien, qué es eso tan importante que quieres decirme?

—Sé que Luca me va a matar... —Dudó de nuevo. Se sentía una traidora, pero también tenía la obligación de abrirle los ojos a Ben—. Él jamás te lo va a decir porque ahora solo piensa en ti, el amor lo ciega, pero creo que debes saberlo. Verás, Ben... El padre de Luca se ha puesto en contacto con él, quiere que vaya a vivir con él a Corea.

—¿Cómo? ¿A Corea? ¿A Corea para qué? —Se llevó una mano al pecho. De repente, su corazón se había parado y dolía, dolía solo de pensar en la posibilidad de que Jeon se fuera tan lejos. Ahora que lo tenía, no podía perderlo—. Él... Él... Él está bien aquí, no creo que...

—Quiere que estudie en una prestigiosa academia de pintura —lo interrumpió, pues no

estaba siendo nada objetivo y tenía que abrirle los ojos—. Como ya sabes, el padre de Luca es uno de los pintores más famosos de Corea, y esta es una gran oportunidad para él. Aquí, con los estudios, no va a llegar a nada, pero en Corea...

—No, no. Aquí y con mi ayuda puede hacer...

—Hacer, ¿hacer el qué? No se le da bien estudiar, y su sueño es dedicarse a la pintura. Es lo que siempre ha deseado, vivir con su padre...

—Aquí también hay escuelas de pintura, buenas escuelas... —dijo, desesperado por encontrarle un fallo, un resquicio para que Jeon se quedara.

—Ben, por favor, razona. Allí tiene la oportunidad de entrar en una de las mejores escuelas, imagina lo que le costaría hacerlo aquí. Además, está su padre...

—¿Con un padre que lo abandonó, que no lo ha ayudado cuando más lo necesitaba, que lo dejó tirado! ¿Con ese padre es con el que desea vivir? —El tono de su voz se fue elevando al mismo ritmo que su enfado.

—Sí, Ben. Siempre ha deseado vivir con él, por eso aprendió coreano. ¿Es que no lo ves? Luca se muere de ganas de estar con su padre. —Por los ojos de Violet corrían lágrimas de impotencia; sabía que Ben lo estaba entendiendo pero no lo aceptaba.

—¿Por qué te entrometes? ¿Quién te crees que eres? —Ben aferraba el filo de la mesa con ambas manos y con furia, intentando acercarse lo máximo posible a Violet—. Estás muerta de envidia porque él está conmigo y lo que quieres, lo que siempre has deseado es separarnos. —El tono de desprecio que utilizaba la golpeó con fuerza, con tanta que, sin ser consciente de lo que hacía, su cuerpo la obligó a alejarse todo lo que pudo, huyendo de la mirada de aversión con la que Ben la contemplaba.

—Ben... —Sacudió la cabeza—. No, no pienso hacer caso a tus palabras porque sé que estás intentando pagar tu frustración conmigo. Tú no eres así, no, no lo eres. Razona, razona, por favor.

—¡No quiero, no me da la gana! ¡Estoy cansado de razonar! —Por sus ojos también se resbalaron lágrimas, que él secó con furia y con la manga de su abrigo.

—Ben, sé que lo amas. Lo sé, pero debes dejarlo ir.

Los ojos de Ben se elevaron al cielo. ¿Por qué le pasaban esas cosas? ¿Por qué, ahora que por fin era feliz?

Un profundo suspiro salió de su boca. Sabía que al final terminaría haciendo las cosas bien; así era él, un buen chico que pensaba más en los demás que en él.

—¿Por qué sabes todo esto? —preguntó cuando logró recuperarse.

—Luca nos lo ha contado a Noah y a mí.

—Yo no sabía nada —dijo con tristeza. Luca había preferido guardarse ese importante detalle, eso le decía mucho. Jeon deseaba irse, irse lejos, tan lejos que el dolor sería insoportable, pero había decidido ignorar su deseo y quedarse con él.

—No quería hacerte sentir mal, porque el único motivo que tiene para quedarse aquí eres tú, Ben. —Violet expresó en palabras lo que bullía en su cabeza.

—¡Maldita sea! ¡MIERDA! —Su grito desesperado le rompió el corazón a Violet e intentó abrazarlo, pero él se escabulló. No deseaba ese contacto, no quería sentirse más humillado, roto, destrozado de lo que ya estaba.

Todo su mundo, el que habían construido juntos, se hundía. Se sentía derrotado, aniquilado y tan triste que lo único que deseaba en ese momento era esconderse.

—Yo...

—Lo sé, Ben —lo interrumpió—, sé cómo te sientes. Entiendo que es complicado, pero

Luca debe ir a Corea, tiene que cumplir su sueño.

Las palabras de Violet le llegaron lejanas, pues ya caminaba hacia la puerta de la cafetería. La abrió con fuerza y salió a la calle. El frío de la noche lo golpeó con la misma intensidad que lo había hecho la confesión que acababa de escuchar de los labios de su amiga, como la certeza de que debía volver a sacrificar lo que deseaba, lo que amaba. Sus rápidos pasos se convirtieron a una loca carrera, una veloz. Lo más veloz que sus piernas y sus ojos anegados por las lágrimas se lo permitieron.



Capítulo 33

*Todos los días me siento feliz por haberte conocido.
En cualquier ocasión eres la persona
más especial para mí.
Todo está bien.
Incluso si estás muy lejos de mí ahora,
tenemos los mismos pensamientos.
Incluso si no estás conmigo,
incluso si no estoy contigo,
sabes que siempre terminaremos juntos.
«Telepathy», BTS*

El resto de la semana pasó despacio. Ben intentaba disimular lo que bullía dentro de su corazón. Esperaba paciente que Jeon le contara su secreto y, cada día que regresaba a casa sin que él le expusiera su deseo de marcharse con su padre, Ben respiraba tranquilo, aunque en el fondo se sentía tan culpable que, en vez de relajarse, se estresaba.

Más de una vez estuvo tentado de ser él quien diera el paso, quien expusiera lo que había descubierto, pero no lo hacía, no podía, y su frustración iba en aumento.

Los exámenes pasaron a un segundo plano, no podía concentrarse. Lo bueno fue que sus horas de estudio tuvieron sus frutos, no los que esperaba, pero sus notas sí fueron lo bastante buenas como para sentirse orgulloso. Él comenzaba a cumplir sus sueños, pero Luca... Luca no lo hacía.

—¿Puedo entrar? —La voz de su madre le llegó desde el otro lado de la puerta.

—Sí, sí, pasa.

Se sentó en la cama al verla entrar. Había estado tumbado, torturándose, sintiéndose miserable.

—¿No vas a ver a Luca? —Blanche caminó hasta la cama y se acomodó a su lado. Acarició con ternura el cabello de Ben y le sonrió.

—No.

—¿Y eso?

—Estoy evitando el problema —le dijo con tanta seriedad que Blanche arrugó la frente, intrigada.

—¿Qué problema? —preguntó con cierto tono de preocupación.

Ben se levantó nervioso de la cama y caminó por su cuarto como si fuera un animal enjaulado.

¿Por qué había sido sincero? Podría haberle mentado, pero no, tuvo que decir lo que le pasaba por la cabeza. Se reprendió por su falta de discreción, ahora tenía que contarle todo.

—Quizá sea lo mejor —dijo en voz alta, aunque esa reflexión era más bien para él.
—Ben, me estás asustando. ¿Te ha sucedido algo malo?
—No... Bueno, sí. Verás, mamá... Estoy hecho un lío. No sé qué hacer.
—Ven, siéntate a mi lado. —Blanche palmeó el colchón y él, obediente, se dejó caer sobre él—. Cuéntame qué es lo que te atormenta, quizá pueda ayudarte.

...

Se encontraba frente a la casa de Jeon. Sabía que él estaría dentro, Luca lo había llamado un par de veces y mandado unos cuantos wasap.

Estaría preocupado, pues Ben no había contestado a ninguno de sus mensajes.

El consejo de su madre lo había llevado hasta allí, hasta esa puerta, hasta ese timbre que apretó sin ganas, pero con la convicción de que era lo mejor, lo que debía hacer.

—Piensa en lo que él haría si estuviera en tu situación —le había dicho su madre. Sus sabias palabras le oprimían el corazón porque conocía a Luca y, sin dudarlo, él habría sacrificado todo por hacerle feliz, así que su corazón y sus pasos lo guiaron.

—¿Ben? —La abuela había abierto la puerta y llevaba un rato hablándole—. ¿Va todo bien? —le preguntó, asustada, pues él no reaccionaba. Lo hizo por fin cuando le agitó tomándolo de uno de sus brazos.

—Oh..., abuela. Sí, sí, todo bien. ¿Está Luca en casa?

—Sí, pasa. Está en su habitación.

Ben se quitó las zapatillas y caminó descalzo hasta el salón.

—¿Estás bien? —insistió la abuela.

—Sí, sí, es solo que tras los exámenes me siento un poco cansado —se excusó, y ella pareció creerle.

—Bueno, pues ya puedes descansar. Por cierto, Luca me contó que sacaste muy buenas notas —le dijo con orgullo, y lo abrazó con cariño.

—No han estado mal del todo...

—No te quites importancia. —Le palmeó las mejillas—. Mi Luca, en cambio, a pesar de tu ayuda, ha suspendido la mayoría de las asignaturas. ¡Qué desastre!

Las palabras de la abuela lo golpearon con fuerza, pues le confirmaban que Violet tenía razón: allí no tenía futuro. Por más que se había esforzado, que había luchado junto a él, los resultados habían sido nefastos. Si se marchaba a Corea, cumpliría su sueño; allí engrosaría la larga lista de chicos jóvenes con un futuro incierto.

—Voy a verlo. —No le apetecía seguir hablando con la abuela sobre las malas notas de Luca. Porque tenía una misión que cumplir, debía hacerlo a pesar de que el corazón le gritaba que no lo hiciera, a pesar de que su mente le decía que fuera egoísta, que pensase solo en él.

Entró en la habitación de Luca como lo haría el reo que es conducido al patíbulo.

Cerró la puerta tras entrar y lo primero que le golpeó fue el aroma delicioso de Luca. Si se marchaba, no lo volvería a disfrutar por un largo tiempo. Le entraron ganas de llorar.

Luca sonrió al verlo.

—¿Dónde te has metido? Te he mandado un montón de mensajes... Estaba preocupado. —Se acercó a él y lo contempló como si buscara daños en su cuerpo—. ¿Estás bien?

—Perdona... Yo... —No sabía cómo empezar, no tenía ni idea de cómo podría soportar escuchar de sus labios que se iba, que se marchaba.

—Ven aquí, pelirrojo. Te he echado mucho de menos. —Tiro de su cuerpo y comenzó a besarlo.

—Para, Luca... Necesito hablar contigo, es algo importante.

—No hay nada más importante que esto. —Lo besó con tal pasión que la voluntad de Ben se tambaleó, incluso pensó en dejarlo estar, en no decirle nada.

«No, Ben, no puedes ser egoísta», se dijo.

—Para. —Puso distancia entre sus cuerpos y lo miró a los ojos.

—Dispara —propuso Luca, que se cruzó de brazos para apartar la tentación de abrazarlo y seguir con lo que había empezado.

—¿No tienes nada que contarme?

—¿Yo? —Sus ojos le dijeron que no entendía nada—. No, nada. A no ser que... Ya sé lo que te pasa, estás enfadado, ¿verdad? —Puso los ojos en blanco y se acercó a él intentando volver a abrazarlo—. Te juro que hice todo lo posible por sacar buenas notas. Me esforcé, incluso he pasado varias noches estudiando. Pero no hay manera, pelirrojo. No estoy hecho para los estudios, soy una causa perdida.

Ben lo alejó con un empujón de su cuerpo. Que le recalcara lo que ya sabía era lacerante y lo obligaba a seguir con la misión que lo había llevado allí.

—¿Por eso no me has contestado los mensajes? —Luca lo miró con preocupación, su reacción le parecía exagerada.

—Luca, sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad?

—No te entiendo. ¿A qué viene esto?

—No estoy enfadado por las notas. —La frustración comenzaba a desesperarlo—. Contesta a mi pregunta: sabes que puedes decírmelo todo, ¿verdad?

—Cla-cla-ro, pelirrojo.

—Pero me estás ocultando cosas, Luca Jeon, cosas muy importantes.

—Yo... Yo no... No-no te entiendo.

—Sé que has hablado con tu padre.

La cara de Luca se transformó, sus mejillas se tiñeron de rojo y bajó la mirada rehuendo la de Ben.

—Mírame a los ojos, Luca, mírame y dime que no quieres aceptar su proposición. Dime que no quieres irte lejos, dime que no quieres estudiar en esa escuela de Corea, que no deseas pasar tiempo con tu padre, que no lo añoras, que... —Su voz se quebró porque eso era lo que más deseaba oír, pero algo le decía que no era la realidad.

—Lo siento, Ben, perdona. Yo... —Su nuez se movió. Chester contempló como tragaba saliva y su boca se secó—. No puedo decirte nada de eso, no puedo mentirte. —Los ojos de Luca expresaban tristeza, una tan profunda que el corazón de Ben se sacudió angustiado.

—¿Quieres irte? —Sabía la respuesta, la temía, detestaba lo evidente que era.

—Deseo irme, pero no lo haré porque lo que más deseo en este momento es estar a tu lado. No me voy a ir a ninguna parte, Ben. Voy a quedarme contigo y buscaré la manera de cumplir mi sueño aquí. Tú me ayudarás, tú y yo somos más fuertes, Ben.

—Yo... no quiero que dejes pasar esta oportunidad. —¿Cómo iba a convencerlo de algo que no deseaba que sucediese?

—Es mi decisión, Ben. Es lo que quiero hacer. Me quedo, me quedo —dijo con determinación—. Por eso no te he dicho nada. Es mi decisión y debes respetarla.

Luca lo estrechó entre sus brazos, pero a Ben ese abrazo no le relajó, no se sintió cómodo. A pesar de la convicción de Luca, de sus palabras, no estaba del todo satisfecho, pues sabía que él era el único motivo por el que se quedaba en Larksville.

Su corazón latía fuerte. No quería ser egoísta, debía insistir, pero... ¿cómo iba a alentarle a

irse si se lo ponía tan fácil para quedarse?



Capítulo 34

*Estoy entre tu pasado y tu futuro.
No me dejes.
Créeme, empieza a correr.
No tiene final, eres el latido de mi corazón.
No importa que la lluvia caiga.
No importa que la oscuridad nos oculte.
Yo, definitivamente, te salvaré.
«Don't Leave Me», BTS*

Unos días más tarde

Esa mañana Luca no tomó el autobús y Ben llegó a clase solo. Lo esperó en la entrada durante tanto tiempo que, por primera vez en su vida, llegó tarde a la primera clase. Preocupado, no pudo atender las explicaciones del profesor y ni siquiera tomó apuntes; se dedicó a mandar un montón de wasaps, que no recibían contestación ninguna.

Cuando terminó la tercera clase de la mañana, estaba tan preocupado que decidió irse, lo iría a buscar. Pero recibió una llamada de Violet, que contestó de forma inmediata, pues lo había pillado con el móvil en la mano, con la esperanza de que por fin Luca diera señales de vida.

—¿Ben? —La voz apagada con la que pronunció su nombre le hizo estremecerse.

—Por favor, dime que Luca está bien. —No hubo un «hola»; Ben sabía que algo estaba sucediendo y no podía esperar más.

—Ben... Ha pasado algo... Debes venir al hospital...

—Dios. —Su corazón se paró de golpe—. ¿Lu-Lu-Luca? —preguntó, aterrorizado. La mano con la que sostenía el móvil le tembló y este estuvo a punto de caer al suelo—. ¿Le ha pasado algo a Luca?

—No, no, Luca está bien. Es la abuela.

Una extraña sensación de alivio y terror se mezcló dentro de él. Alivio, porque Luca estaba bien y preocupación, por la abuela.

No se lo pensó dos veces y salió del instituto corriendo, corrió todo lo rápido que sus piernas se lo permitieron. Sudoroso, llegó a la parada del autobús y, desesperado, miró el reloj; aún faltaban unos minutos para que llegase. No podía estarse quieto, caminaba por la acera sin alejarse mucho y miraba constantemente hacia la dirección por la que tenía que llegar el autobús que lo llevaría al hospital. Los escasos minutos que tardó se le hicieron insoportables.

No quiso sentarse; a pesar de que había asientos libres, estaba demasiado alterado.

Antes de que llegase su parada, estaba esperando impaciente a que se abriera la puerta y, cuando lo hizo, corrió de nuevo.

Entró a la carrera, sudoroso y sin aliento.

Violet y Noah lo estaban esperando sentados en un banco muy juntos y, al verlo entrar, ambos se pusieron de pie.

No hacían falta palabras, Ben no necesitó ningún tipo de explicación. Al mirar la cara de sus amigos supo que no había esperanza; sus ojos llorosos, sus semblantes apagados, sus expresiones tristes reflejaban la realidad.

—No, no, no puede ser... —La voz se quebró y tanto Violet como Noah lo abrazaron buscando los tres consuelo—. ¿Cómo? ¿Por qué? —logró preguntar cuando se recuperó del impacto.

—La abuela estaba muy enferma. Nunca le dijo nada a Luca, nadie lo sabía.

—¿Dónde está él? —De repente, su única prioridad, Luca, lo obligó a reponerse. Él lo necesitaba, tenía que estar a su lado, apoyarle, consolarlo.

Noah le dio un leve golpe en un hombro y le señaló una de las salas que se encontraban al fondo de la estancia.

Ben logró sonreírle con esfuerzo, le apretó una mano y caminó hacia donde su amigo le había indicado.

La puerta estaba abierta y, nada más dar los pocos pasos que lo llevaron al interior, distinguió la figura de Luca. Estaba de pie frente al gran ventanal que presidía la estancia.

—Luca —lo llamó, y él se giró para mirarlo.

—Ben —susurró con voz temblorosa. Sus ojos se anegaron y el labio inferior le empezó a temblar.

Ben caminó con rapidez hasta colocarse frente a él.

—Estoy aquí para ti —le dijo mientras con sus manos tomaba las mojadas mejillas.

—Ben, se ha ido. —Sollozó con fuerza y, tras soltar un profundo gemido de dolor, de desesperación, Ben lo tomó entre sus brazos.

Las piernas de Luca no lograban sujetar su cuerpo y Ben apenas podía sostenerlo; al final, ambos cayeron de rodillas al suelo.

Ben lo abrazaba con fuerza y Luca se agarraba a él como si fuera su salvavidas. Así permanecieron durante bastante tiempo, hasta que poco a poco Jeon se fue reponiendo.

...

Al entierro de la abuela acudieron muchos de sus amigos. Luca estaba rodeado de la gente que lo quería, a la que le preocupaba su situación, pero él solo encontraba consuelo entre los brazos de Ben.

Los días, los meses, los años lo ayudarían a adaptarse a otra nueva situación, pero nada lograría hacerle olvidar a la única persona de su familia que se había preocupado de él, que lo había acogido cuando todos le dieron la espalda.

La abuela le había dado una segunda oportunidad, refugio, paz, serenidad y mucho amor, ese que ni su propia madre había sido capaz de entregarle. Se sentía tan perdido que sus ojos no podían dejar de contemplar los de Ben Chester, la persona que más seguridad le aportaba en ese duro momento.

No sabía cuál sería su destino, no tenía ni idea de qué iba a pasar con su vida. Le había comunicado a su madre el fallecimiento de la abuela, pero ella ni siquiera había acudido al entierro de su madre y Luca se sentía culpable, pues la relación de ambas se rompió cuando la abuela lo acogió en su hogar para sacarlo de esa casa, de ese país donde todos lo miraban como si fuera un monstruo.

—Todo es culpa mía. —Acababan de llegar del entierro y Ben intentaba que Jeon metiese algo de alimento a su cuerpo, pero él llevaba un buen rato sentado en el viejo sofá mirando el plato de sopa, sin fuerzas ni siquiera para probar la comida.

—Eso no es cierto —lo reprendió Chester con furia. Tomó la cuchara, la llenó, sopló y se la ofreció a Luca—. Mírame —le exigió con tal contundencia que Luca obedeció, y el corazón de Ben se rompió en mil pedazos al ver sus bonitos ojos apagados. La pena se reflejaba en ellos y sintió tal desesperación que deseó que él pudiera pasarle parte de su dolor y así, entre los dos, sería mucho más fácil soportarlo—. Tú no tienes la culpa de nada, ¿me oyes?, de nada. Y ahora come —le ordenó de forma categórica.

—No sé..., no sé qué haría sin ti. —Se enjugó las lágrimas, que apenas podía retener, y, obediente, abrió la boca y tomó la comida. Tragó con gran esfuerzo.

Ben dejó la cuchara en el plato y abrió los brazos, invitándolo a fundirse en un largo y reconfortante abrazo.

Cuando se separaron, Ben continuó dándole de comer con cariño y paciencia. Jeon tomó un par de cucharadas más, pero su estómago no admitía más alimento.

—Una más —lo tentó Ben, poniendo otra cucharada llena de sopa delante de su boca.

—No puedo más, no tengo hambre.

—Por favor, Luca, come un poco. —Su ruego surtió efecto y Luca tomó un par de cucharadas más.

—Ya —imploró, y Ben Chester se apiadó de él.

—Está bien.

Entonces Luca se levantó del sofá, tomó un sobre que estaba encima de la mesa del salón y se lo tendió a Ben.

—¿Qué es? —le preguntó.

—Más problemas —le respondió con tono triste—. Es una carta de la dueña de esta casa.

—No lo entiendo, ¿esta casa no era de la abuela?

—No, ella... Ella siempre vivió al límite. Por mi culpa apenas tenía ahorros, se los gastó en mi pasaje... Esta casa no le pertenecía y ahora la dueña quiere que me marche.

Los ojos de Ben se abrieron por la sorpresa.

—Pero... no puede hacerte eso, ¿verdad? No te puede largar de esa forma.

—Puede, es su casa.

—Dios. Espera, pensemos, tiene que haber una solución. Puedes quedarte en mi casa o en la de Noah...

—Lo sé, pelirrojo. No te preocupes, todo se va a arreglar. —Lo tomó de las manos.

—Claro, claro que se va a arreglar. Juntos buscaremos una solución, ya lo verás. —Pero su mirada se ensombreció. Estaban en un callejón sin salida. ¿Qué podrían hacer dos adolescentes contra ese mundo de adultos egoístas?



Capítulo 35

*Siempre hay algo que se interpone en mi camino,
Pero si no dejas que te afecte sabrás cómo romper.
Solo mantén la buena vibra, sí.
Porque no hay que mirar atrás.
No tienes nada que probarle a nadie.
Seamos atrevidos.
La espera terminó.
Ahora es el momento, así que hagámoslo bien.
Sí, seguiremos adelante y permaneceremos despiertos
hasta que veamos el amanecer.
«Permission To Dance», BTS*

Cada noche, Ben regresaba a su casa agotado, desesperado y sintiéndose un absoluto fracaso, pues no era capaz de ayudar a Luca a superar el dolor que la muerte de la abuela le había dejado.

Se sentía impotente, empezaba a perder la batalla, y eso le aterraba. No podía dejar que Luca volviera a caer en una depresión y ahora, a su ya complicada situación anímica, se unía la situación en la que esa carta le ponía.

Entró en el salón, su madre lo estaba esperando para unir los pequeños pedacitos en los que llegaba cada noche tras pasar el día con Luca.

Ella le sonrió y lo alentó a sentarse a su lado. Ben, agotado, se dejó caer en el sofá y, tras soltar un profundo suspiro, apoyó la cabeza sobre el hombro de su madre.

—¿Cómo va todo? —le preguntó Blanche.

—Mal, todo va mal. —Entonces se acomodó frente a su madre, quería mirarla a la cara—. Mamá, ¿puedes ayudarnos? —interrogó, esperanzado.

—¿Cómo? Dime cómo podría ayudar.

—Luca necesita un tutor, es menor de edad y, además, ahora se tiene que ir de su casa... —expuso con nerviosismo.

Ben le habló de la carta que Jeon había recibido de la casera. Blanche se quedó pensativa.

—¿Y su madre?

—Ella no quiere saber nada de él, ni siquiera vino al entierro. Estamos desesperados.

Blanche le retiró con cariño el pelo de la frente, acarició sus mejillas y le sonrió. Deseaba con todas sus fuerzas borrar esa mirada triste de los ojos de su hijo, daría lo que fuera por curar su dolor. Entonces tomó una difícil decisión.

—No sé mucho de leyes, pero podemos consultar con un abogado. Quizá si pudiera ser su tutora y...

Ben saltó del sofá y abrazó a su madre, lleno de felicidad.

—¿De verdad? ¿De verdad lo harías?

—Claro. No quiero verte sufrir. —Lo separó de su cuerpo para poder mirarlo a los ojos—. Haría todo lo que estuviera en mi mano por verte feliz y sé que Luca es tu felicidad. Además, su situación me parece muy injusta. —Los ojos de Ben se llenaron de lágrimas—. Hablaremos con un abogado mañana mismo. —Le secó las lágrimas con los dedos—. Todo se va a arreglar. —Su abrazo le reconfortó y sus palabras lo relajaron. Quizá los adultos sí que eran útiles, quizá no todos eran iguales.

De repente, Ben se separó de su madre y clavó los ojos en los de ella. Un pensamiento se había colado en su cabeza, un gran pesar llenó su corazón, y tuvo dudas, unas horribles dudas que lo ahogaban.

—Mamá... ¿Crees que soy egoísta?

—Ben, cariño, ¿por qué dices eso?

—Verás... —dudó, expresar sus pensamientos ante otra persona lo hacía todo más real y más difícil—, el padre de Luca quiere que vaya a vivir con él a Corea. Sucedió antes de que la abuela muriese y yo... Dios, mamá, no quiero que se marche. No podría vivir sin verlo cada día. —Otra vez comenzó a llorar, pero esa vez con más intensidad.

—Ben, si él no quiere irse...

—¡Pero sí que quiere! —gritó con desesperación—. Él quiere, pero no se va por mí, y ahora me siento muy culpable.

—¿Lo has hablado con él?

—Sí, y me miente. Dice que quiere estar aquí conmigo, pero yo sé que en el fondo desea estar con su padre. La oportunidad de demostrar su valía, de tener un futuro brillante, está en Corea y no aquí.

—Oh, Ben, cariño. —Blanche lo abrazó con fuerza—. Sé que vas a tomar la decisión más acertada, confío en ti.

—Pero... ¿cuál es la mejor decisión?

...

Ben pasaba todo el tiempo que podía junto a él. Acababa de llegar a su casa y lo encontró, como siempre, en su cuarto, en absoluta oscuridad y arropado de tal manera que tan solo se distinguía un bulto sobre la cama.

—Vamos, es hora de levantarse.

Luca llevaba varios días sin acudir a clase, sin comunicarse con él. La depresión comenzaba a apoderarse de Jeon y Ben no pensaba permitirlo.

Abrió las cortinas para dejar entrar el brillante sol y, sin ningún tipo de consideración, lo desarropó tirando de la colcha hasta dejarlo expuesto a los rayos que se filtraban a través de la ventana.

—Vamos, a la ducha.

Tiró de su cuerpo y lo sacó de la cama. Apenas podía caminar; estaba débil, llevaba días malcomiendo.

Ben abrió el frigorífico y vio sin tocar todos los táperes de su madre que había traído.

—No has comido nada.

Lo llevó al baño, llenó la bañera, lo desnudó, se desnudó y, con mimo, lo ayudó a meterse dentro. Le lavó el cabello y enjabonó su cuerpo mientras Luca se dejaba hacer. Lo acomodó sobre su pecho, abrazándolo con cariño.

—La echo mucho de menos —dijo Luca tras soltar un profundo suspiro.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Lo apretó con fuerza contra su pecho mientras le susurraba palabras cariñosas.

Luca lloró. Lloró con tal intensidad que su cuerpo temblaba y Ben apenas tenía fuerzas para sujetarlo. Lo dejó desahogar toda su pena y, cuando el llanto cesó y el agua se quedó fría, lo ayudó a salir de la bañera. Secó su pelo, su cuerpo y lo ayudó a vestirse. Él se dejaba como si fuera un muñeco. Lo acomodó en el sofá y se vistió él.

Estaba desesperado, no sabía cómo hacerle reaccionar y, de repente, se le ocurrió una idea. Si BTS lo ayudó en un momento duro de su vida, tal vez debía acudir de nuevo al grupo que tanto removía el corazón de su chico. Así que tomó su móvil y buscó una de las canciones más alegres que había escuchado nunca.

—Se terminó, Luca. Ya se terminó el tiempo de llorar.

Puso un altavoz y los primeros acordes de *Permission to Dance*, de BTS, comenzaron a sonar. Ben la había escuchado hasta la saciedad; del grupo, era la que más energía le daba. Durante un tiempo, oírla se había convertido en una necesidad. Quizá Luca Jeon saliera de ese *impasse* que había supuesto la muerte de su abuela, tal vez la positividad de la letra le transmitiera deseos de vivir. Sonaba loco, pero no perdía nada por intentarlo. Era una apuesta segura, Luca amaba a BTS.

—Vamos, Luca, canta conmigo —le dijo mientras le tendía una mano, que Luca miró con los ojos llenos de tristeza y sin reaccionar a su petición de ninguna manera.

Mientras, BTS seguía sonando a todo volumen.

Entonces dices:

quiero bailar.

La música me hace moverme.

No hay nada que pueda detenerme. Cómo nos movemos.

Rompamos nuestros planes y vivamos como si fuéramos de oro.

—Vamos, no te resistas —le dijo Ben, animado, pues contempló con alegría cómo los ojos de Jeon comenzaban a brillar.

—No tengo fuerzas para...

—De acuerdo. Si tú no las tienes, yo las tendré por ti. —No insistió, dejó que Jeon se acomodase en el sofá y fue él quien dejó de lado su vergüenza y bailó, bailó como nunca lo había hecho. Se movía sin mucha soltura y Luca se carcajeó. Pero le resultó tan adorable que se acomodó y lo contempló con una sonrisa en la boca.

La voz de Ben no estaba hecha para cantar, desafinaba, pero se había tomado la molestia de aprenderse la letra y estaba haciendo un gran esfuerzo para animarlo.

No necesitamos preocuparnos.

Porque cuando caemos sabemos cómo aterrizar.

No necesitamos hablar más, disfrutemos esta noche.

Porque no necesitamos permiso para bailar.

Estaba consiguiendo su propósito, poco a poco Luca comenzaba a relajarse. La letra, interpretada con soltura por Ben, lo ayudaba desconectar, a olvidarse de todos sus problemas, y verlo bailar, saltar por su salón como una pequeña ranita, agitando sus brazos totalmente descoordinados con sus piernas, le estaba haciendo reír.

No se resistió más y su voz melodiosa se unió a la desafinada de Ben. Los dos, junto con

BTS, reivindicaron el derecho a bailar, a disfrutar, a ser jóvenes y libres.

Ben terminó agotado y, sin pensárselo un solo instante, se lanzó a los brazos de Luca, que lo acogieron con cariño. Dejó un largo reguero de besos en su cara y lo acomodó a horcajadas sobre él.

—Gracias, Ben —le dijo mientras una de sus manos acariciaba su pelo revuelto.

—Luca..., debemos hablar. —Su tono solemne ensombreció el semblante de Jeon.

—Sí, debemos hablar. —Asintió y acomodó los brazos alrededor de la cintura de Chester.

—Empieza tú —le propuso.

—Ben..., he hablado con mi padre. Dice... Dice que debo...

Luca esperaba que Ben negase, que tratase de acallarlo, pero él no hizo nada de eso, muy al contrario.

—Luca Jeon, debes ir a Corea. —Los ojos de Luca se llenaron de lágrimas al escuchar sus palabras, esas que sabía que le había costado muchísimo decir—. No llores. —Con los dedos, secó sus lágrimas—. Esto no es una ruptura, no pienso romper contigo jamás, es solo...

—Lo sé, porque yo tampoco pienso dejarte nunca. Te quiero, Ben Chester, te quiero tanto que pensar en separarme, en alejarme de ti duele, duele físicamente, tanto que me falta el aire.

Ben lo abrazó con fuerza, absorbió su aroma y no pudo retener sus propias lágrimas.

—Nos volveremos a encontrar.

—Volveré, Ben Chester, y cuando lo haga, nada ni nadie nos separará otra vez.

Ben podría haberle dicho que uno de sus problemas más inminentes tenía solución, pues su madre se había ofrecido a ser la tutora de Jeon, pero no lo hizo porque sabía que Luca necesitaba hacer ese viaje, porque si se marchaba a Corea, cuando en unos años regresase, cuando volviese siendo mayor de edad, lo haría como un famoso pintor. Y el amor, el verdadero amor ahora tenía un significado diferente para Ben Chester. Su amor era tan grande, tan fuerte e infinito que no temía la separación, aunque supusiera un dolor tan potente que su corazón parecía romperse en miles de pedazos, en pequeños trozos, y eso que aún estaba abrazado al cuerpo de Luca, que aún podía sentir su respiración sobre su cuello, que su aliento le golpeaba, que sentía el corazón de él sobre su propio pecho, que sus manos dibujaban figuras sobre su espalda, que su boca besaba ese lugar exacto donde sus latidos palpitaban rápidos. Aún entre sus brazos, sentía el frío y la soledad que en nada y día tras día, cuando él partiera lejos, sufriría sin remisión. Su vida sin Jeon, sin su Luca Jeon a su lado, sin verlo cada día, sin tocarlo, sin besarlo, sin sus charlas infinitas, iba a ser terriblemente aburrida.

—Prométeme que hablaremos todos los días —le rogó.

—Te lo prometo.

Ben lo obligó a separarse de su cuerpo. Lo miró a los ojos y le tendió el dedo meñique. Jeon entendió a la perfección lo que quería y entrelazó su propio dedo con el de él.

—Te lo prometo —repitió Luca mientras movían sus meñiques unidos, y Ben asintió.



Capítulo 36

*¿Dónde está mi ángel?
Al final del día que venga alguien y me salve.
Por favor.
Dejo escapar un suspiro cansado.
Fue un día agotador.
Supongo que todos son felices.
¿Puedes mirarme?
Porque soy azul y gris.
«Blue & Grey», BTS*

Había llegado el día, ese que ambos temían, ese que desearon que tardase siglos en llegar. Pero el tiempo transcurre con rapidez y ese día llegó, el día en el que Luca Jeon tomaría un avión que lo alejaría de Ben a más de seis mil novecientas millas de distancia.

Ambos se sentaron en la parte de atrás del coche. Si iban a separarse, querían pasar esos últimos momentos juntos.

Liam conducía hacia el aeropuerto y Blanche, sentada en el asiento del copiloto, los acompañaba con el fin de recoger los pedacitos en los que se rompería Ben cuando Jeon tomase el avión. Había pedido el día libre, no pensaba volver a estar ausente en ningún acontecimiento importante para ninguno de sus hijos. Incluso Liam había dejado pendiente uno de sus viajes de trabajo por acompañar en esos momentos a su hermano pequeño. La familia Chester volvía a estar unida, para lo bueno y más aún para lo malo.

Ben tomaba la mano de su chico. Sus dedos unidos, apretados con toda la fuerza de la que disponía, hacían que su palma sudara. Apoyó la cabeza sobre su hombro, la giró y dejó un suave beso en su cuello, en esa porción de piel que quedaba más cerca de su boca. No le importaba nada en absoluto que tanto su madre como su hermano y el resto del mundo pudieran contemplar sus gestos cariñosos. Todo le daba igual, lo único importante en ese momento era Luca.

Liam aparcó en el *parking* del aeropuerto. Todos se bajaron del auto sin mediar palabra; así, en absoluto silencio, habían hecho todo el recorrido.

Luca sacó la maleta del maletero del coche. Era la misma que había llevado el día que regresó a Larksville, no era muy grande, al fin y al cabo, Luca no tenía muchas posesiones.

Liam le quitó la maleta de la mano y, junto con su madre, comenzó a andar hacia la entrada del aeropuerto.

—Vamos —lo alentó Ben mientras le tendía una mano, que Luca tomó con una amplia sonrisa, triste, muy triste, pero sonrisa, al fin y al cabo.

Unidos por sus dedos entrelazados, caminaron tras Liam y Blanche.

—¿No temes que nos vean? —le preguntó Luca mientras elevaba sus manos entrelazadas.

—No, no me importa —contestó Ben, y así era. Le daban igual todas las miradas que su gesto cariñoso provocaba. No le importaba. Por primera vez, Ben Chester se sintió absolutamente libre y, a pesar de que iba a vivir uno de los momentos más tristes de su vida, sonreía, porque en ese preciso momento dejó de importarle la apreciación que el resto del mundo tenía de su amor por Luca. No pensaba ocultarse nunca más. A partir de ese día, Ben Chester salía del armario con todas las consecuencias.

Atravesar la puerta del aeropuerto fue duro, dar los pasos que los llevaban hasta la zona de embarque era lacerante.

—A partir de aquí, no podemos pasar, Ben —dijo Liam.

Ben asintió y se colocó frente a Luca.

—Debes irte, tú avión... —Calló porque de repente fue más consciente que en todos esos días de que Luca se iba, se marchaba y estarían separados durante mucho tiempo.

Jeon asintió, tomó la maleta, que Liam había llevado hasta allí, y tras abrazar a Liam y hacer una de sus reverencias a Blanche, contempló a Ben por última vez en mucho tiempo.

—Ben... No me olvid...

Chester no le dejó terminar: se arrojó a sus brazos y lo apretó con fuerza. Parecía querer integrarlo dentro de su cuerpo y Luca se dejó.

Cuando sintió los labios de Ben sobre los suyos, Jeon abrió mucho los ojos. No se esperaba para nada que Chester fuera capaz de besarlo delante de su familia, de todos los pasajeros que en ese momento caminaban por el aeropuerto. Su perplejidad dejó de tener sentido cuando Ben profundizó el beso y se dejó llevar.

Blanche y Liam se giraron, no por sentirse avergonzados, sino por respeto a su intimidad.

—Lámame cuando llegues —rogó Ben cuando por fin se separaron.

—Lo haré —contestó Jeon.

Ben apoyó la frente sobre la de su chico y lanzó un profundo suspiro.

—Quiero que me llames todos los días, todos, todos...

—Lo haré, te lo prometo.

—Estudia mucho. Quiero que vuelvas siendo uno de los mejores pintores del mundo, quiero contemplar tus obras en un museo, quiero... —La voz se le quebró y no pudo seguir hablando.

—Lo seré, seré el mejor, el mejor.

—Te quiero, te quiero.

—Te quiero, Ben. Por favor, espérame, te juro que volveré.

—Te esperaré, estaré aquí esperando todo el tiempo que haga falta.

De nuevo, se fundieron en un apretado abrazo. Ambos lloraban, se escucharon sollozos, palabras de amor, besos. Las manos de ambos no dejaban de acariciarse, pues sabían que ese tipo de contacto no les iba a ser posible en mucho tiempo.

—Vete —Ben fue el que puso distancia entre ellos—, perderás el vuelo.

Luca Jeon apretó sus manos en puños, pues deseaba tanto volver a abrazarlo que le costaba contenerse. Pero esa había sido su elección, nadie lo obligaba a irse y, a pesar de doler, de temer lo que la distancia les depararía, tenía que hacerlo, debía hacerlo.

Asintió, se secó las lágrimas y, tras un adiós dicho entre sollozos, tomó su maleta y comenzó a caminar despacio, cabizbajo, triste, hacia la puerta de embarque. No se volvió a mirarlo; sabía que, si lo hacía, su determinación de tomar ese avión se vendría abajo.

Ben Chester lo contemplaba con orgullo. Lo iba a echar de menos cada día, cada hora, cada minuto, cada segundo, pero decidió tomar ese tiempo separados como un *impasse* en su relación. Un tiempo separados a cambio del futuro de Luca Jeon tenía todo el sentido.

—¡Luca! —le gritó antes de perderlo de vista—. ¡Lucha por ser el mejor!
No se giró, pero elevó un brazo y agitó la mano.

Tanto Liam como Blanche se limitaron a seguir la escena sin intervenir en ningún momento, pero, en cuanto Luca desapareció por completo de su vista, hicieron un frente común, se situaron cada uno a un lado de Ben y lo abrazaron con cariño.

El regreso a casa, de nuevo, fue en total silencio. Ben acomodó la cabeza sobre el mullido asiento del coche de su hermano y cerró los ojos. Ya no lloraba. Había decidido ser valiente, ser fuerte por Luca, por él, por su relación. A partir de ese día, viviría al máximo, disfrutaría de la vida. No pensaba hundirse, no volvería a ser una sombra. Ahora tenía a Luca, a sus amigos, a su familia de su lado, y eso le aportaba la energía suficiente para volver a ser el adolescente que durante tantos años se había negado.

Haría locuras, disfrutaría de la vida mientras esperaba a su amor, a Luca Jeon.



Capítulo 37

Sueña.

Voy a estar allí para tu creación hasta el final de tu vida.

Sueña.

Donde quiera que estés, el mundo será comprensivo.

Sueña.

Vas a florecer por completo después de todas las dificultades.

Sueña.

Tus inicios parecerán humildes, pero tu futuro será próspero.

«So Far Away», BTS

4 años después

Día de la graduación

—Nuestro más destacado alumno, Ben Chester, es el encargado del discurso de graduación. — La señora Bratford, directora de la universidad, subida al púlpito y tras la entrega de diplomas, había tomado el micrófono y anunciaba, con orgullo, a la sala llena de alumnos, padres y familiares, lo que Ben temía y esperaba a partes iguales.

Tras terminar el instituto, tuvo muy clara la carrera que deseaba cursar, una que lo alejó de su ciudad, de sus amigos, de su familia, pero era tan específica que no le quedó más remedio que tomar un avión y alejarse de todo. Al principio fue duro, pero Ben había cambiado. Su decisión por avanzar, por dejar de lado a su yo temeroso, su compromiso de ser una mejor versión de sí mismo, de demostrar que podía, que si se lo proponía podía conseguir todos sus sueños, lo había llevado a tomar la decisión que lo condujo a ese instante donde iba a poner a prueba su capacidad para hablar en público, cosa que, en sus tiempos de estudiante de instituto, jamás habría pensado poder llevar a cabo.

Si Luca estaba luchando por abrirse paso en la vida, por conseguir una vida estable, él no iba a ser menos.

—Ben Chester entró en nuestra universidad con tan solo diecisiete años —continuó la directora—. Siempre ha demostrado su capacidad para el estudio. Su excelente trayectoria será ejemplo para el resto de nuestros alumnos, tanto los que han pasado por nuestras clases como los del futuro. Todos los profesores y alumnos decidieron que él debía ser quien diera el discurso de cierre de curso por ser un ejemplo de constancia y demostrar que la edad no es más que un número, que la madurez no se mide en años. Sin más, les dejó con Ben Chester.

El público aplaudió con entusiasmo cuando Ben, vestido con la toga y el birrete representativos de la universidad, subió las escaleras que lo llevaban al púlpito, donde la directora lo estaba esperando. Le tendió una mano, que Chester estrechó a modo de saludo.

Ben colocó el micrófono y se secó las manos en la suave tela azul oscura de su toga; estaba tan nervioso que su corazón trotaba veloz.

Notaba la boca tan seca que temió no poder articular palabra.

Colocó los folios donde llevaba el discurso escrito, uno que le había llevado semanas redactar.

Lanzó una mirada al público. Contempló a los amigos que en esos cuatro años de carrera había logrado hacer. Miró a su madre, que, junto a su hermano, gracias al protocolo, se había sentado en primera fila; Ben Chester tenía esa preferencia por ser el encargado del discurso final.

Liam y Blanche lo miraban con los ojos brillantes de emoción. Tomados de la mano, sonreían felices, y Ben se sintió más fuerte. Su protección, el calor de los suyos, le llegaba hasta allí, hasta ese púlpito elevado que lo exponía delante de profesores, compañeros.

—Hola, mi nombre es Ben Chester —dijo tras carraspear. Se ajustó las gafas de pasta y continuó—: Quiero confesaros que cursar Psicología Positiva no había entrado nunca en mis planes. Durante un tiempo, mi fin era convertirme en matemático, incluso soñaba con cursar una carrera de ingeniería, pues lo mío eran las matemáticas. Pero sucedió algo en mi vida que me marcó y que hizo que mis planes, mis intereses y mi visión de futuro cambiasen de forma radical. Yo, Ben Chester, sufrí *bullying* en el instituto. —Una exclamación de estupor atravesó la sala. Allí, en ese salón donde se estaba desarrollando la graduación, muy pocas personas conocían la historia de ese joven pelirrojo—. Mi decisión de hacer la maleta, de marcharme lejos de la seguridad de mi hogar, de mis amigos, la tomé empujado por la gran necesidad de ayudar, de saber cómo tender una mano a los chicos y chicas que viven su día a día con temor, a todos esos niños que sufren acoso, que lloran en silencio, que esconden su miedo.

»Quiero cambiar la sociedad, deseo que nadie en este mundo acuda al colegio o al instituto con terror. Quiero demostrarles a todas las víctimas que se puede superar el miedo, que el temor se termina cuando dices «Basta». No es fácil, lo sé por propia experiencia, pero se puede. Creo que es necesario acudir a escuelas, a institutos, y transmitir este sentimiento a alumnos y profesores. Si mostramos el sufrimiento, si educamos al acosador, si explicamos a los que presencian el acoso hacia un compañero y se mantienen como simples espectadores que ese silencio los transforma en acosadores, quizá el mundo cambie. Tal vez los miembros del club de los sin club no vuelvan a sentirse excluidos, solos ante una sociedad permisiva. Cambiemos el mundo, expliquemos a nuestros niños que el ser diferente no te convierte en un paria. En nuestras manos está la posibilidad de hacer que el miedo termine.

Ben tragó saliva, un fuerte nudo se apretaba con fuerza en su garganta. Esas palabras le habían salido del corazón, de su propia experiencia, una que jamás olvidaría y que lo ayudaba a seguir adelante con su plan de vida. Tenía una meta clara y pensaba llevarla a cabo.

Por unos segundos el silencio llenó la sala, pero de repente los aplausos comenzaron a crecer. Ben contempló a todo ese público animado que lo vitoreaba con fervor y sonrió feliz. Quizá su mensaje calase en todas esas personas y una gran ola de solidaridad creciera hasta el punto de arrasar y transformar el mundo.

Cuando bajó del escenario, sus amigos y compañeros lo felicitaron por su valentía al confesar ante todos lo que había sufrido. Hubo palabras de aceptación, de cariño y muchos, muchísimos abrazos.

—Has estado tan tan... —Liam lo tomó entre sus brazos. Emocionado, lloraba y no era capaz de hablar.

—Tan maravilloso —completó la frase su madre, que los abrazó a ambos.

Poco a poco, la sala se fue vaciando. Era día de celebrar. Los graduados y sus familias se

hacían fotos. Los compañeros posaban sonrientes con la gran necesidad de plasmar en retratos los recuerdos de esos años de estudios. La vida los separaba, pero muchos de ellos habían creado un vínculo tan fuerte que, a pesar del tiempo y de la distancia, no se rompería.

Tras la fiesta de graduación, el gran salón de la universidad se fue quedando vacío.

Ben y su familia tomarían un vuelo de regreso a Larksville esa misma noche.

Las maletas estaban preparadas en la residencia en la que había vivido Chester durante ese tiempo. Tras despedirse de todos, tomaron un taxi que los llevaría hasta el aeropuerto.

—¿Luca? ¿Luca? ¿Me oyes? —Dentro del taxi, Ben llamaba a su chico para contarle cómo había ido la graduación. En esos cuatro años apenas se habían visto un par de veces; sus agendas apretadas por sus respectivos estudios y la distancia tan larga que los separaba habían hecho casi imposible que pudieran abrazarse. Pero todos los días desde que Luca se marchó se habían visto por videollamada. Nunca, ni un solo día de esos largos años, habían dejado de charlar, aunque fuera solo unos minutos.

—Sí, te escucho perfectamente. ¿Dónde estás? ¿Me has pasado el vídeo de tu discurso?

—Vamos camino del aeropuerto.

—Luca —Liam le arrebató el móvil a Ben—, te he pasado el vídeo. Mi hermanito ha estado genial, lo ha hecho muy bien...

—¡Luca! —gritó Blanche, que se acababa de apoderar del teléfono—. Ben es el mejor...

—¿Me podéis dejar hablar con mi novio? —Ben se puso muy serio y extendió una mano solicitando que le devolvieran el móvil.

—Te dejo, Luca. Ben se ha puesto mandón y gruñón. —Blanche le sacó la lengua a su hijo pequeño.

—¡Deberías venir y echarle un buen polv...! —El grito de Liam quedó acallado, pues Ben le tapó la boca y le arrebató el teléfono a su madre.

—Luca... —dijo con timidez. Ben había cambiado mucho, pero ese toque de vergüenza, ese rojo intenso cuando se sentía incómodo, seguía siendo un rasgo de su personalidad—. Te dejo, luego desde casa te hago una videollamada. —No le dio opción a despedirse, pues cortó la comunicación tras escuchar las carcajadas de Luca.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Larksville sin ningún tipo de contratiempo.

Agotado de tantas emociones, Ben entró en su casa. Le resultó extraña, hacía mucho que no iba por allí, pero al final era su hogar y lo acogió con ese aroma especial que desprendía su familia y del que tan solo era consciente cuando pasaba largas temporadas sin ir.

Dejó las maletas en su habitación. La encontró como la había dejado, su madre la había conservado limpia y tan acogedora como siempre.

Tras una ducha, abrió el cajón de los pijamas y tomó uno entre sus manos. Se lo llevó a la cara y el olor a limpio le indicó que su madre lo había lavado hacía muy poco. Seguro que, ansiosa por tenerlo de nuevo en casa, había vaciado los cajones y hecho la colada a pesar de estar todo sin usar.

Sonrió feliz. El aroma, la suavidad y esos ositos que tenía el estampado de la tela y que había odiado tanto ahora le resultaban tan adorables y dulces que se lo puso, feliz por los recuerdos que ese pijama en especial le despertaba. Bonitos recuerdos de Luca, de la primera noche que durmieron juntos.

La imagen de los preciosos ojos rasgados de Jeon le llegó a la mente, sus hoyuelos, su boca, esa boca que añoraba, que deseaba con tanta fuerza que le dolía.

Sacudió la cabeza, necesitaba sacar a Luca de sus pensamientos. Además, si todo iba bien, en tan solo unas semanas podría besarlo, tocarlo, abrazarlo.

Luca se había convertido en un importante dibujante de *manhwas*^[12]. Tras terminar sus estudios en una prestigiosa academia de dibujo, se había especializado en ilustración y animación. Gracias a su excelente técnica, había conseguido un contrato con una editorial que iba a publicar sus trabajos y, antes de empezar a trabajar con ellos, tenía un par de semanas libres, que, por supuesto, iba a utilizar para estar con su chico.

—¿Has hablado con Luca? —preguntó Liam, que en esos momentos ayudaba a su madre a poner la mesa.

—No, luego lo haré, cuando te vayas y no tenga que pelearme con vosotros por *mi* teléfono —recalcó el posesivo, y su fanfarronería provocó el regocijo de su hermano, que se carcajeó.

—Oh, cariño, qué dulce y tierno se te ve con ese pijama. —Blanche entraba en el salón con una bandeja con la comida—. Ahora te queda perfecto, ¿te das cuenta de que tenía mis razones al comprarlo todo grande? —Se le acercó y, tras dejar la bandeja sobre la mesa, con cariño, pellizcó uno de los mofletes de Ben—. Por cierto, te llegó un paquete hace unos días. —Señaló uno de los aparadores.

Ben miró la caja de cartón a la que se refería su madre. La tomó entre las manos y miró el remite.

—¡Es de Luca! —gritó, entusiasmado.

La abrió con manos temblorosas. Nervioso, desenvolvió el contenido y sus ojos se abrieron por la sorpresa.

—¿Qué es? —interrogó Liam, que junto a su madre se habían acercado a él.

—Es el *manhwa* que ha dibujado Luca —explicó con orgullo mientras contemplaba la portada, maravillado—. Pero... no lo entiendo... Me dijo que acababa de firmar el contrato con una editorial, no sabía que ya tenía el libro escrito y publicado.

—*El club de los sin club*. —Liam leyó en voz alta el título—. Menuda sorpresa.

Ben asintió, aún estaba en *shock* y no podía dejar de mirar el libro que tenía entre las manos. Pasó las hojas con veneración y contempló los dibujos que Luca había hecho con tanta precisión que parecían tener vida.

Sonriente, elevó la mirada para fijarla en su madre y su hermano.

—Es mi historia, es nuestra historia —explicó con asombro y emoción en la voz.



Capítulo 38

*Un día, cuando esta alegría se termine,
quédate a mi lado.
Por la eternidad, quédate aquí.
Prométemelo con el dedo meñique.
Siete largos veranos
y fríos inviernos
hicieron numerosas promesas y recuerdos.
«Friends», BTS*

A Ben siempre le había gustado la playa. Mirar el mar lo relajaba, el olor a sal le refrescaba y le traía recuerdos felices, los malos ya no dolían tanto. Durante un tiempo, el que pasó en la universidad, apenas había contemplado el océano, y en ese momento deseaba tanto disfrutar de la brisa, de los sonidos de las olas, de los gritos de las gaviotas...

Caminaba por la arena con las manos dentro de los bolsillos de su cazadora. El clima de Larksville no había cambiado, seguía siendo lluvioso e inestable.

Sonrió al mirar el cielo encapotado plagado de nubes negras que amenazaban con descargar una de esas típicas lloviznas que azotaban su ciudad un día sí y otro también.

Otros detestaban ese clima frío, decían que los días nublados eran tristes, que la lluvia les provocaba melancolía, incluso Luca se había quejado innumerables veces de la lluvia, pero a él le aportaba paz.

Atardecía y el frío se hacía más intenso. Esa misma mañana se había reunido con sus amigos de Larksville. Todos estaban inmersos en sus vidas, la edad adulta los había alcanzado sin avisar, pero todos sacaron unas horas para comer con Ben y retomar su amistad como si no hubiera pasado el tiempo.

—¡Ben, Ben Chester! —Una voz conocida, una de la que sabía cada matiz, cada cadencia, le llegó tan clara que pensó podría ser real y no el producto de su imaginación—. ¡Ben Chester! —gritó de nuevo la voz.

Quería girarse, pero el temor a que todo fuera un espejismo lo paralizaba.

De pronto, unos brazos lo tomaron por la cintura, un torso se apretó contra su espalda.

—Ben Chester —repitió la voz, solo que esta vez sobre su oído derecho, tan cerca que su aliento le hacía cosquillas y logró que su vello se erizase.

Se recostó contra él y sus ojos se cerraron, concentrando todos sus sentidos en ese cuerpo que lo arropaba y lograba que el frío se evaporase.

—¿Luca? —Sonó como una interrogación, pero no lo era. Ben sabía perfectamente a quién pertenecían esos brazos que lo rodeaban, ese pecho que contra su espalda subía y bajaba de manera rápida, como si hubiera corrido una maratón, ese corazón que palpitaba con tal

intensidad que podía notarlo, a pesar de su grueso plumas.

—Dios, Ben, qué ganas tenía de abrazarte. —Con un rápido movimiento, lo giró y, sin preámbulos, lo besó.

Su boca sabía a menta y Ben lo saboreó. Las manos de Luca acariciaban sus mejillas borrando las lágrimas que sin darse cuenta caían libres, lágrimas de felicidad, de esas que no duelen.

Se devoraron sin pensar en nada más que en sus labios. Finalmente, Luca rompió el contacto y lo miró con amor, con tanto amor que el corazón de Ben se saltó un par de latidos.

—Estás muy guapo —le dijo Ben mientras acariciaba su cabello, se lo había teñido de un rubio muy claro y le favorecía—. ¿Cuándo lo has hecho? —le preguntó mientras pasaba las manos por el pelo de Jeon—. Anoche hablamos y no lo tenías de este color.

—Esta mañana —le explicó—, quería cambiar de imagen antes de verte —dijo entre carcajadas—. ¿Te gusta? —Chester asintió con entusiasmo—. Ben, te he echado mucho de menos. —Lo tomó entre sus brazos y lo apretó con fuerza, como si quisiera integrarlo en él.

—Me encanta. —Su sonrisa expresaba lo emocionado, lo feliz que se sentía. No hacían falta las palabras—. ¿Desde cuándo estás en Larksville?

—Llegué hace un par de días.

Ben golpeó su brazo en señal de enfado.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Sabía que estabas muy nervioso con tu discurso, no quería meterte más presión. Si hubieras sabido que estaba aquí, estoy seguro de que tu prisa por regresar te habría hecho alterarte muchísimo más.

Ben asintió, él tenía razón. Cuando se trataba de Luca, todo pasaba a un segundo plano.

—Pero anoche... podrías haber venido al aeropuerto.

—Tenía que cambiar mi imagen —dijo mientras pasaba las manos por su melena rubia.

—Me da igual tu pelo, yo solo quiero abrazarte. —Y para demostrarlo lo hizo, se apretó fuertemente contra el duro cuerpo de Luca—. Dios, cómo te he echado de menos.

—Yo también, pelirrojo. La distancia ha sido tan dolorosa que he decidido que ya no puedo más. —Lo separó de su cuerpo para poder mirarlo a los ojos—. No volveré a Corea, Ben. Me quedo contigo, no pienso volver a separarme de ti.

Chester abrió mucho los ojos, asombrado por la decisión.

—¿No tienes que volver? —interrogó.

—No, la editorial para la que trabajo me permite hacerlo desde cualquier lugar del mundo. He firmado un largo contrato con ella. Te dije que volvería con un proyecto de futuro, uno que nos permitiera estar juntos, y he cumplido mi promesa.

—¿Y tu padre? ¿Qué dijo él?

—No le gusta la idea, quiere que me quede en Seúl. Pero, si te soy sincero, nuestra relación no ha sido muy buena. Es cierto que me ayudó a entrar en la academia, que todo este tiempo me ha mantenido, pero... sigue siendo el mismo de siempre. Tan solo le importa su carrera, sus cuadros... —La mirada de Luca se ensombreció, sus ojos reflejaban tristeza.

—¿Por qué no me lo dijiste? —En todo ese tiempo habían mantenido la comunicación, pero Jeon jamás le había transmitido lo solo que se había sentido en Corea—. Fuiste a Seúl con el fin de pasar tiempo con tu padre, ¿no ha sido así?

Luca negó y se apoyó en su cuerpo buscando su calor.

—Lo siento... Lo poco que hablábamos no quería desperdiciar nuestro tiempo con penas y reproches sobre mi padre. Quería dedicarte cada segundo a ti, solo a ti, porque te añoraba con

toda mi alma.

Ben lo separó y, con dulzura, acarició sus mejillas.

—Todo, todo lo que te importa, lo que te preocupa, es también importante para mí.

—Lo sé, lo sé, pelirrojo. A partir de ahora, todo será diferente.

—Eso espero, pero basta de reproches. Lo importante es que estamos juntos y nada ni nadie volverá a separarnos.

—Nada ni nadie.

—Por cierto. Gracias por tu libro.

—¿Te gustó?

—Muchísimo. Además, me dibujaste mucho más guapo de lo que soy. —Soltó una carcajada a la que Luca no correspondió, sino que negó con efusividad.

—Así es exactamente como yo te veo, Ben.

Y, de nuevo, se fundieron en un largo abrazo, que se rompió al escuchar unas voces que estaban cada vez más próximas a ellos. Habían estado tan centrados el uno en el otro que hasta ese momento no se habían percatado de que un grupo de gente se les acercaba.

—Hola, chicos. —Violet fue la primera en llegar y, tras besar a Ben, contempló la rubia melena de Luca—. Guau, Jeon, menuda sorpresa. Ahora sí que pareces un *idol*^[13].

—¿Cómo sabíais que íbamos a estar aquí? —interrogó Ben. Esa misma mañana habían estado juntos y no habían dicho nada de volver a verse.

—Nos avisó tu madre —contestó Ellis.

—¿Tú lo sabías? —Chester se dirigía a un sonriente Luca, que asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿esto ha sido un complot?

—No, pelirrojo, se llama sorpresa —aclaró Luca tras depositar un rápido beso en una de las sonrosadas mejillas de Ben—. Por fin volvemos a estar todos juntos —dijo Jeon con orgullo, mientras contemplaba al grupo tan dispar que formaban sus amigos.

—El club de los sin club regresa —explicó Violet.

—Ahora, el club de los sin club está completo —corroboró Ellis, mientras Noah asentía.

Las manos de Noah se movieron con agilidad:

Os hemos echado muchísimo de menos.

—Pues hemos vuelto para quedarnos —contestó Ben Chester usando la lengua de signos, la había aprendido a conciencia y con el deseo de poder practicarla con Noah, que sonreía feliz.

Estaban juntos de nuevo y la vida volvía a ser bonita, dulce.

Ben contempló a su grupo de amigos. En esos momentos reían felices, se atropellaban los unos a los otros para hablar, pero respetaban, de manera especial y única, a Noah, integrándolo en cada conversación, dándole su tiempo para comprender a todos, para expresarse.

Chester sonrió, sintió como la mano de Luca tomaba la suya, como entrelazaba sus dedos con los de él con toda la naturalidad del mundo. A pesar de estar charlando con los demás, lo buscaba, no quería perder su contacto, y eso lo llenó de felicidad.

Los años pasados, los malos momentos, el sufrimiento, la soledad, el miedo, el dolor, nada de eso tenía ya sentido, solo era un mal recuerdo. Ellos, sus amigos, su gente y su chico, lo habían ayudado a superar lo que por un tiempo le llegó a parecer insuperable. Ellos ahora formaban parte de su vida.

No podía dejar de sonreír mientras contemplaba a Jeon, Violet, Ellis y Noah charlando, poniéndose al día de sus vidas, porque a pesar de no haber perdido el contacto, tenían muchas cosas que contarse.

Si tuviera que expresar con palabras sus sentimientos, todo lo que había vivido hasta llegar

ahí, a ese momento junto al mar, junto a los que quería, tomaría prestada una de las frases del grupo que adoraba Luca y que él había convertido en su símbolo, en su forma de ver la vida: «Si quieres amar a los demás, primero debes amarte a ti mismo». Esa era la lección que ellos le habían enseñado.

Fin

Nota de autor

Este libro ha sido un gran reto para mí. Nunca me había planteado escribir novela juvenil y menos, tratar una temática tan terrible como lo es el *bullying*, pero, como me encanta complicarme la vida y mis chicos entraron en mi cabeza y en mi corazón con una fuerza arrasadora, no lo dudé y me metí de lleno en esta historia llena de clichés, algo que me apetecía hacer.

No quiero que este libro sea solo una novela de amor, sino que deseo que se comprenda lo terrible que es esta lacra social. Mi pretensión es crear empatía, pues ponernos en la piel de otros nos ayuda a entender el dolor, el sufrimiento de todas las personas que lo padecen.

A todas esas personas me gustaría hacerles ver que no están solas, que deben pedir ayuda, que tienen que gritar hasta que alguien las escuche.

Debemos ser conscientes de que es tan culpable el acosador como el testigo que calla o el que apoya, el que vitorea, el que difunde. Cambiemos esta sociedad, terminemos con el dolor de las víctimas.

Nadie tiene derecho a juzgarte por no seguir el estándar, por tus gustos, por tus deseos. Ser del club de los sin club no puede ser motivo para burlas. No lo permitas, no seas testigo en silencio. Cambiemos el mundo.

Otro de mis motivos para crear esta trama ha sido exponer la importancia de la integración social y para ello Noah me ha sido de gran ayuda; él me ha enseñado que no existen las barreras, que todos somos iguales y se ha convertido en uno de mis personajes preferidos en esta historia.

Agradecimientos

La verdad es que no entraban en mis planes publicar más novelas, pero, a pesar de que en mi último libro, *Sempiterno*, me despedía del lector, aquí estoy de nuevo.

Quiero agradecer a las personas que me han apoyado en este proyecto.

Mis lectoras cero, Vanessa y Noelia. Vuestra ayuda es muy, pero que muy importante. Gracias por vuestras sugerencias, vuestros comentarios y, por supuesto, vuestro ánimo, que también es necesario cuando te expones, cuando vuelcas tus sentimientos.

Gracias a Adela Aragón por la preciosa portada que ha dibujado para mí. Ha recreado con absoluta exactitud lo que tenía en mi cabeza, desde los rasgos faciales de los chicos, hasta el uniforme, esos dedos entrelazados que tanto significado tienen, y lo más bonito, algo que me dejó sin aliento: ese corazón que aparece en la contraportada y que está en el escudo que llevan las chaquetas. Eso fue una sorpresa que no me esperaba y que me hizo muchísima ilusión.

Gracias a Carol por su meticuloso trabajo de corrección; como siempre digo, me crea seguridad.

Gracias a Marien por sus ideas, por su maquetación. Siempre hace que mis libros brillen y se vean muy bonitos.

Por supuesto gracias a los que me rodean y me apoyan: mi familia, mis amigos más cercanos, esos que comprenden mis locuras, que siguen a mi lado de manera incondicional. A mi *chingu* Inés que pasa horas escuchándome, aguantándome, que me saca una sonrisa, una carcajada, con la que lloro cuando toca y que siempre está ahí para mí.

Gracias a ti, lector. Mi aventura comienza cuando abres el libro, mis personajes cobran vida porque tú se la das. Mis historias son tuyas, disfrútalas y, por favor, recuérdalas.

[1] ARMY es el acrónimo con el que se denomina a los seguidores de BTS.

[2] «Abuela», en italiano.

[3] Lugar ficticio.

[4] «Hola, abuela», en italiano.

[5] «Abuelita», en italiano.

[6] «Lo siento, abuela, ¿me perdonas?», en italiano.

[7] «¿No crees?», en italiano.

[8] «Abuela, cuida de Ben», en italiano.

[9] «Voy a pegarme a él para aprender sus buenos modales», en italiano.

[10] «Pero, abuela...», en italiano.

[11] Lugar ficticio.

[12] Término utilizado para denominar las tiras cómicas e historietas surcoreanas.

[13] Un *idol* es una celebridad del *k-pop* que ha sido entrenada durante años para poder debutar en el mundo de la música.